

ROSE HILL: LIBRO 2



WILD EYES

MIRADA SALVAJE



LA AUTORA DE LA SERIE CHESTNUT SPRINGS

ELSIE SILVER

CONTRALUZ

ROSE HILL: LIBRO 2

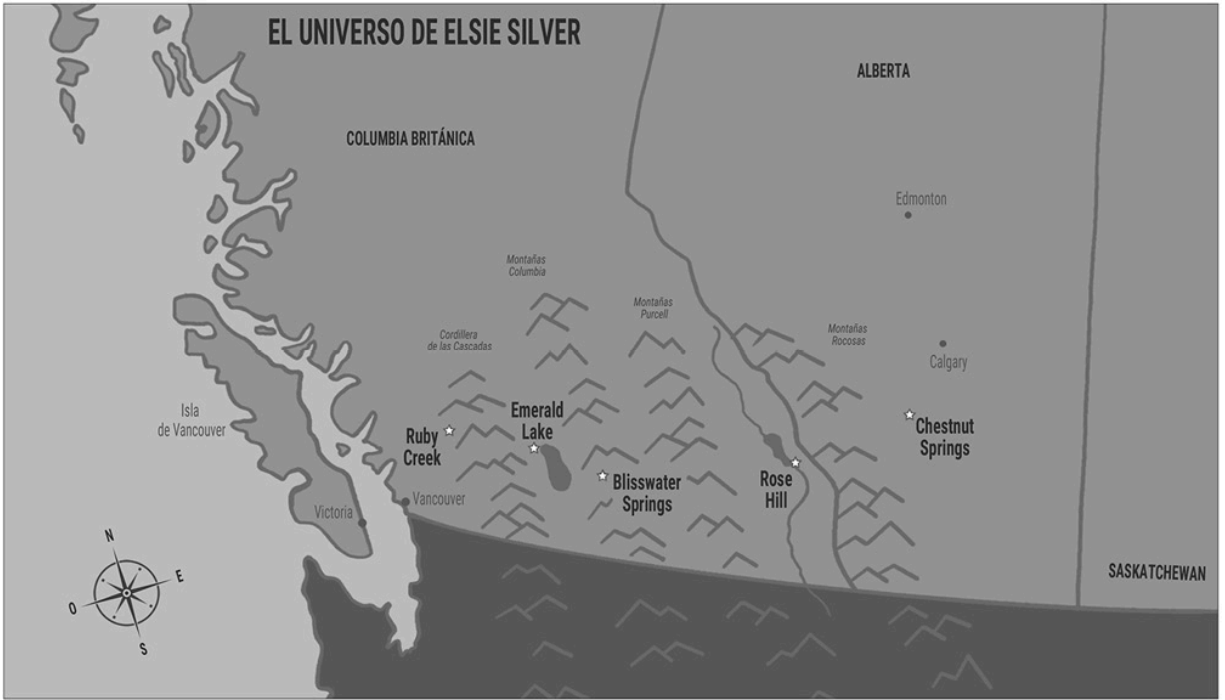
WILD EYES

MIRADA SALVAJE

ELSIE SILVER

Traducido del inglés por Eva Pérez Muñoz





Para mis lectores:

Estamos de vuelta en Rose Hill con una de mis nuevas parejas favoritas. ¿Estáis preparados?

West es un tío duro, está buenísimo y le encanta pasárselo bien. Skylar tiene una fortaleza increíble. Ver cómo se va encontrando a sí misma y el espacio que él le da para crecer y recomponerse es de lo más romántico que existe.

Ojalá os enamoréis de estos dos tanto como lo he hecho yo. Ahora poneos cómodos, desconectad y disfrutad de la lectura.

¡Feliz lectura!

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Eric Silveira'. The signature is fluid and cursive, with the first name 'Eric' being more prominent and the last name 'Silveira' following in a similar style.

Para todas aquellas personas que se han sentido anuladas por la opinión de los demás. Espero que lleguéis a amar tanto lo que hacéis que esas voces críticas dejen de importaros. Hasta entonces, recordad que seguir adelante ya es un triunfo.

Avanzad sin miedo y no dejéis que nadie os frene.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro aborda temas como el abuso psicológico en la infancia y el trauma infantil. También incluye referencias al consumo de sustancias y la muerte por sobredosis. Espero haberlos tratado con el respeto y el cuidado que se merecen.

UNO

West

Hace un día radiante, el lago reluce y en el arcén hay otra turista haciendo el idiota, intentando sacarse un selfi con un oso.

Y no cualquier oso. Un *grizzly*.

—No me lo puedo creer —murmuro mientras piso el freno de mi camioneta y niego con la cabeza. No distingo bien a la mujer, pero veo que lleva unos vaqueros ceñidos, un top corto y una cascada de brillantes ondas color bronce que le cae por la espalda.

Mientras el oso rebusca comida en la zanja que hay detrás de ella, la mujer levanta la mano y gesticula con entusiasmo ante el móvil que sostiene en alto.

Me detengo delante de su Tesla. Porque, claro, conduce un Tesla. Está a unos diez metros del coche, como si se hubiera ido acercando poco a poco al animal.

Cuando por fin paro del todo, me quedo mirándola un segundo, completamente atónito. En verano, en Rose Hill, estas muestras de estupidez urbanita son de lo más habitual, pero nunca dejan de sorprenderme. Es como si la lista de deseos de esta gente pasara de «ver un oso» a «morir devorado por un oso» en un abrir y cerrar de ojos.

Pulso el botón para bajar la ventanilla despacio porque no quiero asustar al animal y, además, tampoco me apetece mucho bajarme de la camioneta. Me gusta seguir con vida, y mis días de tentar a la suerte quedaron atrás..., más o menos.

Así que, con la voz más calmada que puedo, digo:

—Eh, oye.

Ella ni se inmuta, sigue hablando a la cámara, grabándose como si nada.

—Estaba conduciendo tan tranquila por esta carretera preciosa cuando... ¡Zas! Me encuentro al oso más espectacular del planeta en esta zanja, detrás de mí.

—¡Eh! —me inclino sobre la puerta y agito el brazo para llamar su atención, esperando que mi voz colándose en su grabación la haga reaccionar.

Y funciona. Se gira hacia mí con el ceño fruncido, los ojos echando chispas y una cara que reconocería en cualquier parte.

Una cara que medio mundo reconocería en cualquier parte.

Sí, la mujer que me está fulminando con la mirada por haber interrumpido su vídeo es la mismísima Skylar Stone, la famosísima estrella del *country*. Me quedo paralizado un instante, sin palabras. Me imagino qué la ha traído al pueblo, pero no es momento para charlas. No quiero ser el tío que se quedó quieto mientras un *grizzly* se merendaba a una cantante de fama mundial a la que todo el mundo adora.

—¿Qué pasa? —protesta, abriendo los brazos, como si no estuviera plantada de espaldas a un depredador imprevisible—. Ahora voy a tener que grabar el vídeo otra vez para mis redes.

—Eso de ahí es un puto oso *grizzly*. Tienes que volver al coche —le espeto en voz baja, señalando con el pulgar hacia el Tesla.

Ella niega con la cabeza sin dejar de mirarme con furia.

—¿Sabes de qué estoy hasta las narices?

—¿De vivir? —siseo, dejando que el instinto tome el control y me haga bajar de la camioneta. Aunque me encantaría dar un portazo, la dejo abierta para no hacer ruido—. Porque ahora mismo eso es lo que parece.

Ella resopla.

—No. Estoy hasta las narices de que la gente me diga lo que tengo que hacer.

Su mirada incisiva recorre mis vaqueros negros desgastados, las botas Blundstone llenas de arañazos, y vuelve a subir hasta mi camiseta blanca. Se fija un instante en el agujero junto al cuello y

arruga un poco la nariz, como si acabara de encontrar la prueba definitiva de que no soy quién para darle consejos.

Me acerco con cuidado y estiro el cuello para mirar por la pendiente, donde asoma la inconfundible joroba marrón del *grizzly* entre los arbustos. Oigo sus gruñidos profundos y satisfechos mientras come, seguramente arrancando bayas de algún arbusto como aperitivo antes de subir y arrancarnos los brazos como plato principal.

—Te entiendo, de verdad. Pero no creo que este sea el momento de ponerse cabezota ni de jugarse el pellejo por ello. En sentido figurado y literal. Si salimos vivos de esta, te prometo que te llevo a un zoo y te grabo yo mismo un vídeo para tus redes. Soy de los que detestan las redes sociales, pero siempre cumplo mis promesas.

Sigue la dirección de mi mirada y luego levanta la barbilla para encararme. Frunce los labios carnosos con forma de corazón y me mira con los ojos color avellana entrecerrados, como dos misiles listos para salir disparados. Luego cruza los brazos bronceados, ocultando el móvil.

Pura insolencia.

Me recuerda a mi hija de seis años, Emmy. Sobre todo cuando da un pisotón. La diferencia es que a Emmy ya la habría cargado bajo el brazo y habría salido pitando de aquí hace un rato.

—Está comiendo. Ni siquiera sabe que estoy aquí. Y nunca he visto un oso de cerca —añade al final, con un tono casi quejumbroso, como si yo fuera el aguafiestas que le está fastidiando la diversión.

Me quedo mirándola boquiabierto. Lleva unos pendientes de diamantes del tamaño de arándanos maduros. Tan grandes que, si fuera otra persona, pensaría que son de imitación.

—Mira, te entiendo, en serio. En la ciudad no hay osos. Es toda una experiencia. Pero eso de ahí —señalo al animal— no es Winnie the Pooh.

Su expresión se tensa mientras mira de reojo la zanja con añoranza, como si supiera que tengo razón, pero deseara con todas

sus fuerzas que no fuera así.

Sigo hablando, porque la referencia infantil parece haber surtido efecto.

—Ígor no está atrapado en un pozo y Piglet no ha ido a buscarle miel. Así que imagínate que ahora mismo soy Búho, intentando darte un consejo sensato.

—Pero... hay crías —dice, enfatizando la última palabra, como si eso hiciera todo más adorable y justificara su comportamiento absurdo.

Cualquiera que sepa algo sobre osos sabe que eso lo empeora todo. Me acerco un poco más a la zanja, como si necesitara verlo con mis propios ojos para confirmar lo jodida que está la cosa. Estiro el cuello y, efectivamente..., ahí están. Dos crías.

—Por favor —murmuro, suavizando el tono, con la voz cargada de súplica. Extiendo un brazo y muevo los dedos hacia mí varias veces, invitándola a avanzar en mi dirección, igual que haría con un caballo asustadizo. Como domador, he tratado con muchos así: se hacen los duros, hasta que dejan de serlo.

Debe de captar la urgencia en mi voz, porque baja los hombros y traga saliva, mientras me mira a los ojos, sopesando si puede fiarse de mí.

Por fin asiente y da un paso vacilante, alejándose de la zanja. En cuanto la veo acercarse a mí, suelto un suspiro de puro alivio que me deja el pecho sin aire.

Pero el alivio dura poco, porque, en cuanto se mueve, el oso la sigue, como si estuviera unido a ella por una correa invisible.

No puedo culparlo.

Tiene un magnetismo especial, algo que te atrapa y hace que te resulte imposible apartar la mirada. Se nota cuando aparece en pantalla y cuando suena en la radio, y en persona es aún más evidente.

—Muy bien, muñeca.

—No me llames muñe...

—No hables —le ordeno, intentando mantener la voz lo más calmada posible. Miro por encima de su hombro al oso enorme que emerge de la zanja, con unas garras de diez centímetros que golpean el asfalto con un chasquido que deja a Skylar petrificada—. Camina despacio hacia mí. No corras. No mires atrás. Mantén la calma.

Parpadea varias veces, muy deprisa. Veo en su mirada que le encantaría mandarme a la mierda, pero su instinto de supervivencia pesa más que su orgullo, porque me hace caso.

El oso resopla con fuerza, y Skylar da un traspié, con los ojos muy abiertos clavados en los míos como si le fuera la vida en ello. Asiento y vuelvo a indicarle que avance con la mano, consciente de que ahora mismo lo único que puedo hacer por ella es conseguir que se acerque lo suficiente para meterla en la camioneta.

Sigue avanzando, aunque sus pasos se vuelven un poco más rápidos y respira de forma entrecortada. Empiezo a retroceder hacia mi camioneta, esperando que me siga.

—Buena chica. Lo estás haciendo muy bien.

En cualquier otro momento me reiría de mí mismo por hablarle a una mujer como si fuera un caballo, pero en este momento tengo el cuerpo entero en alerta, listo para reaccionar si hace falta.

Ella asiente. Entonces mira hacia atrás un instante y suelta un chillido ahogado, como si acabara de darse cuenta del tamaño descomunal del oso que la sigue.

Ese sonido no era el más sensato, porque, en cuanto el *grizzly* lo oye, su interés se dispara. Se detiene y se alza sobre las patas traseras.

Lo que sale de su garganta suena casi como un ladrido; luego olfatea el aire y ladea la cabeza con curiosidad.

Curiosidad, no agresividad.

De momento.

—Ay, Dios... Ay, Dios... Ay, Dios —susurra ella con voz quebrada, a punto de llorar.

Aún con la mano extendida, reúno toda la serenidad que me queda.

—Pase lo que pase, no se te ocurra co...

Antes de que pueda decir «correr», sale disparada hacia mí. Y yo, en contra de lo que haría cualquier persona con un mínimo de sentido común, actúo sin pensarlo.

Corro directo hacia ella.

Y hacia el oso.

El animal, que ahora araña el asfalto como si estuviera a punto de embestir, da un par de saltos potentes antes de retroceder.

Cambio a modo defensivo y hago lo único que se me ocurre. Voy hacia Skylar, la agarro del bíceps y le rodeo la cabeza con un brazo antes de lanzarnos al suelo. Mi cuerpo, mucho más grande que el suyo, la cubre como un escudo.

Ella se revuelve debajo de mí.

—¿Qué estás ha...?

Le tapo la boca con la mano, me apoyo en el otro brazo y niego con la cabeza despacio.

—Para. Por favor, para. Quédate quieta y callada. Con un poco de suerte, el oso se irá.

Asiente levemente, lo justo para que retire la mano y le cubra la cabeza con los antebrazos.

Vuelve a mirarme con los ojos dorados llenos de pánico. Mientras respira nerviosa en el poco espacio que nos separa, percibo algo dulce en su aliento. Mandarina y azúcar.

—¿Crees que podremos llegar a tu camioneta?

Apenas la oigo por el latido ensordecedor de mi corazón en los oídos.

—No, no estamos lo bastante cerca y no tenemos ninguna probabilidad de ser más rápidos que un *grizzly*.

—Vale. —Se humedece los labios, aterrada, y veo cómo una lágrima le resbala por la sien y se le desliza hacia la oreja. Sigo el rastro húmedo antes de volver a mirarla a los ojos, intentando transmitirle una calma que no siento.

Mientras nos miramos, se le escapan más lágrimas.

—Lo siento —susurra y su sollozo me golpea como un puñetazo en el pecho.

Oigo al oso resoplar a un par de metros. Tengo la sensación de que el suelo tiembla cada vez que se mueve. Más abajo, en la zanja, suenan pasos más ligeros. Supongo que son las crías.

Le acaricio la coronilla con el pulgar, dibujando círculos lentos.

—Tranquila. No pasa nada. Vamos a quedarnos quietos y en silencio un rato más y luego todo va a salir bien —le susurro, aunque también me lo estoy diciendo a mí mismo.

Ella parpadea en señal de entendimiento y yo le devuelvo el gesto. Luego me distraigo contando los remolinos de color en sus iris: marrón, dorado, verde y un gris delicado. Al menos cuatro tonos entrelazados.

Unos ojos que, incluso empañados por las lágrimas, resplandecen.

No recuerdo haberme quedado tan atrapado en la mirada de una desconocida.

—Dime otra vez que todo va a salir bien —me pide en un murmullo que se pierde en el silencio de su exhalación. A pesar de lo cerca que estamos, apenas logro escucharla.

Cuando inclino la cara sobre la suya, las puntas de nuestras narices se rozan. Deslizo los labios por su mejilla, articulando un «todo va a salir bien» en silencio.

He hecho muchas locuras en mi vida. Sinceramente, todavía me pregunto cómo logré salir vivo de algunas de ellas. Pero en esos momentos siempre estaba solo. Ahora, sin embargo, estar así de cerca de otra persona, sabiendo que podría ser lo último que vea, hace que todo a nuestro alrededor se detenga.

O quizá es la edad, que me está ablandando más de la cuenta.

De pronto, noto el aliento caliente y húmedo del *grizzly* olfateándome la nuca. Y por extraño que parezca, una calma rara me envuelve. Estoy más tranquilo de lo que debería. Como si mi cuerpo entendiera que ceder a la ansiedad no serviría de nada.

Porque, aunque he visto muchos osos en Rose Hill, nunca había tenido a uno respirándome en la nuca. Y, la verdad, es una experiencia que me habría ahorrado encantado.

Pero no puedo dejarme llevar por la angustia. Tengo que conservar la compostura por Skylar. Así que mantengo la mirada fija en la suya y le suplico en silencio que se quede quieta y conmigo, aunque esté tan fuera de su elemento que parezca venida de otra galaxia.

Entreabre los labios y su respiración se vuelve rápida y frenética. Luego cierra los ojos con fuerza. Puedo oler al oso; seguro que ella también.

Sudor, almizcle y zapatillas viejas. Es abrumador. Una combinación que no voy a olvidar jamás.

El sol cae a plomo sobre mi espalda, y el calor del cuerpo del oso, tan cerca, hace que todo resulte asfixiante. Apoyo la frente en la suya e intento que respire al mismo ritmo que yo.

Tres segundos para coger aire.

Tres segundos para soltarlo.

Poco a poco, el calor se vuelve más soportable. El golpeteo de las garras ya no suena tan fuerte y el olor deja de ser tan abrumador. La zanja se queda en silencio, así que supongo que las crías se han ido con su madre.

Skylar se mueve un poco y me mira tras esas pestañas tupidas.

—¿Has visto a las crías? Son tan monas...

Froto la frente contra la suya para contener la risa, preguntándome cómo coño me las apaño siempre para terminar rodeado de mujeres incapaces de seguir la instrucción más simple, incluso cuando su vida depende de ello.

—Será mejor que nos quedemos callados un rato más —me limito a decir.

No sé cuánto tiempo llevamos tumbados en el asfalto, respirando al unísono. ¿Cinco minutos? ¿Diez? Lo suficiente para que se le hayan agarrotado los nudillos de tanto aferrarse a mi camiseta.

Sigue temblando sin control, así que le paso una mano por el pelo para calmarla.

Evidentemente, sé que el oso ya se ha ido, pero sigo teniendo la sensación de que, si miro hacia arriba, me lo voy a encontrar cara a cara.

Así que me quedo donde estoy, acariciándole la cabeza e intentando recomponerme antes de levantarme.

Y, para romper un poco la tensión del momento, suelto lo primero que se me ocurre:

—Leí hace poco un artículo que decía que un seis por ciento de los americanos cree que podría vencer a un *grizzly* en una pelea cuerpo a cuerpo.

—¿Cómo? —pregunta en un susurro entrecortado, con una expresión de pura incredulidad.

—Ya ves. ¿A que cuesta creerlo?

Me mira como si dudara de que esté hablando en serio.

—¿Cuerpo a cuerpo?

Asiento antes de echar un vistazo por encima de su cabeza.

Ni rastro del oso.

Me incorporo hasta quedar de rodillas y miro hacia atrás.

Nada.

Me dejo caer sobre los talones y me paso las manos por el pelo muy corto mientras reviso todo el entorno.

Ningún oso.

Solo un cielo azul intenso y un sol cálido y dorado.

Suelto un suspiro tembloroso y, cuando miro hacia abajo, me doy cuenta de que estoy a horcajadas sobre Skylar Stone.

Me quedo mirando la curva elegante de su clavícula y el contorno de su pecho, marcado contra el escote de la camiseta. Cierro los ojos y sacudo la cabeza, pero no: sigue ahí. Debajo de mí.

Se seca las lágrimas con una mano, aunque no hace ademán de apartarse. Está tendida en la carretera, guapísima, aturdida y completamente agotada. Se muerde el labio inferior, como si estuviera pensando demasiado en algo. Y sigue agarrada a mi

camiseta, con el brazo rígido y los nudillos blancos de tanto apretar la tela.

Al cabo de un rato, una risa nerviosa le sacude los hombros.

—Ese seis por ciento..., seguro que se queda corto.

Suelto otro suspiro y me uno a su risa.

—Sí, incluso descontando a los niños y a los ancianos.

Me da un golpecito en el muslo con el dedo índice.

—Y a las mujeres.

—¿Cómo?

Pone los ojos en blanco.

—Solo un tío creería que puede plantarle cara a un *grizzly* cuerpo a cuerpo.

—Y eso lo dice la mujer que hace un minuto intentaba hacerse una foto con uno.

—¡Era un vídeo!

Me pongo de pie con las piernas temblorosas, le tiendo la mano para ayudarla a levantarse y digo con una sonrisa:

—Ajá. Para tus redes sociales. Muchísimo más lógico, sí.

Mira mi mano, pero cualquier rastro de humor ha desaparecido. La tensión sigue ahí, y ahora, encima, está molesta.

—No me juzgues. Ni siquiera sabes lo que estaba haciendo.

—Muy bien, ilumíname, ¿qué estabas haciendo?

Alza la barbilla.

—Creando contenido con el que la gente pueda identificarse.

—Sí, claro, habría que comprobar a cuánta gente le ha perseguido un *grizzly* en su vida para sentirse identificada.

Se queda callada un segundo, sorprendida por mi comentario, y luego mascula:

—No me conoces lo suficiente para vacilarme.

Suelta un gruñido de frustración y me golpea la palma de la mano con la suya de forma brusca.

La levanto de un tirón. Pesa menos de lo que imaginaba y la he impulsado con demasiada fuerza, haciendo que se tambalee un poco.

Apoya la mano libre en mi pecho para recuperar el equilibrio, con los dedos demasiado cerca del agujero de mi camiseta. Se queda mirándolo un instante y se aparta de golpe, como si le hubiera dado un calambre.

Puede que no la conozca, pero sí sé que últimamente ha sido noticia por bloquearse y quedarse muda delante de las cámaras.

Hoy, en cambio, las palabras le salen sin esfuerzo.

—Todo iba genial hasta que apareciste tú, comportándote como una mezcla de Cocodrilo Dundee y... y... —me señala de arriba abajo, buscando el símil adecuado— Superman o algo así.

Me froto la barbilla.

—Es por culpa de la mandíbula marcada, ¿verdad?

—No. Es por ese odioso complejo de héroe.

Resoplo y me cruzo de brazos, mirándola con diversión. Siempre he creído que era la típica muñequita sureña: todo risitas, muchos «cielo santo», cero palabrotas y nada de pullas sarcásticas.

Me equivocaba. No es para nada así.

—Y —añade, volviendo a señalarme— esa actitud de sabelotodo.

Ahora sí sonrío de oreja a oreja.

—Los dos sabemos que te he salvado el culo. Solo dame las gracias y listo.

Niega con la cabeza mientras se agacha a recoger el móvil.

—Lo iba a hacer. Pero ahora que me lo estás exigiendo, va a parecer que te las estoy dando por obligación y sonaría un poco falso. Y estoy harta de que todo el mundo actúe como si les debiera algo. —Se sacude los vaqueros, irritada, intentando quitarse la tierra y el polvo sin mucho éxito—. Skylar, haz esto. Skylar, haz lo otro. Skylar, sonrío y saluda. Skylar, da las gracias...

Se detiene con un suspiro agotado y me mira.

—¿Sabes qué? Lo siento. Estoy teniendo un mes horrible. No te mereces esta mierda. Ya te he hecho pasar bastante hoy. Gracias por estar dispuesto a morir por mí. Es una experiencia nueva e inesperada de la que tendré que hablar con mi terapeuta más adelante.

Enarco una ceja ante su confesión. Sigue temblando, así que intento alargar la conversación para darle tiempo a que se recomponga.

—¿Un mes horrible?

Fuerza un atisbo de sonrisa que desaparece en cuanto golpea una piedra con la sandalia.

—En realidad..., un año horrible.

—He tenido años así —respondo, observándola con atención. No puedo evitar preguntarme qué ha hecho que una mujer que parece tan fuerte no sea capaz de sostenerme la mirada.

Cambia de tema con un entusiasmo claramente fingido.

—Bueno, estoy buscando Wild Rose Records. Es un estudio de grabación nuevo, pequeño y muy cuidado. Quizá conozcas al dueño. Ford Grant. Me he desviado por la ruta más bonita y he acabado perdiéndome. Estas carreteras no están señalizadas y no hay cobertura, y pensé que me vendría bien conducir sin rumbo, ya sabes, recordarme que sigo viva.

Me río por lo bajo mientras regreso a la camioneta. Cuando agarro la puerta abierta, la miro por encima del hombro. Está preciosa, confundida y totalmente desolada.

Y su arrebató no me ha molestado en absoluto. Al contrario, me gusta que haya recuperado el carácter después del susto.

—No hay nada como una experiencia cercana a la muerte para recordarnos que seguimos vivos, ¿eh? —Me subo a la camioneta—. Venga, sígueme y te llevo con Ford Grant.

Skylar se acerca hacia mí con cara de sorpresa.

—¿Lo conoces?

Enciendo el motor justo cuando llega a la ventanilla bajada.

—Podría decirse que sí.

Frunce el ceño y se coloca el pelo detrás de las orejas, nerviosa. Es la primera vez que parece derrotada.

—Lo siento. Es que estoy abrumada por... por todo. Joder, casi me muero del susto y no sé cómo darte las gracias. No recuerdo que nadie haya estado dispuesto a arriesgar su vida así por mí.

Lo dice con tanta naturalidad que me deja helado.

«Qué pena», pienso al instante. Es muy triste llegar a adulta sin haber conocido nunca ese tipo de lealtad. Ser tan adorada como Skylar Stone y, aun así, no sentirse querida por dentro.

Cuando me mira desde debajo de esas pestañas espesas, le guiño un ojo para tranquilizarla.

—Puedes darme las gracias dejando de disculparte. Luego te subes al coche y me sigues.

Asiente, mordiéndose ese labio inferior carnoso que volvería loco a cualquiera.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Weston Belmont. El Superman-Cocodrilo Dundee de Rose Hill a tu servicio —respondo con un saludo exagerado.

Pone los ojos en blanco, aunque curva ligeramente los labios en lo que, sin duda, parece una sonrisa. Golpeo con la mano en el lateral de la camioneta y empiezo a avanzar.

Me alegro de haberle salvado la vida, pero por mucho que me tienta la idea de quedarme hablando un rato más con ella, aún tengo cuatro caballos que entrenar hoy, una granja que nunca me da tregua y dos niños pequeños que necesitan a su padre. Sí, toca seguir con el día.

—¡Espera! ¿No quieres saber cómo me llamo? —grita mientras me alejo despacio para darle tiempo a subirse al Tesla y seguirme.

Sé perfectamente cómo se llama. Llevo años siendo fan de Skylar Stone en secreto. Pero no quiero incomodarla, así que no digo nada. Además, tendremos muchas más oportunidades para hablar.

Porque si su destino es Wild Rose Records..., estamos a punto de ser vecinos.

DOS

Skylar

Tengo debilidad por las manos. No voy a negarlo.

Por las manos de los hombres, para ser más exactos. La forma en que se marcan los tendones del dorso cuando tocan una guitarra. Cómo abarcan por completo el mango de un micrófono. Lo cálidas y suaves que resultan sobre mi piel.

He salido con gente famosa. Artistas y músicos. Hombres guapos, hombres influyentes. Y, aun así, nunca me había obsesionado tanto con unas manos como lo estoy con las que ahora mismo sujetan el volante de la camioneta que va delante de mí.

El agarre férreo en mi bíceps al tirarnos al suelo.

El roce áspero de sus callos en mi piel mientras me aseguraba que todo iba a salir bien.

Los tatuajes de sus nudillos, que no podía evitar mirar cada vez que se frotaba la barba.

Puedo oír la voz de mi padre en mi cabeza, nítida como si estuviera aquí, diciéndome que me aleje de un hombre como Weston. Le preocuparía demasiado que alguien con quien saliera empañara mi impecable reputación de «novia de América».

«Los hombres respetables no se hacen tatuajes que una camisa no pueda tapar».

¿Y los héroes, qué? ¿Los de pelo rubio arena, con unos músculos que hacen que la camiseta les quede un poco ajustada en los hombros?

Weston Belmont me ha salvado de un oso *grizzly*. Y, siendo sincera, también me ha salvado de mí misma. De mi propia ingenuidad.

Una chica más lista estaría embelesada con su valentía, o con su voz grave o sus comentarios ingeniosos.

Yo, en cambio, voy conduciendo detrás de él por una carretera perdida en mitad de la naturaleza salvaje canadiense, fantaseando con sus puñeteras manos enormes. Tomo nota mental de comentárselo a mi terapeuta. Seguro que tiene un nombre. Algún mecanismo de defensa o algo parecido.

¿Los problemas con la figura paterna pueden provocar un fetiche con las manos?

Resoplo antes de murmurar:

—Dios, Skylar, necesitas desconectar de la gente pero ya.

Y es verdad.

O al menos eso es lo que le dije a todo el mundo cuando hice las maletas y me largué. Algunos dirán que salir corriendo de Los Ángeles es huir de mis problemas. Otros pensarán que presentarme sin avisar para un trabajo que todavía no está confirmado es de mala educación.

¿Pero yo? Yo lo llamo escapar de la ruptura más humillante del planeta.

Lo llamo tocar fondo.

Pero tengo un plan. Uno que no les he contado ni a mis padres (que también son mis representantes) ni a mi agente (que solo es su títere a sueldo).

Voy a grabar mi propio álbum. Y no pienso decírselo a nadie. No quiero sus opiniones ni sus sugerencias. Este proyecto será mío y solo mío; algo para mí.

Necesito con urgencia empezar de nuevo. Un cambio de aires. Escapar del control asfixiante en el que se ha convertido mi vida.

Y no es ninguna metáfora.

Siento una presión que me cierra tanto la garganta que no me sale ni una palabra. Es ponerme un micrófono delante, estar frente a una cámara o subirme a un escenario y me quedo en blanco. Solo sé parpadear y soltar risitas. Se me seca la boca y hago mi mejor actuación de «rubia tonta», como decía hace poco un titular.

Y empiezo a pensar que igual no se equivocaba tanto.

La última vez que me quedé sin voz fue cuando salí llorando de un restaurante justo después de esa ruptura y me encontré con un aluvión de preguntas.

«Skylar, ¿qué ha pasado?».

«¿Ha sucedido algo entre Andrew y tú?».

«Algo». Vuelvo a resoplar en el interior del coche. Sí, claro que sucedió algo.

Algo que no puedo confesar en voz alta.

Siempre me he jactado de ser una persona sincera, pero ¿y si todo lo que tiene que ver conmigo es falso? El mundo cree que me conoce, pero le han colado una mentira cuidadosamente construida.

Y yo también me la he tragado.

Mi vida se ha desmoronado y no tengo a nadie a quien contárselo. La verdad es demasiado humillante para admitirla.

No puedo hacerla pública. Al menos, no todavía. Los medios me harían trizas. Los fans me compadecerían o se reirían de mí, y no quiero ninguna de las dos cosas.

Resulta irónico estar rodeada de tanta gente que asegura quererme y, aun así, sentirme completamente sola.

Así que ahora lo mío es quedarme en blanco mirando a la cámara, con la sensación de tener los pulmones llenos de hormigón y la garganta cerrada. Articular una sola frase me cuesta casi tanto como respirar.

Sí, la misma chica que ha actuado ante millones de personas, que canta, baila y siempre sabe qué decir, ahora se bloquea delante de una cámara.

Aprieto la mandíbula, lista para machacarme mentalmente, pero el hombre de las manos bonitas pone el intermitente y hago lo mismo. Luego gira hacia una verja de madera desgastada por el tiempo que da acceso a un camino recién asfaltado, y yo lo sigo.

Una espesa línea de pinos verdes oculta por completo la propiedad y, sin pensarlo, bajo la ventanilla para dejar que el aire fresco del campo entre en el coche... y en mí.

—¡Muy despacio! —grazna Cherry desde su jaula en el asiento trasero. A este pájaro le encantan los viajes en coche.

—Es un camino de entrada, Cherry. Tengo que ir despacio, pequeña rebelde.

—¡Muy despacio!

Me río y estiro el cuello para ver adónde vamos, apartando la ansiedad que empieza a crecer en mi interior. ¿Dónde habría acabado Cherry si un oso *grizzly* me hubiera devorado en la cuneta de una carretera perdida? ¿En otra protectora? ¿En un zoo? ¿Con mis padres, que la habrían exhibido ante la prensa para montar el numerito de la familia destrozada?

Todas las opciones son tan deprimentes que prefiero no pensarlas, aunque sé que esta noche me quitarán el sueño. Y sí, sé que parece patético, pero puede que Cherry, mi loro gris africano, una auténtica descarada aficionada a soltar tacos, sea la única amiga que tengo.

El camino serpentea entre curvas y hay algo reconfortante en la espesura de los árboles y en el olor a tierra y a agujas de pino aplastadas que entra por la ventanilla. Inspiro hondo y, poco a poco, empiezo a sentirme mejor.

Así que continuó haciéndolo.

«Tres segundos para coger aire. Tres para soltarlo».

En mi mente aparece una imagen, clara como el día: los ojos azul cielo de Weston clavados en los míos mientras respirábamos juntos sobre el asfalto. En ese momento, quería cerrar los míos y desaparecer, pero fui incapaz de apartar la mirada.

Me tenía atrapada. Y, para mi sorpresa, aquello me tranquilizó de una forma que no había sentido nunca.

—¡Muy despacio! —se queja otra vez Cherry, devolviéndome a la realidad justo cuando la arboleda se abre y deja ver lo que hay delante.

Me quedo sin aliento al contemplar el paisaje.

Los correos de Ford me habían preparado para un entorno pintoresco, pero esto parece de otro mundo.

La propiedad se alza sobre una pendiente ligera. Justo enfrente está el edificio principal, con un porche que rodea todo el perímetro y un buzón de cobre a juego con el tejado. Aunque el revestimiento parece hecho con madera reciclada de un viejo granero, el conjunto tiene un aire majestuoso. Es rústico, pero con clase.

Más allá se distinguen más árboles, rocas y acantilados impresionantes, coronados por un cielo azulísimo. Sin bruma, sin contaminación, solo un azul puro. Como los ojos de Weston.

Pero lo que de verdad me cautiva es el lago al fondo. Es espectacular. Tan liso y en calma que parece que podría caminar sobre él. O patinar si supiera. El agua es de un tono azul marino que se vuelve turquesa allí donde el sol se refleja en la superficie.

Aparco junto a la camioneta grande y me recuesto contra el respaldo para empaparme del entorno.

Es un lugar único. No hay lujo frío e impersonal ni columnas blancas ostentosas. Ni fuentes ni aparcacoches. De hecho, no hay nadie hasta donde alcanza la vista. Y, en cuanto tomo conciencia de esto último, me relajo al instante.

Hasta que Weston Belmont aparece de la nada y casi me mata del susto.

He debido quedarme absorta y no lo he visto rodear el coche, porque esas manos enormes y viriles descansan sobre mi ventanilla mientras me observa desde arriba.

—¿Vas a quedarte ahí sentada todo el día? —pregunta, justo cuando Cherry grazna:

—¡Lárgate!

Gira la cabeza de golpe para mirarla: pico negro, plumas gris azulado y un toque rojo en la cola.

—¿Qué es eso?

—Más que «qué», «quién». Es mi loro. Cherry.

Parpadea un par de veces y suelta:

—Es un poco borde, ¿no?

No puedo evitar reírme.

—Ni te imaginas.

—Es un poco borde —repite Cherry, con un tono tan burlón que aprieto los labios y pongo cara de «tierra, trágame».

—Perdón. Tiene un vocabulario amplísimo y una capacidad para el insulto legendaria.

Él se limita a mirarla con el ceño fruncido antes de negar con la cabeza. Luego da un golpecito en el techo del coche y se aparta.

—Bueno. La oficina está ahí dentro —dice, señalando con el pulgar por encima del hombro—. Te presento si quieres. Si no, me voy ya.

—¡Lárgate! —insiste Cherry. Otra vez.

Abro la puerta con una mueca y salgo del coche. Weston no retrocede. Se queda justo donde está, imponente frente a mí, llenando la camiseta de una forma que los chicos urbanitas, por muy modernos que sean, simplemente no consiguen. Vuelvo a fijarme en el agujero del tejido a la altura del pectoral izquierdo y en el destello de piel bronceada que asoma debajo. La piel bronceada de un hombre que pasa mucho tiempo al aire libre, sin camiseta.

Vengo de la tierra de la piel pálida y los autobronceadores, así que hay algo hipnótico en imaginar qué se esconde bajo la tela, pero reprimo de inmediato el impulso de meter un dedo por el agujero para comprobarlo.

Los hombres (sobre todo los que me atraen como este) son lo último que necesito ahora mismo. Trago saliva y hago un nuevo voto de celibato porque un polvo no va a solucionar ninguno de mis problemas.

Alzo la vista y me encuentro con sus iris azul brillante. Son tan intensos que, si no lo tuviera delante, diría que ese color es producto del Photoshop. En esta vida, todo puede retocarse. Nada es real.

Pero sus ojos sí.

Y él también.

Me aclaro la garganta, consciente de que llevo un buen rato mirándolo embobada.

—Bueno, no lo diría como Cherry, pero lo cierto es que hoy ya has hecho bastante por mí —sonríó mientras él me observa con una

intensidad que me estremece por dentro—. Y esto es algo que necesito hacer sola —añado a toda prisa, asintiendo más para convencerme a mí misma que a él.

Veo cómo se fija en mi boca, y yo aprieto los labios.

—Bueno...

—¡Lárgate! —me interrumpe Cherry. Adoro a mi loro, pero a veces...

A veces se comporta como una arpía posesiva.

Y ahora mismo ni siquiera tengo claro si quiero que él se vaya.

Weston sonrío, todavía con la vista clavada en mi boca, y chasca la lengua.

—Vale, Cherry. Lo pillo. Ya me voy. —Da un paso atrás con las manos levantadas en señal de rendición.

Casi me entran ganas de abrazarlo antes de que se marche, y eso que nunca me he considerado una persona cariñosa. No me crie con mucho afecto físico, al menos no de puertas para dentro. De cara a la galería, en cambio, mis padres no dudaban en pasarme un brazo por los hombros o abrazarme cuando las cámaras grababan. El cariño era pura fachada.

—¿No deberíamos darnos la mano o algo así? ¿Qué se supone que tienes que hacer cuando alguien te protege con su propio cuerpo del ataque de un oso?

—No te preocupes por eso. Ya me has dado las gracias. No me debes nada. Lo he hecho porque he querido.

Ahora soy yo la que parpadeo.

«No me debes nada».

Es una frase muy sencilla, pero me pilla completamente desprevenida. Me he pasado la vida sintiendo que les debía algo a los demás. Todo funcionaba como un trueque. Si alguien hacía algo por mí, yo tenía que dar algo a cambio: mi atención, mi tiempo... Siempre atrapada entre intereses enfrentados, obligada a sonreír para seguir avanzando.

Estoy harta de sonreír.

—¡Nos vemos! —Se despide guiñándome un ojo antes de darse la vuelta y regalarme una vista privilegiada de su culo perfecto.

«Quizá debería haberle dado un buen apretón en el culo a modo de agradecimiento».

Mientras sacudo la cabeza para quitarme ese pensamiento de encima, lo oigo mascullar al otro lado de su camioneta:

—Puto Tesla y loro bocazas.

El comentario me arranca una sonrisa. Una de verdad. Pero solo dura un instante porque yo también me doy la vuelta, respiro hondo y me preparo para enfrentarme a Ford Grant.

Va a flipar un poco cuando me vea.

Sí, estuvimos hablando de trabajar juntos.

Pero no, no le he dicho que iba a venir.

—Vigila el coche, Cherry.

Compruebo que el aire acondicionado está encendido, cierro la puerta y enderezo la espalda mientras subo por el camino de entrada. No veo ningún timbre; lo que tiene todo el sentido del mundo en un sitio como este. En su lugar, hay un llamador con forma de oso, sujetando un aro en la boca. Me río por lo bajo (hoy los osos me persiguen) y llamo a la puerta.

A los pocos segundos, una voz femenina responde desde dentro:

—¡Ya voy!

La puerta se abre y me encuentro con una mujer de ojos azules, que me mira y se queda boquiabierta.

—Madre mía. Hola.

—Hola —respondo en voz baja, mirando al suelo. Noto cómo me arden las mejillas.

—¿Quién es? —pregunta la voz de un hombre.

La mujer rubia ignora la pregunta y me tiende la mano.

—Soy Rosalie, directora de operaciones de Wild Rose Records. Encantada de conocerte.

Le estrecho la mano, sorprendida por la firmeza de su agarre.

—Hola, Rosalie. Soy Skylar.

Ella sonrío y me sacude la mano con entusiasmo.

—Y tanto que lo eres.

—Rosie —dice la voz del hombre, ahora más cerca—. Sé que te encanta tocarme las narices, pero... —Ford Grant aparece por la esquina y se detiene en seco al verme. Su padre es una famosa estrella del rock, el guitarrista de Full Stop, y el parecido entre ellos salta a la vista.

Lleva el pelo castaño con reflejos rojizos despeinado de forma estudiada, es alto y de complexión atlética; podría pasar por modelo sin problemas. Ford encajaría perfectamente en el mundo del que vengo. Pero odio ese mundo, así que no puedo evitar fijarme en que no tiene la musculatura contundente del hombre que me ha traído hasta aquí.

Va vestido de manera informal, pero de ese informal que delata dinero. Ni agujeros en la camiseta ni rozaduras en las botas. Todo en él desprende una elegancia pulida que, por primera vez en mi vida, me deja completamente indiferente.

—¿Skylar? —pregunta, confundido.

Levanto las manos a la altura de la cabeza y me encojo de hombros.

—¿Sorpresa?

—¡Ya te digo! —añade Rosalie, encantada con la situación.

Ford se acerca a su lado y apoya una mano posesiva en la parte baja de su espalda. Ella lo mira de reojo, con una sonrisa torcida. Entre ellos hay tanto afecto y respeto que me siento una mirona.

Aparto la vista y me retuerzo las manos, incómoda.

—Lo siento. Sé que me he presentado sin avisar. Pero... necesitaba alejarme de todo. Trabajar en algo nuevo. ¿Hay alguna posibilidad de empezar ya? —pregunto, intentando sonar lo más positiva y animada posible, aunque últimamente ando escasa de ambas cosas.

Ford frunce el ceño mientras me observa. No creo que esté enfadado, pero impone.

Rosalie le da un codazo en las costillas.

—Estás poniendo tu cara de capullo por defecto. Para.

Él la mira molesto antes de volver a centrarse en mí.

—Perdona, estaba pensando. La razón por la que no te he pedido que vinieras antes es porque las casas para alojar a los artistas no están listas ni tampoco el estudio de grabación. Ahora mismo están a medio montar y no tengo...

—Esperaré. Puedo quedarme donde sea. Incluso en una tienda de campaña si hace falta. Me da igual.

Si hay algo que tengo claro es que no pienso rendirme.

Me mira de arriba abajo y un destello de compasión cruza su atractivo rostro. Seguro que ha notado la desesperación en mi voz y le resulta imposible no sentir cierta pena después de todos los titulares despiadados que me han perseguido últimamente.

—¿Por qué no pasas y vemos qué podemos hacer? Solo hay un par de hoteles en el pueblo, y dudo que estén disponibles para una estancia larga en plena temporada alta.

Rosalie arruga la nariz y pronuncia «temporada alta» como si fuera un insulto.

—La buena noticia es que los turistas solo vienen en masa en julio y agosto. Vamos. —Me hace un gesto para que entre—. Seguro que encontramos algo.

—Gracias —digo con un suspiro. Le sonrío agradecida y sigo a Ford hasta la oficina.

El interior es tan bonito como el exterior: rústico y nuevo al mismo tiempo. Las vigas de madera del techo abovedado combinan con las tablas anchas del suelo, alguna de ellas manchada con una pintura que hace juego con el azul suave de las paredes. Hay dos escritorios separados, uno frente al otro, y una acogedora zona de estar con sofás gigantes y una estantería llena de vinilos digna de una tienda de discos.

Pero lo que se lleva todo el protagonismo son las puertas correderas de cristal que dan al lago. Aportan un toque moderno a un espacio que recuerda a un granero y se abren a una terraza enorme con muebles de mimbre, rodeada de naturaleza y vegetación.

—Me compro una cama y me quedo a vivir aquí —suelto, provocando un par de risas—. Este sitio es increíble.

—Me alegro de que te guste —dice Ford, apoyándose en uno de los escritorios y cruzándose de brazos.

Lo miro y es como si pudiera ver su cerebro trabajando detrás de esos ojos verdes. Irradia inteligencia..., pero de la que intimida.

Rosalie me choca el hombro con el suyo.

—Lo siento —susurra, como si me hubiera leído la mente—. No es muy de abrazos ni de muestras de cariño.

Le sonrío.

—No pasa nada. Prefiero eso a alguien falso.

Da una palmada, divertida.

—Entonces os vais a llevar de maravilla.

Mientras se queda allí de pie, con las manos en las caderas y alternando la mirada entre Ford y yo, agradezco aún más su presencia. Sin ella, esto habría sido mucho más incómodo.

—Ford, ¿qué está pasando por ahí arriba? —pregunta.

—Estoy barajando opciones.

—Pues tienes pinta de estar planeando un asesinato.

La mira con ojos entrecerrados. No sé qué son exactamente el uno para el otro, pero está claro que hay algo más que una relación laboral. La tensión entre ellos es brutal. Me siento una intrusa solo por estar aquí.

Él hace un gesto despectivo con la mano.

—No, eso lo dejo para cuando Skylar decida contarme de quién está huyendo.

Me sobresalto, pero Rosalie resopla con una sonrisa contenida.

—Es tremendamente protector con la gente que le importa —me susurra—. Casi vengativo.

—Podrías quedarte en nuestra casa hasta que una de las casas para invitados esté lista —murmura él, frotándose la barba incipiente y mirando al suelo—. ¿Necesitas tiempo para trabajar en las canciones? Podemos empezar a concretar detalles, quedar el lunes, quizá, y organizar un calendario, una hoja de ruta. ¿Qué te parece?

«¿Quedarme en su casa?».

—Oh, no, no quiero abusar de vuestra hospitalidad —respondo. Me deja atónita que alguien a quien apenas conozco me haya ofrecido una habitación en su casa. No quiero sentirme más en deuda de lo que ya me siento por haberme presentado aquí sin avisar—. Pero una reunión el lunes estaría genial.

—No creo que quedarte aquí, en la oficina, funcione, ya que Rosie y yo...

¿Habla en serio? ¿Qué será lo próximo? ¿Darme la camiseta que lleva puesta?

—Lo de quedarme aquí era una broma —aclaro—. Un cumplido, vamos.

De pronto, empiezo a sentir el peso de mi intromisión y me doy cuenta de la carga que puede suponer para ellos que me haya presentado aquí sin avisar. Debería haberlo pensado mejor antes de actuar de una forma tan impulsiva.

He sido una egoísta. Egocéntrica. La gente sufre rupturas horribles todos los días, no solo yo.

—Mirad, será mejor que me vaya. Lo siento muchísimo. Venir aquí ha sido... demasiado. Un acto de pura desesperación. —Empiezo a venirme abajo. Se me acelera la respiración y las paredes parecen estrecharse en torno a mí. Me llevo una mano al pecho y suelto una risa nerviosa—. Una falta de respeto total.

Rosalie me agarra del codo con suavidad y se coloca frente a mí, aliviando un poco esa sensación de opresión.

—Eh, tranquila, no te agobies. Aquí nos tomamos las cosas con calma —dice. Luego mira por encima del hombro hacia Ford y añade—: Y sé de un sitio donde puedes quedarte. Mi hermano tiene una cabaña pequeña que...

—Rosie, ese lugar es un desastre.

Esta vez ni siquiera se molesta en mirarlo; simplemente pone los ojos en blanco.

—Sé que acabas de poner los ojos en blanco —protesta Ford, aunque sonríe.

Ella se muerde los labios para contener la risa y continúa:

—Tiene razón. No es nada lujosa. Pero está justo en la finca de al lado y tendrás toda la privacidad que quieras. Y a mi hermano no le va a importar. Vive ocupado con su trabajo, sus hijos y su absurdo equipo de bolos. Apenas lo verás..., salvo que quieras. Entonces se hará tu amigo encantado. Hacer amigos es lo suyo.

Ford suelta un bufido y niega con la cabeza, divertido.

—Lo de la privacidad me viene de maravilla. Estoy un poco harta de la gente. Y no necesito nada lujoso —miento, con un entusiasmo fingido.

Porque no conozco otra cosa que no sea el lujo.

He sido famosa toda mi vida y siempre he vivido rodeada de comodidades. Llevo sobre los escenarios desde que tengo uso de razón.

Ha llegado el momento de tomarme un descanso de todo eso.

Puede que lo que de verdad me venga bien ahora sea prescindir de todo lo superfluo.

TRES

Skylar

El interior es de un blanco nuclear y diminuto. En la tarima estrecha que da al lago a modo de terraza, hay una mecedora vieja y desgastada arrinconada contra la pared. Antes he visto a Rosalie quitarle las telarañas con las manos como si nada. A ella no ha parecido importarle, pero ahora que estoy aquí de pie, a su lado, dentro de esta cabaña con olor a humedad, no puedo dejar de preguntarme si piensa lavárselas en algún momento.

—Cuando estuve viviendo aquí, dormía en la litera de abajo y usaba la de arriba como armario.

Asiento como si esto me pareciera lo más normal del mundo. No lo es. Puede que me gane la vida cantando *country*, pero en el fondo soy una chica pija de ciudad. No creo haber visto nada parecido en la vida.

Aun así, me niego a comportarme como tal. Esta es mi nueva versión de mí misma: una tía guay, sencilla y sin complicaciones.

La Skylar sin lujos.

—Aquí, en esta encimera, tienes un hornillo eléctrico, un horno tostador y un hervidor. Eso de ahí es la nevera. —Señala el pequeño aparato blanco del rincón—. No tiene congelador. Seguro que mi hermano te deja usar el suyo. Sus hijos están obsesionados con los polos, así que espero que quede algún hueco entre tanta azúcar congelada. El baño está al fondo, detrás de esa puerta. No hay bañera, solo ducha.

Intento no torcer el gesto. Yo soy más de bañera.

Se queda callada un momento y se muerde el labio, algo nerviosa.

—También debes saber que aquí vive mi ratón, Scotty. Es un ratón de campo inofensivo. Un amor, en serio. Si pudieras dejarle unas migas cada día, me ahorrarías tener que venir a hacerlo yo.

—¿Tu... ratón?

—Bah. —Hace un gesto con la mano para restarle importancia—. Ni lo vas a notar. Pero le tengo mucho cariño, así que, por favor, no se lo digas a mi hermano. Pondría una trampa y no se lo perdonaría jamás.

No sé muy bien qué decir, así que recurro a un punto en común.

—Ah, claro. Yo tengo un pájaro. Así que genial.

Asiento mientras hablo, intentando convencerme de que seguro que ni me entero de que el ratón existe.

Ella se ríe con buen humor y se coloca detrás de las orejas unos mechones de pelo rubio oscuro mientras me mira de reojo.

—Qué mona. ¿Te sirve entonces esto? Te traeré sábanas limpias de la casa. Ah, y un chándal de Wild Rose Records. Es rosa. Te va a encantar.

—Sí. —Asiento, esforzándome por mostrar una seguridad que no siento. Pero, por la forma en que Rosalie arruga la nariz, está claro que no lo he conseguido—. Perfecto. Me encanta.

«Como se suele decir, finge un poco hasta que te salga solo», me recuerdo a mí misma.

Veo cómo me escruta con la mirada. No creo que se esté tragando mi actuación.

—Cuando te instales, podríamos..., no sé..., tomar algo o hacer algo divertido. Le prometí a mi amiga Tabby que saldríamos juntas alguna noche, pero he estado tan liada con el estudio que lo he ido posponiendo. Tengo que quedar con ella. Podrías venir con nosotras.

Parpadeo.

—Cuando te apetezca estar con gente, por supuesto. Sin presión. Tú decides.

«Sin presión». Esas dos palabras me hacen parpadear aún más. Me golpean de lleno. A veces siento que podría desmoronarme bajo

el peso de toda la presión que arrastro. De todo lo que se espera de mí.

¿Cómo sería salir a tomar algo con alguien solo por diversión, porque me apetece? No porque convenga que me vean con esa persona o por el estatus que conlleva estar a su lado.

Lo único que consigo es asentir y responder con un hilo de voz:

—Me encantaría..., gracias.

Rosalie esboza una sonrisa enorme y sincera.

—¡Estupendo! Pues vamos a avisar al dueño de la casa de que va a tener un huésped nuevo en el hotel.

Y entonces sale de la cabaña con paso decidido y se adentra bajo la luz del sol como si hiciera cosas como estas todos los días.

¿Yo? Me siento como si hubiera aterrizado en otro planeta. Y todo el mundo sabe que, cuando eso pasa, lo mejor es comportarte como si fueras del lugar.

Noto cómo me vibra el móvil y lo saco del bolso. Otra alerta de Google. Una nueva mención de mi flamante ex acompañado de una modelo impresionante en un restaurante de lujo en Los Ángeles. El titular dice: «Skylar, humillada». Se me revuelve el estómago y se me cierra la garganta.

No quiero que me afecte.

Así que guardo el teléfono, alzo la barbilla y sigo a Rosalie hacia el cálido día de verano. Al pasar junto al coche, compruebo que Cherry sigue durmiendo tan pancha en el interior, con el aire acondicionado puesto. Luego subimos por un sendero de tierra que lleva a una casa de campo con un aspecto algo más viejo. Verla me calma al instante.

Tiene ese aire acogedor de «hogar auténtico» que solo he visto en las películas.

Reduzco el paso mientras observo la madera pintada de blanco y la chimenea de ladrillo rojo, con el mortero sobresaliendo entre los bloques. El tejado está cubierto de tejas de un tono rojizo con mucho encanto.

Este lugar parece una casa familiar de las de verdad, o al menos como siempre me he imaginado que sería una. El porche que la rodea por completo tiene muebles de exterior repartidos por todas partes y juguetes desperdigados: una bicicleta, un monopatín, un bote de pompas..., incluso hay un juego de té de plástico sobre una mesita. A un lado se alza un olmo enorme, del que cuelga un columpio de cuerda, que se balancea con suavidad con la brisa cálida.

Me muero de ganas de sentarme en él.

—Por aquí —me indica Rosie, haciéndome un gesto. Me apresuro a seguirla por el jardín para ponerme a su altura. No hay ningún camino asfaltado ni piedras colocadas con precisión. Vamos directamente por el césped y bordeamos la casa.

El aire huele a hierba recién cortada y a piedras húmedas del lago, pero cuanto más avanzamos por la finca, peor se vuelve el olor.

Arrugo la nariz.

—¿Qué es ese olor?

Rosalie suelta un resoplido divertido justo cuando aparecen un establo y otros edificios anexos.

—Caballos. Mi hermano es adiestrador profesional. Trabaja aquí. Te acostumbrarás al olor. A mí, de hecho, me gusta. Ya verás cómo a ti también te acaba pasando.

La miro con los ojos abiertos como platos y ella se echa a reír. Me cae bien esta chica que limpia telarañas con las manos, da de comer a un ratón y le gusta el olor al estiércol de caballo.

—¡Ah! Ahí está —dice—. El hombre del momento.

Y sí.

«Ahí está».

—¡West!

Weston Belmont está sin camiseta, de espaldas a nosotras, junto a un caballo atado a una valla. Lo está lavando con la manguera, haciendo que su pelaje pase de un tono rojizo a uno oscuro y brillante.

Y de pronto entiendo por qué su piel se veía tan bronceada a través del diminuto agujero de su camiseta.

—Ahora no es buen momento, Rosie Posie —dice sin apenas girarse. Sigue de espaldas, con todos esos músculos tensándose y relajándose mientras moja con cuidado la crin del caballo.

Detrás de él hay un granero blanco y rojo a juego con la casa. Y más allá, prados, cercados y otros edificios cuya función desconozco.

—Tengo que refrescar bien a esta chica y luego conducir hasta dos campamentos de verano distintos si quiero recoger a los gamberros a tiempo.

—Puedo ir yo a por ellos.

Gira la cabeza y le lanza a su hermana una mirada sorprendida, con los ojos azules brillándole al sol. Entonces me doy cuenta del parecido. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes que pudieran ser familia?

Me mira un instante y luego vuelve a centrarse en Rosalie.

—¿De verdad vas a dejar que Emmy se suba a tu coche?

Ella se encoge de hombros.

—Qué va, está salvaje perdida. La ato al techo y listo.

Él se ríe, y ese sonido grave y cálido me devuelve de golpe al momento en que estaba tumbada bajo su cuerpo sobre aquel asfalto ardiendo.

—Pero antes tengo que presentarte a alguien —continúa Rosalie—. Se va a quedar en tu cabaña hasta que Ford y yo tengamos lista una de las casas de invitados.

Me estremezco por dentro. No se lo está pidiendo. Se lo está imponiendo.

Él se agacha para mojarle el vientre al caballo y veo cómo sonrío de perfil mientras el agua le salpica y brilla sobre su piel bronceada.

Incluso le empapa los vaqueros.

—La chica del loro. No esperaba volver a verte tan pronto.

Rosalie gira la cabeza hacia mí, frunciendo el ceño, confusa.

—¿La chica del loro?

«Por Dios».

—No soy la chica del loro.

Se pone de pie y se vuelve hacia nosotras. Verlo de frente me deja sin aliento. Es una locura. Me cuesta horrores que no se me descuelgue la mandíbula.

Él esboza una sonrisa de pura provocación y se limpia la frente con el brazo, lo que hace que se le marquen aún más los abdominales.

—¿Prefieres la chica del oso? —pregunta, enarcando una ceja con descaro.

A su hermana ahora se la ve muy interesada. Me da un codazo y me pregunta:

—¿La chica del oso?

Yo solo fulmino a Weston con la mirada, y él me responde con una sonrisa burlona.

—Entonces... —Rosie va alternando la mirada entre los dos—. ¿Ya os conocéis? ¿Eso es lo que está pasando aquí? West, esta es Skylar. Skylar Stone, ya sabes...

—Sí. Lo sé. —El adonis que tenemos delante se gira para cerrar el grifo, que chirría, haciendo que la yegua sacuda la cabeza. Él le acaricia el cuello sin dudarle y murmura—: Tranquila, preciosa.

No me siento nada orgullosa de lo que esa simple frase provoca en mi cuerpo.

Aunque la sensación se esfuma en cuanto empieza a contar la historia del oso.

—Esta mañana, nuestra amiga Skylar estaba intentando confraternizar con Winnie the Pooh a un lado de la carretera. Tuve que parar para ayudarla y que no acabara convertida en aperitivo. —Se limpia las manos en los vaqueros mientras se ríe—. Estuvo a punto, la verdad.

—¡No sabía que se iba a dar cuenta de que estaba allí!

Rosalie se muestra preocupada.

—¿Qué clase de oso?

—Un *grizzly* —responde Weston con sequedad, sin hacer caso a lo que acabo de decir.

Su hermana pone una expresión de puro horror.

—Dios mío, Skylar. No, cariño.

La miro, esperando demostrar que no soy una completa idiota. No pretendía hacer el ridículo. Era una oportunidad demasiado tentadora para dejarla pasar. Quería subir algo real a mis redes, volver a conectar con mis fans después del desastre en el que me he convertido últimamente. Demostrar que todavía soy capaz de hilar frases completas.

—Se le ha olvidado mencionar una cosa —explico—. Había crías.

—Eso lo empeora aún más —dice Rosalie, abriendo más los ojos, mientras Weston se ríe a su espalda.

—No tiene gracia —espeto. Hay demasiada gente creyéndose con derecho a opinar sobre mi inteligencia y, por muy simpática que parezca la anécdota, me duele que se burle de mí.

Él debe de captar la frustración en mi voz, porque se detiene al instante. Aunque no sé si la forma en que me mira ahora es mejor: me observa con demasiada intensidad y la mandíbula se le marca aún más al tragar saliva.

—Sí, señor —tercia Rosalie, dando una palmada, que me saca de mi ensimismamiento—. Solo a West se le ocurriría meterse de cabeza en un lío con un *grizzly*. —Lo señala y luego me guiña un ojo—. Prometo no decirles nada a mamá y a papá la próxima vez que hable con ellos..., siempre que dejes que Skylar se quede en la cabaña.

Él suelta un resoplido, pero sigue mirándome como si fuera un enigma que intenta resolver.

—No quiero ser una carga para Weston...

—Por favor, nadie lo llama Weston. Y ya que estamos, llámame Rosie.

—Vale, bien, pero no quiero que chantajeés a nadie para que me ayude ni ser una carga para West...

—Quédate en la cabaña. No es ninguna molestia. Y nadie está chantajeando a nadie. Rosie suelta chorradas, igual que tu loro. Su amenaza no me preocupa.

—¿Ves? —señala Rosie, radiante—. Te dije que no le iba a importar. Todo va a ir bien.

Me obligo a sonreír. «Sí, todo va a ir bien». Es lo que no paro de repetirme.

—Solo asegúrate de dejarla tranquila, ¿vale? —le dice Rosie a su hermano.

West pone los ojos en blanco.

—Por favor, si apenas tengo tiempo para mis hijos.

—Genial. Iba a coger ropa de cama para Skylar, pero ¿puedes hacerlo tú? Yo me encargo de recoger a Emmy y Oliver.

West asiente.

—Gracias.

Rosie se vuelve hacia mí.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Skylar. Te prometo que esto solo es provisional, hasta que podamos instalarte en otro sitio mejor.

—No, es perfecto, de verdad —miento, sonriendo, y le estrecho la mano de nuevo. Se me da muy bien esto. Demasiado bien.

Algo nada raro, teniendo en cuenta que toda mi vida se ha basado en mentirle a la gente.

Pero, cuando vuelvo a fijarme en West y me cruzo con su mirada, tengo la sensación de que ve a través de mi fachada.

Y no puedo dejar que eso ocurra.

CUATRO

West

Tengo a Skylar delante de mí mucho antes de lo que esperaba. Sabía que volveríamos a cruzarnos, claro, pero no imaginé que terminaría quedándose en mi propiedad. Y, por el brillo desafiante de su mirada y la forma en que alza la barbilla con orgullo, diría que ella tampoco.

Es más, puede que ni siquiera le haga gracia.

—Dame un segundo para quitarle el exceso de agua y voy contigo y te echo una mano.

—Genial —responde, con un tono más frío que antes.

Niego con la cabeza, cojo la rasqueta y retiro el exceso de agua de la potranca. Después la saco al prado y Skylar me sigue, apoyándose en la valla con gesto curioso.

En cuanto le quito la cabezada, el animal se tira al suelo y empieza a revolcarse en la tierra.

Sonrío, pero el jadeo de sorpresa de Skylar hace que me vuelva hacia ella. Está observando la escena con una mano en el pecho mientras la potranca se reboza entera.

—Acabas de lavarla.

—¡Coño!, es verdad. Espera, voy a decirle que no haga eso. —Me giro hacia el animal—. Eh, Meli, no te ensucies, ¿vale?

—De acuerdo, ya lo pillo. No hace falta que te cachondees de mí. —Vuelve a adoptar esa expresión agria.

—No me estoy cachondeando. Solo era una broma. Además, es imposible evitarlo. Mañana la cepillaré y la limpiaré de nuevo. Y, si después de trabajar con ella tiene mucho calor, volveré a refrescarla con la manguera. Aclarar y vuelta a empezar. Si te paras a pensarlo, soy un poco su criado.

Skylar se queda mirándola en silencio, tratando de entenderlo.

—¿Y eso no te da rabia? Has tardado un buen rato en dejarla limpia.

Ahora soy yo el que ladea la cabeza y la mira, confundido.

—No. He dedicado ese tiempo a que se sintiera mejor, refrescándola. Es un caballo, hace cosas de caballo. ¿No ves lo feliz que está? —Miro a la potranca, que sigue resoplando y revolcándose.

Un instante después, deja de rodar, se incorpora con torpeza, se sacude, aunque la tierra sigue pegada al pelaje, y se acerca a olisquear a Skylar. Al verla quedarse tiesa, me pregunto cómo creyó que podría acercarse a un oso si se pone así de nerviosa con un caballo.

Aun así, se arma de valor y estira la mano con cuidado, dejando que Meli le huela la palma abierta. Unos segundos después, la potranca sacude la cabeza, resopla suavemente y se aleja tranquila, antes de hundir el hocico en el heno que le he puesto en el comedero.

—¿Lo ves? Está encantada. ¿Cómo me va a dar rabia eso?

Skylar sigue pendiente del caballo.

—¿Y no hay ninguna forma de mantenerlos limpios?

—Sí, claro. Podría tenerlos siempre encerrados, tapados con una manta y limpiar sus cuabras varias veces al día. Tenerlos bajo llave. Pero esa no es la vida que estos animales están destinados a llevar. No son caballos de exhibición, aunque alguno podría acabar siéndolo. Son caballos de trabajo, caballos jóvenes. Bastante suerte tienen de que los cepille. Lo hago porque me gusta el proceso y porque sé que les sienta bien. Así es como ganamos confianza el uno en el otro. Y si luego se rebozan y se ensucian, pues es lo que hay, me da igual. No puedes enfadarte con lo que son.

—Ajá —es lo único que dice, sin apartar la vista de Meli, como si mis palabras la desconcertaran de verdad.

Un sonido desde su bolso la sobresalta y se lanza a buscar el móvil en ese pozo sin fondo. Cuando por fin lo encuentra y lo saca, frunce el ceño, se le humedecen los ojos y le tiembla la mandíbula.

Después pulsa el botón lateral para silenciarlo y su cara se transforma en una máscara de serenidad impostada, demasiado ensayada. Da un poco de mal rollo, la verdad. Me hace dudar de cada foto y entrevista que he visto de ella.

—Si quieres, puedes acariciarla mientras come. Es muy buena. Voy a por las sábanas y vuelvo enseguida.

Asiente, pero no me presta atención. En su lugar, se acerca de nuevo al caballo con cautela, así que decido dejarla un momento a solas.

Entro en casa a toda prisa sin molestarme en quitarme las botas. Total, el suelo está hecho un desastre después de tener a los niños aquí toda la semana. Ya haré una limpieza a fondo cuando se vayan con su madre este fin de semana. Subo corriendo las escaleras, abro el armario y cojo el juego de cama de cuadros rojos y blancos que usó Rosie cuando se quedó en la cabaña. Parece un mantel de picnic convertido en colcha.

Bajo las escaleras de dos en dos, me detengo un instante en el rellano y miro por la ventana. Skylar está junto a la valla, donde Meli está comiendo, y estira la mano hacia la testuz del caballo despacio, como si estuviera a punto de tocar algo ardiendo. Tiene el bolso tirado a sus pies y parece... casi relajada.

Seguro que, si hiciera cualquier ruido fuerte, daría un bote del susto. Esta chica está estresada. Ansiosa. Y eso es lo que me impide comportarme como el fan absoluto que soy de ella. Si lo hiciera, saldría huyendo. Así que me esfuerzo todo lo posible por no babear.

Tampoco se me había ocurrido que Skylar no tuviera mucha experiencia con caballos. Simplemente di por hecho que sí. Al fin y al cabo, es la reina del *country* y todo ese rollo. Parecía lógico.

Pero, por cómo apoya la palma rígida, tocando la estrella de la frente de Meli, me doy cuenta de que estaba muy equivocado.

Así que me quedo quieto, observando. Sus toques vacilantes se convierten en caricias mientras Meli sigue masticando el heno tan feliz. Al cabo de unos segundos, Skylar desliza los dedos por el mechón de la testuz y empieza a peinarla despacio.

Cuando termina con Meli, saca el móvil del bolsillo. Se ahueca el pelo, pone una cara rara, con unos morritos absurdos y, en un abrir y cerrar de ojos, pasa de chica vulnerable a diva despampanante, segura de sí misma.

Habla a la cámara mientras Meli come detrás de ella. Con el mechón perfectamente peinado. Como si eso la hiciera más presentable. La grabación dura poco y, en cuanto baja el móvil, se le hunden los hombros. Luego se queda mirando a la pantalla (seguramente revisando el vídeo) y su expresión se apaga.

Niego con la cabeza.

Y no porque esté enfadado, sino porque me da pena. Acabo de contemplar cómo un momento tierno se ha esfumado tras una máscara pulida. He visto a la Skylar vulnerable transformarse en la Skylar estrella. Y, al otro lado del vídeo, solo queda una versión vacía de la chica cuyos ojos brillaban con tanta vida en aquella carretera.

Vuelvo a negar con la cabeza y bajo a toda prisa las escaleras hacia el cercado.

—¿Has terminado de hacer lo que sea que estás haciendo?
—pregunto, fijándome en que sigue mirando la pantalla con el ceño fruncido.

—Es que... necesito grabar otro vídeo. No me gusta cómo ha quedado este. Salgo horrible y el maquillaje se me ha corrido con el sudor. Necesito un filtro.

La miro de arriba abajo. Puede parecer muchas cosas, pero «horrible» no es una de ellas.

—¿Un qué?

Por fin levanta la vista.

—Un filtro. Ya sabes, para la cara.

Ladeo la cabeza, intentando entender de qué narices está hablando. Tiene una cara que la gente enseñaría a su cirujano plástico como referencia.

—¿Qué le pasa a tu cara?

Suelta un suspiro profundo y vuelve a mirar el móvil.

—Por lo visto, estoy empezando a hacerme mayor.

—¿Mayor? ¿Pero cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—Uf, sí. Una anciana —respondo con toda la seriedad del mundo. Me fulmina con la mirada.

—¿Y quién ha soltado esa tontería?

Se encoge de hombros con desgana.

—Un artículo. Decía que parezco mayor.

—No quiero alarmarte, pero eso es justo lo que pasa cuando cumples años.

Se ríe, pero no es una risa alegre.

—Si quieres mi consejo... Pasa de esa mierda. Ni la leas —añado.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —murmura, con un hilo de vergüenza en la voz.

Siento un nudo en el pecho y no sé qué decir. Criar a una niña ya me parece aterrador; criarla en un mundo en el que pueda sentirse mayor antes de los treinta...

Antes de que me dé tiempo a articular una frase, ella se recompone y me suelta:

—Ahora que lo pienso, no, no quiero tu consejo. Y tampoco puedes llamarme anciana con esas líneas de expresión que tienes. Tú también necesitas un filtro.

Me señala la cara con el dedo, divertida.

Me río y ladeo la cabeza. La he subestimado. No debería haberla dado por vencida tan pronto; acaba de contraatacar.

—Venga, cara bonita. —Señalo la cabaña con la cabeza—. Vamos a dejarte instalada. Ya tendrás tiempo de hacerte tu sesión de fotos con Meli y castigarte por tu envejecimiento prematuro. Por hoy ya has tenido suficiente.

—¿Me acabas de llamar «cara bonita»?

Me encojo de hombros y echo a andar.

—No te ha gustado ni «muñeca» ni «la chica del loro». Y, oye, con esa piel tersa y sin una sola línea de expresión, sí, creo que «cara bonita» te pega bastante.

Oigo sus pasos suaves siguiéndome.

—A lo mejor tampoco me gusta «cara bonita».

—Bueno, es mucho mejor que «cara de vieja».

Esta vez se ríe de verdad, una risa feliz.

Y, de algún modo, lo siento como una victoria.

Cuando llegamos a la cabaña y veo a la angelical Skylar Stone en ese cuchitril que va a llamar casa, intento no hacer una mueca de disgusto.

En vez de eso, me quedo mirándola: pendientes enormes de diamantes, unos dientes blanquísimos, uñas perfectamente arregladas. No podría desentonar más en esta cabaña ni aunque lo intentara.

Dejo caer la ropa de cama sobre el colchón y me quedo completamente alucinado cuando me pregunta:

—¿Qué hago con eso?

—Pues... ¿hacer la cama?

Se le escapa una risita nerviosa y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Es un tic. Como cuando un caballo mueve la oreja o desvía el ojo hacia un lado. Estoy acostumbrado a fijarme en esas cosas. Cuando te pasas el día observando señales de incomodidad en animales que no hablan, al final también las detectas en humanos.

—Sí, claro. Ya me las apañaré.

Parpadeo.

—¿Me estás diciendo que no sabes hacer una cama?

Ella resopla, pone los ojos en blanco y se coloca otro mechón de pelo detrás de la otra oreja.

—No creo que sea tan difícil de hacer.

—¿Cómo es posible que tengas veintiséis años y no sepas hacer una cama? —comento sin pensarlo.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que he metido la pata por la forma en que me mira. Cualquier comentario (en broma o no) sobre sus capacidades es un tema delicado que la pone a la defensiva.

—Desde que nací me han criado, educado y exhibido como la yegua de exposición de América. He sido una niña prodigio que se

ha pasado la vida de gira. No fui al colegio y no aprendí a hacer la cama. Nunca me hizo falta. Nadie me pidió que la hiciera jamás. Siempre había alguien que lo hacía por mí. Pero ¿sabes qué? No soy tonta. Averiguaré cómo hacerlo sin tu... —alza las manos, furiosa, y dibuja unas comillas en el aire— «inestimable y experta ayuda viril para hacer camas».

—Skylar, no era mi intención...

Me interrumpe con un gesto de la mano y evita mirarme.

—Hay tutoriales de YouTube para todo. Puedes irte. Gracias por todo lo que has hecho hoy. —Se queda callada un momento, con la mirada fija en las sábanas rojas y blancas, mientras se muerde el labio inferior—. Aunque no lo parezca, te lo agradezco de corazón.

Hay algo tan sincero en sus palabras que me impide decir nada más. Así que hago lo que me pide y retrocedo despacio

—Si necesitas algo, llama a la puerta. A cualquier hora. Estoy ahí arriba, ¿vale?

Asiente con suavidad justo cuando una lágrima le resbala desde las pestañas hasta la mejilla maquillada a la perfección.

Se la limpia a toda prisa.

Me encantaría volver y abrazarla, pero no lo hago. Sé reconocer cuándo alguien está a punto de plantar cara o salir corriendo. Y, ahora mismo, esta chica parece lista para hacer las maletas y largarse en cualquier momento. Algo que me jode bastante porque tengo la sensación de que necesita este lugar.

Además, no sé cómo explicarlo, pero tampoco quiero que se vaya.

CINCO

Skylar

—Este sitio es un tugurio —murmuro mientras empiezo a deshacer la maleta.

—¡Este sitio es un tugurio! —grita Cherry desde mi hombro, lo que me hace preguntarme si la que tiene ese pico de oro para criticar es ella... o soy yo.

Intento cambiar el chip.

—Este sitio tiene su encanto.

Cherry no hace el menor esfuerzo por acompañarme.

—¡Este sitio es un tugurio! —repite.

Suena el móvil y, cuando lo cojo para mirar la pantalla, no me sorprende en absoluto ver que es mi padre. Mi «papánager», como lo hemos llamado toda la vida de broma porque ha gestionado prácticamente todo lo relacionado conmigo: mi vida, mi carrera, mi dinero.

Mis relaciones.

Vuelvo a rechazar la llamada. No estoy preparada para hablar con él. Sé que me hará luz de gas hasta conseguir que dude de mí misma. Y mi agente, Jerry, lo apoyará en silencio, ofreciéndome trabajos y consejos que encajen con los objetivos de mi padre.

Los mensajes que no paran de llegarme no hacen más que confirmarlo.

Papá: Puedes tomarte un descanso. Pero estás reaccionando de forma exagerada al negarte a hablar con nosotros. Este comportamiento errático solo le da más motivos a la prensa para llamarte loca.

Jerry: Voy a emitir un comunicado diciendo que estás trabajando a tope en el estudio, grabando. Si vuelves la semana que viene, haré que te vean

saliendo del mismo restaurante de lujo con alguien mucho más atractivo que Andrew.

Suelto un bufido. «Ni de coña voy a volver la semana que viene».

Ahora que me he ido, hay una parte de mí que no quiere volver. Nunca. La necesidad constante de mantenerme en forma, arreglarme, ensayar..., todo me agota. Sí, hace que mis actuaciones sean mejores para mis fans, y yo adoro a mis fans, pero echo de menos cantar sin más. Por diversión. En la ducha. En el coche. Mientras recojo la casa. He perdido el placer sencillo de esos momentos.

Antes, la música me hacía feliz, me daba vida. Ahora me da pánico. Me aterra salir al escenario. Y ni siquiera un mar de caras felices y todas esas niñas y adolescentes que cantan mis canciones consiguen aliviar esta tristeza que arrastro.

Dejo el móvil sobre el colchón con el estómago revuelto. Darme cuenta de que mis padres han conseguido arruinar mi única pasión me provoca náuseas y me enciende por dentro.

Llevo semanas furiosa con ellos, pero la humillación de ayer fue la gota que colmó el vaso. Pensar en ello me pone enferma, así que no lo hago. Me concentro en la idea de instalarme y dejo que mi mente se pierda en manos tatuadas y piel bronceada.

Termino de deshacer la maleta rápido, sumida en mis pensamientos, y al poco me entran ganas de dar un paseo hasta el lago. Vuelvo a meter a Cherry en su jaula con un cuenco de comida y salgo de la cabaña sin mirar atrás. No tengo que decirle a nadie adónde voy ni cuándo volveré. Ninguna obligación, ningún reloj marcándome el paso.

Hay algo profundamente liberador en no tener que ir a ningún sitio en concreto ni impresionar a nadie. Puede que me quede junto al agua toda la noche y duerma bajo las estrellas.

Aún no lo he decidido. Lo único que sé es que, por primera vez en mi vida, siento que el mundo se abre ante mí y que todo es posible.

Bajo a trompicones el pequeño desnivel de hierba hasta el lago de la forma menos elegante que uno pueda imaginar. Parezco Bambi sobre hielo, descoordinada, todo brazos y piernas, hasta que termino en la orilla llena de piedras.

Hay un árbol enorme inclinado sobre la orilla del lago, sostenido con firmeza por un lado gracias a unas raíces gruesas que se aferran a la tierra que queda detrás. Al otro lado, las raíces se proyectan rectas hacia fuera y luego caen de golpe casi un metro, formando un ángulo retorcido, hasta hundirse en las rocas y el barro de la orilla.

Apoyo la palma en una de esas raíces. Está lisa, desgastada por los años, ya no queda corteza. Pero tiene algo bello: las vetas, las marcas del tiempo que cuentan su historia, como las líneas de expresión en los rostros.

«Líneas de expresión». El término me viene a la cabeza y sonrío mientras contemplo la madera. De algún modo, me siento conectada a este árbol. Las corrientes han intentado tumbarlo, pero ahí sigue. En pie.

Doy un paso más para verlo de frente y me detengo en seco.

Ahí, entre dos raíces enormes, hay un niño sentado en el tronco, con un libro en el regazo. Me gustan los niños; me atraen su sinceridad y su sencillez, pero no se me da bien calcular sus edades.

Este es lo bastante mayor para leer y lo bastante pequeño para tener todavía ese cuerpo a medio hacer y unos cuantos dientes de menos.

Me mira con los ojos muy abiertos, asustado. Ojos azules. No voy a cometer el mismo error dos veces; se nota a la legua que es hijo de West.

—Hola, me llamo Skylar. Perdona, no quería molestarte, solo he venido a ver el lago.

No dice nada, pero su expresión pasa del sobresalto a la curiosidad. Como no quiero incomodarlo, sigo hablando.

—Creo que nunca había visto un lugar como este. Seguro que para ti, viviendo aquí, no tiene nada especial..., o eso supongo. Pero es... —me llevo la mano a la frente para protegerme los ojos del sol

y giro sobre mí misma para abarcarlo todo— tan tranquilo. No me extraña que te guste leer aquí.

Lo miro y me sonrío con timidez justo cuando empieza a sonar a todo volumen *Whose Bed Have Your Boots Been Under*, de Shania Twain. Todo un clásico.

El niño pone los ojos en blanco y yo no puedo evitar reírme.

—¿Tu padre?

Niega con la cabeza, entre divertido y resignado.

—¿Tu hermana?

Asiente.

Sonrío para mí mientras vuelvo a mirar el lago, imaginando cómo tiene que ser crecer en una casa rodeada de tanto terreno, con una tía que te recoge del campamento de verano y un padre que te deja poner la música a tope por pura diversión.

Y en este momento, con su hijo delante, es cuando asimilo de verdad que West, el mismo West al que llevo todo el día devorando con la mirada como una perra en celo, es padre. Y que no ha tenido a sus hijos él solo, por lo que he estado babeando por un hombre casado.

Hago otra marca en mi lista mental de «Cosas por las que me odio a mí misma» y me prometo parar ya.

De todos modos, esto lo simplifica todo. No estoy para andar suspirando por ningún macho alfa. No cuando no pienso quedarme aquí mucho tiempo. Y menos aun cuando no confío en nadie.

Ahora mismo sería una pesadilla andante para cualquiera que quisiese tener una relación conmigo.

Sí, así es muchísimo mejor. Me permitirá centrarme en mi carrera y arreglar mis mierdas, en lugar de buscar validación donde sea.

Porque yo, Skylar Stone, tengo que aprender a quererme.

Y ahora mismo no sé cómo hacerlo.

Pero sí quiero la vista que tengo delante. De hecho, la adoro.

El agua brilla y los insectos planean sobre la superficie formando pequeñas ondas en ella. El sol está más bajo, de un tono naranja dorado lejos del amarillo cegador de antes.

Y me calienta hasta el alma.

—Voy a quedarme un tiempo en vuestra cabaña. Espero que no te importe. A tu padre le ha parecido bien. Así que no soy ninguna desconocida peligrosa ni nada por el esti... ¡Oh! —exclamo cuando un ave enorme se lanza en picado hacia el lago para emerger un instante después con un pez retorciéndose. Luego se va volando hacia la copa del árbol más cercano—. Joder, eso ha sido increíble.

El niño se parte de risa, de esa forma que tienen cuando un adulto suelta una palabrota delante de ellos. Debería sentirme culpable, pero hay una madurez en él que me hace pensar que puede con ello.

—No tengo ni idea de qué pájaro era, pero ha sido una pasada. Me encantan las aves. ¿Te imaginas poder volar y verlo todo desde arriba? —Suspiro—. Ese es el truco que uso para volver a dormirme cuando me despierto por la noche: pienso que soy un pájaro y sobrevuelo mentalmente todos los lugares del mundo en los que he estado. Y he estado en muchos.

«Pero ninguno me ha atrapado como este».

—Oye, ¿cómo te llamas? —pregunto sin mirarlo.

Se aclara la garganta, como si tuviera algo atascado, y por fin habla. Tiene una voz suave, sorprendentemente dulce.

—Oliver.

—¿Te importa si me quedo aquí, Oliver? Me gustaría sentarme un rato y ver cómo pasa el mundo.

Lo miro de reojo para asegurarme de que no va a decir que sí solo por educación, pero ya se ha hecho a un lado en el tronco y está dando unas palmaditas en el hueco que me ha dejado. Antes de darme cuenta, esbozo una sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa de verdad, y me siento a su lado.

Este sitio es acogedor, íntimo, con el agua rozando nuestros pies y las raíces envolviéndonos.

—Encantada de conocerte, Oliver —digo en voz baja.

El niño no responde, pero lo veo sonreír mientras vuelve a concentrarse en su libro.

Así que me quedo sentada con él. Con este niño al que apenas conozco, en un lugar completamente nuevo, sumidos en un silencio de lo más agradable.

Y no recuerdo la última vez que me sentí tan en paz.



No sé cuánto tiempo nos quedamos sentados en nuestro tronco. El suficiente como para que el sol descienda aún más sobre las montañas del otro lado del lago y el olor a carne a la parrilla llegue hasta la orilla.

Me ruge el estómago y me doy cuenta de que voy a tener que comprar algo para cocinar. La verdad es que mi repertorio culinario es bastante limitado. Podría comer fuera, pero la gente no suele ser tan maja como Oliver, y no me apetece que me miren fijamente ni que me pidan autógrafos.

Estoy haciendo una lista mental de lo que necesito para preparar unos macarrones con queso cuando oigo unos pasos pesados corriendo hacia nosotros. En cuestión de segundos, una niña pequeña da un salto enorme desde el prado hasta la orilla.

—Se acabó el tiempo, empollón —resopla al aterrizar sobre las rocas, recupera el equilibrio sin esfuerzo y luego se endereza y se gira con una mano apoyada en la cadera.

Tiene los ojos azules. El pelo de Oliver es rubio oscuro; el de ella, de un rubio rojizo que, bajo la luz del sol, adquiere un matiz rosado. Me recuerda a mi pulsera de oro rosa favorita.

—MADRE MÍA. —Abre la boca de par en par y sus mejillas, salpicadas de pecas, se tiñen de rojo—. ¿Eres Skylar Stone?

Grita la pregunta tan alto que me estremezco. Cuando miro a Oliver, vuelve a poner los ojos en blanco.

Son unos niños adorables. Ambos.

—¿Y tú eres la que lleva una hora poniendo a Shania a todo volumen?

Sonríe, con los ojos brillantes.

—Sí. Pero la próxima vez pondré tus canciones.

«Genial. Menuda tortura».

No lo digo en voz alta, pero solo imaginarme sentada escuchando mis canciones me pone los pelos de punta.

—Podría prepararte una coreografía —añade, como si hablara del tiempo.

—Ah, ¿sí?

—Me invento una y te la enseño. Si te gusta, tendremos que hablar del precio. Yo no trabajo gratis.

Oliver suelta un gemido avergonzado, pero no puedo evitar sonreír. Se la ve tan... segura de sí misma. Me pregunto cómo debe de ser tener tanta confianza en una misma, saber que tu tiempo y tu trabajo valen lo suyo desde tan pequeña.

Ojalá yo hubiera sido así de consciente. Quizá ahora estaría en otra situación.

«No te preocupes, muñequita. Yo me encargo de todo».

La voz de mi padre se cuela en mi cabeza junto con la imagen fugaz de un contrato que empuja delante de mí. Ese apodo que durante años me pareció dulce, ahora solo rezuma condescendencia.

Sí, para él siempre he sido una muñeca. Me subía a un escenario. Me hacía cantar. Y pasaba por caja.

Si hubiera tenido aunque solo fuera una pizca de la astucia de esta niña, habría leído ese contrato e incluso habría hecho un par de preguntas.

Pero no. Confié en él. A ciegas.

Y esa confianza me ha jodido del todo.

Niego con la cabeza y vuelvo a centrarme en la niña.

—¿Cómo te llamas?

—Emmy. Tengo seis años —responde, tendiéndome la mano y recalcando su edad como si estuviera orgullosísima—. Y ese es mi hermano, Oliver. Tiene ocho.

Le estrecho la mano, pequeña y pegajosa, y recuerdo lo que dijo Rosie sobre los polos.

—Encantada de conocerte, Emmy —digo con todo el entusiasmo que puedo—. A Oliver ya lo conozco. Ha sido muy amable y ha dejado que me siente con él.

Frunce el ceño mirando a su hermano, que se pone de pie y cierra el libro de golpe.

—¿Ya lo conoces?

Parece confundida por lo que le estoy diciendo, así que ladeo la cabeza y asiento despacio.

—Sí. Él mismo se presentó.

Emmy abre los ojos de par en par y esboza una sonrisa radiante, llena de dientes pequeños y blanquísimos, que le ilumina la cara. Después le da a su hermano un puñetazo en el hombro, con cariño, pero con ganas.

—¡Anda, claro que sí, Ollie!

No entiendo muy bien qué está pasando aquí, pero Oliver se pone rojo como un tomate y se queda mirando las piedras del suelo.

Antes de que pueda preguntar nada, Emmy me agarra la mano con la suya pegajosa.

—Ven a cenar con nosotros. Mi padre hace las mejores hamburguesas del mundo.

—Ay, no. En serio. No quiero quitaros tiempo en familia. Seguro que ya tenéis planes con vuestros padres para esta noche.

Emmy resopla y tira de mí hacia un sendero estrecho que no he visto cuando he bajado a lo loco por la pendiente. Me está agarrando con tanta fuerza que me siento como si me estuvieran llevando a un interrogatorio.

—Porfa. Solo está mi padre, y no le va a importar.

La cotilla que llevo dentro decide entrar en escena.

—¿Y tu madre?

Emmy se encoge de hombros.

—Ni idea. Seguro que Brandon y ella están en su casa comiendo algo supersano.

Eso no hace más que aumentar mi confusión.

—¿Quién es Brandon?

Dejo que me guíe hasta el césped mientras oigo los pasos de Oliver siguiéndonos. Con Emmy hablando sin parar, es imposible que el niño meta baza.

—Nuestro padrastro.

Doy un traspié y Emmy me tira del brazo para que continúe andando.

—Venga, que me muero de hambre.

Sigo caminando, aunque por dentro todo me da vueltas. «Padrastro». O sea..., ¿están divorciados?

Sé que no es asunto mío, pero tengo muchas preguntas. Quiero saber más.

Más de lo que debería.

La mayoría de esas preguntas puedo ignorarlas sin problema. Tengo veintiséis años. Que el reciente divorcio de mis padres me pillara por sorpresa no me da derecho a sonsacar información a una cría sobre el de los suyos.

La verdad, se nota que lo está llevando mucho mejor que yo. Aunque está claro que sus padres son mucho mejores personas que los míos.

Lo que, siendo sinceros, tampoco es muy difícil.

Lo difícil es no preguntarme hasta qué punto está soltero Weston Belmont.

SEIS

West

Doy la vuelta a las hamburguesas y me echo un poco hacia atrás para inspeccionar mi obra, justo cuando me interrumpe un chillido emocionado.

—¡Papá! ¿A que no sabes qué?

Suelto un suspiro y cierro los ojos.

«Emmy».

Mi hija es la niña de mis ojos. Mi versión en miniatura. Pero también es la principal razón por la que vivo en un cansancio constante. Es un torbellino rebosante de carácter, con unas ganas de comerse el mundo que no le caben en ese cuerpecito.

Nunca para.

Habla, se mueve, mira, pregunta.

Es lista, descarada y muy divertida. No cambiaría nada de ella. Y si alguien intenta apagarle la chispa o hacerle sentir que es demasiado intensa, le parto la cara.

Pero, joder.

Emmy me agota.

Hay días en los que les mando un mensaje a mis padres solo para pedirles perdón porque es exactamente igual a como era yo de crío. Y, aunque siempre me adoraron, ahora entiendo lo extenuante que debió de ser aguantarnos a mí y a mis trastadas.

—¡Jooo, tía! ¿Qué pasa? —pregunto por encima del hombro, imitando de la forma más exagerada posible a una chica pija; algo que nunca falla a la hora de hacer reír a mis hijos.

Y, efectivamente, se ríen. Emmy. Oliver.

Y alguien más a quien no identifico de inmediato.

Pero, mientras me giro con las pinzas en la mano, reconozco la risa. Un poco ronca, contenida, como si se estuviera reprimiendo porque reírse a carcajadas no es de señoritas.

«Skylar».

Skylar, que va de la mano de mi hija.

Skylar, que mira mi delantal, abre los ojos como platos y se tapa la boca con la mano libre.

Bajo la vista y me doy cuenta de que llevo puesto el delantal de «ESTE TÍO SABE CÓMO ENCARGARSE DE SU SALCHICHA» que me regaló Rosie en Navidad.

Los niños no pillan el doble sentido.

Skylar sí.

Por dentro, me quiero morir. Por fuera, sigo el juego.

Le guiño un ojo y sonrío de medio lado.

—Perdona. Si hubiera sabido que íbamos a tener visita, me habría puesto el delantal elegante.

Ella arquea una ceja con mucha actitud, saca un poco la cadera y se cruza de brazos, realzando su pecho de una forma en la que no debería fijarme.

Pero me fijo, así que me obligo a apartar la vista enseguida.

—¿Y cómo es ese delantal elegante? —pregunta.

Chasqueo la lengua y ladeo la cabeza, divertido.

—Pues uno que hace que parezca un machote de pelo en pecho con barriga cervecera.

Skylar me mira mientras mis hijos sonrían de oreja a oreja, atentos a cada palabra que decimos.

—Ah, ¿entonces solo pareces un machote cuando llevas el delantal?

Nada más soltar la pulla, abre la boca, como si no pudiera creerse lo que acaba de decir.

Pero Emmy y Oliver hacen que su sorpresa pase desapercibida estallando en carcajadas. Por suerte, aún no captan la insinuación, pero esa suerte no durará eternamente.

—Yo diría que hoy ya has tenido una buena vista —respondo, viendo cómo se sonroja mientras pone los ojos en blanco.

Justo cuando estoy a punto de rematar la jugada, añadiendo que estoy dispuesto a enseñárselo otra vez por si no se acuerda, Emmy decide abrir la boca.

Porque, claro, Emmy siempre abre la boca. Y, aunque todo lo diga en broma, se lo pasa en grande metiéndose con su padre.

—No tiene barriga cervecera. Todavía. Pero seguro que le sale porque bebe cerveza. Y tiene el pecho lleno de pelo.

Finjo indignación con un jadeo exagerado, levanto las pinzas metálicas y apunto a mi hija con ellas como si me hubiera traicionado.

—Emmy, no tengo el pecho lleno de pelo.

Ella resopla, con las mejillas sonrosadas y el flequillo revuelto cayéndole sobre la frente. Mi hija es una salvaje, y esa es una de las cosas que más me gustan de ella. Le importa una mierda lo que piensen los demás. Es brutalmente sincera.

Salvo cuando me vacila y trata de engañarme. Ahí miente sin pudor.

Oliver se tapa la boca para esconder una risa, como si se estuviera exponiendo demasiado por reírse delante de alguien que no sea de la familia.

—Sí que lo tienes, papá —insiste Emmy—. Lo que pasa es que no se nota porque te lo afeitas.

«Esta niña...».

Ahora es Skylar la que estalla en carcajadas. Niego con la cabeza, viendo cómo la expresión de Emmy pasa de divertida a indignada en un abrir y cerrar de ojos.

—Papá, me dijiste que mentir está mal, así que no mientas. Todo el mundo sabe que tienes pelos en el pecho y que te lo afeitas. Te vi hacerlo una vez en la ducha.

—Sí, Emmeline. Todo el mundo lo sabe porque lo vas pregonando a gritos y porque entras al baño sin llamar para hablarme sin parar, como si no hubiera un mañana.

Oliver se ríe tan fuerte que se tapa los ojos, como si no pudiera soportar el peso aplastante de mi humillación.

Me giro hacia Skylar, intentando justificarme.

—Solo me afeito de vez en cuando. No siempre.

Está llorando de la risa y se limpia las lágrimas apresuradamente.

—Está bien, Emmy —dice, intentando recuperar el aliento mientras me echa un cable; es lo mínimo que puede hacer después de que la salvara de un *grizzly*—. En serio, está bien —repite sin aire—. Yo también me afeito en la ducha. La mayoría de los adultos lo hacemos. Es algo muy normal.

Emmy se vuelve hacia ella y la mira con suspicacia, como si dudara de si Skylar le está diciendo la verdad o si es solo un complot entre adultos para engañarla.

—¿El pecho? Demuéstralo.

Supongo que esta noche todos vamos a tener nuestro turno de carcajadas, y ahora me toca a mí.

Los ojos avellana de Skylar se abren más que cuando el oso vino hacia nosotros. Oliver se tira al suelo de forma exagerada y se queda bocarriba sobre la hierba, cubriéndose la cara con ambas manos como si quisiera desaparecer.

Si Skylar no estuviera aquí, seguro que diría algo así como: «Vale. Dejádme morir aquí mismo. Se acabó». Últimamente le va mucho el melodrama; está en esa edad en la que todo le da vergüenza.

Decido salvarlo de su bochorno y a Skylar de tener que «demostrar» nada y reconduzco esta conversación tan delirante.

—Bueno, Skylar, ahora que ya conoces a toda la tropa, ¿te apetece una hamburguesa para cenar?

Skylar aprieta los labios y se los frota entre sí, con los ojos aún brillando de diversión mientras mira a su alrededor. Emmy nos fulmina con la mirada y Oliver permanece tumbado en el suelo.

Sigue moviendo los labios y me pierdo mirándolos.

Da igual que mis hijos estén delante.

Da igual que la tensión entre nosotros vaya y venga.

Hay algo en lo absurdo del momento que hace que todo lo demás se desvanezca y que en lo único en lo que pueda pensar sea en lo cerca que han estado mis labios de los suyos hoy en esa carretera.

Me sigue sorprendiendo lo poco que se parece la auténtica Skylar Stone a la idea que me había hecho de ella.

—No —responde—. No quiero interrumpir vuestro tiempo en familia. Ya te he quitado bastante por hoy.

Emmy nos mira a los dos, sin perder detalle.

—Espera, ¿ya os conocíais?

—Sí, hoy mismo —respondo sin más mientras ella se planta con las manos en las caderas. Menos mal que no se ha enterado de que Skylar me ha visto sin camiseta.

—¿Has conocido hoy a Skylar Stone y no me has dicho nada?
—Me mira como si quisiera matarme.

Sé que Emmy es fan de ella (joder, igual que yo, para qué negarlo), pero no hace falta tratar a la pobre chica como si fuera una atracción de feria. Rosie me ha dicho que necesitaba espacio, y eso es lo que pienso darle.

Por eso decido pasarle el marrón directamente a mi hermana.

—La tía Rosie también la ha conocido. ¿No te lo ha dicho cuando te ha recogido? —Puedo oír a mi hija rechinando los dientes mientras procesa lo que le acabo de decir—. No todo gira en torno a ti, Emmy-Lou.

—Papá, si no te quisiera tanto, ahora mismo estaría muy enfadada contigo.

Por lo rojas que se le han puesto las orejas, diría que ya lo está.

—Bueno, cariño, entonces tengo muchísima suerte de que me quieras tanto. —Le guiño un ojo, y la tensión se disipa al instante. Sus mejillas regordetas se inflan como dos manzanitas perfectas mientras pone los ojos en blanco.

Es de mecha corta, pero se le pasa enseguida. Ha heredado mi carácter, desde luego.

—Bueno, Skylar, aún no te los he presentado como es debido. Esta personita llena de actitud y con cero filtros es mi hija,

Emmeline, pero te hará picadillo si no la llamas Emmy...

—Yo jamás le haría eso a Skylar Stone —murmura ella mientras sigo hablando.

—Y el chico que está tirado en el césped, muriéndose de vergüenza, es mi hijo, Oliver. U Ollie. Llámalo como quieras; no te va a hacer nada.

—Sí —salta Emmy, como si fuera nuestra portavoz oficial—. Ya lo sabe. Ha conocido a Oliver en el lago. Él mismo se ha presentado.

Me quedo estupefacto, aunque lo disimulo como puedo mientras miro a Skylar y a Oliver, que ha abierto los dedos para observarme entre ellos.

«Se ha presentado».

La verdad, me ha dejado sin palabras.

Skylar continúa como si no tuviera nada de especial.

—Sí, estaba leyendo junto al lago y yo necesitaba un poco de paz. La vista era preciosa y me ha dejado sentarme con él. Me he quedado mirando los pájaros y el cielo, y él ha seguido leyendo...

—Se detiene, mirándome con cautela; seguro que ha interpretado mi sorpresa como algo negativo—. Espero que no te importe. No quería excederme. Solo quería... —Se gira hacia Oliver con una sonrisa llena de cariño—. Eres buena compañía, ¿sabes? Ha sido justo lo que necesitaba.

Procuro no darle más importancia de la que tiene, bajo la vista hacia la parrilla y respiro hondo mientras ordeno mis pensamientos. Con los años he aprendido que convertir el mutismo selectivo de Oliver en un drama solo sirve para avergonzarlo y que hable aún menos.

Así que, en lugar de explicar que Oliver solo habla con las personas más cercanas a su entorno, sigo como si lo que acaba de decir Skylar fuera lo más normal del mundo.

—Qué bien. Me alegro mucho de que hayáis podido conoceros y de que mi chico se haya comportado como todo un caballero, dejando que te sientes con él.

—Pero, papá, ¿no...? —empieza Emmy.

La silencio con una mirada firme al instante. No la uso a menudo, no soy muy estricto, pero este es uno de esos momentos en los que hay que cambiar de tema y no convertir el hecho de que Ollie haya hablado en un acontecimiento.

Espero que capte la indirecta; no se le dan muy bien los límites, pero es intuitiva y suele pillar las cosas rápido.

—Emmy, ¿puedes ir dentro y traerle algo de beber a Skylar, por favor? —Me vuelvo hacia nuestra invitada—. ¿Qué quieres tomar, Skylar? ¿Una cerveza para hacer juego con la barriga cervecera? ¿O prefieres vino, un refresco, zumo...? Tengo de todo.

—¿Y yo? ¿Puedo tomar lo que quiera? —Emmy, otra vez. Metiendo baza, como siempre.

—No, tía, por favor —me quejo con mi voz de chica pija, la que siempre hace reír a Emmy—. Tú, agua, que ya te has comido un polo.

Skylar se ríe por lo bajo, y Emmy la coge de la mano y se la lleva dentro de casa, soltando un gruñido de protesta.

Las veo alejarse y, cuando están a punto de entrar, Skylar se vuelve para mirarme por encima del hombro. La melena cobriza y brillante le cae suelta sobre los hombros. Nuestras miradas se encuentran durante un instante y noto la duda en la suya, como si no supiera qué pensar de todo lo que ha ocurrido hoy. No me extraña.

Ha pasado de estar en giras mundiales y llenar estadios a dejarse arrastrar a una vieja casa de campo por un pequeño demonio de manos pegajosas.

Vuelve a fijarse en mi delantal y aprieta los labios para ocultar una sonrisa. Luego niega suavemente con la cabeza y sigue a mi hija al interior de la casa.

—¿Papá? —dice Ollie, incorporándose por fin sobre los codos. Su pelo claro y sus ojos azules son como verme a mí mismo cuando tenía su edad.

—¿Dime, tía? —sigo con mi voz de pija. Él pone los ojos en blanco con un dramatismo digno de un óscar—. Si ahora ya te

molesta, imagina lo mucho que me vas a odiar cuando seas adolescente. Supongo que, para entonces, tendré que aprender a ser guay. ¿O ya te parezco lo suficientemente guay?

Ignora por completo mi pregunta y va directo al grano.

—No puedes dejarla sola con Emmy.

—¿Por qué no? —Levanto una hamburguesa un poco para comprobar el punto de la carne.

—Porque Emmy está obsesionadísima con ella, es muy intensa y va a conseguir que no quiera quedarse. Ya le ha dicho que puede montarle una coreografía y cobrarle por ello, como si fuera toda una empresaria.

Me quedo mirando a mi hijo. Cuando habla, parece que tenga veinte años y haya estudiado en Harvard. Será por ese nivel de lectura tan exagerado del que siempre nos hablan sus profesores.

—Tu vocabulario nunca deja de impresionarme. Pero tu hermana no debería trabajar gratis. El trabajo infantil es un delito, ¿lo sabías?

—Papá, lo digo en serio.

—Vale, vale. Veo que quieres que se quede, ¿no?

Se encoge de hombros y levanta la vista hacia el cielo, que se empieza a oscurecer.

—Creo que sí. No me gusta su música, ya lo sabes, pero me cae bien. Parece maja, ¿verdad?

Lo observo. No sé qué ha pasado entre ellos junto al lago, pero algo ha habido. Ollie es tímido, reservado y le cuesta confiar. Sin embargo, hay algo en Skylar que ha conectado con él.

Y conmigo.

—Me has dejado un poco sorprendido. No te suele entusiasmar la gente nueva.

Mira al suelo y da una patada a la tierra.

—Es la primera vez que conozco a alguien que tampoco puede hablar, aunque quiera.

Entonces lo entiendo todo. Los bloqueos recientes de Skylar ante las cámaras han salido en todas partes. La mayoría solo ve a una chica joven quedando en evidencia en público.

Ollie ve a alguien como él.

—Papá —insiste—. Por favor, no dejes que Emmy lo estropee.

Resoplo porque tampoco quiero que sea tan duro con su hermana.

—Ollie, no voy a dejar que lo estropee. Pero tu hermana tiene mucho más encanto del que crees y sabe cómo ganarse a la gente. Esa niña podría venderle una hamburguesa a un vegano.

Me mira enarcando una ceja.

—¿Ya has terminado de hacerte el sabio? ¿Puedes ir a salvar a Skylar de Emmy, por favor?

Le apunto con las pinzas.

—Mocoso insolente.

Pero le hago caso. Dejo las pinzas y corro hacia la casa mientras escucho a mi hijo murmurar:

—Más bien sujetaría al vegano y le metería la hamburguesa en la boca a la fuerza.

No puedo evitar reírme. La puerta de entrada está abierta de par en par, así que entro y decido observar un momento..., solo para asegurarme de que Emmy no esté obligando a Skylar a comer nada.

Pero no, Skylar está sentada en un viejo taburete frente a la encimera, mirando cómo mi hija hace de camarera con una lata de sidra artesanal de la zona.

—No, las chicas elegantes no beben de la lata, Skylar —sentencia Emmy—. ¿Qué tal en una copa de champán? Seguro que papá tiene una por aquí detrás.

—Quizá ya no quiero ser una chica elegante —responde Skylar.

Lo dice en tono de broma, pero hay algo en esas palabras que me golpea de lleno en el pecho. Igual que la forma en que se puso a la defensiva cuando le hice el comentario sobre las sábanas.

Cada vez tengo más claro que Skylar Stone es mucho más que una cara bonita.

Es una chica que huye (eso se ve con solo mirarla y escucharla), pero empiezo a pensar que también está huyendo de sí misma.

Emmy ignora la respuesta de Skylar, empeñada en que no puede beber de una lata. Y yo sonrío para mis adentros porque, pensándolo bien, es casi como obligar a alguien a comer.

Mi hija se sube a la encimera (es la viva imagen de la autosuficiencia) y mete la mano en el armario.

No se ha dado cuenta de que estoy en la puerta, y supongo que esa es la razón por la que empieza a criticarme.

—Papá siempre me dice que no haga esto, pero ¿sabes qué?, él no lo sabe todo y yo sé apañármelas sola. Siempre está con —baja la voz imitándome— «Emmy, ten cuidado». Pero he oído historias de él cuando era pequeño y no creo que tuviera mucho cuidado con nada. Así que... ¿qué va a saber él?

Se detiene cuando encuentra la copa, pero, en vez de cogerla, la acerca demasiado al borde y termina cayendo del armario, golpea la encimera, rebota en ella y estalla en mil pedazos.

Pedazos diminutos y afilados de cristal, que se esparcen por toda la cocina en un instante.

—Sí, sí, unas observaciones estupendas —intervengo mientras Skylar ahoga un jadeo—. Me has dejado en mi sitio. ¿Qué sabré yo, verdad? —Emmy se queda petrificada, con la boca abierta. Me separo del marco de la puerta y suelto una risita satisfecha—. Emmy, cariño, precisamente por esto te digo que no lo hagas, no porque quiera fastidiarte. Anda, quédate donde estás y no te muevas.

Se le abren los ojos de par en par cuando me acerco, pero lo que me impacta es la reacción de Skylar. Tiene una mano apoyada en el pecho y me mira como si me tuviera miedo.

Frunzo el ceño.

—Eh, tranquila. No pasa nada. —Uso el tono más suave que tengo—. No es para tanto. Es solo una copa. Ni siquiera era de cristal bueno; aquí no somos tan finolis. Se puede comprar otra. Lo importante es que nadie se haya hecho daño, ¿estáis bien?

Cruzo la cocina hasta llegar a mi hija, la cojo en brazos y la bajo de la encimera.

El cristal cruje bajo mis botas mientras la llevo hasta la puerta trasera. Luego le doy una palmada juguetona en el culo.

—Anda, vete fuera, criatura salvaje. Y, por favor, dile a tu hermano que apague la barbacoa.

Ella asiente.

—Lo siento, papi.

Estoy a punto de reírme. Solo usa lo de «papi» cuando se ha metido en algún lío o quiere algo.

—Haces bien en sentirlo —le respondo con un guiño. Ella me sonríe y le doy un ligero empujón hacia fuera—. Venga, date prisa, antes de que se quemen las hamburguesas.

Cuando me doy la vuelta, Skylar sigue mirándome. Está completamente pálida. Ladeo la cabeza, intentando entender por qué una mujer adulta parece tan traumatizada por una copa rota.

—Skylar, ¿va todo bien?

Asiente rígida.

—Sí, sí —repone con voz áspera.

—¿Quieres que también te saque de aquí en brazos? —bromeo, intentando aligerar el ambiente.

Se ríe, pero sin convicción.

—No. —Mira a su alrededor. Se ha dejado los zapatos en la entrada—. No te preocupes, estoy bien. —Pero no hace ademán de levantarse. Cruzar descalza una cocina llena de cristales no es la mejor idea del mundo.

—Lo siento. No debería haberle dejado hacer eso. Me estaba haciendo gracia verla trepar sin parar de hablar. Es muy divertida.

Asiento.

—Sí, lo es.

Traga saliva y baja la vista a sus manos, retorciéndose los dedos como si la hubieran mandado al despacho del director.

—Por favor, no te pongas hecho una furia con ella.

La miro confundido.

—¿Por qué iba a ponerme hecho una furia? Es solo una copa. Lo limpio y ya está. No pasa nada. Es una niña. Los niños meten la

pata. —Skylar asiente, pero no me mira—. Los adultos también. Yo el primero.

—Y yo —susurra.

No soporto verla tan triste.

—Muy bien. Basta ya, cara bonita.

Cuando me ve dar dos zancadas hacia ella, levanta la barbilla y abre los ojos como platos.

—¿Qué estás...?

La interrumpo al tender los brazos hacia ella. Apenas la conozco y no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Pero ¿cuándo he sabido yo lo que hacía? Me he pasado la vida dejándome llevar por impulsos e instintos. ¿Por qué iba a parar ahora?

Chilla cuando le paso los brazos por debajo de las rodillas y alrededor de la cintura, pero no se aparta. Al contrario, me rodea el cuello mientras me incorporo.

—¡West!

—¿Qué?

—¡Bájame!

—No. No pienso hacerlo. Ya he visto suficientes caras tristes por hoy.

Se le escapa una risa incrédula y alza la vista hacia mí.

Mirarla directamente a los ojos sería demasiado íntimo, así que me inclino y le susurro al oído con voz ronca:

—Y no voy a permitir más.

Noto cómo se estremece y se acurruca más contra mí. La acomodo contra mi pecho y avanzo sobre los cristales. Salimos al exterior entre sus risitas nerviosas, las carcajadas de Emmy y el gemido de pura vergüenza de mi hijo.

Siento sus dedos aferrándoseme a la nuca y su aliento rozarme el cuello, pero no la suelto, ni siquiera cuando se le escapa un jadeo al bajar los escalones del porche.

Solo la dejo en el suelo cuando llego al césped.

Apoya los pies descalzos con suavidad y, durante un segundo, sigue abrazada a mi cuello antes de deslizar las manos por mis

hombros.

La oigo susurrar un «gracias» por encima de las risas de mis hijos, que acompaña con un leve tamborileo de sus dedos sobre mi pecho.

Eso hace que baje la mirada y siga el rastro de sus uñas rozando el delantal de «ESTE TÍO SABE CÓMO ENCARGARSE DE SU SALCHICHA».

Una sonrisa tímida asoma en sus labios. Unos labios suaves. Demasiado suaves.

Y entonces me aparto. Porque este delantal está resultando demasiado apropiado para el momento y para lo que, sin duda, acabaré haciendo más tarde.

SIETE

Skylar

De vuelta a la cabaña, me pongo un vídeo de YouTube sobre cómo hacer una cama.

Que le den a Weston Belmont, a sus muslos de infarto y a su sonrisita engreída por insinuar que no sería capaz de hacerlo sola.

Soy una mujer adulta. Claro que puedo hacer una cama. Otra cosa es que nunca haya tenido que hacerla. Pero, oye, siempre hay una primera vez.

Decido que aprender cosas que jamás he hecho forma parte de este nuevo comienzo. Mi madre pondría esa sonrisa condescendiente tan suya y lo llamaría «vivir como la otra mitad».

Al final, hacer una cama es facilísimo. Veo el vídeo por encima y, en cuanto miro las sábanas, ya sé cómo va la cosa.

Es tan sencillo que empiezo a divagar mientras la hago.

Pienso en la cena de esta noche. En los hijos de West y en cómo interactúan con él. En lo acogedor que ha sido estar fuera, bajo las guirnaldas de luces colgadas sobre el porche delantero. En la mesa, con su superficie de vinilo rojo y el ribete metálico rodeando los bordes, que tanto me ha recordado a las de los clásicos restaurantes de carretera estadounidenses. En los puntos donde iban los tornillos asomaba un leve rastro de óxido.

Había seis sillas, todas diferentes. Lo mismo pasaba con los platos, los vasos y los cubiertos. Y, aunque no había porcelana fina ni cristal tallado, no recuerdo haberme sentado nunca a una mesa con tanto encanto.

No creo haber estado jamás con unos niños tan llenos de vida y espontáneos como Emmy y Oliver. Y tampoco recuerdo haber visto a un padre tan implicado como West.

A medida que avanzaba la noche, me he ido encerrando en mis pensamientos. No he podido evitarlo. Verlos juntos ha sido como asomarme a un mundo que no estaba hecho para mí. Un mundo desconocido, inspirador y especial.

Ha sido como un puñetazo inesperado en el estómago. La vida familiar que nunca he sabido que me faltaba hasta que la he tenido delante.

Ha habido risas y bromas cariñosas, ni una sola mención a negocios, dinero o compromisos. Nada de cotilleos malintencionados de gente que no estuviera allí. Solo han hablado de su día, nada más.

West no ha criticado cómo se sentaban o sujetaban los cubiertos, ni siquiera que no los usaran. No le ha dado importancia a que Emmy tuviera la cara manchada de ketchup ni ha dicho nada sobre la copa rota que pudiera avergonzarla.

Jamás me habría imaginado que una copa rota pudiera afectarme así.

Me ha arrastrado a un recuerdo similar, aunque en realidad no se parecía en nada: el día en que me obligaron a recoger trozos de cristal con las manos. Yo no paraba de pedir perdón, procurando no sangrar sobre el mármol para no empeorarlo, mientras mi padre me gritaba que tenía que ser menos torpe si quería ser digna de aparecer en público.

Cuando se enfadaba así, se le ponía la cara roja como un tomate y le temblaban las mejillas. Sentía cómo las gotitas de su saliva me salpicaban la cara. Durante años, después de aquel único error, mi madre soltó comentarios sobre cómo podía moverme tan bien en el escenario y ser tan torpe en casa.

Nunca me pegaron en su misión de hacer de mí la muñeca perfecta.

Pero me dejaron cicatrices.

Cuando a Emmy se le ha caído la copa, se me ha encogido el corazón, y el sonido del cristal al romperse me ha devuelto de golpe a mi complicada infancia.

No sé qué me esperaba, pero desde luego no las palabras tranquilas y amables de West, ni esa ausencia total de enfado.

Su primera preocupación ha sido su hija.

La segunda, yo.

No le ha importado lo más mínimo el valor de la copa. Yo, en cambio, me he puesto rígida esperando los gritos. Estaba lista para cargar con la culpa y proteger a Emmy. Para la voz elevada, la condena y esas frases hirientes que no entendía de niña, pero que se fueron haciendo dolorosamente claras con los años.

Sin embargo, nada de eso ha pasado.

De hecho, todo ha terminado en risas cuando West me ha sacado en brazos al jardín, como si acabara de rescatarme de un edificio en llamas.

Él no lo sabrá nunca, pero en ese momento me ha curado un poquito por dentro.

Justo cuando lanzo la almohada con la funda a cuadros sobre la cama, alguien llama a la puerta y me saca de ese viaje al pasado.

Dudo un instante: no sé hasta qué punto es seguro abrir la puerta de noche en un pueblo que no conozco. Con la suerte que tengo, podría ser hasta un puma.

Quienquiera que sea vuelve a llamar, así que avanzo con cuidado por el suelo de madera y aparto la cortina de flores para mirar fuera.

Sonríó al ver a la pequeña figura plantada ante la puerta. Está dando pequeños saltitos y retuerce los dedos; es pura energía contenida. No sé si tiene permiso para estar fuera a estas horas, pero mejor aquí dentro que correteando sola por la finca.

Así que quito el pestillo y la cadena, abro la puerta y bajo la vista hasta encontrarme con los ojos de la pequeña Emmy Belmont.

—¿Emmy? —digo, pronunciando su nombre como una pregunta.

—¡Hola! —saluda con una explosión de entusiasmo—. Esperaba que siguieras despierta.

—Pues sí, sigo despierta. ¿Necesitas algo? —Miro el reloj: las nueve de la noche—. Deberías estar ya en la cama.

Ella hace un gesto despectivo con la mano, como si fuera una tontería.

—Qué va. Es fin de semana. Mañana no tengo que hacer nada. —Se toca la barbilla—. Bueno, en realidad sí: mañana es sábado y tengo un partido de fútbol antes de volver a casa de mi madre.

—¿Un partido de fútbol? Entonces deberías descansar.

—Sí, pero soy la mejor del equipo. Aunque esté cansada, seré mejor que las demás.

Me río, fascinada por la seguridad que tiene en sí misma. Ojalá tuviera aunque solo fuera una pizca de esa confianza.

Pero no.

Soy un manojo de nervios, siempre dudando de mí misma. Una mujer movida por una rabia profunda que espera la decepción en cada paso que da.

Soy el puto Ígor, pero en versión famosa: derrotada por dentro, con los hombros caídos, pero siempre con el lacito bien puesto.

Tengo que aprender a sacar a mi Emmy interior. Un poco de ella me vendría de maravilla.

Le sonrío.

—No me cabe duda.

—Deberías venir a verme jugar —dice con total naturalidad, como si nos conociéramos de toda la vida y no necesitara nada más de mí que eso: que la vea jugar un simple partido de fútbol.

—¿Has venido solo para invitarme a tu partido?

Siento que, en las últimas veinticuatro horas, no he hecho más que colarme en la vida de la familia Belmont.

—Sí.

—Suená divertido. Ya veremos mañana —digo.

Ella se encoge de hombros, satisfecha con mi respuesta ambigua, y pasa a mi lado, entrando en la cabaña como si fuera su casa.

—¿Y qué tal por aquí? ¿Estás viendo algo? ¿Haciendo algo?

La sigo dentro, echando un vistazo al espacio reducido, sin saber muy bien qué se puede hacer aquí ni cómo voy a pasar semanas enteras en este sitio. Lo más seguro es que acabe subiendo y

bajando la colina como una loca para mantenerme en forma y que los medios no digan nada sobre mi peso cuando vuelva a la ciudad y tenga que enfrentarme a los *paparazzi*.

—Estaba haciendo la cama. No sé qué haré luego.

—¡Vete a dar una vuelta! —le chilla Cherry a la niña.

Hago una mueca. Meterse con West vale, pero con Emmy ya es pasarse.

—Cherry, modera ese pico, jovencita —le espeto al loro.

Emmy se acerca entusiasmada a la jaula, con las manos entrelazadas a la espalda, como si supiera que no debe meter los dedos.

—Yo me iría a dar una vuelta, pero es demasiado tarde y está muy oscuro. Mejor mañana.

Cherry parpadea, como si la energía de Emmy la desconcertara tanto como a mí.

—Tu pájaro mola mucho —dice la niña, volviéndose hacia mí.

El loro vuelve a parpadear, y yo reprimo una sonrisa.

—¿Vas a escribir alguna canción? Si escribes alguna, yo podría inventarme el baile.

—No lo sé. Nunca he compuesto ninguna de mis canciones.

Abre los ojos como platos, y yo me obligo a sonreír.

—¿En serio?

—En serio —respondo, intentando que no se me note lo mucho que me incomoda el tema.

Se sienta en la cama y alisa la colcha con las manos.

—¿Y por qué no lo has hecho?

Me apoyo en la encimera y la observo mientras mira a su alrededor, pensativa. Eso me da un instante para pensar qué decirle, porque «no tengo tanto talento y mi imagen pública está diseñada para que parezca más guay de lo que soy» no es precisamente la respuesta que espera escuchar.

—Porque tengo a unos compositores increíbles que me ayudan con eso —termino diciendo.

—Creo que deberías intentarlo —dice, asintiendo con convicción.

—Nunca lo he hecho.

—¿Y eso? ¿Lo has intentado alguna vez?

—Un par de veces. Fue divertido, pero no salió lo bastante bien para grabarlo.

—Vamos, ¿que alguien te dijo que no y dejaste de intentarlo?

Suelto un gemido y miro al techo. No esperaba que un interrogatorio de una niña de seis años me resultara tan duro.

—Sí..., supongo que eso fue lo que pasó.

Gruñe bajito, como si la hubiera decepcionado, se cruza de brazos y me mira fijamente.

—Mi padre siempre me dice que «no» significa intentarlo con más ganas. Así que cuando le digo: «Papá, ¿puedo tomar un polo?», y él me responde que no, yo lo intento más. Ahora quiero que me compre un poni. Sigue diciendo que no, pero no me rindo.

No puedo evitar reírme. Esta niña es la caña.

—¿Y funciona?

Ladea la cabeza y esboza una sonrisa traviesa.

—A veces. Y a veces cojo un polo a escondidas y no se lo digo. Pero cuando funciona... es genial.

Su filosofía es tan sencilla, tan elemental en su lógica... Y me deja claro lo mucho que me he dejado pisar. Nunca me he resistido, ni dudado ni he protestado. Siempre he sido obediente hasta el extremo.

Y por eso he acabado así.

Con una ansiedad que me paraliza por completo y distanciada de mi familia. O, mejor dicho, de la que yo creía que era mi familia.

—Voy a tener en cuenta ese consejo, Emmy. Creo que has dado en el clavo.

Ella sonríe y balancea los pies, que, desde donde está sentada, no le llegan del todo al suelo. Me muerdo el labio inferior, sin saber muy bien de qué hablar ahora.

—¿Tu padre sabe que estás aquí? —pregunto.

Se pasa la lengua por el interior de la mejilla, como si estuviera sopesando la respuesta.

—Me ha dicho que no te molestara..., pero yo he decidido intentarlo con más ganas.

—¿Eso significa que has salido a escondidas?

—No me parece que te esté molestando. ¿O sí?

Contengo otra risa. No soy tonta; sé que es lo bastante lista como para no admitir que se ha escapado. Pero estoy en terreno delicado: no quiero contradecir a su padre, aunque tampoco me está molestando.

—No, Emmy, no me molestas. Pero, con lo poco que os conozco a ti y a tu padre, sé que te quiere muchísimo. Y si no te encuentra y no sabe dónde estás, se va a preocupar.

Suelta un suspiro.

—No, primero le preguntaré a Oliver.

—Ah, ¿le has dicho a Oliver que venías aquí?

—Sí, me ha dicho que no lo hiciera. Que te asustaría y saldrías corriendo.

Ladeo la cabeza.

—¿Asustarme?

—Sí, que te iba a molestar y no querías quedarte con nosotros.

—Emmy, no me molestas, y no vas a conseguir que me vaya. Lo cierto es que... —Trago saliva con tristeza, incapaz de mirarla—. Lo cierto es que no tengo a dónde ir.

Asiente, como si entendiera perfectamente lo que está pasando en mi vida.

—A Oliver le gustas —dice.

—Qué bien. A mí también me gusta él.

—Tiene un gusto horrible para la música porque escucha lo mismo que el tío Ford. Pero le gustas. No habla con nadie, y contigo habló.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿A qué te refieres con que no habla con nadie?

—Que no habla con nadie salvo conmigo, y con papá y mamá. Y con Brandon a veces. Con Ford, Rosie, Cora... —Enumera tan pocos nombres que le caben en dos manos, y a mí me deja sin palabras.

No es que Oliver y yo tuviéramos una gran conversación, pero sí me dijo su nombre. No me imaginaba que fuera tan callado. Estoy acostumbrada a que la gente se quede muda cuando me ve, se ponga nerviosa o me trate como si fuera especial, y eso me incomoda.

La reacción de Oliver, en cambio, me hizo sentir cómoda. Igual que la de su padre.

West ni siquiera ha mencionado que me reconociera, aunque sé que sabe perfectamente quién soy. Por eso aquí puedo ser yo. Aunque esté viviendo en un cuchitril con un ratón por compañero.

—Bueno, solo me dijo cómo se llamaba. No sabía lo otro. Y no me importa. Es cosa suya.

—Sí —asiente—. Papá me dice siempre que no debería contárselo a la gente, pero a Oliver le gustas. Me lo ha dicho. Así que... a lo mejor contigo habla. Creo que le vendrá bien. No te rindas con él.

Se me calientan las mejillas. Es una petición enorme viniendo de alguien tan pequeño; alguien que ni siquiera me conoce. No estoy acostumbrada a este tipo de expectativas.

Expectativas humanas.

No hay dinero de por medio. Ni portadas. Ni prestigio que ganar. Solo el corazón de un niño y una niña que lo protege. Y me derrite ver lo mucho que se quieren.

¿Alguna vez alguien ha dado la cara por mí como hace Emmy por su hermano? ¿Por el simple hecho de que me hiciera feliz? ¿Por algo que yo quisiera para mí?

No lo creo.

Y eso hace que les coja aún más cariño a estos dos niños. Que quiera saber más de ellos. Y, como pienso quedarme aquí al menos un par de meses, no tienen que preocuparse de que me vaya. Tenemos tiempo. Tiempo de sobra para conocernos.

Y tiempo para ver si Oliver se anima a hablar un poco más.

—No tienes que preocuparte por eso, Emmy. No pienso irme. Como mucho, me mudaré a una de las casitas de invitados de Ford, pero seguiré cerca. No conozco a nadie aquí, así que lo más seguro

es que me veas paseando sin rumbo, intentando averiguar el sentido de mi vida, cómo he acabado así y qué quiero hacer conmigo misma.

Al ver sus ojos abiertos como platos, me doy cuenta de que he soltado demasiado para una niña de seis años, así que dejo escapar un resoplido y hago un gesto con la mano, restándole importancia.

—No me hagas caso. Estoy divagando. ¿Qué tal si te llevo a casa antes de que te metas en más líos?

Se baja de la cama de un salto, y me fijo en la trenza de raíz impecable con la que lleva recogido el pelo húmedo. Está apretada lo justo, retorcida con arte hasta caer como una cuerda entre sus omóplatos y rematada con un lazo de seda.

No puedo evitar preguntarme si se la habrá hecho West. Pensar en esas manos grandes y cuidadosas trezándole el pelo con delicadeza me provoca una punzada inesperada en el pecho.

«¿Qué más pueden hacer esas manos?».

Aparto ese pensamiento, molesta conmigo misma por seguir pensando en él de esa manera, y camino hacia la casa de la mano de Emmy.

No dice nada; sospecho que está cansada. Al salir de los árboles, veo a West apoyado en el marco de la puerta de entrada, como si supiera exactamente cuándo íbamos a aparecer.

Lleva puestos unos bóxers. Nada más.

Con ese pelo tan corto y rubio, la barba parece más espesa que esta mañana, como si le hubiera crecido en cuestión de horas.

La luz cálida del interior de la casa perfila cada línea de su cuerpo. Lo que antes ocultaban los vaqueros ahora deja muy poco a la imaginación: muslos fuertes, un torso definido y una capa de vello masculino.

Resulta reconfortante e imponente a la vez. Me pregunto si en la cama será suave o duro. O ambas cosas.

Y me odio por volver a pensar eso.

Cuando veo cómo se le tensa la mandíbula y clava la vista en su hija, me enderezo.

—Emmeline Belmont, ¿dónde estabas? —dice con voz profunda. No grita, pero, aun así, me sobresalto.

No me di cuenta de lo mucho que me gritaban mis padres hasta que me fui a vivir sola y descubrí lo silenciosa que podía ser una casa. Nunca entendí lo traumático que fue para mí. Cuando cometía un error, nadie me hablaba con suavidad ni me preguntaba si estaba bien. Bastaba un paso en falso para que las voces se alzaran y las palabras se volvieran crueles.

Y no era por escaparme. Era por no ser perfecta en público: por no dar la respuesta adecuada en una entrevista, por haber comido de más y que el vestido no me quedara como ellos querían...

Me castigaban por ser humana cuando eso podía afectar al dinero que ganaban mis padres. El mismo dinero que he dejado en sus manos durante años porque confiaba en ellos ciegamente.

Y me traicionaron.

La forma en que West dice el nombre de su hija no tiene nada que ver con cómo mi padre gritaba el mío. No hay reproches, ni intimidación ni necesidad de encogerme.

Y eso me frena en seco.

—Lo siento, papá —responde ella al instante.

Como no quiero que se meta en más líos, añado:

—Solo ha venido a hablar un momento. La he traído de vuelta enseguida.

En la oscuridad, los iris de West parecen volverse más oscuros, casi un azul de medianoche, como el del cielo sobre nosotros. Podría envolverme en ese azul y sentir, por fin, un poco de paz.

Emmy mira a su padre con ojos suplicantes.

—Solo me he escapado para decirle que no puede irse porque a Oliver le gusta y le hablé, y a él no le gusta la gente ni habla con nadie.

West observa a su hija con una mirada penetrante, y ella se la sostiene con la confianza de quien se sabe querida. Entre ellos se produce una especie de pulso silencioso, nada intimidante, como si hablaran en un idioma que solo ellos entienden.

Es conmovedor.

Al final, West inspira hondo y suelta un suspiro pesado mientras se pasa la mano por el pelo corto.

—Emmy, cariño, tenemos que volver a hablar de eso de no meterte donde no te llaman. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asiente y responde, muy seria:

—Vale, podemos hablarlo. Pero no creo que pueda hacerlo si eso significa mentir, porque tú me has dicho siempre que no puedo mentir, y yo solo le he dicho la verdad a Skylar.

Al igual que ha hecho su hija antes, West se pasa la lengua por el interior de la mejilla mientras la observa, y yo apenas puedo contener una carcajada. No conozco bien a Emmy, pero empiezo a sospechar que es un pequeño desafío. Una prueba constante para su paciencia. Y, aun así, por la forma en que la mira, tengo claro que disfruta cada segundo.

—Sí, Emmy, no tienes que mentir, pero tampoco puedes escaparte y andar por la finca de noche cuando yo creo que estás durmiendo.

Se vuelve hacia mí, con una mirada de disculpa. Y lo gracioso es que yo también siento que debería disculparme por estar otra vez plantada en su porche.

—Emmy, mueve tu culo a la cama —murmura, guiándola hacia dentro mientras le revuelve el pelo—. Mañana hablamos.

Ella corre hacia dentro, pero luego se gira y me lanza una sonrisa enorme, enseñándome todos los dientes, con un brillo travieso en los ojos.

West debe de darse cuenta de que no oye sus pasos, porque se vuelve hacia ella y la pilla mirándome.

—¡Venga, a la cama, enana! —Alza la voz, pero con un tono más divertido que serio.

Ella se ríe y sube las escaleras a toda velocidad mientras él gime y vuelve a prestarme atención.

—No te aburres con ella, ¿verdad? —comento, riendo.

Se pasa una mano por la cara, y el sonido del roce de la barba contra su palma hace que baje la mirada a sus labios carnosos. Son demasiado perfectos para un hombre. Hay gente que pagaría por tener unos labios así. Y, como hoy mi cerebro está especialmente salido, me pregunto cómo sería sentirlos sobre mi piel.

Regreso a la realidad cuando dice:

—No, desde luego que no. La quiero con locura, pero esa niña va a acabar conmigo.

—Bueno, no me ha importado que viniera, pero quizá... —me muerdo el labio— quizá deberíamos darnos nuestros números. Por si vuelve a aparecer en la cabaña. Así puedo avisarte para que no te preocupes.

Me observa con atención, con sus ojos azules recorriendo los míos como si buscara algo más, una pista. Rezo para que no se dé cuenta de que estaba pensando en sus labios porque, de pronto, tengo la sensación de que llevo mis pensamientos más íntimos escritos en la frente, en letras enormes.

—Sí, claro, me parece una idea estupenda —responde, pero ya no me está mirando a los ojos: tiene la vista clavada en mis labios, y yo no puedo evitar volver a mirar los suyos.

Cuando se humedece el labio inferior, lo recorro de arriba abajo con la mirada: pectorales marcados, cintura estrecha, esa V deliciosa que me hace querer pasarle la lengua por las caderas. Echo un vistazo rápido al bulto bajo sus bóxers sin que se me note demasiado, y luego sigo bajando. Sus piernas, sus gemelos, sus pies... Weston Belmont es tan viril que te deja sin aire.

—¿Has terminado ya de mirarme, o quieres que saque músculo mientras apuntas mi número en el móvil?

Me sobresalto. Y luego me pongo roja.

«Dios, qué vergüenza».

—Sí, perdona. Se me ha ido el santo al cielo.

Ahora es él quien se muerde el labio, con una sonrisa que lo dice todo.

—Claro, claro. Pues ese santo estaba bastante entretenido con otras cosas.

—No sé de qué me hablas. Solo estaba comprobando si se te había irritado el pecho al afeitártelo —replico, sacando el móvil a toda prisa del bolsillo trasero.

La pantalla está llena de alertas de Google y mensajes furiosos. Noto cómo se me dispara la ansiedad. Hay una foto borrosa mía, hablando con un empleado de la aerolínea en el aeropuerto, con el titular de: «Skylar Stone monta un numerito para viajar en primera clase».

—Qué cabrones —murmuro.

—¿Qué pasa?

Sonrío sin ganas.

—Un titular. Por lo visto, preguntar educadamente si queda alguna plaza en una categoría superior es montar un numerito.

—Pongo los ojos en blanco, intentando fingir que no me afecta.

Lo ignoro, prometiéndome que ya lo leeré luego, cuando esté en la cama, y sigo deslizando el dedo por la pantalla.

—Para que conste, viajé en turista. Asiento del medio. No me quejé ni una sola vez. —Pulso en añadir contacto nuevo y escribo su nombre sin levantar la vista, aunque capto su sonrisa de medio lado por el rabillo del ojo. Se le da de fábula distraerme—. Muy bien, dime el número. —Suelta una risa profunda y me lo dicta mientras muevo los dedos rápidos por la pantalla—. Perfecto, genial, estupendo —digo, dándome la vuelta demasiado deprisa—. Nos vemos mañana.

Le hago un gesto nervioso con la mano por encima del hombro a modo de despedida, odiándome por haberlo devorado con los ojos.

Pero él no se da por aludido y sigue insistiendo.

—¡Eh, cara bonita! —me grita—. ¡Si quieres, puedes hacerme una foto así para el contacto!

Por supuesto, no le hago caso y no me giro.

Acelero el paso, alejándome de West y de ese puto cuerpo de escándalo antes de que mi cabeza, que hoy está cachonda perdida,

decida darse la vuelta y aceptar su oferta.

OCHO

Skylar

La idea de que un ratón pueda mordirme mientras duermo me impide quedarme dormida.

Cherry, en cambio, no tiene ese problema. Está en su jaula, en un rincón, completamente inmóvil. Hasta diría que la oigo respirar.

En realidad, ahora mismo oigo demasiado.

Estoy acostumbrada al ruido blanco, al tráfico o a los pasos resonando por los pasillos de los hoteles, y aquí, en la cabaña, reina un silencio absoluto. Cuando la calma se vuelve excesiva, lo único que escucho son mis propios pensamientos. Y, sinceramente, no me apetece enfrentarme a ellos.

Porque si paso demasiado tiempo conmigo misma, en silencio, lo que acaba apareciendo es el arrepentimiento, el miedo y el resentimiento.

Como no quiero dejarme llevar por ellos, salgo de la cama. Hace calor, pero no es sofocante. En cuanto el sol se ha puesto tras las montañas, la temperatura ha bajado. Así que estiro el brazo hasta la litera de arriba, cojo mi cárdigan largo de lana gruesa color crema y me lo echo sobre los hombros. Me cubre el pijama de Calvin Klein que me regalaron en una sesión de fotos reciente.

Mi maleta extragrande y la cantidad de cosas que me he traído apenas caben en la litera de arriba. Me planteé dormir allí para estar más lejos del suelo, pero la de abajo es quince centímetros más ancha..., aunque sigue siendo la cama más estrecha en la que he dormido desde la cuna.

He decidido que esta experiencia puede venirme bien, que me ayudará a curtirme un poco.

Con esa idea en mente, me pongo las chancas que he dejado junto a la puerta y salgo hacia la quietud absoluta de la finca. A mi derecha está el lago. Las luces de las casas del otro lado brillan en la noche, sobre la silueta negra de las montañas, cuyas cumbres se recortan contra el azul índigo del cielo despejado.

Arriba, las estrellas cubren el valle como nunca las había visto. Sí, claro que he visto estrellas, pero no tantas, ni de tantos tamaños e intensidades.

Algunas brillan tanto que me pregunto si no serán planetas. Otras son más tenues. Y otras tan débiles que tengo que entrecerrar los ojos para distinguirlas. Estoy segura de que esas ni siquiera las vería en la ciudad.

Los relinchos y bufidos que llegan desde el establo me hacen girar la cabeza a la izquierda. Me recuerdan a los sonidos dulces que ha hecho Meli hoy después de revolcarse en la tierra.

Veo el sendero que sube entre los árboles y que lleva hasta allí. Echo un vistazo al reloj: las once de la noche. Es lo bastante tarde para no molestar a nadie si visito a los caballos. Solo quiero verlos un rato, escucharlos..., acostumbrarme a ese olor.

Antes, ver a Meli comer me ha tranquilizado. No sé si ha sido su aliento cálido contra mi mano, el crujido de sus dientes al masticar el heno o esos ojos enormes y amables bajo unas pestañas espesas. Me miraba de forma diferente a los demás, como si no esperara nada más de mí que caricias y comida. Le importaba una mierda mi vídeo o mis filtros. Simplemente ha notado que estaba allí y ha seguido comiendo, como si yo no tuviera nada de especial.

Después de pasarme la vida entera oyendo que soy importante y que todo lo que hago es un acontecimiento, ha sido reconfortante ser tan irrelevante para ella.

Al final, toda la presión que he ido acumulando con los años ha terminado por estallar. No quiero impresionar a nadie. Solo quiero «ser».

Ser yo misma. De una vez.

Camino hasta el establo y, cuando dejo atrás el espeso grupo de árboles, veo una luz cálida que se filtra entre las puertas y se derrama sobre la pista de arena hasta alcanzarme. Es como un camino de baldosas amarillas que me atrae.

Antes de darme cuenta, estoy en la entrada del establo, donde el camino de tierra se encuentra con el pasillo de cemento. Agarro con cuidado el borde de la puerta corredera de aluminio y asomo la cabeza para echar un vistazo.

En el interior oigo pasos suaves y el sonido de unas ruedas de goma rodando. Y, cuando por fin consigo el ángulo perfecto, veo a West.

Lleva los mismos vaqueros de antes, la misma camiseta con el agujero, las mismas botas desgastadas. La gente pagaría por tener unas con ese mismo aspecto curtido. Está tarareando una canción en voz baja mientras reparte heno a cada caballo.

Me quedo mirándolo un momento, intentando reconocer la melodía.

Y entonces empieza a cantarla, dándolo todo, marcándose un paso de baile con una brizna de heno en la mano.

—¡Persigo esa sensación! ¡Me late el corazón! Cada día contigo es una celebración.

Ahora sí la reconozco. Es una de mis canciones. Y verlo pavoneándose por el pasillo, cantándola con esa voz grave, me hace soltar una risita.

Algo que no pretendía hacer porque no quería que me pillara.

Pero así son las cosas.

West se detiene en seco y, sin molestarse en girarse, baja la barbilla y en sus mejillas aparecen dos hoyuelos mientras se mira los pies.

—¿Me estás espiando, cara bonita?

No lo estaba buscando, pero aquí está. «Otra vez».

Nos atraemos como dos polillas a la luz.

Puede que solo sea casualidad. O que haya algo en el aire. Tal vez exista una fuerza cósmica en esas estrellas que acabo de

contemplar que nos empuja a encontrarnos una y otra vez. Sea lo que sea, hay algo extraño en todo esto. Casi... inevitable.

—Sí —respondo con una sonrisa—. He venido a espiarte porque te he oído cantar mi canción a pleno pulmón desde la cabaña.

Suelta una carcajada y gira un poco la cabeza para fulminarme con la mirada.

—Qué mentirosa. No estaba cantando a pleno pulmón. Y, aunque lo estuviera, no tengo nada de lo que avergonzarme: los dos sabemos que tengo buena voz... y que has venido a disfrutar del espectáculo.

Resoplo y pongo los ojos en blanco, aunque me duelen las mejillas de tanto sonreír.

Por fin se vuelve del todo hacia mí. Tiene algo que te hace sentir en casa, y no me da la sensación de estar invadiendo su espacio ni quedándome donde no me llaman.

—Seguro que esperabas encontrarme otra vez sin camiseta. Para comprobar la calidad de mi afeitado, por supuesto.

Lo señalo con el dedo de arriba abajo mientras entro en el establo con cierto recelo.

—El problema no es la camiseta. Son tus vaqueros. Me distraen.

Avanzo por el suelo de hormigón, con las chanclas resbalando ligeramente, mientras West finge indignarse.

—Skylar Stone, ¿me estabas mirando el culo?

Me humedezco los labios.

¿Estamos ligando?

Porque eso es lo que parece.

Y ahora mismo no tengo la sensatez suficiente para frenarlo.

—No. Los muslos.

Baja la vista hacia sus piernas musculosas que, desde luego, llenan muy bien los vaqueros.

—¿Qué les pasa?

Alzo las manos y hago un gesto de apretar.

—Son... carnosos.

Me mira boquiabierto. Creo que no se esperaba esa respuesta para nada.

—¿Acabas de hacer como si fueras a estrujarme los muslos?

Me encojo de hombros y me enrosco un mechón de pelo en el dedo, buscando algo interesante que mirar.

—Más bien un amago de sobeteo. Y no me juzgues. Los chicos de ciudad no tienen muslos como los tuyos.

Suelta una carcajada y apoya esas manos tan peligrosas en las caderas.

—No, supongo que no. Los chicos de ciudad no se pasan el día montando a caballo. Pero no me creo que no me estuvieras mirando el culo. Tengo un culazo.

Me encojo de hombros, negándome a mirarlo o admitir que, efectivamente, le estaba mirando el culo. Porque sí, tiene un trasero espectacular.

—Los vaqueros adecuados le hacen el culo bonito a cualquiera.

Lo miro de reojo justo cuando se le marca un hoyuelo con una sonrisa que le ilumina la cara.

—¿Quieres que me los quite y lo comprobamos?

Me río, negando con la cabeza y echándome el pelo hacia atrás. Su descaro ha hecho que me ardan las orejas.

Hay algo liberador en este intercambio de pullas con West. No sé si es porque mis padres jamás lo aprobarían o porque con él me siento a salvo. Me doy cuenta de que, incluso si dijera cualquier barbaridad, él me seguiría el juego sin volverlo incómodo.

Es como saltarse las normas sabiendo que no habrá consecuencias.

Pero, por muy divertido que sea, las cosas entre los tíos como West y las chicas como yo no suelen funcionar. Al menos no a largo plazo.

—Bueno, ¿me quito los pantalones para que sigas mirándome como si fuera un trozo de carne o vas a mover ese culito elegante hasta aquí para ayudarme?

Parpadeo, sorprendida.

—¿Ayudarte?

Se encoge de hombros.

—Claro. Puedes ayudarme a lanzar heno. Estoy haciendo la ronda nocturna.

—¿Lanzar heno? —pregunto. No estoy familiarizada con la jerga propia de los ranchos—. ¿Así es como llamáis a coger hierba y marcaros un bailecito como el de antes?

Se ríe con ganas y niega con la cabeza.

—Si quieres, hasta puedes bailar un tango primero. Pero esto es una bala de heno cuadrada. —Señala el fardo rectangular que lleva en la carretilla—. Y si haces esto... —pasa una mano por el heno y hunde los dedos en un pequeño hueco—, puedes abrirla justo aquí. —Saca del extremo de la bala una lámina fina y cuadrada de heno, que se mantiene compacta—. Y tienes lo que llamamos una «hoja» de heno. —Gira sobre sí mismo con una pirueta exagerada y la hoja entre las manos, me guiña un ojo y la lanza al comedero del box de al lado.

Aprieto los labios para no reírme.

—Estás fatal.

—Gracias —responde con naturalidad, antes de seguir con su explicación—. Después de lanzarla, asomas la cabeza al box para asegurarte de que el caballo está bien: sano, tranquilo, que no se ha quedado atrapado ni nada raro. Y luego pasas al siguiente.

—¿Quieres que yo me encargue de lanzar heno?

Se mira a sí mismo y se da cuenta de que está cubierto de polvo y briznas verdes. Entonces se coge la camiseta entre dos dedos, se la sacude y se limpia antes de volver a mirarme.

—¿Lo ves? Ya estoy limpio. Pura magia.

Clavo la vista en el heno, y debo de torcer el gesto, porque añade:

—Te vendrá bien ensuciarte un poco. No te preocupes, incluso cubierta de heno, seguirás estando divina con esos pendientes de diamantes.

Me toco los pendientes sin pensarlo. Andrew me los regaló por mi cumpleaños y los he llevado desde entonces. El recuerdo me eriza la piel y me oprime la garganta.

De pronto, quiero quitármelos. Me dan asco. Me hacen sentir sucia.

No quiero ser la chica de los diamantes de dos quilates. Prefiero ser la chica que lanza heno sin preocuparse por mancharse la ropa.

West me observa con el ceño fruncido mientras me los guardo en el bolsillo del cárdigan.

—Estaba bromeando. No hacía falta que te los quitaras.

—No, es que me había olvidado de que los llevaba puestos —digo, presionando la yema del dedo contra el borde afilado de uno de los pendientes. Me duele, pero es un dolor que me resulta agradable—. Oye, ¿los quieres? —Saco la mano del bolsillo y abro la palma hacia él—. Puedes quedártelos.

West palidece.

—¿Qué?

Sé que he actuado por impulso. Pero estoy hecha un lío, rota. No confío en mí misma... Joder, ni siquiera sé quién soy.

—Dar de comer a los caballos es caro, ¿no? —continúo—. O puedes comprarle un poni a Emmy. Quédatelos.

Muevo la mano hacia él con suavidad y me mira como si me hubiera vuelto loca.

Después de unos segundos, se acerca despacio y me envuelve la mano con la suya, obligándome a cerrar los dedos sobre los diamantes. Su voz es tan firme y amable que me entran ganas de llorar.

—¿Por qué no te lo piensas con calma? Si dentro de unos días sigues queriendo donarlos, te ayudo a elegir una buena causa.

El calor de su mano me atraviesa, llegándome hasta los huesos. Sus ojos buscan los míos, llenos de preguntas que no formula. Luego se aparta, llevándose consigo ese calor.

Quiero seguirlo, perseguir esa calidez, esa sensación de bienestar que tengo cuando estoy cerca de él.

Pero cuadro los hombros, me enderezo y vuelvo a meterme los pendientes en el bolsillo. Luego me aclaro la garganta y lo miro a los ojos.

—Vale. Estoy lista para lanzar el heno. Vamos allá.

Me observa un instante, evaluándome. Temo que vaya a hacerme una de esas preguntas que le bailan en los ojos. La veo ahí, en la punta de su lengua.

No soy precisamente un libro abierto, pero parece que a West le basta con mirar la portada para darse cuenta de que algo va mal. Ve más allá de los colores vivos, de la capa brillante. Como si supiera que, por muy bonita que sea la cubierta, por dentro solo hubiera páginas en blanco.

No puedo engañarlo. Me ve por dentro.

Me doy cuenta de que he estado conteniendo el aliento cuando por fin señala a un lado.

—Tú por la izquierda. —Luego indica el contrario con la otra mano—. Yo por la derecha.

Pasamos los siguientes minutos recorriendo el largo pasillo de hormigón, sacando hojas de heno de la carretilla y comprobando que cada caballo esté bien. El heno me pincha la piel, me pica, y tengo la sensación de que el polvo se me mete por todas partes y se queda prendido al cárdigan, pero el olor dulce de la hierba me calma los nervios.

Trabajamos en un silencio cómodo durante diez minutos. Solo se oye el resoplido satisfecho de los caballos y el murmullo de la carretilla al rodar.

Cuando llegamos al fondo del establo, lo miro pensando que ahora me dirá que me vaya a dormir.

Pero me sorprende.

—¿Te apetece echarme una mano con los cercados de fuera?

El alivio es inmediato. Intenso. Me encanta que no tenga prisa por deshacerse de mí, que no le resulte un estorbo.

De lo contrario, me habría mandado a la cama. Pero no lo ha hecho. Así que aprieto los labios, asiento y lo sigo hacia la noche sin

pensarlo.

No sé por qué, pero estar con él al aire libre, bajo el cielo estrellado, se me hace más opresivo que dentro del establo. Y de nuevo vuelve esa sensación de que aquí hay demasiado silencio.

Siento la absurda necesidad de decir algo, de romper la tensión, de acabar con esta quietud.

Y, mientras avanzamos por el camino de tierra que hay entre los cercados, me puede la ansiedad y suelto de golpe:

—Mi exnovio me regaló esos pendientes.

West se detiene un segundo y luego sigue andando.

Como no se vuelve a mirarme, sigo hablando:

—O, bueno, el que yo creía que era mi novio. Aunque, ahora que lo pienso, puede que ni siquiera los comprara él.

Saca una hoja de heno y la lanza al comedero del cercado. Ya no baila.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que los robó?

Me río suavemente.

—Ojalá, sería una historia mucho más interesante. —No sé cómo lo hace, pero siempre consigue colar una pizca de humor incluso en los momentos más delicados. Niego con la cabeza—. No, no creo que los robara. Pero tampoco creo que los eligiese.

—¿Entonces se los eligió un amigo? ¿Un asistente?

La risa que me sale ahora no tiene nada de divertida. Es seca, áspera y me raspa los pulmones.

—No sé si mi padre y él eran amigos. Más bien socios. O cómplices. ¿Cómo llamarías tú a que tu padre pagara a un músico para que fuese tu novio?

West se detiene y me mira.

—¿Qué has dicho?

—Sí, una historia graciosísima, ¿verdad? Y lo mejor de todo es que yo no tenía ni idea.

—Eso no tiene ninguna gracia, Skylar. ¿Pero qué coño me estás contando?

—Sí, es gracioso, pero no de risa, ¿verdad? Bienvenido al maravilloso mundo de Skylar Stone.

West se queda completamente quieto, salvo por un tic que le late en la mandíbula.

—No es la historia de «la novia de América» que todo el mundo se cree, ¿eh? —añado—. Desde pequeña me han vestido y maquillado como a una muñeca, me han paseado de un lado a otro y me han pulido hasta dejarme reluciente para vender mejor mi imagen al consumidor. Descubrirlo a los veintiséis ha sido un despertar bastante jodido. —Contemplo las estrellas con un carraspeo áspero en la garganta—. De pronto, todo lo que creías que era real se convierte en... —hago un gesto con la mano y suspiro resignada— ¡puf!, nada. Y encima te enteras cuando te sientas a comer con tu novio y te suelta: «Lo siento, Sky, pero hace tiempo que tu padre no me paga, así que hasta aquí hemos llegado».

Me río de mi monólogo patético, pero es una risa que suena forzada. West, sin embargo, permanece serio.

Está rígido, alerta. Entrecierra los ojos mientras me observa, como si temiera que fuera a echar a correr, a romperme por dentro o..., no sé, ¿derrumbarme a sus pies? Tengo la sensación de que estoy a punto de estallar. Y decir esto en voz alta, contárselo a alguien que no me conoce de nada, alivia un poco esa presión.

Me hace sentir un poco más cómoda conmigo misma.

—Joder —escupe West, lleno de furia, con los puños apretados. Se le tensa la mandíbula. Incluso parece más grande, más imponente que nunca.

—Lo irónico es que ni siquiera estoy triste porque hayamos roto. Nunca fuimos una pareja que conectara. Era una relación puramente transaccional. Pero me siento humillada.

West irradia tal rabia que parece capaz de matar a alguien por haberme hecho esto. Un calor reconfortante me recorre por dentro. Nadie se ha indignado jamás por lo que me han hecho. Y me han hecho unas cuantas muy gordas.

Me hace sentir como si estuviera mirándolo con corazones en los ojos. Me despierta una lealtad inmediata, irracional. En algún rincón de mi cabeza, una pequeña parte de mí sabe que es trágico que me impresione tanto algo tan simple como un gesto básico de humanidad.

Pero aquí estoy. Boquiabierta.

West se acerca hasta que las rodillas le chocan con la carretilla que nos separa y baja la cabeza para mirarme.

—Skylar, ¿por qué? ¿Por qué cojones tu padre te haría algo así? —me pregunta. En su expresión, la furia se mezcla con una confusión genuina.

—Porque... —aparto la mirada, mordiéndome el labio inferior— es más fácil vender a Skylar Stone enamorada del rompecorazones y rey de las baladas románticas, Andrew McCann, que a la chica sin personalidad, dependiente del autotune, incapaz de retener a un hombre. Es mucho más digerible. Eso sí se lo concedo. Bienvenido a Hollywood —añado con una sonrisa triste y sarcástica.

Rodea la carretilla y acorta la distancia entre nosotros, cargando el aire con la intensidad de su mirada. Es demasiado grande, demasiado bueno. Demasiado en todos los sentidos.

Aparto la vista hacia la negrura de los árboles que bordean la propiedad.

—¿Qué estás mirando, Skylar? —Su voz me rodea, arrastrándome de vuelta a él.

Trago saliva y me aferro a la primera excusa que se me ocurre, demasiado avergonzada para mirarlo.

—Me ha parecido ver algo entre los árboles.

—Ah, ¿sí? ¿Lo que has visto ha sido tu capacidad para mentir saliendo por patas?

«Qué listo es el muy cabrón». Inspiro con fuerza por la nariz, dejando que el olor a pino me enfríe por dentro.

—Vale, no soy buena mintiendo. Ni quiero serlo. Pero he vivido una mentira sin saberlo durante... —trago saliva. No puedo decir

«toda mi vida» en voz alta. Es demasiado duro. Demasiado real— años —acabo diciendo—. Yo misma soy una mentira.

—Oye. —Su voz áspera irrumpe en la noche como un latigazo. Me sobresalto y él me sujeta la barbilla sin dudarlo—. Mírame, Skylar.

Alzo la cara, pero niego suavemente con la cabeza. No quiero mirarlo.

Él aprieta un poco más su agarre y me obliga a hacerlo. Me busca con la mirada, me escudriña, como si pudiera atravesarme la piel.

—No hay nada «digerible» en lo que me has contado.

Aprieto los dientes y lo miro desafiante.

West mueve la mano y me da un ligero zarandeo.

—Y tú no eres ninguna mentira. Tienes personalidad, sentido del humor y cosas importantes que decir. Tu vida sentimental es lo menos interesante de ti. Te conozco desde hace un día y ya lo sé.

—¿Y qué es lo más interesante de mí? —susurro, notando la presión firme de sus dedos en la mandíbula.

Sonríe de medio lado y baja la vista a mis labios.

—La forma en que te relames cuando me miras los muslos.

Me río.

—Pareces el tipo de chica que llevaría un chihuahua en el bolso y, en cambio, tienes un loro que suelta tacos como un camionero.

«Cherry». Eso me hace sonreír.

Entonces suaviza su expresión.

—Y cómo has conseguido que un niño que no habla con nadie se presentara contigo. Eso es especial.

Me entran unas ganas tremendas de tocarlo, así que meto el dedo por el agujero de su camiseta y trazo un círculo sobre su piel desnuda. Me agarra de la cintura con firmeza. Ojalá no hubiera tanta tela de por medio entre su mano y mi cuerpo.

El corazón me retumba en los oídos. Puede que esa sea la razón por la que no oigo mis pensamientos. O quizá es porque no pienso en absoluto. Pero me pongo de puntillas, apoyo una mano en el pecho de Weston Belmont... y lo beso.

Oigo su inhalación sorprendido y siento su barba rasparme la mejilla. Pero no me devuelve el beso. Ni siquiera cuando vuelvo a rozar sus labios con los míos.

No me aprieta contra él; me sujeta de las caderas, manteniéndome a una distancia respetuosa. Y, cuando intento acercarme más, el ángulo en el que tiene colocado el brazo me lo impide.

Me aparto.

Mi primera reacción es la confusión. La gente siempre quiere esto de mí. Los hombres suelen ser amables conmigo esperando este tipo de recompensa. Creo que es la primera vez que me rechazan.

Y que West esté rígido como una tabla, prácticamente empujándome, hace que me salten todas las alarmas.

La realidad empieza a volver poco a poco: los relinchos de los caballos, el olor a heno, el peso de los diamantes en el bolsillo.

—Lo siento —jadeo, llevándome la mano a los labios, aún notando el calor de los suyos.

Y, cuando por fin me atrevo a mirarlo, sonrío con tristeza.

Y veo lo que hay en sus ojos.

Lástima.

Eso apaga de golpe las llamas que sentía hace un instante.

Le doy pena. ¿Cómo no voy a dársela?

Le he contado mi vida y encima lo he besado. Me he aferrado a él como si fuera un refugio.

Un refugio con unas manos enormes y un culo perfecto.

Y ahora solo quiero cavar un hoyo en este camino de tierra, meterme dentro y morirme.

—No te disculpes. —Me acaricia la mejilla, me levanta un mechón de pelo y lo mira como si significara algo, antes de colocármelo con cuidado detrás de la oreja—. No hay nada por lo que disculparse.

Niego con fuerza mientras me aparto un poco más.

—No debería haberte besado. Tú solo estabas siendo amable y yo..., no sé..., bueno..., nosotros... somos...

—¿Amigos? —sugiere con cautela mientras doy otro paso atrás.

Me hundo por dentro.

«Amigos».

No tengo muchos amigos. Pero no siento mariposas en el estómago cuando mis amigos me miran. No me acerco a ellos esperando que me metan la lengua en la boca. No estoy deseando sentir sus manos en mi piel desnuda.

Pero no estoy en condiciones de rechazar a un amigo. Y menos a un hombre tan bueno como West. Así que me obligo a sonreír.

Y, con la sonrisa más ensayada y deslumbrante que sé poner, repito la palabra:

—Amigos.

Me sabe a veneno en la lengua. Pero West parece aliviado.

Así que intento convencerme de que, quizá, no tiene un sabor tan desagradable,

«Un día más. Otra mentira más».

NUEVE

West

Vale. Skylar Stone me ha besado.

No creo que lo hiciera con ninguna intención concreta.

Está claro que solo fue un arrebató, nada más.

Porque, aunque estoy seguro de que besarme no es precisamente un sacrificio (más bien al contrario), ese beso me pareció más el gesto impulsivo de una chica que buscaba consuelo sin tener claro qué quería. Así que entendí que no era el momento de aprovecharme, aunque mentiría si dijera que no me lo planteé durante un instante.

Apenas conozco a Skylar, pero sé que le han hecho daño. Tiene pocos amigos y aún menos confianza. ¿Qué clase de cerdo habría sido si me hubiera aprovechado de eso después de escucharla desahogarse de esa forma tan dolorosa y frustrante?

Aun así, nada de eso evitó que me quedara despierto, tumbado bocarriba, mirando al techo y reviviendo ese beso una y otra vez.

Solo dejo de pensar en él cuando recuerdo lo que me ha contado sobre su ex y sus padres, y en lo tremendamente gilipollas que me parecen todos ellos.

Aunque ahora tengo empleados que se encargan de las tareas de primera hora, sigo despertándome al amanecer incluso en los días en que podría permitirme dormir más. La luz matinal lleva un buen rato filtrándose por mis cortinas inútiles; sé que debería levantarme, pero sigo atrapado en mi cabeza.

Pensando.

Y nunca he destacado por darle demasiadas vueltas a nada.

Pero esto no puedo quitármelo de encima. No dejo de preguntarme cómo sus padres han podido hacerle algo así.

Mis padres nunca me han fallado. Ni siquiera cuando estaba en mi peor momento, cuando era un auténtico desastre. Puede que no aprobaran todas mis decisiones, pero siempre estuvieron ahí para mí y jamás han dejado de quererme.

Yo intento ser ese tipo de padre. Nunca se me ha pasado por la cabeza que alguien aspirara a ser otra cosa. Y, por primera vez en mucho tiempo, me siento ingenuo.

Es un recordatorio brutal de que Skylar y yo venimos de mundos completamente distintos.

Lo que más me inquieta es que tengo la sensación de que solo me ha dado una versión muy resumida de su historia familiar. Vi cómo se quedó paralizada en la cocina cuando se rompió aquella copa. Así que tiene que ser peor de lo que ha dejado entrever. No me corresponde pedirle más detalles, no es asunto mío, pero eso no impide que me los imagine.

De todas formas, nunca se me ha dado especialmente bien hacer lo que se supone que debo hacer.

Por eso sigo aquí tumbado, con una sábana ligera sobre las piernas, dándole vueltas a las pocas piezas del puzle que me ha mostrado.

Me ha bastado un día para hacerme una idea de quién es y de lo que está pasando en su vida. Es como cuando llega un caballo nuevo y problemático al establo: lo observo con atención, lo evalúo y saco conclusiones antes de ponerme manos a la obra.

Obviamente, Skylar no es un caballo.

Y tampoco creo que necesite las manos de nadie. Si acaso, necesita espacio. Un amigo. Y si hay algo por lo que se me conoce es por hacerme amigo de cualquiera.

Yo, Weston Belmont, soy el mejor amigo del mundo.

Y también el peor enemigo. Soy el primero en repartir puñetazos si la situación lo exige, aunque esa etapa ya casi quedó atrás. Ahora soy el alma de la fiesta. El que organiza planes. El que consigue que un grupo de hombres hechos y derechos se junten para jugar a los bolos los jueves, en la noche de padres.

Así que, si Skylar Stone ha venido para quedarse y necesita un amigo, ¿quién mejor que yo para acogerla bajo mi ala?

No tendría ningún problema en ser su amigo. A veces los amigos se besan sin querer y, a veces, también tienen erecciones monumentales pensando en ese beso. Son cosas que pasan. Totalmente normales.

Sí. Lo tengo todo controlado.

—¡Papá! —El grito de Emmy precede al estruendo de sus pasos, pesados como los de un elefante, recorriendo el pasillo hasta mi habitación. Su pelo color melocotón, con ese matiz rosado tan suyo, vuela tras ella cuando se lanza de un salto sobre mi cama y aterriza a cuatro patas, como la pequeña salvaje que es.

—¿A qué hora es el partido?

Suelto un gemido, estiro la mano y tanteo la mesilla. Cuando se acurruca a mi lado, hago caso omiso de la punzada que siento en el pecho al darme cuenta de que ya no encaja como antes. Joder, está creciendo demasiado deprisa. Ojalá pudiera hacerla pequeña otra vez, congelarla en los cuatro años, cuando su voz era dulce como el azúcar y me seguía a todas partes.

La rodeo con un brazo mientras busco el móvil, que sé que está por ahí. Cuando por fin lo encuentro, abro los ojos de par en par. He estado tumbado aquí mucho más tiempo de lo que creía.

Pensando. Obsesionándome. Trazando planes.

—Mierda. En cuarenta y cinco minutos tenemos que estar en el campo con el resto de las fierecillas de tu equipo.

—Cinco minutos más —murmura, frotando la cara contra mis costillas.

¿Cómo coño voy a decirle que no? Dentro de poco no querrá saber nada de mí. Llegarán los ojos en blanco, los resoplidos y los portazos.

Así que me giro y la atraigo hacia mí, permitiéndome cinco minutos más para acurrucarme con mi niña.

No abro los ojos, pero sonrío al notar la presencia silenciosa de Ollie subiendo por el otro lado de la cama y apoyando la espalda

contra mí. Un instante después, oigo el leve susurro de las páginas de su libro al pasar.

Es uno de esos momentos que te reconcilian con todo. Lo único que lo estropea es que no consigo dejar de pensar en Skylar. Me pregunto si alguna vez tuvo algo así con sus padres.



Como si la mañana no fuera ya lo bastante caótica, me entran dos mensajes seguidos: mis dos ayudantes de entrenador me han dejado tirado a última hora.

Lo que significa que voy a estar solo con quince niñas en un partido de fútbol que promete ser un auténtico desmadre.

Solo para hacer los cambios.

Solo para repartir los petos.

Solo para atar cordones que se deshacen a una velocidad que desafía la lógica.

Me agobia pensar que los hijos de otros dependen de mí para pasar un buen rato con esta experiencia. Por eso solo tardo un par de minutos en darme cuenta de que necesito que un amigo me eche una mano con esto.

Y tengo una amiga recién estrenada. Una que, además, me debe una por haberla salvado de un *grizzly*.

Así que salgo por la puerta principal, con el café en la mano, mientras Emmy y Oliver corren por la casa terminando de arreglarse.

—Si en cinco minutos no estáis listos, me voy sin vosotros y os tocará ir andando hasta el pueblo —grito antes de dejar que la puerta mosquitera se cierre de un portazo tras de mí.

—¡Qué majo, papá! —responde Oliver a gritos.

No soy capaz de regañarlo. Si quiere gritar, que grite. Al menos está hablando.

Me dirijo a toda prisa hacia la cabaña, esperando poder convencer a Skylar. La idea de enfrentarme a esto solo me resulta

tan horrible que me entran ganas de echarme el café hirviendo encima. Hacerlo con ella, en cambio, suena muchísimo mejor.

No tengo ningún reparo en recordarle que me debe un favor para que me ayude. Es por los niños. Además, después de verla anoche con mis hijos, creo que hasta podría venirle bien.

El aire, cargado del aroma seco de los pinos, se aligera cuando el claro que da al lago aparece ante mí. Llevo aquí toda mi vida y, aun así, hay días en que el paisaje todavía me deja sin aliento. Rose Hill tiene algo mágico. Algo que te obliga a detenerte y contemplarlo, aunque solo sea un instante.

Y eso es todo lo que puedo permitirme esta mañana: un instante. Así que me empapo de la imagen del lago y las montañas y sigo adelante, bajando por el sendero de tierra que lleva hacia la cabaña que guarda cierto parecido con la casa principal. El revestimiento blanco de madera se ve más desgastado que nunca y el tejado de chapa roja se ha ido volviendo de un rosa apagado.

Veo a Skylar en el pequeño porche, sentada en la vieja mecedora y envuelta en una manta con estampado navajo, con su dichoso loro en el hombro. Está mirando hacia el agua, meciéndose suavemente, con una calma que asusta.

Antes de que pueda anunciar mi presencia, Cherry me delata gritando:

—¡Lárgate!

Skylar da un respingo y se gira hacia mí. Lleva el pelo color caramelo recogido con una pinza negra grande y la cara lavada, sin el maquillaje de ayer. Lo sé porque se le ven las ojeras.

Está preciosa y desolada al mismo tiempo.

Por supuesto, eso es algo que no pienso decirle.

Estoy soltero, sí, pero no porque vaya por ahí metiendo la pata con las mujeres.

Más bien es porque no termino de sentirme preparado para comprometerme de verdad. Y tampoco me apetece meter a alguien nuevo en la vida de mis hijos.

—Creo que tu loro me odia —bromeo, intentando rebajar la tensión del momento de locura de anoche.

Su expresión de sorpresa desaparece, pero la reemplazan dos manchas rosas en sus mejillas que combinan a la perfección con el tono del tejado.

«Misión no cumplida».

Ni siquiera es capaz de mirarme a la cara. Solo observa de reojo al loro gris y sonríe con suavidad.

—Creo que solo le gusto yo.

El ave frota la cabeza contra su pómulo, acurrucándose con cariño, como si quisiera borrarle el rubor a base de mimos.

—Eso salta a la vista —respondo con sequedad.

—La rescaté de un refugio. No la cuidaban bien. Yo estaba allí para rodar un anuncio y hubo algo en ella que me habló.

—¿Te dijo «lárgate»?

Se ríe.

—En aquella época no hablaba.

—¿Le... —señalo al loro— cortaban las alas?

—Sí. Yo nunca fui capaz de hacerlo. Le han vuelto a crecer. En teoría, ya puede volar, pero no lo hace nunca.

Nuestras miradas se cruzan. La seguridad que desprendía ayer ha desaparecido. Envuelta en esa manta, parece pequeña y vulnerable.

—¿Sabes? A veces, me siento fuera con ella y deseo que lo intente —me explica—. Quiero que sepa que puede hacerlo. Pero me da miedo que no vuelva.

Me encojo de hombros.

—A lo mejor sabe que puede volar y simplemente no quiere irse.

Parpadea, como si esa posibilidad no se le hubiera ocurrido antes. Luego vuelve a mirar a Cherry y se le humedecen un poco los ojos mientras le acaricia el lomo.

Se la ve triste, y no soporto verla así, joder. Así que voy directo al grano.

—¿Te acuerdas de aquella vez en que te salvé la vida? —Porque, ¿quién sabe?, lo mismo ver a un grupo de pequeñas salvajes

corriendo detrás de un balón consiga animarla un poco.

Resopla y me mira con sorna.

—He borrado todo lo que pasó ayer de mi memoria. Así que... no. No recuerdo nada.

Suelto un jadeo exagerado y me llevo la mano al pecho, ofendido.

—Madre mía. ¿Has borrado nuestro beso? ¿Cómo has podido?

Abre esos labios con forma de corazón de golpe, como si no pudiera creer que me haya atrevido a mencionarlo.

—¿Quieres que te lo cuente para que lo recuerdes? —añado.

Se le escapa una risa seca.

—No. Por Dios. Ni se te ocurra.

—Venga ya. Beso de maravilla. Eso me dicen todas. Confía en mí, no quieres olvidarlo.

Niega con la cabeza, pero ahora sus ojos brillan divertidos, no porque estén conteniendo lágrimas.

—Fue como besar a un cadáver. No te moviste nada.

—Puede que te sorprenda, pero fuiste tú quien me besó. Estaba en *shock*. Ten un poco de compasión.

—¡West! —Echa la cabeza atrás y mira el cielo azul de la mañana.

—Me sacaste fuera y casi me devoraste. Como un oso.

Le tiemblan los hombros con una risa silenciosa.

—Y, como buen caballero que soy, me sacrifiqué por el equipo. Y luego me metiste la lengua hasta la garganta y te abalanzaste sobre todo esto... —digo, señalándome de arriba abajo como si fuera el premio de un programa.

—Te voy a matar —jadea Skylar, sin aliento.

La que me asusta de verdad es Cherry cuando repite:

—¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar!

Y ahí es cuando a los dos nos entra un ataque de risa.

Culpa de su pájaro homicida y de toda la tensión que se disipa.

Skylar se seca las lágrimas de las comisuras de los ojos, que, aunque creo que empezaron siendo de tristeza, ahora lo son de risa.

Debo de ser un tío fácil de contentar, porque saber que he ayudado a cambiarle el ánimo me produce una satisfacción enorme.

Sí, me siento orgulloso.

—Bueno, en cuanto al favor...

—¿Qué favor? —pregunta, enderezándose.

—Me han dejado tirado y necesito una ayudante para el partido de fútbol de Emmy dentro de... —saco el móvil del bolsillo trasero y miro la hora— diez minutos.

—Yo... —vacila—. No soy entrenadora de fútbol.

—No me digas. ¿Sabes qué? —Levanto la taza de café hacia ella—. Yo tampoco.

—Pero...

—¿Sabes atar cordones?

Frunce el ceño y vuelve a tener esa expresión ofendida.

—Por Dios, Skylar, era una broma, no un insulto. Claro que sabes atar cordones. Venga, vamos.

Me doy la vuelta y le hago un gesto para que me siga. Oigo el susurro de la manta al moverse.

—Pero tengo que arreglarme un poco. No me he duchado ni me he maquillado...

—Me da igual. Tenemos que llegar al partido. ¡Vamos, entrenadora Cara Lavada!

Skylar suelta una risa incrédula. Tengo la sensación de que nadie le ha tomado el pelo en su vida. Ahora que es mi amiga, que se prepare.

La puerta de la cabaña chirría al abrirse y Cherry grazna un último:

—¡Te voy a matar!

—Inténtalo, Cherry —le grito, oyendo la risa suave de Skylar y el golpe de la puerta al cerrarse tras ella.

Y después:

—¡Eh! ¡Espera, entrenador Muslazos! ¡Tienes que llevarme en coche!

Y yo solo gimo y reduzco el paso porque, pese a mis buenas intenciones y a la charla motivadora que me he dado sobre ser

amigos, cuando se trata de la entrenadora Cara Lavada, mi cabeza se va directamente al terreno menos inocente posible.

DIEZ

Skylar

Tengo a treinta ojos mirándome sin pestañear.

Ojos abiertos como platos, brillando de emoción.

West está hablando, pero ninguna de las niñas del equipo le hace caso porque Skylar Stone está allí de pie, a su lado. Por lo visto, me han reconocido todas, incluso sin maquillaje.

Mi primera reacción es quedarme petrificada. Buscar una vía de escape. Salir corriendo.

Soy como un ciervo deslumbrado por los faros... frente a una horda de niñas de seis años.

West me da un leve codazo y ese breve contacto me devuelve a la realidad. Echo un vistazo por encima del hombro y veo a Oliver sentado en lo alto de las gradas. Tiene un libro entre las manos, pero nos está mirando a West y a mí. Lo saludo con la mano y él me responde con timidez antes de volver a bajar la vista a las páginas que tiene sobre las rodillas.

Y entonces su padre suelta:

—Esta de aquí es la entrenadora Cara Lavada.

Suelto un bufido y, por fin, las niñas parpadean.

—¿En serio? —Me vuelvo hacia él. Luce una sonrisa pícara, de esas que saben perfectamente lo que hacen. Es tan luminosa que casi me deslumbra bajo la visera de su gorra—. Podéis llamarme Sky. Solo he venido a echar una mano.

Las niñas asienten, pero West insiste.

—¿Qué? Tú también me has puesto un mote.

Me quedo pensando un momento. ¿Un mote? Y entonces me acuerdo.

«Entrenador Muslazos».

Me guiña un ojo.

Y yo me pongo roja.

Cada comentario ingenioso que consigo soltarle acaba convertido en munición para que se burle de mí. No hay forma humana de hacerle perder la calma, algo que me sacaría de quicio si no fuera tan encantador.

—Entrenador West —digo, marcando cada sílaba.

—Claro —interviene una niña de pelo negro—. ¿Cómo si no te íbamos a llamar?

West sigue sonriendo cuando se endereza y da una palmada para captar la atención.

—Exacto, Lee. Muy bien, ¿listas? Vamos a darles caña con nuestra formación en diamante y a pasarlo en grande, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —gritan algunas, porque otras siguen mirándome fijamente. También siento las miradas de los padres desde la banda, pero intento ignorar esa sensación de estar siendo observada. Esa que me provoca un picor nervioso en la cabeza.

—Vale, a la de tres —truenas la voz de West a mi lado, sobresaltándome.

Todas meten las manos en el centro del corro y, cuando West me da otro codazo, yo las imito, algo incómoda.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Y tres!

—¡Unicornios Turquesa con Purpurina! —Sus vocecitas dulces al unísono me arrancan una sonrisa; una de verdad. Después, salen disparadas hacia sus posiciones: unas al campo y otras al banquillo. Emmy en primera línea.

Giro la cabeza hacia West.

—¿Unicornios Turquesa con Purpurina?

—Sí, señora. Así nos llamamos —responde, cruzándose de brazos y señalando el campo con la barbilla.

—Muy original.

Resopla.

—Deberías haber oído las otras opciones. Lo decidieron por votación.

Cuando me fijo mejor, veo que en su gorra turquesa pone «UNICORNIOS TURQUESA CON PURPURINA». Por lo demás, lleva unos pantalones cortos deportivos, una camiseta negra sencilla y unas zapatillas. Pero verlo en modo padre entregado hace que el corazón me dé un vuelco.

Me cruzo de brazos y miro cómo el entrenador rival deja caer el balón sobre el césped.

—Bonita gorra, entrenador Muslazos.

—Gracias, cara bonita. Compré para todo el equipo. ¿A quién no le gusta un unicornio turquesa con purpurina?

Me río y niego con la cabeza, intentando entender cómo alguien puede estar tan a gusto consigo mismo. ¿Cómo será vivir así?

—Voy a moverme por la banda para gritarles. ¿Te importa quedarte aquí y ayudarles a intercambiarse los petos cuando haga los cambios? Y prepárate para atar zapatillas. Esos putos cordones parecen diseñados a propósito para desatarse solos.

Le sonrío y le hago un saludo militar, y luego procuro no quedarme embobada mirándole el culo cuando se aleja corriendo. Tampoco cuando empieza a gritarles. Pero fracaso estrepitosamente.

Fracaso una y otra vez porque su versión de gritar consiste en aplaudir, animar y celebrar a pleno pulmón lo bien que lo están haciendo.

Suelta cosas como:

—¡Vamos, chicas! ¡Así se hace!

O:

—¡Qué tiro más bonito, Shelby! ¡Te veo en las Olimpiadas!

Cuando se da cuenta de que la portera está bailando, sin prestar atención al partido, le suelta:

—¡Addie, mira el balón! ¡Deja el baile de la victoria para después de ganar, bichito!

Y luego la estocada final:

—¡Muy bien, Emmy! ¡Esa es mi chica!

«Esa es mi chica».

Dios. Está tan orgulloso de ver a su hija y a sus amigas jugar el partido de fútbol más caótico del mundo... Me duele el pecho y, por mucho que me repita que no mire, no puedo apartar la vista de él.

Entonces grita:

—¡Sheer! ¡Deja de comer porquerías del césped!

Eso me devuelve de golpe a la realidad.

Una niña en la banda está a cuatro patas, rebuscando en la hierba como un animalillo.

—¡No son porquerías! —responde la cría, sin inmutarse por el tono brusco de West—. ¡Hay Smarties por todas partes, entrenador! ¡Se le han tenido que caer a alguien!

Cuando se mete en la boca un caramelo de colores que acaba de recoger del suelo, echo a correr hacia ella.

—No, no, no, no, no —repito la palabra una y otra vez, como si así pudiera deshacer lo que acabo de ver. Ojalá no hubiera presenciado cómo una niña se mete en la boca vete tú a saber qué del suelo—. ¡Escúpelo!

Alza la vista hacia mí, con los ojos como platos.

—Si no lo escupes, compondré una canción sobre la niña que comía caramelos del suelo y la grabaré para que se entere todo el mundo.

Parpadea. Se lo está pensando, pero ni siquiera esa amenaza parece convencerla del todo. Desesperada, pruebo con el último recurso.

—También tengo Skittles en el bolso. Si lo escupes, te doy algunos.

La pequeña rubia escupe al instante el caramelo rojo y se pone en pie de un salto. Luego extiende la mano, exigiendo su recompensa por haberla salvado de la enfermedad que habría pillado de habérselo tragado.

Contengo una sonrisa y meto la mano en el bolso bandolera para sacar uno de los varios paquetes de Skittles que siempre llevo encima. No recuerdo cuándo empecé con esa costumbre, pero una dosis de azúcar puede darle la vuelta a un día complicado.

Al rozar el móvil con los dedos, lo aparto como si me quemara. Anoche me pasé horas machacándome y leyendo comentarios crueles sobre mí en internet. Y, aunque me dolía, no podía dejar de mirar la pantalla.

El crujido de la bolsa de Skittles me calma. La saco de un tirón, vuelco unos cuantos sobre la palma y observo los pequeños caramelos antes de agacharme y ofrecérselos.

—Toma, pero no cojas los naranjas. Son los únicos que me gustan.

Arruga la nariz.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que me gustan las naranjas. Es mi fruta favorita. Y también mis caramelos preferidos.

Se encoge de hombros y le sonrío mientras examina mi mano abierta como si estuviera a punto de tomar una decisión trascendental.

Al final escoge uno rojo, justo del mismo color que el que le he hecho escupir.

Entonces una mano enorme, tatuada y con las venas marcadas, aparece de la nada y se lleva casi todos, incluidos los naranjas.

—Gracias, entrenadora —dice West mientras se aleja trotando de espaldas, con un brillo travieso en los ojos—. Necesitaba un chute de energía.

—No has pedido permiso. Y te has llevado los naranjas.

Baja la cabeza, se mira la mano, saca un caramelo de ese color y lo levanta entre los dedos.

—¿Los naranjas como este?

—Sí, como ese.

Lo lanza al aire, echa la cabeza atrás y lo atrapa con la boca abierta, como un niño grande. Me mira mientras mastica y asiente.

—Oh, sí. Los naranjas están buenísimos.

Durante un instante, lo observo tragar.

Y yo también trago.

Luego articulo un «capullo» con los labios y él, en respuesta, suelta una carcajada enorme. La más plena que he oído jamás. En un mundo tan artificial, no recuerdo haber oído una risa tan sincera como la de West.

Está lleno de vida.

Es como un imán. Y tengo la sensación de que no soy la única que se siente atraída por su magnetismo. Las niñas lo adoran. Los padres le estrechan la mano al final del partido.

Y algunas madres le sonrían con demasiado entusiasmo.



Tras una victoria de doce a cinco, las chicas avanzan eufóricas por la fila que les hace el equipo rival para chocar las manos. Sonrío como una boba al verlas porque me lo he pasado en grande.

Ha sido diversión de la buena, de la de toda la vida.

He compartido una bolsa de Skittles al sol, he visto a un grupo de niñas trabajar en equipo y hasta me he aprendido el grito de guerra de los Unicornios Turquesa con Purpurina.

Nunca pensé que acabaría en un sitio así, pero ya se sabe, el universo actúa de formas misteriosas.

Es al girarme y ver a West hablando con una mujer rubia cuando ese misterio deja de parecerme tan encantador.

La mujer se ríe y Emmy se lanza a sus brazos gritando un sonoro: —¡Mamá!

Frunzo el ceño y me quedo atrás, observando. Emmy y Oliver parecían bastante cómodos hablando de su madre y de su padrastro. Pero, después de ver a mis padres hacerse polvo estos últimos meses, todo esto me pone en guardia.

Me cuesta creer que dos personas puedan divorciarse en buenos términos. Y, sin embargo, ahí está él, hablando alegremente con su exmujer mientras su hija intenta arrastrarla hacia...

Hacia mí.

—Vale, Emmy, vale. Ya voy —dice ella entre risas mientras deja que su hija tire de ella en mi dirección.

—Mamá —anuncia Emmy—, esta es Skylar Stone y vive en nuestra cabaña.

La mujer me sonríe con amabilidad. Tiene curvas suaves y femeninas, ojos marrón chocolate y pecas claras que le salpican la nariz respingona. Lleva el pelo a la altura de los hombros, de un rubio cálido que explica ese matiz melocotón en el cabello de Emmy. Desprende ese aire perfecto de vecina de al lado.

Y es preciosa sin hacer nada para serlo.

—Hola, Skylar. Soy Mia —dice con total naturalidad, sin quedarse boquiabierta—. Encantada de conocerte, y siento mucho lo de la cabaña. —Me tiende la mano.

Le devuelvo el apretón con la misma sonrisa.

—Estoy viviendo experiencias que ni siquiera sabía que tenía pendientes, eso seguro.

—Oye, oye —nos interrumpe West, acercándose con ese paso chulesco suyo—. No sabes lo que es la vida hasta que has pasado unas cuantas noches en la cabaña. Eso está más que demostrado.

Mia pone los ojos en blanco de forma exagerada.

—Tu apego a ese sitio es uno de los grandes misterios del universo, Weston.

Él le da un codazo y, por un instante, puedo verlo haciendo ese gesto de niño, como un granuja tomándole el pelo a todo el mundo con esa misma energía. Y también veo los años de confianza entre ellos. Me los imagino juntos y me invade una extraña sensación en el estómago.

—Si tú y Brandon el Aburrido queréis hacer una escapadita romántica, es vuestra. Gratis.

Ella niega con la cabeza y aparta la mirada para ocultar la sonrisa.

—Madre mía. —Luego vuelve a mirarme con una seriedad fingida—. Skylar, has tenido suerte, porque hoy empieza mi semana con los niños. Eso significa que solo tendrás que compartir la finca con uno.

Me río. Mia transmite muy buenas vibraciones. Aun así, giro la cabeza con timidez para esconder el rubor porque la idea de quedarme a solas en la finca con West me sacude por dentro.

Tengo por delante una semana entera evitándolo para no volver a lanzarme sobre él. Y también una semana entera siendo «amigos» sin sus adorables hijos de por medio para amortiguar la tensión.

Estoy mordiéndome el labio y mirando al suelo cuando un destello blanco capta mi atención por el rabillo del ojo. Me vuelvo para mirar.

Un balón.

Que viene directo hacia mi cara.

Un instante después, me empieza a sangrar la nariz.

ONCE

West

—Estás bien.

—No, no estoy bien. —Skylar se palpa con cuidado ambos lados de la nariz, como si se estuviera asegurando de que no le vuelve a sangrar.

—Vale, estás fabulosa.

Me mira con el ceño fruncido desde debajo de la visera de una gorra de repuesto de los Unicornios Turquesa con Purpurina.

—Buen intento.

Me recuesto en la silla metálica para observarla mejor desde el otro lado de la mesa. Estamos en la terraza flotante del Rose Hill Reach, el bar junto al lago, y, aunque la luz es tenue, los farolillos que rodean el perímetro se reflejan en el agua y lo envuelven todo en un resplandor cálido y acogedor.

El cielo, sin embargo, es de un azul cobalto oscuro que combina a la perfección con el moratón que empieza a asomar en su cara perfecta.

Para mí, está preciosa. Pero no voy a decírselo.

—Todavía no he conocido a nadie que no esté fabuloso con una gorra de los Unicornios Turquesa con Purpurina —comento.

Veo cómo le tiemblan los labios. Está a punto de sonreír, pero al final se contiene y mira el agua oscura del lago y luego el bar principal, donde se ha negado a entrar porque había demasiada luz. Hay más gente sentada en las mesas de la terraza, pero nadie nos presta atención.

¿La he obligado a salir a tomar algo conmigo?

Puede.

¿Es mejor que quedarse en la cabaña, dándole vueltas a si se ha roto la nariz?

Sin duda.

Y eso era justo lo que estaba haciendo cuando he ido a comprobar cómo estaba.

Skylar vuelve a levantar la mano y desliza la yema del dedo por el puente de la nariz.

—Bueno, al menos ahora, cuando los medios digan que me he operado la nariz, estarán diciendo la verdad.

—No vas a necesitar ninguna operación.

—Deberías escribir un artículo sobre eso. O publicarlo en las redes. A la gente le encanta tragarse cualquier opinión gratuita sobre mí.

Lo dice como si fuera una broma, pero no me hace ni pizca de gracia.

—¿Por qué lees esa mierda?

Endereza la espalda y alza la barbilla. No le veo bien los ojos bajo la gorra, pero estoy seguro de que ahora mismo brillan desafiantes. No es la niña bonita y dulce de la prensa que todo el mundo cree conocer. Skylar tiene un carácter afilado que han intentado maquillar con focos y decorado.

Pero yo lo veo. Y me gusta.

—Porque forma parte de mi trabajo saber cómo me perciben en los medios.

Frunzo el ceño.

—No, eso no forma parte de tu trabajo. Además, ¿qué importa lo que digan? ¿Tienen razón? ¿Te conocen acaso? Que les den.

Abre los ojos de par en par.

—Te conozco desde hace menos de cuarenta y ocho horas y ya has mencionado los medios dos veces —continúa—. Deja de estar pendiente de ellos. Que se vayan a tomar por culo.

—No es tan fácil —dice en un susurro—. Sé que van a inventarse cosas y que lo harán con mala leche, pero, aun así, lo miro, solo para enterarme de lo que dicen.

—*Spoiler*: lo van a decir igual, lo leas o no.

Se muerde el labio inferior, suave y carnosos, y asiente con un gesto breve.

—Y que lo leas tampoco lo convierte en verdad. Entonces, ¿qué sentido tiene?

Skylar vuelve a apartar la mirada, pero esta vez no es para contemplar el entorno, sino para evitar mirarme. Como no quiero incomodarla, decido dejarlo.

—Además, no tienes la nariz rota. Se nota. No necesitas ninguna operación.

—Ah, ¿sí? ¿Ahora eres médico? —replica con sorna.

Me echo a reír. Me gusta cuando saca las garras. Así es como más auténtica me parece.

—No, pero me han roto la nariz una vez y yo he roto dos. Además, te ofrecí llevarte a urgencias y dijiste que no querías que te reconocieran. Así que soy lo más parecido a un experto que vas a encontrar esta noche.

Se queda boquiabierto y apoya las palmas en la mesa metálica.

—¿Has roto dos narices?

Me cruzo de brazos y le sonrío de oreja a oreja.

—Que yo sepa. Hubo un par que salieron corriendo antes de que pudiera comprobarlo.

—¿Por qué?

Me froto la barbilla y miro hacia el agua.

—De joven tuve una racha un poco pendenciera. Me iba lo de dar lecciones a puñetazos. Ya lo he superado..., más o menos.

La visera de la gorra cubre su expresión; tengo la sensación de que está a punto de decir algo, pero entonces llega la camarera y nos interrumpe.

—West, cariño. ¿Cómo va la noche? —Doris se apoya la bandeja en la cadera y me sonrío con sus dientes amarillentos por el tabaco y una permanente que dejó de estar de moda hace décadas. Me mira igual que cuando me colaba aquí siendo menor de edad.

—Genial, Doris. ¿Y tú qué tal?

—Las rodillas me están matando, pero por lo demás no me quejo. Tengo un techo, comida y un marido con una polla enorme.

Skylar suelta un sonido ahogado de sorpresa y yo estallo en carcajadas. Bendita Doris. Nunca falla.

—Bueno, ¿qué os pongo?

Me froto la nariz intentando recomponerme. Normalmente, las barbaridades de Doris no me afectan tanto, pero ver la cara de Skylar ha sido oro puro.

—Hijo, ¿te ha dado la risa floja? ¿Y esta quién es? —pregunta, señalando a Skylar.

Eso basta para que me ponga serio. Aquí los cotilleos son el deporte nacional, y no quiero que esta noche se monte una procesión de curiosos deseando acercarse a Skylar.

No ahora que, por fin, la tengo para mí.

—Es una amiga. Ponme una pinta de Rose Hill Red y dos latas de Buddyz Best. Sin vasos.

Doris lo apunta en su libreta. No la usaba cuando yo era joven, pero ya no tiene la memoria de antes.

—Claro, otra de tus amigas. Como te vea agujerear esas latas para bebértelas de un solo trago, Weston...

—Doris, mis días de abrir latas a lo bruto ya pasaron.

Me mira con escepticismo y yo ladeo la cabeza.

—Más o menos.

Pone los ojos en blanco y se gira hacia Skylar.

—Bueno, «amiga». ¿Qué quieres?

Skylar parece una niña visitando el zoo por primera vez: intimidada y fascinada a la vez.

—¿Un chardonnay?

—¿Lo estás preguntando o pidiendo?

Skylar suelta una risa nasal.

—Un chardonnay, por favor.

Doris sonrío mientras lo apunta. Luego, sin mirarme, mascullo:

—Esta es más lista que las otras.

Y se marcha arrastrando los pies.

La vemos alejarse y, al mismo tiempo, volvemos a mirarnos. Skylar abre la boca, como para decir algo..., y la cierra.

Vuelve a abrirla. Y la cierra otra vez.

—¿Te ha comido la lengua el gato, cara bonita?

—Yo... —Mueve la cabeza, buscando las palabras—. Es increíble.

Asiento con solemnidad.

—Desde luego. Es toda una institución en este pueblo. Y la dueña del bar.

Skylar mira el local con los ojos muy abiertos.

—Necesito absorber su energía. Encontrar a mi Doris interior.

—Bueno, ya tienes un techo en la cabaña. Estoy a punto de invitarte a una ración de alitas. Y tengo una polla enorme, pero no puedo casarme contigo.

Sonríe de medio lado. Y, justo cuando creo que va a burlarse del «techo» que ofrece la cabaña, me sorprende preguntando:

—¿Cómo de enorme?

Me pilla totalmente desprevenido. Siento cómo me arde la cara y suelto el aire en un bufido incrédulo. Me quedo mirándola con la boca abierta unos segundos. Luego me humedezco los labios y recobro la compostura.

—Primero, estoy escandalizado por tu pregunta. Segundo, no me gusta hablar del tema porque luego la gente quiere vérmela y todo se vuelve incómodo.

Sonríe mientras niega con la cabeza, pero no se me escapa cómo entorna los ojos.

—¿No sueles enseñársela a tus amigas?

Me muerdo el interior de la mejilla y tenso los bíceps.

—Tengo muchas amigas. De muchos tipos. Soy un tío muy sociable.

Enarca una ceja.

—Venga, cara bonita. Pregunta lo que quieras.

Se acomoda en la silla y entrelaza los dedos sobre la mesa.

—¿Qué ha querido decir cuando me ha llamado «otra de tus amigas»?

La miro directamente a los ojos ya amoratados.

—Que cree que me estoy acostando contigo.

El silencio se instala entre nosotros. Casi creo oír cómo se pasa la lengua por el labio inferior, aunque sería imposible con el murmullo del resto de las mesas.

—¿Te acuestas con todas tus amigas?

—No. Solo con algunas.

Abre los ojos de una forma casi cómica.

—¿Algunas?

—No a la vez. Pero no soy un monje, Skylar. Me gusta tener compañía y no estoy preparado para nada serio. Mucho menos para meter una relación en la dinámica familiar con mis hijos. Estoy ocupado. Oliver está mejorando poco a poco, y no voy a arriesgarme a que retroceda por traer a alguien nuevo. Sobre todo después de lo que tardó en acostumbrarse a Brandon. Así que, ya que tienes tanta curiosidad, sí, tengo amigas con derecho a roce porque es lo menos complicado para seguir soltero con treinta y tres años.

Parpadea.

—¿Entonces tú...? ¿Estás...? ¿Sabes qué? Da igual.

Ahora es ella la que se ha quedado cortada. Me imita, cruzándose de brazos, y levanta un muro entre nosotros.

Desde que hemos llegado, la conversación ha fluido con facilidad, pero ahora todo se atasca. Y puede que esté soltero y no quiera ningún compromiso, pero tampoco soy un inepto emocional.

No voy a dejar que esto eche a perder la complicidad que hay entre nosotros.

—¿Por qué estás tan cabreada conmigo, Skylar?

Veó cómo se le tensa el músculo de la mandíbula; está apretando los dientes.

—Por ese estúpido beso —responde entre dientes, mirando a su alrededor por si alguien nos está escuchando—. No debería haberlo hecho. Me siento como si hubiera besado al novio de otra.

Contengo una carcajada, aunque me vibra en el pecho.

—Skylar, no puedo estar más soltero.

Su mirada sube de mi mano, cerrada sobre mi brazo, a mi cara y, durante un instante, su atención me deja sin aliento.

«Joder, qué guapa es».

Sacudo la cabeza y continúo:

—Y ese beso no tuvo nada de estúpido. De hecho...

—Ay, por Dios, dejo esto y me voy. Haced como si no hubiera estado aquí —gruñe Doris mientras deja las bebidas sobre la mesa y se aleja a toda prisa.

Salvándome de decir algo que, sin duda, no debería haber dicho.

DOCE

Skylar

«De hecho...».

De hecho, ¿qué?

Nunca me habían sacado tanto de quicio dos palabras.

«Maldita Doris».

West estaba a punto de decir algo interesante. Lo he notado por el cambio en su voz, por cómo se le han iluminado los ojos. Que me haya advertido que no quiere nada serio no ha sido suficiente para asustarme. Al contrario, me he acercado un poco más, ansiosa por oír cómo terminaba la frase.

Sé que lo último que necesito es un polvo sin compromiso.

Pero hay algo en él.

Algo que hace que le sostenga la mirada más de la cuenta, que mi cuerpo reaccione y que mi cabeza empiece a recorrer caminos que no debería. Sobre todo porque sé que no va a ocurrir; él lo ha dejado clarísimo.

Y, aun así, no me aleja.

—Toma. —Empuja hacia mí una lata con un *basset hound* con expresión tristona en la etiqueta.

La observo con recelo.

—No sé cómo hacer eso del agujero en la cerveza para bebérmela de un trago.

West se ríe.

—No he pedido estas latas para beber. Nadie debería beber esta mierda. —Coge la lata. La calavera de vaca tatuada en su dedo se tensa al rodearla. El aluminio cruje levemente cuando la levanta. Luego alarga el brazo por encima de la mesa y me presiona con cuidado la lata fría contra el pómulo, justo al lado de la nariz.

Jadeo, sorprendida por el contacto, y alzo la mano. Le rodeo el antebrazo con los dedos y él baja la vista un instante, antes de volver a mirarme a los ojos.

—Es para la hinchazón. —Empuja la segunda lata hacia mí con la otra mano—. Una para cada lado. Y, entre medias, sorbos de chardonnay. Órdenes del médico.

Asiento porque no sé qué decir. Por dentro, hago todo lo posible por no saltar al otro lado de la mesa y besar a este hombre que «no puede estar más soltero».

Porque, aunque no me considere la tía más lista del mundo, tampoco soy tonta. West está buenísimo y es un provocador nato, pero casi podría llevar tatuado un «te va a romper el corazón» en la frente.

Y, sobre todo, porque todavía conservo cierto instinto de supervivencia. Así que le doy una palmadita en el brazo y me retiro a mi lado de la mesa, a salvo.

Me observa mientras doy un buen trago al vino blanco y luego me aprieto las dos latas de cerveza contra la cara.

Cualquiera que me vea ahora mismo debe de pensar que soy un bicho raro. Lo bueno es que con esta pinta es imposible que me reconozcan.

West bebe de su cerveza, pero no deja de mirarme con tal intensidad que me entran unas ganas enormes de lanzarme al lago para escapar de esa mirada. Es excesiva. Abrumadora.

Vuelvo a tener la sensación de que me ve por dentro. Y, como eso me inquieta, quiero descolocararlo tanto como él a mí.

—Mia parece un encanto —suelto de golpe, aprovechando que estoy medio oculta tras las latas.

—Lo es.

—Se nota que os lleváis bien.

—Sí.

Molesta al ver que la conversación no le está incomodando lo más mínimo, dejo las latas sobre la mesa.

—La tratas muy bien.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Es la madre de mis hijos. Sería un auténtico capullo si no lo hiciera.

Parpadeo, sintiéndome una idiota de inmediato por haber dado a entender lo contrario.

—Entonces, ¿por qué os separasteis?

Balancea ligeramente la cabeza mientras hace girar la jarra entre las manos, pensativo.

—Creo que, sobre todo, porque no éramos buenos amigos.

Suelto una risa incrédula y agarro mi copa.

—Qué bien, más charla sobre la amistad.

—No, no. A ver..., yo creo que, para que una relación funcione de verdad, tienes que ser amigo de la otra persona. Disfrutar de su compañía. ¿Me entiendes? Mis padres son así. Discuten por tonterías, pero no cambiarían esas discusiones por nada ni por nadie. Ford y Rosie también. Esos dos eran tal para cual antes incluso de darse cuenta.

Sonrío. Aunque apenas los conozco, enseguida vi la química que había entre ellos.

West se rasca la nuca.

—Mia y yo no disfrutábamos estando juntos. Ella quería una vida doméstica previsible. Que trabajara de nueve a cinco, sin rondas nocturnas a las once. Quería acostarse temprano para ver series juntos. Y yo..., no sé. Quería que cada día fuera distinto. Me aburro con facilidad. Y, cuando me aburro, me vuelvo destructivo.

Me río.

—Eso explica las narices rotas.

Eso le saca una sonrisa, pero continúa:

—Ella quería rutina. De ahí lo de Brandon el Aburrido. Y que conste que es una coña. Es un tío estupendo. Perfecto para ella. En el fondo, sabíamos que éramos incompatibles, pero a los dos nos gustaban los niños. Tenerlos. Criarlos. Creímos que repetir la jugada podría ayudarnos. Pero resulta que los bebés no arreglan lo que ya está roto.

Se ríe por lo bajo y bebe otro trago de cerveza. Luego se recuesta sobre la silla, apoya las manos en los reposabrazos y mira el agua.

—Lo bueno es que es una madre increíble y la respeto muchísimo. No mucha gente podría criar a sus hijos juntos como lo estamos haciendo nosotros. Pero, por favor, no me hagas quedarme en casa jugando al Scrabble con pijamas navideños a juego bajo uno de esos carteles cursis de «VIVE, RÍE, AMA».

La imagen que acaba de describir me arranca una risa poco femenina, lo bastante fuerte como para que me ardan los ojos por el dichoso dolor en la nariz.

—Ay —musito con voz ronca mientras me vuelvo a apretar las latas a la cara—. Ojalá pudieras explicarles todo eso a mis padres.

—¿Tus padres?

—Sí. Todavía no lo han hecho público, pero se están divorciando. Y no precisamente en buenos términos.

—Lo siento, Skylar. —Y lo dice en serio, porque su voz, casi siempre burlona, rebosa sinceridad.

Me encojo de hombros.

—Ya era hora. Si tu teoría de la amistad es cierta, lo suyo terminó hace mucho. No se soportan. Cuando les dije que necesitaba un respiro y salir de la ciudad, mi madre decidió que ella también y se fue a Aruba para «descomprimirse» o algo así. Solo se comunica a través de su abogado porque, si está en la misma habitación que mi padre, acaba lanzando cosas. Y mi padre solo piensa en quedarse con todo el dinero posible, así que tampoco es un santo.

—Si se llevan tan mal, ¿por qué han estado juntos tantos años?

—Por mí.

Asiente.

—Nunca he entendido eso de seguir por los hijos. Prefiero que mis hijos me vean feliz solo a amargado con su madre.

Suelto una risa carente de humor.

—Lógico. Pero no me refería a eso. —Miro a mi alrededor por debajo de la visera de la gorra para asegurarme de que nadie nos

está mirando o escuchando—. Como esto salga mañana en los medios, sabré que has sido tú.

Se le tensa la mejilla, molesto por la insinuación. Pero, en mi mundo, la información es poder. Y no sé si estoy lista para que esto trascienda aún.

—Lo que quería decir es que han seguido juntos por mí, pero no como hija, sino por la marca Skylar Stone, S. A.

Frunce el ceño.

—Resulta que todo el dinero que he ganado y los derechos que creía que eran míos por trabajos que hice siendo menor están dentro de una empresa de la que solo poseo un porcentaje mínimo. Y ahora la mayor parte del capital está bloqueada por el proceso de divorcio, de ahí el retraso con los pagos a mi «novio».

Sonríó, pero es una sonrisa tensa y feroz, como la de un lobo enseñando los dientes.

West se queda inmóvil, mirándome sin decir nada. Aprieta la mandíbula.

—Sí. Solo tengo una fracción de lo que pensaba que era mío. Nunca leí bien los contratos. Mi padre me decía que ya lo había hecho él y que todo estaba en orden. Luego me soltaba algo como: «Será un gran paso para tu carrera, muñequita», y yo firmaba, sin enterarme de nada.

Me estremezco al recordarlo antes de seguir:

—He trabajado toda mi vida, renunciando a mil cosas y apenas tengo nada propio. Solo una mínima parte de lo que debería. Me he dejado la piel durante diez años para llenarles los bolsillos. Y ahora los veo pelearse por el botín como si fuera un cajero automático y no su hija. Estoy intentando asimilarlo desde que me enteré hace unas semanas. Pero descubrir que mi novio cobraba por salir conmigo fue la gota que colmó el vaso.

Esta vez mi risa suena un poco rota. Respiro hondo y miro el lago, negando con la cabeza, porque hasta a mí me suena patético lo que estoy contando.

El fiasco del novio fue más de lo que podía soportar. Pero la auténtica traición es lo que me han hecho mis padres. Me duele tanto y me cuesta tanto asumirlo que casi preferiría fingir que nunca ha ocurrido.

—Seguro que te estás preguntando cómo pude ser tan ingenua.

—No. No es eso lo que me estoy preguntando.

Inspiro tan hondo que elevo los hombros prácticamente a la altura de las orejas antes de relajarlos. Alargo la mano hacia el vino. Después de todo lo que le he contado (más de lo que he compartido con nadie en años), lo necesito.

¿Qué me está pasando? Respiro un poco de aire de montaña y aquí estoy, contándole mi vida al entrenador de caballos del pueblo. Toda mi formación de cara a los medios se ha ido al garete.

—Entonces, ¿qué te estás preguntando?

Veo cómo le brillan los ojos un instante y, de pronto, ya no dudo que haya roto alguna nariz. Luego suaviza la mirada y murmura:

—Da igual.

Suelto un suspiro agotado. No me quedan fuerzas para discutir.

—Bueno, sea como sea, he venido aquí para trabajar con Ford. Necesito un álbum que sea solo mío. Aunque no sea capaz de escribir yo misma las canciones.

—Claro que eres capaz —afirma con un leve encogimiento de hombros. Con una certeza total. Pero no tengo energía para decirle que se equivoca.

Sigue mirándome. Observándome. Analizándome.

—¿Tiene esto algo que ver con lo que te está pasando últimamente con los medios?

Me hundo en la silla. Bebo y asiento.

Justo en ese momento, la pantalla de mi móvil se ilumina sobre la mesa, llamando nuestra atención.

Es una alerta de Google; la que aún tengo activada con mi nombre porque, por lo visto, soy masoquista. Lo cojo sin pensarlo y abro la notificación.

Bajo el titular aparece una foto mía en la que salgo doblada por el dolor, con la nariz sangrando a chorros. Esa parte la recuerdo bien. Pero West, agachado delante de mí, sujetándome los codos con las manos y los tatuajes a la vista, hace que todo parezca mucho más íntimo de lo que en realidad fue.

La visera le tapa casi toda la cara, pero distingo la línea tensa de su boca. Ahora mismo casi puedo oír el «Respira por la boca, Sky» que me dijo y sentir su pulgar calmándome, trazando círculos en mi brazo.

—Estupendo —murmuro, dejando el móvil sobre la mesa. No es el peor titular que he leído sobre mí, pero tiene un aire de superioridad burlona. No es gracioso ni ocurrente. Es puro regodeo—. Lo siento, pero ya estás en los medios. Alguien en el partido de hoy me ha hecho una foto con la nariz sangrando como un géiser —explico, señalando el móvil—. Creo que a mucha gente le produce un placer morboso humillarme. Saben que mi nombre les dará visitas, así que se agarran a cualquier cosa y diseccionan cada mínimo gesto que hago. Se lucran con mi imagen sin mi consentimiento. Y prosperan a costa de hundirme.

West coge el teléfono, que prácticamente desaparece en su mano, y frunce el ceño mientras lee el artículo.

Cuando el móvil vuelve a sonar, estiro la mano para agarrarlo, pero él lo aparta.

—Dámelo, tengo que ver qué es.

—No —dice con dureza—. No tienes que verlo.

Se me acelera el corazón y siento esa caída en el estómago que ya se ha convertido en parte de mi día a día. El pánico me sube por la garganta y me lo trago para contener las náuseas. Empiezo a respirar de forma entrecortada y la visión se me empaña por los márgenes.

«No, por favor. Ahora no. No delante de él».

—Sky.

West se inclina sobre la mesa, me coge la mano y me sostiene la mirada mientras aprieta y suelta mis dedos a un ritmo lento y

constante.

«Lento y constante». Eso es lo que representa West. Nada de caos. Nada de ansiedad. Solo calma.

—Tranquila, no pasa nada. Toma.

Me devuelve el móvil. Es un mensaje de mi padre. O de mi representante, porque esa es la palabra que define mejor nuestra relación. Después de ver cómo es West con sus hijos, me pregunto si mi padre ha cumplido alguna vez ese papel conmigo.

Papá: He leído el artículo. Al menos los medios han tenido la cortesía de informarme de tu paradero. Me vas a necesitar si piensas trabajar con Ford Grant. No entiendes los aspectos comerciales de lo que haces. Y no te preocupes por la nariz. Conozco al mejor cirujano de la ciudad. Nadie notará nada.

Ni siquiera me pregunta cómo estoy. Su prioridad es dejar claro que está decepcionado conmigo y recordarme que mi aspecto es lo que más le importa.

—Empiezo a entender por qué Britney se rapó la cabeza —suelto con la voz quebrada—. Que te traten como un objeto es devastador.

Sigo con la vista clavada en el móvil porque soy incapaz de mirar a West. Ya he compartido demasiado, y no quiero abrirme así con nadie.

La presión regresa, envolviéndome y oprimiéndome por todas partes, y apenas logro que me entre aire a los pulmones. El ataque de pánico se enrosca a mi alrededor, hincándome los dientes y desgarrándome por dentro, pedazo a pedazo.

Es como un tren desbocado del que no sé cómo bajarme.

Hasta que alguien me arranca de él.

West deja escapar un gruñido grave, casi animal, que le retumba en el pecho y me llega hasta la mano, que aún me está sosteniendo. En un fluido movimiento, me quita el móvil de un tirón y lo lanza al lago, directo a la oscuridad.

Durante tres segundos largos observo, horrorizada, cómo lo que considero mi único salvavidas describe un arco en el aire. El

chapoteo que hace al golpear la superficie del agua retumba en mis oídos.

Me quedo mirándolo, con la boca abierta.

—¿Qué... qué acabas de hacer?

—Lo que deberías haber hecho tú hace mucho tiempo.

Me vuelvo hacia él, con la furia recorriéndome entera mientras aparto la mano con brusquedad.

—¿Cómo te atreves?

Por si fuera poco, West parece de lo más tranquilo. Se cruza de brazos y me devuelve la mirada sin inmutarse lo más mínimo por mi tono cargado de mala leche.

—No, Skylar. ¿Cómo se atreve alguien, sea quien sea, a hacerte sentir como un objeto? Ese hombre te ha fallado en todo. ¿Se hace llamar padre? Se supone que debería quererte.

—¿Y? ¿Solo llevas conmigo veinticuatro horas y ya consideras que tú sí sabes quererme? —escupo, ignorando que, en el fondo, alguien como West nunca podría quererme.

Se encoge de hombros.

—No. Pero me importas. —Enfatiza la última palabra, señalándome desde el otro lado de la mesa—. Puede que me importes más de lo que tú te importas a ti misma. Lo suficiente como para decirte las cosas como son.

Sus palabras caen como una bomba atómica, destrozando todas las redes de seguridad que he levantado para protegerme. Arrasando los compartimentos que había sellado ladrillo a ladrillo en mi mente.

Ahora mismo odio a Weston Belmont.

Porque tiene razón.

El cuerpo me tiembla de pura indignación. Me inclino sobre la mesa para fulminarlo con la mirada.

—Vete a la mierda.

Ni pestañea. Solo me observa.

—Así mejor.

—¿Mejor qué? —replico, molesta por querer saberlo.

—Tus ojos. Es la primera vez que no se ven tristes. Ni vacíos. Ni impostados. Pareces dispuesta a quemarme vivo o a mandarme al fondo del lago.

—Genial. Me tiras el teléfono al agua y luego me sueltas que tengo ojos de loca. Qué maravilla.

Sonríe despacio, con aire seductor. Como si el enfrentamiento lo excitara. Y la forma en que me mira despierta algo en mí que no tiene nada que ver con la rabia.

—No, cara bonita. Esa —me señala el rostro, moviendo el dedo de un lado a otro— es una mirada salvaje. La de una mujer que acaba de elegir pelear en lugar de huir. No la apagues. Mantenla así y saldrás ganando. Confía en mí.

Bajo la mirada, con las fosas nasales ensanchándose mientras respiro con dificultad. Por mucho que me fastidie, confío en él. Pero también me siento expuesta, abierta en canal. Es capaz de ver cada parte vulnerable de la chica rota que escondo bajo la fachada brillante.

Y odio esa sensación.

—Me vas a comprar un móvil nuevo —siseo entre dientes.

—Una semana.

—¿Perdona?

—Una semana sin teléfono. —Levanta la barbilla hacia mí y esboza esa sonrisilla insoportable de satisfacción—. Te reto.

—¿Me retas? Menudos huevos tienes, Weston Belmont. —Soltar tacos me sabe a gloria. Por una vez, me da igual lo que piense de mí.

—Sí. Seguro que no aguantas ni una semana sin comprarte otro.

—Vete a la mierda. —Escupo las palabras sin contenerme, sintiendo cómo cada una me arranca un peso de encima.

Curva los labios carnosos en una sonrisa irónica.

—Sí, eso ya me lo has dicho.

Me cruzo de brazos y me echo hacia atrás.

—Lo del teléfono es por seguridad.

—Mientras no intentes acariciar un lobo por aquí, estarás bien.

—¿Hay lob...? ¿Sabes qué? Da igual. Tengo trabajo.

—Un trabajo que vas a hacer a poca distancia de donde vives. Vas a ir de propiedad privada a propiedad privada, así que nada de *paparazzi*. Seguro que tienes un portátil. Si te entra el mono, puedes tener tu dosis. Estás enganchada, pero te reto a pasar una semana sin someterte a las opiniones de desconocidos que no saben nada de ti. A ver cómo te sienta.

—Ah, claro. Porque tú sí me conoces de puta madre, ¿verdad?

Se encoge de hombros y me observa con una ternura que me desarma. Mi rabia no lo asusta. Ni siquiera parece incomodarle.

—No te conozco en absoluto. Pero siento que sí.

Esta vez no suelto ningún taco. Porque esa frase me deja sin palabras. Es arrogante, seguro de sí mismo y... tiene razón. Yo también siento que me conoce.

Y eso me aterra.

Después de eso, bebemos en silencio. Acepto el reto sin decirlo en voz alta, pero no pienso entregarle ni un pedazo más de mí. Porque mis cimientos se están tambaleando.

Y me niego a desmoronarme.



En cuanto me quedo sola..., me desmorono.

Salgo de la camioneta de West sin hablar. Avanzo rígida entre los árboles, sin mirar atrás. Abro la puerta de la puta cabaña, la cierro, me dejo caer contra la madera y, de una patada, mando las sandalias volando al otro lado de la diminuta estancia.

Y entonces, sin que nadie pueda verme, me derrumbo a lo grande.

Camino de un lado a otro y me río como una loca. Intento respirar, pero el aire parece demasiado denso y no termina de llenarme los pulmones. Soporto el dolor en la garganta de obligarme a callar, de mantener enterrados mis secretos más oscuros y

dolorosos. El corazón me late desbocado, como si quisiera saltar del pecho y caer al suelo, agitándose como un pez fuera del agua.

—Joder..., joder..., joder... —jadeo, frotándome la garganta.

Quiero escapar de mi cuerpo. No me gusta estar aquí. Y esta sensación no tiene nada que ver con mi nariz dolorida.

Puede que lllore por una vez. Llorar de verdad. De esos llantos con gritos, alaridos y cosas que vuelan por los aires. Me pican los dedos de las ganas que tengo de estrellar algo contra la pared.

Estoy triste y asustada, pero, Dios..., sobre todo estoy furiosa.

No quiero ser alguien lleno de rabia, no con lo privilegiada que soy, pero ahora mismo quiero arremeter contra el mundo.

—¡Que os den! —gruño, dándome un golpe en el pecho con la palma—. ¡Que os den a todos!

—¡Que os den a todos! —grita Cherry, entusiasmada.

Que repita lo que digo abre una pequeña grieta en mi ira. Respiro hondo para contener la risa maníaca que amenaza con salir.

Me vuelvo hacia ella y la señalo con el dedo.

—Sí, Cherry. Que les den a todos. Y que le den al entrenador Muslazos por tirarme el móvil al lago.

—¡Que le den al entrenador Muslazos! —chilla ella.

Aprieto los dientes; no estoy lista para dejar de ver rojo, pero noto cómo la ansiedad paralizante empieza a retroceder. ¿Quién se iba a imaginar que un loro malhablado terminaría siendo mi animal de apoyo emocional? No tendré mucho, pero al menos la tengo a ella.

La miro mientras trato de recuperar el control de la respiración, frotándome el pecho en círculos.

De pronto, noto unos pasos diminutos sobre mi piel. No entro en pánico enseguida; al fin y al cabo, ahora mismo no tengo el cerebro en plenas facultades. Bajo la barbilla, pero tardó en procesar lo que veo...

Hasta que me doy cuenta de que un ratoncito gris está avanzando por el empeine desnudo de mis pies.

Y me pongo a gritar como una loca.

TRECE

West

Llamo a Ford en cuanto salto de la camioneta. Contesta al tercer tono, mientras bajo caminando hacia la cabaña.

—¿Sí?

—Oye, ¿puedes pasarme el correo de Skylar?

La voz ronca de Ford me llega a través del auricular.

—¿Para qué? ¿No vive a dos pasos de ti? Pídeselo tú.

—Es para una sorpresa.

—Lo mismo esto te pilla desprevenido, pero a las mujeres no les gusta que las sorprendan con una fotopolla.

—Venga ya. No he mandado una fotopolla en mi vida.

No dice nada, pero sé que está poniendo su cara de «Sí, claro».

—Está bien. No he mandado una fotopolla no solicitada en mi vida. No es culpa mía que me las pidan constantemente.

Mi mejor amigo suelta un resoplido.

—Por Dios...

Pero dejo de escucharlo porque, a mitad del pinar, un grito rasga la noche. Me quedo inmóvil y evalúo en un segundo todo lo que me rodea.

—Mándame su correo —le espeto antes de colgar.

El grito cesa.

Pero vuelve a empezar.

Proviene de la cabaña, así que bajo corriendo la pendiente.

Iba a pedirle perdón por lo del móvil. No debería haberlo tirado al lago. Fue una reacción impulsiva, algo que habría hecho de adolescente.

Skylar está acostumbrada a tener asistentes y un equipo de seguridad cerca, y yo la he dejado sin ninguna forma de pedir

ayuda. Y ahora está chillando como si la estuviera acorralando un asesino enmascarado dentro de la cabaña.

¿En qué coño estaba pensando? Tengo el alma en vilo mientras corro por la hierba.

Entonces irrumpo por la puerta y me detengo en seco.

Skylar está sentada en la estrecha encimera, aferrándose al borde con tanta fuerza que los nudillos se le han puesto blancos. Tiene las rodillas recogidas contra el pecho y los dedos de los pies, con las uñas impecablemente pintadas, apuntando hacia el suelo.

—¿Qué pasa? —Giro sobre mí mismo, evaluando el reducido espacio, antes de pasar a su lado y revisar el baño del fondo. El corazón me golpea en el pecho mientras abro la puerta, casi esperando encontrar a un psicópata con un hacha escondido tras ella.

—Es que... —dice a mi espalda.

Cuando me vuelvo hacia ella, me está mirando bajo la visera de su gorra nueva, con los ojos muy abiertos y llenos de duda.

—Es que... ¿qué?

—Nada.

Doy unos pasos hacia ella, con las manos en las caderas y poniéndole mi mejor cara de «¿estás de coña?», que practico a diario con Emmy.

—¿Nada?

Al acercarme un poco más, veo cómo se humedece los labios. No quiero agobiarla ahora que está tan alterada, pero en un sitio tan pequeño es complicado respetar la distancia.

Y, por algún motivo que no alcanzo a explicar, me siento arrastrado hacia ella. Para asegurarme de que está bien.

—¿Pretendes que me crea que no pasa nada cuando hace diez segundos estabas chillando como una posesa?

Baja las rodillas muy despacio y se pone a mirar el suelo con demasiada atención. De un rincón a otro. Como si se le hubiera caído uno de sus pendientes de diamantes o algo parecido.

—No. Pero no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

Vuelve a pasarse la lengua por los labios. Y, como mi carne es débil, no puedo evitar mirarlos otra vez.

«Joder, qué boca».

—Porque le prometí a Rosie que no lo haría. —Se aparta de un soplido un mechón de pelo color caramelo, casi exasperada; parece molesta porque haya venido a ayudar.

Otra vez.

—¿Mi hermana?

Asiente, mordiéndose el labio inferior, como si así pudiera evitar soltar el secreto que comparten.

—A ver, ya somos todos mayorcitos. Dímelo, sea lo que sea, y lo intento solucionar.

Tiene la desfachatez de mirarme mal, como si yo fuera un idiota por haberme preocupado al oír gritar a una mujer en mi propiedad.

—Hice una promesa. ¿Sabes? Yo también tengo principios.

Frunzo el ceño.

—Deja de dar por hecho que siempre pienso lo peor de ti. No...

Me interrumpo porque lo veo. Un destello marrón y una cola fina que cruza bajo los armarios.

—¿Un ratón? Tengo trampas.

Se le tensa la mandíbula y aparta las manos de la encimera para cruzarse de brazos y de piernas. Vuelve a ser la viva imagen de la compostura. Toda una señorita. Hace un momento estaba chillando por un puto ratón y ahora está ahí, sentada como una reina en su trono, mirándome como si fuera el tonto de toda esta historia.

—Se llama Scotty. Me ha pillado desprevenida y me he asustado. Nada más. Haz como si no supieras que existe. Si pones una trampa, no te lo perdonaré jamás.

—¿Tú y mi hermana queréis que ignore que en mi cabaña hay un ratón llamado Scotty?

—Sí. Me cae bien, y no voy a dejar que mates a su ratón. Márchate y haz como si esto no hubiera pasado nunca.

—Te veo muy subidita para ser alguien que se ha encaramado de un salto a la encimera para no tocar el suelo.

Me fulmina con la mirada.

—Bórralo de tu mente, West.

—¿Así, sin más?

—Sí.

—¿Como el beso?

Vuelve a tensar la mandíbula antes de soltar:

—¿Qué beso?

Esbozo una sonrisa amplia y deslumbrante. Mi sonrisa quitabragas; esa que siempre tengo lista para usar cuando hace falta.

—¿De verdad vamos a jugar a esto, cara bonita?

Me sostiene la mirada, desafiante. Luego se baja al suelo de un salto, con decisión, aunque no puede evitar echar un vistazo rápido a su alrededor.

—Sí. Ya puedes irte. Estoy bien. Es más, estoy genial.

Me cruzo de brazos y abro las piernas, listo para plantar batalla.

—Ni de coña te voy a dejar aquí, durmiendo con el ratón mascota de mi hermana.

—¿Dónde quieres que duerma? ¿En el establo?

Me encojo de hombros.

—Si te hace ilusión, adelante. Pero en casa tengo una habitación de invitados con una cama de matrimonio y sin ratones. Dormirás allí.

Se lo piensa un segundo. Lo veo por el destello en sus ojos, pero enseguida descarta la idea.

—Paso.

—¿No te han dicho nunca lo cabezota que puedes llegar a ser?

—No. —Escupe la palabra con tal seguridad que tengo que contener la sonrisa—. Es un rasgo nuevo de mi personalidad. Estoy hasta las narices de que me digan lo que tengo que hacer.

Recorro con la mirada el interior de la cabaña, pensando en cómo convencería a un caballo de hacer algo que sé que le conviene,

aunque se empeñe en resistirse.

Le quitaría presión.

—Tú decides. Ya sabes dónde encontrarme. Dentro de un rato haré la ronda nocturna. Si quieres, ven al establo. Prometo darte todo el espacio que necesites para practicar ese rasgo nuevo.

—¿No decías que no querías a nadie nuevo cerca de tus hijos?

—Mis hijos no van a estar aquí esta semana.

—¿Y la que viene?

Le guiño un ojo.

—Igual Scotty ya está muerto.

Suelta un resoplido, que suena sospechosamente a risa.

—No tiene gracia.

—No pretendía que la tuviera —digo por encima del hombro mientras me doy la vuelta para irme.

Justo cuando llego a la puerta, oigo gritar a Cherry:

—¡Que le den al entrenador Muslazos!

Me quedo quieto un segundo y me giro hacia Skylar, que hace todo lo posible por mantener una expresión impasible en el rostro.

—¿Has estado hablando de mí con tu loro?

—No —responde demasiado rápido para que sea verdad, pero no sigo presionándola.

En su lugar, me marchó con una sonrisa en los labios.

Una sonrisa que se ensancha aún más cuando, poco después, la veo cruzar las puertas del establo.

CATORCE

Skylar

Me despierto en una habitación desconocida. Con unas sábanas que no he visto en mi vida y un dolor palpitante en la cara.

Solo tardo un instante en recordar dónde estoy, cómo he llegado hasta aquí y por qué me duele la cara. La buena noticia es que... he dormido.

En casa de West he descansado como no lo hacía desde hace meses.

Puede que se deba al cansancio acumulado, a los cambios recientes y al estrés, pero, en cuanto me acerqué al establo y él me sonrió, sentí como si me quitaran un peso de encima.

Su sonrisa engreída me dejó claro que sabía que no iba a poder resistirme a una cama grande, pero no me molestó en absoluto.

Como tampoco me molestó cuando se ofreció a volver conmigo a la cabaña para recoger a Cherry. Ni cuando me llevó escaleras arriba hasta la primera puerta a la derecha. Ni cuando me deseó que durmiera bien y que las chinches no se ensañaran con mi piel.

Al principio me asusté al oír lo de las chinches, pero, por lo poco que conozco a West, supuse que era una broma. O algún tipo de rima que les dice a sus hijos. Me pareció un gesto entrañable, casi paternal, y de alguna manera me hizo sentir a salvo.

Mientras me metía entre las sábanas limpias, que olían a detergente, por primera vez me permití apreciar de verdad qué clase de persona es West.

La clase de hombre.

No actuó por interés propio ni por esperar nada a cambio. Quería que yo estuviera mejor por mí, no por él. Quería tenerme a salvo bajo su techo, pero no me impuso nada. Me dejó decidir.

Y eso... fue algo nuevo para mí.

¿Me planteé en algún momento quedarme en la cabaña solo para llevarle la contraria?

Pues sí, joder.

Pero no iba a fastidiarme solo para ganar una discusión en mi cabeza con un tío que, de todos modos, me habría sonreído a la mañana siguiente con esa expresión de suficiencia.

No discutir me sentó tan bien que he dormido hasta... Me vuelvo y miro el pequeño reloj dorado de la mesilla: las 10:45.

Parpadeo varias veces antes de incorporarme y murmurar:

—No puede ser.

Me froto los ojos con los puños despacio, pero el dolor me recuerda el balonazo, así que paro y miro a Cherry, que ladea la cabeza y me mira con esos ojos negros, redondos y brillantes.

—¿Has dormido tan bien como yo, Cherry?

—Dame de comer —exige. Se pone más cabrona cuando tiene hambre.

—Vale, vale. Vamos a buscarte algo.

Saco las piernas de la cama, apoyo los pies en el suelo de madera y tanteo entre las sábanas en busca del móvil. Suelo encontrarlo siempre ahí porque me paso las noches deslizándolo el dedo por páginas de cotilleo hasta que me duermo. Luego me despierto, lo pongo a cargar y reviso las alertas con mi nombre.

Pero hoy no lo encuentro.

Primero siento un chispazo de rabia; después, una oleada de alivio.

No tengo que comprobar nada... porque no puedo.

Me quedo un minuto respirando hondo, asimilando la idea. Luego saco a Cherry de la jaula, dejo que suba por mi brazo hasta el hombro y bajo las escaleras.

Ni siquiera me miro al pasar frente al espejo. Sé que voy a tener la cara llena de moratones y, como soy bastante presumida, prefiero ahorrarme el espectáculo.

Una vez abajo, echo un vistazo.

—¿West? ¿Hola? ¿Estás aquí?

—Dame de comer. Dame de comer —insiste Cherry, simulando que me da un picotazo en la mejilla.

Puede que Cherry sea una arpía malhablada, pero nunca me ha picado. A otras personas, sí.

Aun así, cuando el reloj de la cocina me confirma que son casi las once de la mañana, decido no tentar a la suerte. Su pienso puede esperar. Voy directa al frutero de la encimera y le pelo un plátano.

Cherry se lanza a por él al instante. Mientras come, se lo sostengo y miro el lugar donde se rompió la copa el otro día. Cuando West me mostró su verdadera naturaleza y me descolocó tanto que acabé dándole un beso poco después como una auténtica idiota.

El beso del que siempre se burla.

Porque somos amigos.

«Amigos».

Tuerzo el labio al pensar en la palabra, pero también reconozco que puede que Weston Belmont sea un buen punto de partida para una chica como yo, que no tiene ninguno. Aunque me deje algo perpleja su firmeza, su forma tan directa de ser. Y lo mucho que se implica en todo.

Pero quizá eso es lo que hacen los amigos de verdad.

Con esa idea en mente, voy a buscarlo. Me pongo las sandalias, agarro el picaporte de la puerta de entrada y lo giro..., y entonces me encuentro con una mujer con el puño alzado, como si hubiera estado a punto de llamar.

Durante un instante, nos quedamos quietas, mirándonos.

Yo, confundida.

Ella, con una expresión hostil.

Nos estudiamos. Tiene los ojos azules, el pelo liso de un marrón chocolate, cejas perfectas y pómulos altos. Cuanto más miro su estructura ósea impecable, más me siento como un trol recién salido de debajo de un puente.

—Hola —me atrevo a decir con cuidado—. Yo... no soy de aquí.

«Bravo, Skylar. Qué desastre».

—¿Eres...? —empieza a decir.

Sé lo que va a preguntar incluso cuando deja la frase a medias. Me recorre con la mirada, atónita.

Cherry decide que es un buen momento para intervenir y suelta con la boca llena:

—¡Lárgate!

Hago lo posible por no morirme de vergüenza.

—Lo siento, cuando tiene hambre se pone insoportable —le digo mientras mi loro arranca otro trozo del plátano que sostengo.

Dios. ¿Qué debe de estar pensando ahora mismo esta mujer? Le ha abierto la puerta Skylar Stone con la cara llena de moratones y un loro maleducado que le está llenando la camiseta de trozos de plátano.

—Yo... —Se inclina para mirar el interior de la casa—. Estoy buscando a West. ¿Está dentro?

—Pues estamos igual. Yo también lo estoy buscando.

Me mira con los ojos entrecerrados, como si dudara de mí, y me empiezan a arder las mejillas mientras continúo con las explicaciones:

—Estoy aquí porque somos amigos. No sé dónde se ha metido. No estaba cuando me he despertado.

Al ver cómo aprieta los labios, me doy cuenta de que lo estoy empeorando con cada palabra que digo. Recuerdo lo que West me dijo anoche sobre lo de ser amigos.

Esto era justo lo que quería evitar. Que pareciera algo que no es.

—No, en serio. Solo somos amigos. Amigos de los de dormir en habitaciones separadas.

La mujer, guapísima, parece haberse quedado sin palabras. Seguramente porque parezco una imbécil y tengo la cara hecha un cuadro. Estoy a punto de volver a explicarme cuando oigo la voz grave de West desde el lateral del porche.

—Bree.

Detesto lo familiar que suena su nombre cuando lo pronuncia. Ella se vuelve hacia él con demasiadas ganas.

Conozco a este hombre desde hace solo unos días y estoy celosa. Es absurdo.

Para disimular mi estupidez, esbozo una sonrisa enorme, que, por cómo ladea la cabeza West, debe de ser una sonrisa rarísima. Pero me da igual.

Él me devuelve la sonrisa, pero ella se hincha como un pavo real como si fuera dirigida a ella.

—Anoche me dejaste preocupada cuando cancelaste nuestra cita.

West abre los brazos mientras se acerca a los escalones del porche. Lo único que consigue con ese gesto es exhibir su tamaño. Las venas que le recorren los brazos musculosos y la piel bronceada que asoma entre la cinturilla de los vaqueros y el bajo de la camiseta.

—Aquí sigo, de una pieza.

La mujer me mira a mí y luego a West, intentando descifrar qué está pasando aquí.

Yo solo quiero desaparecer. Conozco este tipo de drama y no quiero formar parte de él.

Seguramente necesitan sexo de reconciliación y, por mucho que la idea me revuelva el estómago, decido darles espacio.

Porque West y yo somos amigos (o eso se supone) y no quiero ser la que les corte el rollo.

—Bueno, os dejo. —Hago el gesto de una pistola con los dedos, apuntando hacia la cabaña—. Voy a dar de comer a Cherry.

—¡Dar de comer a Cherry! —repite ella, balanceándose sobre mi hombro.

Paso junto a Bree, bajo los escalones y echo a correr hacia la seguridad del césped.

Pero, justo cuando paso delante de West, que está rígido como una estatua, mi loro decide darme la estocada final y suelta:

—¡Que le den al entrenador Muslazos!

Sigo caminando con la cara roja como un tomate y deseando que la tierra me trague.

Necesito tener una charla muy seria con mi pájaro sobre lo que puede decir y lo que no.



En cuanto estoy sola en la cabaña, abro el portátil. Ahora que no tengo teléfono, supongo que tendré que revisar mi bandeja de entrada con más frecuencia.

Tengo varios mensajes de mi agente, Jerry. Asuntos que van desde posibles entrevistas hasta uno especialmente inquietante titulado «Lista de posibles citas», como si estuviera escogiendo un par de zapatos.

Se me revuelve el estómago.

Pero el correo que consigue borrar me cualquier malestar es el que aparece arriba del todo. Es de Weston Belmont. Con el asunto: «¡ÚLTIMAS NOTICIAS!».

Lo abro con una mezcla de curiosidad y diversión.

¡ÚLTIMAS NOTICIAS!

Paleta de pueblo pide perdón por haber tirado el móvil de Skylar Stone al lago.

Suelto una risita. Eso es todo lo que pone.

Pienso en contestarle, pero no sé qué decir. Así que solo sonrío como una tonta a la pantalla, disfrutando de la disculpa más adorable del mundo.

Un golpe en la puerta me sobresalta y me levanto enseguida para abrir, con la secreta esperanza de que sea West y ya no esté con Bree.

Abro de par en par.

Pero con quien me encuentro cara a cara es con su hermana.

—¡Te he traído el chándal! —anuncia alegremente Rosie—. ¡Ay, Dios mío, tu nariz!

Me la toco un poco cohibida.

—¿Tan mal está?

—No —dice, negando con la cabeza—. Es que me ha pillado por sorpresa. ¿Qué ha pasado? ¿Intentaste acariciar otro oso? —pregunta muy seria, aunque la delata la chispa de diversión que le veo en los ojos.

Es normal que la gente se vacile así. Pero a mí no me pasa casi nunca.

Y me doy cuenta de que me gusta.

—Sí. Me dio un toquecito en la nariz..., pero se pasó de fuerza.

Sonríe y me entrega el montón de algodón rosa.

—No, en realidad estaba echando una mano a West en el partido de fútbol de Emmy de ayer y, sin querer, me dieron un balonazo en la cara.

—Uf. —Se acerca para examinarme mejor—. Bueno, si te sirve de consuelo, sigues estando buenísima.

Me atraganto por la sorpresa.

—No, en serio —continúa—. Ojalá yo estuviera así de estupenda con la cara hecha un cromo. —Se echa un poco hacia atrás, con una sonrisa de medio lado—. Pobre West.

Su comentario me deja un poco desconcertada y ladeo la cabeza.

—¿Pobre West? —Como no responde, me aventuro a decir—: ¿Porque anoche tuve que quedarme en su casa?

—¿Cómo?

Trago saliva y bajo la mirada un instante antes de explicárselo.

—Anoche conocí a Scotty y... me asusté. Grité como una niña pequeña. Intenté ocultárselo a West, pero descubrió lo del ratón y me ofreció que me quedara en su casa, en la habitación de invitados.

Rosie resopla y hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—No te preocupes. Ahora mismo subo a su casa y le canto las cuarenta.

—Oh... Entonces mejor hazlo dentro de un rato. —Ahora es ella la que me mira confundida—. Está con una tal Bree.

Rosie abre los ojos en señal de entendimiento.

—Vaaale. —Luego se encoge de hombros y añade—: Da igual. La seguridad de Scotty es más importante que la privacidad de mi hermano.

Cuando se gira para irse, me llama la atención la autoridad que desprende. Rosie tiene algo que te hace querer seguirla. Es una líder nata, con una seguridad absoluta.

Por eso me emociono cuando se vuelve y dice:

—¡Ah! ¿Te apetece tomar unas copas el jueves? Los chicos tienen su liga de bolos y mi amiga Tabby está libre. ¿Te apuntas? ¿O prefieres estar más tiempo sola?

«¿Más tiempo sola?».

Todavía no sé cómo será mi horario de trabajo. Pero la idea de pasar más tiempo sola me resulta casi asfixiante. Y Rosie es tan... relajada. Por eso respondo sin pensarlo:

—Cuenta conmigo.

QUINCE

West

Estoy algo inquieto, así que voy al establo y me pongo a trabajar con los caballos. Cepillo a cada uno con meticulosidad, de la cabeza a los cascos. Me resulta terapéutico ver cómo pasan de estar cubiertos de polvo a relucientes, limpiar y engrasar los cascos y deshacer cada nudo de las crines hasta que quedan suaves y sueltas.

Tengo la cabeza más saturada que de costumbre, así que dejo que mi mente divague mientras cepillo el lomo de Copper en círculos. Fue mi primer caballo, el que consiguió que dejara de meterme en líos. La amenaza de mis padres de venderlo si la policía volvía a presentarse en casa me hizo cambiar de actitud.

No es que me volviera un santo, pero sí dejé las carreras ilegales y lo de saltarme las clases para repartir bolsitas de hierba a mis compañeros de clase detrás del contenedor del instituto.

Ahora que lo pienso, vaya sitio de mierda que elegí para empezar un negocio ilegal. Todavía me río y niego con la cabeza al recordarlo.

Pienso en Skylar, en lo furiosa que estaba cuando le tiré el móvil al lago y en lo culpable que me sentí al instante.

Pienso en Rosie y en su puto ratón. En cómo Skylar lo protegió solo porque Rosie se lo pidió.

Y pienso en Bree. En la acusación en su mirada, seguida del rugido del motor de su coche cuando salió derrapando de la finca.

Pero, sobre todo, pienso en la cara que puso Skylar al verla, justo antes de salir corriendo.

—Copper, viejo amigo. Al menos tú me cubres las espaldas —murmuro mientras le paso la palma por el lomo hundido y veo cómo se le van cerrando los párpados.

Es viejo. Muy viejo. No quiero pensar en el día en que ya no esté conmigo, pero, a sus treinta y cinco años, sé que ese momento se acerca. Así que aprovecho estos instantes con él, sacándole brillo al pelaje hasta dejárselo reluciente, con un tono bronce que me recuerda mucho al cabello de Skylar, y preparándole papillas de salvado con un poco más de melaza de la cuenta.

Mientras lo observo, admirando lo bien que se conserva para su edad, noto un cambio en el aire a mi espalda. Es una sensación extraña, una que no había sentido antes. Me doy la vuelta despacio y no me sorprende encontrarme con Skylar Stone. El pelo le cae en ondas salvajes alrededor del rostro y me mira con curiosidad y un lenguaje corporal ligeramente contenido.

—¿Interrumpo?

—¿Mi conversación con Copper? Sí. A mí me parece de mala educación, pero a él no le importa. —Lanzo el cepillo al cubo que hay junto al pasillo y contengo una sonrisa al oírla reír.

—¿Ya se ha ido Bree? —pregunta, avanzando y mirando a su alrededor como si alguna mujer con la que me acuesto fuera a saltar medio desnuda de un box vacío, gritando: «¡Sorpresa!».

—Sí.

—Vale —responde, sin más.

—Siento haberte tirado el móvil al lago.

—He recibido tu correo —comenta con una media sonrisa mientras se acerca.

—Te encantan los titulares. Pensé que podía enviarte uno que fuera verdad.

—El titular ha sido muy gracioso, pero lo que hiciste fue de capullo total.

—Lo sé —admito, asintiendo.

—Si esa es tu mejor jugada, las mujeres se van a llevar una decepción contigo, por muy enorme que la tengas.

En circunstancias normales, su comentario me habría arrancado una sonrisa, pero ahora bajo la vista antes de volver a mirarla.

—Lo siento. Te compraré otro.

Skylar resopla y me hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—Ni hablar. Me retaste. Ahora tengo que demostrar que puedo estar una semana sin móvil.

—Claro que puedes. Igual hasta te gusta.

Ladea la cabeza.

—Igual hasta me viene bien —replica. Luego se muerde el labio inferior y mira a Copper—. ¿Qué haces?

Señalo con el pulgar por encima del hombro.

—Cepillar a mi caballo.

—¿Cómo se llama?

—Copper.

Lo observa un momento antes de pasarle la mano por el cuello.

—¿Fue él por quien empezaste todo esto? —Mira a su alrededor, recorriendo todo el establo con los ojos.

—Sí. Mis padres se enteraron de que los caballos ayudaban a mantener a los chavales alejados de los problemas. Y funcionó.

—Muevo la cabeza—. Más o menos.

—¿A qué te refieres con «más o menos»? —pregunta, acariciándole la crin.

—Pues que me dio por montar los caballos más difíciles que encontraba. Me tiraron tantas veces al suelo que aprendí que no puedes obligar a un caballo a que quiera trabajar contigo. Así que empecé a estudiar en serio técnicas de doma para ganármelos y me enganché. Me fui una temporada a trabajar en algún que otro rancho de ganado. Y también estuve con caballos de competición. Pero al final quería estar aquí, no en la carretera. No me interesa trabajar con ganado ni montar para exhibiciones. Me gusta la sencillez de empezar de cero con los potros. Construir esa base. Ver cómo evolucionan. Cada día es distinto y emocionante, pero también es un trabajo honrado. Me encanta lo que hago.

Se queda mirándome unos segundos en silencio.

—Debe de ser una pasada que te guste tanto tu trabajo.

—¿A ti no te gusta lo que haces?

—Creo que, como tú, me encanta la sencillez de cantar, de entender una canción y hacerla mía. La emoción de coger unas palabras y convertirlas en música. Pero lo de cantar para el espectáculo, para el público..., cada vez me atrae menos.

Asiento, sin saber muy bien qué decir. No soy quién para decirle cómo debe manejarlo. Lo que sí me parece una tragedia es que todos los que la rodean hayan conseguido estropearle algo que antes la hacía feliz.

—¿Quieres probar? —Señalo con la cabeza el cubo donde he dejado el cepillo—. Los caballos son buenos para el alma.

Skylar duda. No es una mujer especialmente baja, pero ahora mismo parece pequeña.

—Si no quieres, no lo hagas. Puedes hacer cualquier otra cosa. A mí siempre me ha resultado terapéutico cepillar caballos. Pero puedes estar donde quieras. En la casa o en cualquier rincón de la finca.

Asiento despacio.

—Quiero estar aquí.

—Creía que querías estar sola.

Sonríe con timidez antes de mirar a Copper.

—Lo he estado unas horas. Y, bueno..., ha sido una experiencia reveladora. Resulta que no sé estar sola. Pero estar en silencio con alguien..., eso sí me apetece.

Su confesión me entristece. Por ella y por mí. Porque conozco demasiado bien esa sensación.

Soledad.

Coge el cepillo con una sonrisa temblorosa y pasa junto a mí en dirección a Copper.

No digo nada. Solo agarro otro cepillo y me pongo a su lado.

Pasamos las siguientes horas acicalando a todos los caballos del establo. Sin hablar. Ella observa lo que hago y replica mis movimientos.

Esta es la clase de compañía que anhele. Tranquila, sin presión. Una intimidad que surge de forma natural.

Y así es como paso una de las tardes más tranquilas de mi vida.



Después de una semana con Emmy y Ollie vaciando la nevera y la despensa, decido que ya va siendo hora de reponer. Recorro los pasillos del supermercado llenando el carro con sus cosas favoritas para tenerlo todo listo cuando vuelvan. Al doblar una esquina, mientras voy revisando la lista con la cabeza baja, oigo el golpe metálico de dos carritos al chocar.

—Mierda, lo siento —murmuro. Alzo la vista y me encuentro con Skylar justo delante de mí, empujando el suyo, con la cara medio oculta bajo la gorra de los Unicornios Turquesa con Purpurina.

Ayer cepillamos los caballos juntos, pero hoy no he sabido nada de ella. Supongo que ha ido a casa de Ford para organizar el plan de trabajo y ver cómo está montado el estudio. Sé que ha dormido en la casa. Entró tarde, casi a escondidas, para «no invadir mi espacio», como ella misma dijo, y yo he salido esta mañana temprano para trabajar con los caballos antes de que apretara el calor.

—¿Me estás siguiendo en plan acosador? ¿Debería preocuparme?
—pregunta con una sonrisa de autosuficiencia, sacando una cadera con descaro.

«Joder, está buenísima».

Me humedezco los labios y me recuerdo, una vez más, que no debo comportarme como un fan con ella. Sería facilísimo hacerlo... y lo único que conseguiría es que se cerrara en banda. No necesita a otro tío babeando por ella.

—¿Se considera acoso si te gusta?

Pone los ojos en blanco, divertida, y aprovecho para echar un vistazo a su carrito. Está lleno. Lo que significa que ayer por la noche, cuando le pregunté si quería quedarse a cenar y me dijo que tenía la nevera llena y que se apañaría, me mintió.

—Pues sí que llevas cargado el carro, Sky. No sabía que en esa «nevera llena» tuvieras sitio para todas esas bolsas de ensalada.

Se defiende, devolviéndome la pelota.

—Si fueras un buen acosador, sabrías exactamente cuánto sitio tengo en la nevera.

Le lanzo mi mejor mirada de «venga ya».

—Mira, West. Me caes bien. Eres un buen amigo, teniendo en cuenta que te conozco desde hace cuatro días. Pero si quiero sentarme sola a comer bollos rancios que quedaban en la cabaña con el ratón de tu hermana mientras me bebo una botella de vino que encontré en el armario, lo voy a hacer. Sin dar explicaciones ni disculparme por ello. No necesito que acudas en mi rescate. Otra vez. Necesitaba montarme mi propia fiesta de autocompasión y tratar mi cuerpo como un vertedero de comida basura porque nunca me dejaron hacerlo. Y fue bastante liberador. ¿Vale?

—Suenas como una versión lamentable de helado y comedias románticas.

—Lo único lamentable ha sido cómo me he sentido esta mañana. Por lo visto, la libertad tiene consecuencias.

—¿Por eso la ensalada?

Asiente.

—Exacto. Por eso la ensalada.

Levanto la barbilla hacia ella.

—¿Qué tal la nariz?

Se lleva la mano a la zona y se la toca con cuidado.

—Todavía está un poco sensible. Aunque después de la botella de vino me sentía de puta madre. Algo bueno tuvo la noche.

Rodeo mi carrito y, en dos pasos, estoy frente a ella y le echo hacia atrás la visera de la gorra para verle mejor la cara. No se aparta ni se encoge, solo alza la mirada.

Tener a una mujer a la que le cuesta tanto confiar mirándome así me deja sin aliento. Es frágil y feroz al mismo tiempo.

La admiro muchísimo. Pero no se lo digo. Solo suelto:

—Déjame ver.

Aprieta los labios y asiente mientras le coloco las manos en la nuca. Luego le recorro los pómulos, los laterales de la nariz y el puente con los pulgares.

Bajo la mirada hacia su boca y me humedezco los labios.

Esa boca me vuelve loco.

—Parece que todo va bien, cara bonita.

—¿Sí? —susurra.

Siento su aliento rozarme los labios y me permito recorrer una última vez la línea de su nariz.

—Estás perfecta, como siempre.

Me he pasado de la raya al decir eso en voz alta. Pero no he podido evitarlo. Skylar abre los ojos un poco más y yo bajo la cabeza.

No sé qué coño estoy haciendo. Se suponía que iba a comprobar cómo tenía la nariz y aquí estoy, en medio del supermercado, mirándola como un idiota.

Por suerte, alguien carraspea con fuerza en ese momento y nos sobresalta. Nos separamos como dos adolescentes a los que acaban de pillar sus padres.

Es absurdo. Somos dos adultos solteros, conscientes de lo que hacemos. Si quisiéramos besarnos aquí mismo, podríamos hacerlo.

Aunque no deberíamos.

El carraspeo vuelve a sonar y ambos nos giramos... para encontrarnos con Bree, que nos está fulminando con la mirada. Skylar se aparta de mí de un salto y empieza a alisarse la ropa, nerviosa. Está convencida de que hay algo entre Bree y yo.

—Perdonad, «amigos». Solo quiero coger esos cereales de ahí, si ya habéis terminado, por supuesto.

Skylar se encoge ligeramente, mira por encima del hombro y maniobra el carrito con rapidez para rodear el extremo del mío, que le corta el paso. Luego se marcha como alma que lleva el diablo.

No la culpo.

Le dije que ahora mismo no buscaba nada serio, y era cierto.

Pero, por primera vez, empiezo a preguntarme si quizá no sería tan mala idea.



Skylar pone cara de sorpresa cuando abre la puerta y me encuentra en la entrada de la cabaña con una bandeja de lasaña en las manos.

—He hecho esto, y si me obligas a comérmelo solo, será una absoluta tragedia. Puede que se convierta en el momento más patético de mi vida.

No termina de abrir la puerta del todo, pero enarca una ceja. No la he vuelto a ver desde nuestro encuentro en el supermercado de ayer, aunque anoche la oí entrar en casa de puntillas.

—¿El más patético de todos?

Asiento con solemnidad.

—El más patético. Tendré que comerme la lasaña entera y luego me hundiré en la miseria porque mi metabolismo ya no es lo que era. Todas las calorías se me irán directas a los muslos, y los dos sabemos lo mucho que te gustan. Me estarías salvando de mí mismo.

Ahora resopla.

—Sí, claro. Tu metabolismo parece un problema enorme.

—Sigues pensando en mí sin camiseta, ¿verdad? ¿Te arrepientes de no haberme hecho una foto?

—Eres un ligón sin vergüenza, Weston Belmont.

Sonrío y le guiño un ojo.

—Gracias.

Nos quedamos mirándonos un segundo. Y, durante un instante, vuelvo a estar en aquella carretera, con su cuerpo bajo el mío. En el sendero oscuro detrás del establo, con su boca pegada a la mía. En el pasillo del supermercado, mirándola como si no existiera nada más.

Siempre he pensado que Skylar Stone era impresionante. Pero la Skylar Stone que vive al lado es absolutamente arrebatadora. Me siento como un crío al que pillan mirándola embobado cada dos por tres.

Quiero hablar con ella.

Quiero conocerla mejor.

Quiero comer con ella.

A su espalda, Cherry suelta un «¡Lárgate!», pero no le hacemos caso.

Es una locura.

Soy un adulto hecho y derecho. Nos conocemos desde hace menos de una semana y, aun así, me tiene atrapado en su órbita. Y no es solo atracción física, ni estar colado por una famosa... Es mucho más.

Me siento como un niño perdido. Como un pez fuera del agua. Así que he recurrido a una lasaña casera para llamar su atención.

—No creo que a Bree le haga mucha gracia que compartamos la lasaña.

Bajo la vista hacia la bandeja que sostengo y silbo por lo bajo.

—Normal, es una lasaña con mucho *sex appeal*.

Se ríe.

—West, hablo en serio.

—Yo también. Y me importa una mierda si le gusta o no.

Arruga la nariz, pensativa, pero sigue sin abrir del todo la puerta.

—No quiero ser esa chica.

—¿Qué chica?

—La que se mete en relaciones ajenas.

—Skylar, no hay ninguna relación.

Pone los ojos en blanco.

—Sí, claro. Tu amiga con derecho a roce se presentó en tu casa para ver cómo estás porque no tenéis ninguna relación. Muy bien.

—Niega con la cabeza, decepcionada—. Eres encantador, West, pero eso no cuela.

—Oye, oye, oye. —Levanto una mano y me giro para dejar la lasaña en la silla del porche—. ¿En serio crees...? —Me acerco un paso más a ella—. ¿En serio crees que vino para...?

—El roce —concluye ella, levantando la barbilla—. Y me parece estupendo. Me alegro muchísimo por ti. —Asiente con energía, aunque su tono no es tan convincente como cree—. Espero que estéis disfrutando de todos los beneficios que conlleva el roc...

—He terminado con ella.

Se detiene en seco.

—¿Cómo dices?

—Que he terminado con lo del roce. Y creo que ella terminó con lo de ser amigos. Puede que ahora solo seamos enemigos sin derecho a nada.

Skylar me recorre la cara con la mirada. El maquillaje que lleva hoy no tapa del todo el moratón, pero está mejor. Espero que se haya estado poniendo hielo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo has terminado con ella?

—Después del pub. La noche en que tu móvil pasó a mejor vida. La llamé desde la camioneta. Tú saliste hacia la cabaña como si tuviera alguna enfermedad contagiosa, así que la llamé. Y luego, mientras venía para disculparme por lo del teléfono, te oí gritar.

Frunce el ceño y su expresión cambia; ahora está concentrada.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué entonces? ¿Por qué la llamaste justo en ese momento?

Cambio el peso de un pie a otro incómodo, pensando cómo responder. Decidiendo hasta qué punto quiero ser sincero. Ni siquiera sé si yo mismo lo tengo claro.

¿Le digo que no me gustó la cara que puso cuando le hablé de mi situación sentimental? ¿Que quiero estar completamente libre la

próxima vez que decida besarme? ¿Que quiero que haya una próxima vez?

¿O mando todo a la mierda y la beso yo?

Doy un paso más hacia ella.

Pero me detengo.

Pienso en todo por lo que ha pasado. En todo lo que le han arrebatado las personas en las que confiaba. No quiero ser otro que le pida más de lo que ahora mismo puede dar. Y tampoco quiero precipitarme con ella. No cuando los dos seguimos con tantas cosas sin resolver.

Así que le digo algo que es verdad.

—Porque tenía un buen motivo.

El rubor le tiñe las mejillas y vuelve a examinarme la cara, buscando alguna señal que le diga que es mentira.

Y luego me da calabazas con suavidad, con la voz un poco temblorosa.

—Voy a pasar de la cena..., pero guárdame un trozo. No quiero que hoy tengas el momento más patético de tu vida. —Retrocede para cerrar la puerta, pero antes añade—: Sería una pena echar a perder un metabolismo como ese.

DIECISÉIS

Skylar

¡ÚLTIMAS NOTICIAS! Weston Belmont se come una lasaña entera y echa a perder su metabolismo. Fuentes fidedignas indican que toda la culpa es de Skylar Stone.



El lunes por la mañana me encuentro sentada frente a Ford, riéndome todavía del titular inventado que me ha enviado West. Estamos en los sofás de cuero que delimitan el espacio abierto de la oficina. Es una zona llena de estanterías repletas de discos de vinilo de todo tipo.

—Hablemos del álbum.

Asiento con entusiasmo y me inclino un poco hacia delante.

—Ponme a trabajar ya. Quiero que esto salga adelante. Y quiero que sea increíble.

Ford sonríe, recostado como un rey en su castillo.

—¿Quieres que este álbum sea una especie de revancha?

—¿Te molestaría si te dijera que sí?

—Para nada.

—Bien. Porque mis padres llevan toda la vida jodiéndome, aprovechándose de mí y de lo que hago para llenarse los bolsillos. Y no quiero que se acerquen ni un milímetro a este álbum.

Se pasa la mano por el pelo revuelto.

—Tendrás un contrato blindado.

—Mi padre y mi agente pueden intentar ponerse en contacto contigo para meterse por medio como sea. Van a querer respuestas.

Ford se encoge de hombros, como si nada pudiera alterarlo.

—Hay una canción bastante famosa que dice que no siempre puedes conseguir lo que quieres.

Me río.

—Son incansables.

Se inclina hacia mí con un brillo decidido en la mirada.

—Skylar, a mí me dan exactamente igual. No les debo explicaciones. No tengo ningún interés en caerle bien a nadie. Que se pongan en contacto conmigo todo lo que quieran. Borraré sus mensajes encantado.

Suelto un suspiro de alivio. No me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba oír eso.

—Gracias.

—De nada. —Entrelaza las manos—. Ahora hablemos del tipo de álbum que quieres hacer. ¿Qué buscas?

Siento mariposas en el estómago al prepararme para hablar de mi música. Hacía muchísimo tiempo que no tenía esta sensación con el proceso creativo.

—Algo más sencillo. Sin artificios. Algo... imperfecto. ¿Crees que sería posible?

—Por supuesto.

—Yo... —Hago una mueca incómoda y aprieto los labios—. Tengo que ser sincera. Tengo buena voz, pero no soy excepcional. La tecnología me ha hecho muchos favores.

Se encoge de hombros.

—Hay muchos músicos fantásticos que no son los mejores técnicamente. Creo que lo importante es lo que hay aquí dentro.

—Se toca el pecho, donde lleva colgada una cadena con una llave pequeña—. ¿Tienes lo que hace falta para crear algo especial, Skylar?

Aprieto los dientes.

—Sí.

Y de pronto, al decirlo en voz alta, me lo creo.

—Bien...

—Solo que... no escribo mis canciones. O, bueno, no lo he hecho hasta ahora.

Curva ligeramente la boca, pensativo.

—Vale. Podemos comprar temas. Pero necesitaré tiempo para encontrar los adecuados. Luego podemos revisarlos juntos y decidir cuáles encajan con lo que tienes en mente. Haré algunas llamadas y veré qué puedo hacer con los músicos y el calendario de grabación. ¿Cómo tienes la voz? ¿Crees que necesitas alguna clase?

Niego con la cabeza.

—No. Ensayaré esta semana. Estaré lista.

Lo cierto es que, ahora mismo, me siento demasiado vulnerable como para cantar delante de nadie. Creo que, si lo hago, terminaré llorando.

—Perfecto. —Se da una palmada en los muslos—. Nos vemos el lunes que viene. Y traeré a mi hija, Cora. Le prometí que haríamos juntos este proyecto. De hecho, fue ella la que te eligió. ¿Te parece bien?

Esbozo una sonrisa temblorosa. Me parece tan tierno que quiera compartir esto con su hija que se me encoge el corazón al pensar en mi padre y en cómo está nuestra relación. Pero intento apartar esa idea de mi cabeza y respondo con la voz más alegre que puedo:

—Estoy deseando conocerla. Además, me va a venir genial esa semana libre. Necesito tomarme un respiro.



Mi semana libre está siendo una mierda.

Pensaba llenarla de trabajo, de gente, de reuniones..., pero todos esos planes se esfuman ante mis ojos. En vez de eso, está siendo oscura, triste y, para mi sorpresa, profundamente necesaria, porque me hace darme cuenta de que casi nunca he pasado tiempo sola. Solo yo, con mis pensamientos y mis sentimientos como única compañía.

Vale, Cherry interviene de vez en cuando para llamarme «aburrida».

Aun así, hay algo muy revelador en estos días que estoy pasando sola. Son tremendamente deprimentes porque, en vez de apartar cada pensamiento incómodo que aparece en mi cabeza, me quedo con él. Hurgo en cada herida y dejo que duela.

Ensayo cantando en la ducha. Y acabo llorando.

De hecho, lloro por cosas de lo más insignificantes, y nadie aparece para darme una palmadita en la espalda ni decirme que espabile.

Y eso me gusta.

Por las mañanas, no corro a arreglarme el pelo ni a maquillarme para «estar presentable», como diría mi madre, como si resultara repulsiva si no paso horas acicalándome. Y tampoco evito el espejo. Cuando paso delante de él, me detengo y me observo. Los ojos, la nariz, las suaves líneas de expresión, los poros que nunca consigo disimular del todo...

Cada vez me preocupa menos lo que veo. Cada vez me gusta un poco más.

Me echo siestas. Por la noche duermo como un tronco. Ni siquiera oigo a West marcharse por la mañana y, cuando me despierto tarde, no me siento culpable. Nunca había sido consciente de lo agotada que estaba.

Cuando me invade la rabia, lanzo piedras al lago y observo cómo rompen la superficie en calma del agua.

Después de un par de días, ni siquiera echo de menos el móvil. Me entretengo leyendo de un tirón una novela romántica antigua, de esas con portadas con corpiños desgarrados que encuentro en una estantería del salón de West. Cuando la termino, me siento alegre y optimista. Ese final feliz me levanta el ánimo, y me doy cuenta de que pasarme horas mirando el móvil nunca me hacía sentir así.

Tras cuatro días de silencio casi absoluto y sin más compañía que la mía, estoy lista para volver a enfrentarme a otros seres humanos.

Bueno, a West no.

Parece que no dejamos de cruzarnos. A estas alturas resulta hasta gracioso. Lo que no tiene tanta gracia es cómo reacciona mi cuerpo solo con verlo, como si no entendiera que mi cabeza es un puto caos. Por no hablar de que West ha dejado claro que no quiere nada serio.

Y no creo que pudiera conformarme con algo casual. No con él. Con él me vuelvo francamente posesiva.

Además, mi estancia aquí, en Rose Hill, no es más que un paréntesis en mi vida, y tendré que irme tarde o temprano.

Me miro en el espejo y presiono los labios para repartir bien el pintalabios que me acabo de poner.

Es rojo. Rojo intenso.

A mis padres les horrorizaría y dirían que no encaja con mi imagen. Pero, con tantos kilómetros de por medio y toda la mierda que he descubierto, mi imagen me importa menos que nunca.

Y ellos también.

Por supuesto que veo sus correos cuando reviso la bandeja de entrada, pero no tengo la intención de responderles salvo para decirles que he perdido el móvil y que solo pueden contactar conmigo a través del correo electrónico. Les dije que necesitaba un respiro, y eso es precisamente lo que estoy haciendo.

Su cajero automático con patas ha dejado de vivir en las nubes, y creo que les asusta un poco la perspectiva que tengo en este momento y lo que pueda descubrir ahora que tengo los pies en la tierra.

Supongo que lo que estoy descubriendo es a mí misma y la certeza de que no voy a permitir que lo que me han hecho quede impune.

Echo un vistazo rápido al reloj y me doy cuenta de que tengo que ir a la casa principal. Rosie viene a recogerme a las siete y me quedan cinco minutos para llegar.

Me miro una última vez en el espejo y sonrío. Llevo un bodi negro de tirantes, que combina con las sandalias negras de tacón de aguja atadas al tobillo. Asoman por debajo del dobladillo deshilachado de

mis vaqueros pitillo azules, tan ceñidos que parecen una segunda piel.

Me he lavado el pelo y me lo he alisado hasta convertirlo en una cortina sedosa que me llega a mitad de la espalda. El moratón de la cara casi ha desaparecido; apenas queda un leve tono amarillento, que he cubierto con maquillaje sin problema.

Añado unas cuantas joyas sencillas al conjunto y cojo mi chaqueta de cuero mientras me doy la vuelta para salir.

Puede que vaya demasiado arreglada para un pequeño pueblo de montaña, pero me veo sexy. No mona ni dulce. Y es una sensación nueva y muy mía. O al menos de esa nueva versión de mí misma que estoy empezando a conocer.

Camino con cuidado hacia la casa principal, procurando que los tacones no se hundan en la tierra blanda, y suelto un suspiro de alivio al llegar al camino de entrada. Rosie aún no está, así que me detengo un momento para contemplar la casa de campo.

Todos los juguetes que vi desperdigados al llegar han desaparecido. Echo de menos aquella primera impresión de casa llena de vida. Apenas conozco a Emmy y a Oliver, pero me entristece que ya no quede rastro de todo ese trajín. Me hace pensar en cuando West me invitó a cenar.

Me siento culpable por haberle dicho que no. Quise protegerme, pero ahora empiezo a preguntarme si no lo malinterpreté todo. Puede que las semanas en las que no está con los niños sean demasiado tranquilas para un hombre tan vital y con tanta energía como él.

De pronto, como si lo hubiera invocado con mis pensamientos, sale por la puerta principal, con el móvil sujeto entre la oreja y el hombro mientras cierra con llave.

Lleva una camiseta que se le ajusta a los hombros anchos. Parece un polo con botones por delante. En la espalda pone «ROMPEBOLAS» junto con un logo de unos bolos y una bola.

Sabía que formaba parte de un equipo de bolos, pero verlo así, tan preparado para la ocasión, hace que se me escape una risa.

Se gira al oírme, clavando la mirada en mí al instante.

—Sí, llego en cinco minutos —dice antes de colgar. Luego me mira de arriba abajo.

Dos veces.

Se muerde el labio inferior y suelta un gemido grave.

Noto un cosquilleo que me recorre la piel, se me encienden las mejillas y me da un vuelco el estómago.

—¿Miras así a todas tus amigas, Belmont? —Me subo el bolso al hombro y me agarro a la correa para no acercarme a él y empezar a acariciarlo.

Me he sentido atraída por hombres antes. O, al menos, eso creía. Quizá estaba equivocada. Porque, incluso con esa camiseta del equipo y unos zapatos de bolos de colores vivos encajados entre el brazo y las costillas, es el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

Y sé que es su dulzura constante lo que me tiene completamente pillada.

—Solo a ti, cara bonita.

Las mariposas me estallan en el pecho cuando vuelve a recorrerme con los ojos.

—Pero mírate. —Sonríe de medio lado, niega con la cabeza y se acerca a mí con ese paso tan confiado suyo.

—¿Te gusta el conjunto?

Está lo bastante cerca para que perciba su olor. Huele a limpio. A fresco, a recién duchado. A gel con bergamota.

Me entran ganas de hincarle el diente.

—¿A quién no? —Levanta la mano y mueve el dedo índice entre mis ojos—. Pero lo que más me gusta es esa mirada. Te ves bien. Descansada. —Chasquea la lengua—. Lista para que Rose Hill se rinda a tus pies esta noche.

¿En serio? ¿Llevo el maquillaje perfecto, voy marcando escote y este hombre va y me habla de mi mirada?

De pronto, el único que quiero que caiga rendido a mis pies es él.

El crujido de unos neumáticos en el camino de entrada hace que esa idea desaparezca al instante.

Me acerco a West y veo cómo se le dilatan las pupilas. Como no hace ningún intento de apartarse le apoyo la palma en el pecho. El corazón le late más deprisa y no puedo evitar inclinarme un poco más hacia él. Luego le doy un beso en la mejilla y murmuro:

—Suerte esta noche.

Y me giro y salgo corriendo hacia el coche de Rosie.

DIECISIETE

West

—Tienes pintalabios en la cara —comenta Ford con tono neutro desde el asiento del conductor.

Bajo el parasol y deslizo la tapa del espejo. Efectivamente, ahí está: la marca perfecta de los labios rojos y carnosos de Skylar Stone estampada en mi mejilla.

Durante un momento, vuelvo a sentirla pegada a mí, apoyándome la mano en el pecho, vacilante.

Cuando me besó detrás del establo, tuve la impresión de que lo hacía por pura desesperación. Como si estuviera buscando algo que la hiciera sentirse mejor y yo fuera lo primero que tenía a mano.

Sin embargo, esta noche me ha mirado con una intensidad distinta. Con una mirada felina y una sonrisa confiada. He intentado no quedarme embobado al verla, pero me ha sido imposible no fijarme en cómo le realzaba las tetas el conjunto que llevaba.

Eso sí, si fuera sospechosa de haber cometido un delito, sería incapaz de describirle su ropa a la policía para un retrato robot.

De lo único que podría hablarles sería de su mirada.

Cierro el parasol y me recuesto en el asiento.

—¿No te lo vas a limpiar?

Me encojo de hombros y le guiño un ojo a mi mejor amigo mientras toma la carretera que lleva a Rose Valley Alley, la vieja bolera que hay a las afueras del pueblo. Un tugurio en toda regla y uno de los primeros negocios del valle. Un bar al que solo va la gente del lugar, con una bolera al fondo.

Una auténtica reliquia.

—¿Quién te ha dejado el beso?

Vuelvo a encogerme de hombros. Ford va a trabajar con Skylar y no quiero ponerla en ninguna situación incómoda contando nada.

Pero el muy cabrón es astuto como él solo y lo deduce igualmente.

—Por favor, no me digas que ahora te has vuelto *groupie*.

—No me he vuelto *groupie*. Solo somos amigos.

—Ahora mismo pareces una adolescente a la que acaba de besar uno de los Jonas Brothers. ¿Vas a desmayarte? ¿A no lavarte la cara en una semana?

—Deja de decir tonterías. —Miro por la ventanilla, tratando de contener la risa.

Pero Ford es un capullo bocazas y sigue.

—¿Te tocarás la mejilla y te besarás la mano después?

Esta vez le doy un puñetazo de broma en el brazo mientras me río.

—Que te den, tío.

—Seguro que luego le darás buen uso a esa mano y te harás una...

—Elige bien tus próximas palabras. —Le lanzo una mirada de advertencia, pero él se parte de risa.

—Madre mía.

—Madre mía tú —respondo con una carcajada mientras me froto la marca del beso. En el fondo, me da un poco de pena borrar la prueba de que Skylar se ha acercado decidida y me ha besado. No me ha costado nada imaginar que ese gesto podría formar parte de mi día a día.

«Me estoy poniendo en modo *groupie*».

—¿Sabe que estás obsesionado con ella?

—No estoy obsesionado con ella.

«Solo un poco».

—A ver, eres fan suyo. Le dije a Rosie que mini West y tú os ibais a emocionar demasiado con que viviera en tu propiedad. Si a Bash no lo estuvieran llamando cada dos por tres para apagar incendios, ya habría terminado la casa de invitados y pondría fin a tu tortura.

«¿Está mal que quiera que haya más incendios forestales?».

—No soy su fan. La fan es Emmy. Yo solo me intereso por las cosas que le gustan a mi hija. Y no es mini West, es el *gran* West.

Ford gira la cabeza hacia mí cuando nos detenemos en un semáforo en rojo y me mira como si fuera el mayor idiota que ha visto en su vida. Puede que lo sea. En nuestros veinte años de amistad, ha sido testigo de muchas de mis gilipolleces.

—¿Sabe que tienes guardado en tus favoritos de YouTube el episodio de *Saturday Night Live* al que fue como invitada?

—Es un episodio muy gracioso.

—¿Cuál es tu *sketch* favorito?

Me quedo callado porque no tengo ni puta idea. No veo los *sketches*.

Ford estalla en carcajadas y yo le sigo. Me cubro los ojos con las manos.

—Vale. Deja de darme la lata. Estoy intentando parecer guay y no me estás ayudando.

—Está bien. La próxima vez le digo a Rosie que me dé un beso en la mejilla con pintalabios y así vamos a juego.

—Qué asco, tío. Es mi hermana.

—He dicho en la mejilla, no en la...

—Conduce y calla.



—¿Por qué estás jugando tan mal esta noche? —gruñe Bash por encima del borde de su pinta cuando vuelvo arrastrándome a nuestros asientos tras otro lanzamiento que ha ido directo a la canaleta.

No me mira a los ojos, pero se nota que está decepcionado. Aunque eso no es nada nuevo en Bash. La decepción es su estado natural; va con su carácter gruñón.

—Porque no ve más allá de los corazoncitos que tiene en los ojos —murmura Ford, dejándose caer a mi lado con una cerveza en la mano.

—Eh, no soy tan malo como Rhys —protesto, señalando al hombretón sentado junto a él.

Es nuevo en el equipo. Llegó hace un mes y solo viene de vez en cuando.

Y, cuando viene, no habla mucho de nada.

Él y Bash juntos parecen dos de los siete enanitos: Gruñón y Taciturno.

—Nadie es tan malo como Rhys —comenta Bash, poniendo los ojos en blanco.

Rhys se gira para lanzarle una mirada seca. Él ni pestañea, aunque mucha gente se sentiría intimidada por la presencia de semejante mole.

—Tienes suerte de que aparezca, teniendo en cuenta que ni siquiera vivo aquí.

—Bueno, siendo justos, solo apareces de vez en cuando —señala Ford, siempre tan tiquismiquis con los detalles.

—¿Dónde vives? —pregunto, siempre intentando sonsacar algo más.

—En Florida.

Echo la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—¿Florida?

Rhys se encoge de hombros.

—Estoy pensando en venirme a vivir aquí.

Todos nos quedamos mirando al hombre de pocas palabras, esperando que diga algo más.

—¿Y eso por qué?

Ahora me toca a mí recibir la famosa mirada imperturbable de Rhys.

—Me gusta el equipo de bolos.

—¿Cómo dijiste que se llamaba tu hijo? —pregunto.

—No lo dije.

El tío es un puto enigma, así que pruebo otra táctica para sacarle aunque sea una migaja de información.

—¿Tabitha sabe que te vas a mudar aquí?

Todos sabemos que entre él y Tabitha, la dueña del Bighorn Bistro, pasa algo, y no precisamente bueno. De hecho, apenas se soportan. Aunque él nunca dice nada sobre ella.

Traga saliva y se le marca un músculo en la mandíbula.

—Sí.

—Bueno, como mínimo será entretenido —murmura Bash antes de darle otro trago a la cerveza.

—Pero si te odia —insisto.

Teniendo en cuenta cómo lo arrastró hasta Rose Hill Reach hace apenas unas semanas y prácticamente nos lo encasquetó como si fuera un problema del que quisiera librarse, creo que ya sé la respuesta.

—Eso parece —confirma.

—¿Algún día vas a contarnos qué pasa entre vosotros dos? —Me balanceo sobre los pies, deseando saberlo. Tabitha y Rosie jugaron en el mismo equipo de voleibol de pequeñas, así que la conozco lo suficiente como para preocuparme por ella.

Rhys pasa de mí, luego se levanta del asiento todo lo alto que es y anuncia:

—Me toca. —Y se marcha sin responder a mi pregunta.

—Eres un cotilla de mierda —interviene Ford. Ahora es él el que me da un puñetazo en el hombro.

—Creía que eras el rey de la privacidad, pero este tío te supera. Ni siquiera sé dónde vive cuando está en el pueblo. Clyde el Loco estaba como una cabra, pero al menos nos entretenía con sus teorías conspiranoicas.

Bash pone los ojos en blanco.

—Ve a visitarlo al hospital, como hago yo. Todavía le quedan unas cuantas.

—Tenéis que dejar a Rhys en paz —dice Ford—. Dejadle que juegue a los bolos tranquilo.

Todos miramos hacia la pista. Nuestro compañero lanza la bola con tanta fuerza que parece querer derribar la pared del fondo. Pero al final solo tira el bolo del centro.

El gilipollas de Jirafa, nuestro archienemigo de la bolera, me lanza una sonrisita burlona desde su pista. Lo conozco del instituto, pero, por más que lo intento, no consigo recordar su nombre real porque ahora solo usa su apodo.

Me alegro de que hoy no juguemos contra él, ya que no hay nada peor que perder contra Estirado, como lo llama Ford en broma. Y, aunque se supone que esta liga solo es una noche para que los padres pasen un buen rato, soy lo bastante competitivo como para odiar perder.

Aun así, Ford no va desencaminado del todo.

No estoy concentrado en la partida.

DIECIOCHO

Skylar

—¡Madre mía! Y ahora la lista anda por ahí con su hermana —dice Doris mientras deja una copa de vino delante de mí antes de ir al lado opuesto de nuestro reservado, en un rincón del bar.

—Gracias, Doris. Me alegro mucho de volver a verte. —Le sonrío y noto un ligero temblor en su mejilla cuando nuestras miradas se cruzan.

—¿La lista? —pregunta Rosie, mirándonos a ambas.

—Sí, mujer. Ya sabes cómo es ese chico, siempre por ahí con alguna nueva. Todas lo miran con estrellitas en los ojos y luego acaban llorando por él. Pero esta de aquí... le ha dado la vuelta a la tortilla. ¡Ya era hora!

Parpadeo porque Doris no podría estar más equivocada. West no me mira con estrellitas en los ojos. Estoy acostumbrada a ese tipo de miradas y, desde que nos conocimos, me ha tratado como si fuera una persona de lo más normal.

—Tienes una lengua muy larga, Doris —murmura Tabitha, negando ligeramente con la cabeza mientras alcanza su copa de vino.

No sé cómo me esperaba que fuera Tabitha, pero la mujer a la que hemos ido a recoger a una pequeña casa del pueblo es diminuta, delgadísima y tiene pinta de no haber dormido en semanas.

Doris también debe de haberlo notado porque, en vez de responderle con otro comentario mordaz, le acaricia el pelo oscuro con un gesto casi maternal y le dice:

—Anda, bécete el vino, Tabby. Te vendrá bien.

—¿Este es...?

—¿El que me pediste que trajera porque el otro...? ¿Qué fue lo que dijiste exactamente: «Está tan malo que prefiero beberme un zumo de uva antes que esta bazofia»?

Tabitha sonríe con suavidad y mira a la mujer mayor.

—Sí, esa frase parece muy mía.

—Pues sí, es este. —Doris le da un apretón cariñoso en el hombro huesudo y nos deja solas.

Rosie alza su copa para brindar.

—¡Bien hecho, Tabby! Este vino es muchísimo mejor que el que bebíamos en el lago de adolescentes.

Yo también brindo, aunque me siento un poco fuera de lugar porque las fiestas en lagos no formaron parte de mi adolescencia.

Chocamos las copas y Tabby se ríe por lo bajo.

—Cualquier cosa es mejor que esa mierda, Rosie.

Le doy un sorbo al vino y me doy cuenta de que, al igual que la noche que estuve aquí con West, está demasiado bueno para ser de un bar de pueblo.

Miro a Tabby de reojo y me pilla observándola, pero no aparta la mirada. En vez de eso sonríe y dice:

—Ha sido un placer conocerte, de verdad. Espero que todo el mundo se esté portando bien contigo. Si alguien te molesta, me lo dices y la próxima vez que lo vea le echaré un chile superpicante en la comida como quien no quiere la cosa.

Cuando me ha conocido ha sido muy maja, y no ha reaccionado de forma exagerada, lo que me ha hecho soltar el suspiro de alivio más grande de mi vida.

Da gusto sentir que con estas mujeres puedo ser yo misma, sin tener que ponerme la máscara de siempre. Y, aunque es cierto que algunas personas del pueblo me han mirado con los ojos abiertos como platos, en general se lo han tomado con calma y me han tratado muy bien. Salvo quien me hizo aquella foto con la nariz sangrando. Aun así, en lugar de enfadarme, espero que al menos le pagaran bien por ella. Si los *paparazzi* son demasiado vagos para

volar hasta Canadá y conducir más de tres horas para dar conmigo, que al menos esa foto les haya salido cara.

Porque a mí me salió cara.

Ford me ofreció ponerme seguridad cuando nos reunimos en su oficina, pero no lo vi necesario. Ha sido liberador no tener que ir escoltada a todas partes.

—Tabby es la dueña del mejor restaurante del pueblo, el Bighorn Bistro —me explica Rosie—. Podríamos pasarnos un día. Te prometo que no es solo «bueno para ser de un pueblo». Es mejor que muchos restaurantes de ciudad.

Tabby resopla divertida.

—Ese va a ser mi nuevo eslogan. «Mejor que muchos restaurantes de ciudad».

—¡Es verdad! Cultivas tus propias verduras. Haces tus propios cruasanes. Recoges tus rosas para el té. Skylar, tienes que probar ese té. Te llevaré un poco.

Miro a estas mujeres. Mujeres normales, que cultivan sus verduras y te ofrecen té porque sí. Es como si estuviera viviendo en un universo alternativo. Uno que, además, me gusta.

—A lo mejor me paso por allí a por una taza —digo—. Me encantaría ver tu restaurante.

Tabby, con el codo apoyado en la mesa y la cabeza descansando en la palma abierta de la mano, parece animarse un poco, aunque su voz sigue saliendo monótona cuando responde:

—Oh, sí, claro. Será un placer.

Rosie observa a su amiga con atención, con la cabeza ladeada y el ceño fruncido.

—Tabby, mi plan era emborracharte un poco antes de empezar el interrogatorio, pero... ¿qué te pasa?

La mujer gira ligeramente la cabeza, aún apoyada en la mano, como si estuviera demasiado cansada para enderezarse.

—Si os cuento lo que me pasa, pensaréis que soy la tía más deprimente del mundo y os joderé la noche. Ya me animaré, lo prometo.

Me muerdo el labio inferior mientras la miro. Se la ve... llena de pena.

Tiene los ojos tristes.

Me pregunto si yo también tenía esa cara hace una semana.

—Mis padres se están divorciando y he descubierto hace poco que solo tengo un pequeño porcentaje de todas las canciones que he producido y de todos los contratos que he firmado. Después de todas las horas que he trabajado... Creo que les importa más el dinero que yo. Puede que siempre haya sido así. Ahora mismo encajo perfectamente en el cliché de la ex estrella infantil —suelto de golpe.

Tengo la impresión de que me he pasado siendo sincera. Tanto que Tabby se incorpora y me mira fijamente.

—Qué hijos de puta.

Bebo un sorbo y asiento.

—Ya ves.

—¿Por eso te pusiste en contacto con Ford para hacer un álbum?
—pregunta Rosie.

—Sí.

—¿Crees que eso tiene algo que ver con lo mal que te han salido las entrevistas últimamente? —inquieta Tabby, con la mirada más atenta que en toda la noche.

Me encojo de hombros, sin ofenderme por su curiosidad. De hecho, es una pregunta que llevo varios días haciéndome.

—Puede que sí. —Bebo un sorbo de rosado francés.

Las dos se me quedan mirando, tan serias que casi me hace gracia.

—Bueno, sí. Estoy segura de que sí. Cuando todo lo que dices es mentira, te quedas sin palabras. Al final, mentir te pasa factura. Te va pudriendo por dentro.

—Tal cual —dice Rosie. Se deja caer en el respaldo de la silla y da un buen trago al vino.

El ambiente en la mesa parece relajarse.

Como si mi sinceridad nos hubiera levantado el ánimo.

Pero la sensación dura poco porque lo que dice Tabitha a continuación vuelve a apagarlo todo.

—Mi hermana ha muerto.

Rosie y yo nos quedamos paralizadas, mirándola. Si esto fuera una competición por ver quién tiene la historia más triste, Tabitha acaba de sacar la carta más alta.

—Hace cosa de un mes.

Rosie abre los ojos de par en par. Los tiene húmedos.

—¿Un mes? Ay, Tabby, lo siento mucho.

Tabitha se limpia la nariz con la mano y aparta la vista. Rosie se inclina sobre la mesa y le coge la mano, que sigue sosteniendo la copa.

—Tranquila. Estoy bien. Siempre supe que algo así podía pasar.

Se me parte el corazón. Soy hija única y no la conozco, pero desprende una tristeza tan densa y amarga que casi se puede tocar.

—Creía que estaba mejor —murmura Rosie.

Tabitha suelta un suspiro.

—Yo también.

Me quedo callada, con la sensación de estar presenciando un momento demasiado íntimo del que no debería formar parte.

—¿Y Milo? —pregunta Rosie, con el rostro tenso por la preocupación y el dolor contenido.

—Está conmigo. Por ahora. Tiene casi tres años y me tiene agotada.

—¿Por ahora?

—Es complicado. —Tabitha se ríe con amargura—. Erika, cómo no, lo complicó todo.

—¿Tiene algo que ver con ese pedazo de hombre que «donaste» al equipo de bolos?

Tabitha aprieta los dientes.

—¿Rhys? No es ningún pedazo de hombre. Es un coñazo de proporciones épicas. Habría preferido donarlo al crematorio del pueblo antes que tenerlo aquí.

Rosie silba y yo hago todo lo que puedo por no soltar una carcajada. No es momento de reírse, pero Tabitha es la caña insultando.

—Tabby..., ¿un mes? ¿Por qué no dijiste nada? Habría estado contigo.

Su amiga baja la mirada.

—Estabas en una nube de felicidad, follándote a tu novio multimillonario, Rosie. No quería bajarte de ella. Y ya sabes la fama que tenía Erika en el pueblo. —Se le quiebra la voz y hunde los hombros mientras se vuelve a limpiar la nariz—. A veces tengo la sensación de que soy la única persona del mundo que la quiso de verdad, a pesar de todos sus problemas. Solo quería llorarla en paz, sin tener que escuchar a la gente decir que los drogadictos mueren de sobredosis y que solo era cuestión de tiempo. —Habla como si ya hubiera pasado página y no le doliera, pero su lenguaje corporal dice otra cosa.

Cuando deja caer la mano sobre la mesa, junto a la mía, la observo un segundo y pienso «A la mierda» antes de cogérsela y darle un apretón. Me dedica una sonrisa dulce y se acerca un poco más, como si el simple hecho de estar con gente que no la juzga la reconfortara.

La entiendo.

—No quiero convertir esta noche en un drama de llantos y lamentos —continúa—. Quiero comportarme como una chica normal de veintisiete años. El restaurante está atendido y Milo se queda a dormir en casa de mis padres. Así que venga, nada de caras largas y a beber rosado como si no hubiera un mañana.

Rosie y yo nos miramos y levantamos nuestras copas para otro brindis.

Mientras las chocamos, Tabby añade:

—¡Y a poner a parir a Rhys, porque es lo puto peor!

Todavía estoy sosteniendo la mano de Tabby cuando veo cómo Rosie empieza a maquinar algo. Un instante después, esboza una sonrisa traviesa.

—¿Sabéis lo que deberíamos hacer?

Tabitha y yo nos miramos, luego nos volvemos hacia Rosie y nos encogemos de hombros.

—Vamos a terminarnos esta copa... y nos vamos a ir a ponerlo a parir en persona.

El corazón me late con fuerza porque, si no he entendido mal, Rhys está en el equipo de bolos. Y hoy tienen partida. Lo que significa que vería a West. Con sus amigos. En su ambiente. No en un establo tranquilo ni con sus hijos. En un sitio lleno de gente.

Empiezo a ponerme nerviosa..., pero también expectante.

Y entonces me doy cuenta de que siempre estoy deseando verlo.



Cuando entramos en la vieja bolera, el lugar hierve de actividad. Música, conversaciones, el golpe seco de las bolas seguido del estruendo de los bolos al caer.

Pero, en cuanto la puerta se cierra de golpe a nuestra espalda y varias cabezas se giran hacia nosotras, el volumen baja unos cuantos decibelios.

Una oleada de calor me recorre el cuerpo y siento un nudo en el estómago. Son demasiados ojos mirándome; se me agarrotan todos los músculos y me quedo clavada en el sitio. Nadie me ha preguntado nada todavía, así que al menos sé que no voy a hacer el ridículo intentando hablar en mi lengua materna.

En su lugar, regreso a la infancia y tengo la sensación de que se me ha olvidado hasta cómo se anda.

No es fácil ser artista cuando tienes una ansiedad que te paraliza por completo. Y saber que el trabajo de toda mi vida se está tambaleando por culpa de esto no hace más que empeorarlo todo.

Me hace sentir como una fracasada.

Tabby se abre paso sin dudar. Es como un torbellino diminuto con carácter al que le importa una mierda lo que piense la gente. Se

acerca a la barra y arrastra un taburete gastado. Estoy deseando seguirla, pero me siento como un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

Inmóvil.

Busco un lugar seguro. Busco a West.

Cuando oigo su risa, empiezo a relajarme un poco.

Rosie me rodea los hombros con el brazo y susurra:

—Piensa en lo rico que va a estar el vino aquí. Y en que Tabby va a estar sembrada.

Suelto una carcajada nada elegante y, así, sin más, vuelvo a moverme y dejo que mi nueva amiga me guíe hacia delante. Cuando llegamos a nuestros asientos, descubrimos que Tabby no ha pedido vino, sino tequila.

—Gracias, Frankie —dice ella con una sonrisa radiante al hombre de detrás de la barra.

—Lo que sea por mi chica —responde él antes de marcharse hacia otro cliente.

Me siento y observo el lugar. Nuestros tres taburetes altos están al final de la barra en forma de U, justo al lado de la puerta abatible que divide la zona del bar de la bolera, ambas igual de anticuadas.

Las ventanas brillan con luces de neón y las paredes están decoradas con matrículas antiguas, junto con billetes de distintos países y alguna que otra camiseta firmada. Solo reconozco una: la de Jasper Gervais, un famoso jugador de hockey.

Este sitio tiene el encanto típico de un bar cutre pero con personalidad. Es completamente diferente al Reach, como llaman por aquí al bar del lago.

La bolera-bar Rose Valley Alley es el tipo de lugar en el que una estrella como Skylar Stone no debería dejarse ver. Y precisamente por eso me gusta todavía más.

Cuando el murmullo vuelve a la normalidad, ya no me siento el centro de atención. De hecho, ahora que por fin respiro con la suficiente calma como para mirar a mi alrededor, empiezo a preguntarme si ese silencio momentáneo no ha sido más que una

reacción a que entrara un grupo de mujeres en un local repleto de hombres.

—Joder, este sitio es un campo de nabos tristes —comenta Tabby por debajo de sus espesas pestañas oscuras antes de dar un sorbo a su tequila.

—Retira eso ahora mismo, Tabby Cat. Esas garras hacen daño —dice West, apareciendo de repente a nuestra espalda como uno de esos muñecos sorpresa que saltan de una caja. Me sobresalto, pero en cuanto noto cómo me apoya la mano cálida en la parte baja de la espalda me relajo al instante—. Además, en todo caso sería un campo de nabos alegres. Y deja de beber el tequila a sorbitos como si fuera té. Tienes que bebértelo de un trago.

—Porque no quiero emborracharme tanto como para perderme lo gracioso que es ver a hombres adultos vestidos igual, jugando juntos.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Ford mientras cruza la puerta abatible y fulmina a Rosie con la mirada.

Ella esboza una sonrisa de pura malicia.

—He venido a animarte.

Ford no se lo traga. De hecho, sigue mirándola con el ceño fruncido.

—No vas vestida de animadora.

Ella se encoge de hombros.

—Quizá me vista así luego.

—No. Por Dios, no. —West se tapa la cara, riéndose—. Me alegro mucho por vosotros, de verdad, pero no habléis de esas cosas delante de mí. —Cuando baja las manos, tiene una expresión divertida en el rostro—. La verdadera cuestión es: ¿qué hacéis las tres aquí en la noche de chicos?

Su hermana lo mira con los ojos entrecerrados.

—La noche de chicos es ahí detrás. —Señala por encima de su hombro—. Al otro lado de la puerta abatible. Aquí es una noche normal.

—Esta noche es sagrada —replica West.

Tabby da otro sorbo a su tequila y niega con la cabeza.

—Mira, West. Te dan miedo las mujeres. Lo entendemos. Vete a jugar con tus bolas y haz como si no estuviéramos aquí.

Muevo la cabeza de un lado a otro, mirándolos a todos. Me lo estoy pasando genial. Este nivel de camaradería me hace sentir como si estuviera viviendo dentro de una *sitcom*.

—No me dan miedo las mujeres. Me encantan. Y las respeto muchísimo. —Se inclina hacia ella y le apoya una mano en el hombro para susurrarle—: Lo que pasa es que me pongo un poco nervioso cuando me miran mientras juego con «mis bolas».

Tabby sonríe de medio lado.

—Eres igual que un crío pequeño. ¿Por eso te asusta tanto el compromiso?

—A mí no me...

—No eres tú quien ha tenido que escuchar a Bree despotricar sobre ti mientras recogía su café. ¿Sabes lo chillona que puede resultar su voz a primera hora de la mañana? Bueno, ¿a quién quiero engañar? Por supuesto que lo sabes. —Cuanto más lo ataca Tabby, más abre la boca West—. En fin, está clarísimo que le tienes fobia al compromiso. Y sí, ella tampoco es ninguna maravilla, pero, tío: noches de chicos y follamigas... ¿Qué edad tienes?

Ford se tapa la boca con la mano y Rosie se está riendo tanto que ni siquiera le sale el sonido.

Miro a West y me guiña un ojo. Dios, es como el teflón: le resbala todo. No parece que le moleste lo que está escuchando, pero sí noto que algo le está calando. Y sé que es lo bastante reflexivo como para pensar después en ello.

—Te veo muy inspirada esta noche, Tabby Cat. Pero no puedo enfadarme contigo. Al fin y al cabo, fuiste tú quien le dio el nombre a nuestro equipo.

—¿Cómo se llama? —intervengo por fin, dando un pequeño sorbo al tequila más letal del mundo.

—Los Rompebolas —anuncia West, sacando pecho y dándole un toquecito a Tabby en el hombro.

Ella se ríe y pone los ojos en blanco.

—Qué honor. Gracias.

En ese momento se acerca desde el otro lado de las pistas un hombre alto y delgado que apoya los codos en la barra. Tiene el gesto serio y lleva el pelo tan engominado que casi parece mojado.

—Qué alegría, ya ha llegado Estirado —murmura Ford sin entusiasmo alguno.

—Si queríais ponerle un nombre al equipo en honor a Tabitha podríais haberlo llamado Los Lengua Ágil. ¿Sigues sabiendo hacer un nudo con el rabo de una cereza?

Tabby lo mira fijamente sin el menor atisbo de vergüenza; más bien parece sentir lástima por él.

—¿Sigues soñando con la única mamada que te han hecho en la vida, Terence? ¿Cuándo fue? ¿En el instituto, cuando tenías quince años? Qué pena que tocaras techo tan joven.

Miro a Rosie, que pone los ojos en blanco, pero no pierde el ritmo de la conversación ni un segundo. Se nota que está en su salsa.

El hombre se ruboriza justo cuando Ford se gira hacia Rosie y articula en silencio: «¿Terence?».

—¿Sabes...? —empieza a decir el susodicho, pero no llega a terminar la frase porque a su espalda aparece un hombre alto y enorme, que se alza sobre él como una montaña. Es guapo y aterrador al mismo tiempo. Tiene el cuerpo de un guerrero y el gesto sombrío de un depredador.

Sin dudarlo, apoya una mano gigantesca en la nuca del tío delgado de una forma que podría parecer amistosa, pero no lo es.

—¿Sabes a lo que yo podría hacer un nudo? A este puto cuello larguirucho que tienes. Así nadie tendría que seguir soportando tu presencia. ¿Alguien tiene alguna objeción? —Tiene una voz tan grave que no debería oírse por encima del murmullo del bar.

Y, aun así, parece que la oye todo el mundo.

Excepto Tabby, que de pronto parece muy interesada en las placas de espuma del techo con humedades.

Este debe de ser el famoso Rhys.

Nos mira a todos con sus ojos negros, pero se detiene más tiempo en Tabitha. Algo se enciende en su mirada, y me descubro pendiente de lo que sea que pasa entre ellos. Tengo la sensación de que ella ha omitido algunos detalles importantes sobre este hombre.

—Vaya, ni una sola queja. Qué sorpresa, Terry —dice Ford con ironía. Y cuando el tío se aparta de Rhys y sale pitando con el rabo entre las piernas, añade—: Odio a ese cabrón.

Tabby da otro sorbo y se queda mirando al señor Oscuro y Tenebroso.

—Todo el mundo odia a ese tío —se limita a decir ella.

Veo cómo a Rhys se le tensa la mandíbula mientras la observa con atención. Juraría que está celoso perdido.

Pero no dice nada más. Simplemente se gira y se va.

West, siempre empeñado en rebajar la tensión, da una palmada y dice:

—Muy bien, os podéis quedar.

Ahora soy yo la que pone los ojos en blanco. Y esta vez, en lugar de dar un sorbo al tequila, me lo bebo de un trago. Me quema la garganta y me hace sentir viva.

—Nadie te ha pedido permiso, West —comento, dejando el vaso de chupito con un golpe seco sobre la barra—. Así que largo. Esta es una noche de chicas.

—¡Eso, eso! —secunda Rosie antes de imitarme y beberse de una sentada su tequila—. Bebe, Tabby. Nos debes explicaciones sobre una mamada bastante vergonzosa.

Tabitha pasa por alto el comentario con un gesto de fastidio y vuelve a centrarse en West.

—Nunca imaginé que Skylar Stone te tendría así de domesticado, pero mira. —Se bebe lo que queda de su chupito de un trago con una sonrisa de medio lado.

West no llega a responder porque otro hombre aparece desde su pista, más al fondo. Tiene cejas espesas, canas en las sienes y un gesto aburrido en su rostro de rasgos muy masculinos.

—Vamos, par de payasos —les dice en voz alta—. Esto no es el instituto. Dejad tranquilas a las chicas.

—¡Ya vamos, papá! —le responde West a gritos, provocando un coro de risas en todo el bar.

El hombre niega con la cabeza, resignado, y vuelve a dejarse caer en su banco.

West y Ford se dirigen hacia él, riéndose como dos críos y dándose golpecitos en el hombro. No puedo evitar sonreír al ver su complicidad. Es entrañable.

—Oh, mierda —susurra Rosie a mi lado. Está tan cerca que puedo oler el tequila en su aliento.

—¿Qué pasa?

Cuando me sonrío con picardía, sé que me ha pillado mirando a su hermano con estrellitas en los ojos.

—Nada.

Aliviada porque no diga nada al respecto, cambio de tema.

—¿Cuánto hace que se conocen?

Se encoge de hombros.

—Unos veinte años.

—Puede que Ford sea la única persona con la que West ha mantenido un vínculo estable, aparte de su familia —comenta Tabby.

Rosie le da un manotazo suave.

—Deja de meterte con él. Ya saldrá del País de Nunca Jamás cuando llegue el momento. Además, tenemos que hablar de ti, no de él. —Se levanta y se sienta en el taburete del otro lado de su amiga, haciendo que Tabby quede en medio de ambas.

—Yo no soy divertida. Creía que habíamos venido a poner a parir a Rhys.

—¿Y qué se supone que le vamos a decir? —pregunto, intentando contener la risa—. «Tienes un cuerpo como el de Jason Momoa, Rhys» —grito en plan de broma, llevándome las manos a la boca como si fuera un megáfono.

Rosie se ríe.

Tabby no.

Luego Rosie continúa:

—«Debería ser un delito que unos vaqueros le queden tan bien a alguien, Rhys».

Después yo:

—«No hace falta tener unas manos tan grandes, Rhys».

Y Rosie otra vez.

—«¿Cómo te atreves a defender el honor de Tabby, Rhys? Eres un capullo».

Tabitha deja caer la cabeza entre las manos y se la frota contra las palmas.

—No estáis ayudando. Se supone que lo odiamos.

Rosie parpadea con esos ojos azules.

—¿Por qué lo odiamos exactamente? Estéticamente no se me ocurre ningún motivo para odiarlo. Sé que siempre evitas mirarlo, pero... ¿lo has visto?

—Es complicado.

—¿No fuiste tú quien lo apuntó al equipo de bolos? —insiste Rosie.

—Quería que saliera de casa.

Las dos la miramos, y no sé por qué, pero la voz me sale en un susurro cuando pregunto:

—¿Está viviendo contigo?

Tabby gime y da un golpe en la barra con la mano.

—Frankie. Necesito más tequila.

—Ahora mismo, cielo —responde el hombre de barriga prominente.

Observamos en silencio cómo Rhys se acerca para lanzar su turno. Está rígido e incómodo, y tengo la sensación de que sabe que lo estamos mirando.

Puede que sea por la presión, pero lanza la bola con tanta fuerza y tan torcida que va directa a la canaleta. Lo hace con tal potencia que llego a preguntarme si no era ahí donde quería mandarla.

Rosie se incorpora sobre el reposapiés de su taburete y apoya las manos en la barra.

—¡Eh, Rhys! —grita—. Tienes que apuntar a los bolos. Frankie, ponle barreras a este hombre.

Rhys gira la cabeza y la fulmina con la mirada. Varios de los hombres se ríen, pero él no. Al ver su reacción, Rosie echa la cabeza hacia atrás y se ríe aún más, con el pelo rubio cayéndole por la espalda.

Cuando vuelve a sentarse, Tabby sonríe mirando su chupito recién servido.

—Vale —murmura—. Ahora sí que me lo estoy pasando bien. Y, a partir de ahí, nos divertimos más de la cuenta.

DIECINUEVE

West

—No me puedo creer que Rosie haya pedido que le pongan barreras a Rhys —dice Skylar entre risas desde el asiento del copiloto, donde va sentada un poco despatarrada.

Mantengo el volante firme y reprimo una sonrisa.

—Yo sí. Rosie es toda una profesional del vacile. Tendrías que haberla visto con Ford cuando éramos niños. No dejaban de soltarse pullas.

—Y al final resulta que solo querían follar.

Suelto una carcajada. Skylar, con un par de copas de más, no tiene ningún filtro, y eso me encanta.

—Son una pareja adorable —añade, con un deje de melancolía en la voz.

—Cierto.

—Y son buenos amigos, ¿verdad?

La miro de reojo cuando llegamos al último semáforo de la carretera que lleva de regreso a la finca.

—Sí.

—Se nota que disfrutan de verdad estando juntos.

Asiento y repito:

—Sí.

Skylar murmura algo, como si estuviera dándole vueltas al asunto. Me pregunto si estará pensando en lo que le conté sobre Mia y sobre mí.

—Eso tiene que ser bonito.

Tenso los dedos en el volante. No esperaba que un comentario de alguien medio borracha pudiera afectarme tanto.

—Ajá —consigo decir al final.

Luego recorremos el último tramo del trayecto hasta la casa en silencio.

«Casa».

Siento una punzada de dolor en el pecho. Cuando no tengo a los niños, la casa no la siento del todo como un hogar. Me desenvuelvo bien en ambientes sociales, rodeado de amigos y familia. Los caballos son buena compañía, pero muchas veces no es suficiente.

Cuando Ford volvió al pueblo, me hizo ilusión tener otra vez a mi mejor amigo cerca, pero nuestra dinámica ha cambiado. Y no se lo reprocho en absoluto.

Hay días en los que deambulo por la finca buscando algo que hacer, preguntándome si, por muy divertido y fácil de querer que sea, hay algo en mí que no basta para que la gente quiera quedarse.

Gente que disfrute de verdad de mi compañía y no solo quiera atarme.

Aunque últimamente no sé qué es peor: eso o estar solo.

Con todo eso en mente, paro la camioneta delante de la casa y digo:

—Deberías esperar un poco antes de irte a dormir. Has bebido demasiado tequila.

Me mira con esos ojos color ámbar mientras apago el motor.

—No tienes que cuidar de mí. No es la primera vez que me emborracho.

—Ya lo sé —respondo. Me bajo de la camioneta y la rodeo hasta llegar a su lado. Luego abro la puerta.

Skylar se gira y los tacones de aguja se le enganchan un instante en el estribo lateral del vehículo. Me mira de arriba abajo.

—¿Entonces podemos hacer la ronda nocturna?

Me animo al momento y sonrío.

—Voy a traerte una botella de agua.

Sin pensarlo siquiera, alargo las manos hacia ella. La sujeto por las costillas y la bajo al suelo, intentando ignorar a propósito cómo siento sus palmas en mi pecho. Aun así, no puedo evitar fijarme en

cómo mueve el meñique, apartándolo un poco y volviendo a rozarme.

Ese gesto nos hace cruzar la mirada un segundo, pero luego ella se aclara la garganta y se aparta.

—¿Ahora también me ayudas a bajar de los coches? Pensaba que sabías que no tenías que cuidarme.

Me doy la vuelta notando cómo me arden las mejillas y la garganta. Tengo que ir a por esa botella de agua antes de cometer una estupidez, como empujarla contra la camioneta y besarla.

Así que echo a andar hacia la casa, pero un instante después la miro por encima del hombro y le digo:

—Sé que no tengo que hacerlo. Pero eso no me impide querer hacerlo.



Cuando Skylar preguntó si podíamos hacer la ronda nocturna, lo que en realidad quería decir era que no iba a parar de hablar mientras yo hacía todo el trabajo.

Me recuerda muchísimo a Emmy. Ha cambiado tanto en apenas una semana que ni siquiera me molesta tener que hacerlo todo yo.

Lleva los tacones colgados de los dedos de una mano, y en la otra, una botella de agua abierta.

—... y, sinceramente, no tengo muy claro por qué lo odia. No nos ha dado muchos detalles. Pero Rosie se ha quedado helada cuando nos ha dicho que su hermana ha muerto.

Me detengo en seco y dejo caer la carretilla sobre el suelo de hormigón.

—¿Erika ha muerto?

Skylar hace una mueca de pena, como si le doliera confirmarlo.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un mes, más o menos.

—Joder. —Me paso la mano por el pelo, intentando asimilar que una mujer tan joven ya no esté entre nosotros. Parece que fue ayer cuando la veía en el instituto. Pero no fue ayer. Ya no estamos en el instituto, y ahora tengo la sensación de que todos estos años han pasado en un abrir y cerrar de ojos.

Pienso en Ollie y en Emmy, en lo rápido que se hacen mayores.

Luego me imagino lo que sería perder a uno de ellos.

Y es algo que me destroza por dentro.

—¿Por eso está Rhys aquí? Ese tío no nos cuenta nada.

—No lo sé. Ella tampoco nos dijo mucho de él. Lo único que me quedó claro es que lo odia.

Trago saliva. Sí, eso es lo que parece.

—Voy a tener que pasarme a ver a su familia. Comprobar cómo está Tabby —digo con la voz rota. Me doy la vuelta y cuelgo la navaja en su gancho.

—Eres un buen hombre, West.

Asiento, pero tengo un nudo demasiado grande en la garganta para hablar. Pobre Erika. Qué historia tan dura y qué final más triste. Me froto la nariz y vuelvo a mirar a Skylar, a sus ojos muy abiertos y a sus labios brillantes.

Me esfuerzo por decir algo que aligere el ambiente y me haga olvidarme de esta noticia tan jodida.

—No me puedo creer que estés andando descalza por el establo.

Los dos bajamos la mirada. Mueve los dedos sobre el hormigón lleno de polvo.

No parece importarle demasiado y se encoge de hombros.

—Me gusta, me hace sentir bien.

Sonrío. Pero, cuando termino de asimilar lo que acaba de decir, mis pensamientos cambian de rumbo y, antes de darme cuenta, estoy pensando en Skylar. Y en lo bien que me hace sentir.

—¿Ese es tu nuevo lema? ¿Si algo te hace sentir bien, lo haces?

La mirada le brilla y se muerde el labio inferior una vez. Y otra.

Dios... La forma en que me mira esta chica. Sus ojos son como un libro abierto. Un manual de instrucciones.

—Supongo que sí.

Se pasa la lengua por esos labios carnosos, en un gesto casi nervioso, mientras me recorre con la mirada de arriba abajo sin el menor disimulo. Yo estoy prácticamente jadeando.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

Veo cómo se sonroja, y los dos sabemos que, aunque me dijo que había borrado ese beso de su mente, está pensando en él.

Igual que yo.

Pero también le da un poco de miedo, y no confía del todo en mí (ni en ella misma), porque aparta la mirada.

—Ir a la cama.

Ladeo la cabeza.

—Eso siempre sienta bien.

Se ríe y alza la vista hacia las luces del techo del establo.

—¿Por qué todo lo que dices suena sexual?

Se me tensan las mejillas por la sonrisa que esbozo y, cuando por fin vuelve a mirarme, le guiño un ojo.

—Puede que ese cerebro empapado en tequila esté imaginando cosas. Yo solo hablaba de ir a la cama. No he dicho nada de ir juntos.

Ella parpadea, incrédula, antes de quedarse boquiabierta.

—¿Imaginando cosas?

—Eh, solo digo lo que pienso. Y, por si no lo recuerdas, fuiste tú la que me besó.

Avanza hacia mí con los pies descalzos. Cuando pasa a mi lado, me roza el hombro. Supongo que va directa a la puerta que tengo justo detrás.

A la cama. Sola.

Pero entonces se detiene y me mira a los ojos.

—Sí, sí. Pero ¿sabes qué, Weston? —pregunta en un tono tan bajo que tengo que inclinarme un poco para escucharla. Se pone de puntillas y, con una sonrisa provocadora, susurra—: Llevas tiempo soñando con devolverme ese beso. Y estoy convencida de que, si volviera a besarte, aquí y ahora..., no te apartarías.

Su aliento cálido me roza la oreja y saco ligeramente la lengua, como si así pudiera saborearla. Luego estira la mano y desliza el meñique por el lateral de la mía, que cuelga relajada a mi costado, y un escalofrío me recorre la piel.

Es un contacto mínimo, pero tengo clarísimo que Skylar Stone está coqueteando conmigo. Y, joder, lo está haciendo de maravilla.

Cierro la mano en un puño. Porque se ha ido. Ha continuado andando con paso decidido, saliendo del establo hacia la noche oscura.

Y me ha dejado aquí, sin más remedio que irme a la cama solo.

VEINTE

Skylar

A la mañana siguiente de la noche de chicas, todavía medio muerta por la resaca, abro el correo y me encuentro varios mensajes de mi padre y de Jerry preguntando cuándo deberían venir a Rose Hill para ayudarme con un nuevo álbum. No contesto. No los quiero aquí y tampoco me apetece lidiar con todo lo que se montaría si se lo dijera.

Si Ford puede ignorarlos, yo también.

Lo que no ignoro es otro de los titulares inventados que me ha enviado West. Sonrío antes de abrirlo.

¡ÚLTIMAS NOTICIAS! Los expertos en estilismo aseguran que esta temporada está de moda llevar pintalabios rojo todos los días.

Ojalá no deje de mandarme nunca estas cosas. Y, visto lo visto, quizá debería comprar más pintalabios rojos.



Asomo la cabeza por la esquina y veo a West preparando una bala de heno para la ronda nocturna.

Sabía que estaría aquí.

Han pasado veinticuatro horas desde que lo vi en este mismo sitio. No sé dónde ha estado hoy ni qué ha hecho, pero me he descubierto mirando la casa más de una vez, echando un vistazo al granero y dando paseos estratégicos por si lo veía.

Anoche, en el fondo, esperaba que me siguiera. Que irrumpiera en la habitación de invitados, me empotrara contra la pared y me

besara hasta dejarme sin sentido.

Y, aunque en mi cabeza sabía que no debía, lo habría dejado. Quería que lo hiciera, pero no lo hizo.

Mientras estaba tumbada en la cama, lo oí moverse por la casa, apagando todas las luces y comprobando que las puertas y ventanas estuvieran cerradas. Cuando pasó por delante de mi dormitorio, tenía el cuerpo tan tenso que sentía que podía romperme en cualquier momento.

Quería que girara el pomo. Que se metiera en mi cama. Me habría encontrado desnuda bajo las sábanas, y yo habría disfrutado cada segundo con su cuerpo musculoso sobre el mío.

Pero no lo hizo. Y dormí desnuda, despertándome un par de veces con la sensación de que la cama daba vueltas.

Esta mañana he apartado todos esos pensamientos calenturientos que tuve anoche y he decidido echarle la culpa al tequila. Me he tomado un ibuprofeno y me he puesto en marcha. Con Cherry al hombro, he dado una caminata rápida por la finca para quemar unas cuantas calorías del tequila y luego me he reunido con Ford y Rosie para organizar un plan de grabación. Tenerlo por escrito me ha calmado al instante. Ha sido como si, de pronto, este lugar y lo que estoy haciendo aquí fuesen reales y no un sueño imposible.

Con esa nueva sensación de paz, he salido a dar otro paseo, un poco más largo, sin rumbo y sin pensar en las calorías. Solo me he dedicado a empaparme del paisaje. El sendero me ha llevado hasta la carretera y luego por el camino principal que conduce a la finca de West.

El cartel junto a la carretera lleva el nombre de Rancho Wild West. No he podido evitar sonreír al pensarlo: *Wild West* también significa 'Salvaje Oeste'... y West se pasa el día domando caballos. El logotipo es una silla de montar dentro de un marco de cuerda, pero cuando me he acercado he visto un trozo de papel pegado debajo con cinta americana. Allí había otro logo, dibujado por un niño, con el mismo marco, pero con un unicornio dentro. En el título, que se

curvaba en la parte inferior, se podía leer: «RANCHO UNICORNIO TURQUESA CON PURPURINA».

He soltado una carcajada mientras me quedaba allí mirándolo. Aunque apenas conozco a Emmy y a Oliver, he sabido enseguida que ella lo había dibujado y que él había escrito el título. He metido la mano corriendo en mi bolso para sacar el móvil, hacer una foto y así tener algo que mirar y recordar cuando ya no esté aquí. Pero, claro, mi móvil no estaba.

Así que al final me he conformado con pasar los dedos por el papel y grabar esa imagen en mi memoria con su entrañable sencillez y su adorable falta de pretensiones.

Rose Hill ha demostrado ser todo eso. Y me encanta. Me encanta este lugar... y West.

Ahora observo cómo tira con sus manos fuertes del cordel naranja de la bala de heno y suelto un suspiro antes de obligar a mis pies a moverse hacia el interior del establo.

—¿Quieres que te ayude? —pregunto.

Tensa los hombros por la sorpresa y se vuelve hacia mí.

Al verlo, trago saliva.

Dios. Es un hombre de los pies a la cabeza.

Se me seca la boca.

—Claro —responde. Su mirada se suaviza al mirarme.

Empezamos a trabajar en silencio, a un ritmo tranquilo.

—Hoy no te he visto por aquí —digo al cabo de un rato.

—¿Me has estado buscando, cara bonita?

Sonrío y bajo la vista hacia la carretilla. Es mejor que no responda a eso, así que sigo revisando los caballos de mi lado del establo y llenando los comederos con ese heno que huele tan dulce.

—Bueno, como veo que no quieres contestar, te lo cuento yo. Esta mañana he empezado temprano para evitar el calor. Luego he recogido un caballo nuevo para domarlo. Me sorprende que no hayas oído sus relinchos de enfado y los cascos golpeando el suelo durante toda la tarde.

Ahora que lo dice, sí que los he oído. Su voz suena rara, más apagada de lo habitual. Así que intento tirarle un poco de la lengua, a ver si se anima hablando de algo que le apasiona.

—Entonces, ¿no son tuyos todos los caballos que hay aquí?

—Algunos no —responde mientras se dirige al siguiente box—. La mayoría están de paso. La gente me contrata, su caballo se queda un par de meses y yo lo preparo para su siguiente trabajo. A veces compro alguno que me gusta, lo entreno y luego lo vendo para sacarle beneficio. Otras veces les cojo demasiado cariño y no los vendo. Y de vez en cuando me llega un... —alza las manos haciendo el gesto de las comillas en el aire— «caballo problemático» que necesita que lo encarrilen.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo se vuelve problemático un caballo?

Se encoge de hombros y vuelve a meter las manos en el heno.

—Casi siempre es culpa de alguien que no sabe lo que hace y les ha jodido la cabeza. O porque los maltratan. Los caballos problemáticos no nacen, se hacen.

Parpadeo varias veces, identificándome demasiado con lo que acaba de decir. Así que cambio de tema mientras reviso el caballo siguiente.

—Qué interesante. ¿Y qué más has hecho hoy?

Al ver que no responde enseguida, giro la cabeza hacia él. Tiene la mandíbula tensa y sacude un poco la cabeza antes de decir:

—He ido a ver a Tabby. Luego a sus padres. Y después a los míos. Nunca sabes cuándo puede ser la última vez que veas a alguien.

Trago saliva, intentando no pensar en la relación que tengo con mis propios padres. Puede que sean horribles, pero a veces consigo convencerme de que no lo son. Supongo que es un mecanismo de defensa.

Aunque anoche estaba borracha, me di cuenta de lo mucho que le afectó la noticia de la muerte de Erika.

—Ha sido todo un detalle por tu parte —digo. Una frase que no alcanza a expresar todo lo que siento, pero es lo único que se me

ocurre.

Hace un gesto con la cabeza mientras sale por la puerta trasera, hacia el sendero de tierra que lleva a los cercados del fondo.

—Puede que sí.

—No. Nada de «puede». Lo es.

—Nunca he consumido drogas duras como Erika, pero de joven hice muchas tonterías. Siempre estaba metiéndome en líos. Me escapaba de casa. Me peleaba. Tuve accidentes de coche. Hice sufrir mucho a mis padres. Anoche me di cuenta de que yo podría haber terminado como Erika. —Lanza una hoja de heno por encima de la valla—. Así que no sé si ha sido un detalle o ha sido porque me sentía culpable. En cualquier caso, es horrible. Pienso en su hijo, tan pequeño, y... —No termina la frase. Solo chasquea la lengua y sigue trabajando.

Terminamos la ronda nocturna en silencio. Tengo la sensación de que esta noche West está sumido en sus pensamientos y, después de la semana que he tenido, he aprendido que a veces, aunque duela, eso es justo lo que tenemos que hacer.

Cuando cerramos todo, volvemos a la casa sin decir nada. Solo se oyen sus botas pisando la hierba y el sonido de mis chanclas al golpearme los talones.

Aunque duermo todas las noches en la casa principal, he hecho todo lo posible por no instalarme en ella. Me paso el día en la cabaña y West y yo apenas coincidimos dentro, somos como dos barcos que se cruzan en la noche.

Me dejó claro que quiere mantener este espacio como algo sagrado para él y para sus hijos. Y lo respeto.

Como no quiero que se sienta incómodo, en cuanto sube los escalones de la entrada, rompo el silencio y le digo:

—Sé que Oliver y Emmy vuelven mañana. Así que, a partir de mañana, volveré a dormir en la cabaña. —No lo miro, pero noto sus ojos sobre mí.

—Eres bienvenida en la casa. No hace falta que te vayas.

—Sí hace falta.

—¿Y el ratón?

Sonrío y, por fin, me atrevo a mirar su apuesto rostro.

—Ya lo he visto unas cuantas veces. Estoy empezando a cogerle cariño. Estaré bien. Será como una de esas terapias de exposición.

Su risa, suave y cálida, viene acompañada del sonido áspero de su barba al pasarse la mano por la barbilla.

—Quédate donde estés más cómoda.

Asiento y lo veo darse la vuelta y echar a andar hacia el lago.

—Buenas noches, Skylar.

—¿Adónde vas?

Se detiene, dándome la espalda, mirando a lo lejos como si pudiera ver el agua brillante a través de los árboles. La camiseta verde claro se le tensa sobre los hombros anchos.

De los vaqueros grises mejor ni hablamos.

—Voy a salir en canoa.

Frunzo el ceño.

—¿A oscuras?

—Lo hago a menudo cuando los niños están con Mia. Cuando los ojos se acostumbran, no parece tan oscuro.

La imagen de West remando solo en un lago oscuro toca una fibra sensible en mi interior.

—¿Puedo ir contigo?

Se gira hacia mí, sorprendido.

—¿Quieres venir a remar en canoa conmigo, a oscuras?

No sé por qué le extraña tanto que me guste estar con él. A mí no me sorprende. De hecho, estoy en ese punto en el que busco su compañía y ya no intento convencerme de lo contrario.

Asiento y camino hacia él.

—Sí. ¿Te parece bien?

Traga saliva con fuerza.

—Me encantaría.



—Esto parece sacado de una canción —comento mientras deslizo los dedos por el agua. Es como si patinasen sobre la superficie fría. La noche está en calma y las únicas ondas son las que provocan los remos al cortar el agua con un ritmo seguro.

Constante.

Firme.

Como el hombre que los maneja.

—No estamos pescando, cara bonita —susurra. Aunque no hay nadie cerca, estamos hablando en voz baja.

Inclino la cabeza de un lado a otro, pensándolo.

—Pero podríamos.

El suave chapoteo de los remos llena el silencio del lago.

—¿Sabes pescar?

Me encojo de hombros y saco la mano del agua.

—No, pero podrías enseñarme.

—¿Y vas a pescar mucho cuando vuelvas a Los Ángeles? ¿O a Nashville? Por cierto, ¿dónde está realmente tu casa?

«Casa». No siento ninguno de esos lugares como mi casa.

—Tengo casa en las dos ciudades.

West suelta un resoplido de incredulidad. Tener dos propiedades en dos ciudades debe de parecerle absurdo. Excesivo.

Y, la verdad, después de una semana en Rose Hill, a mí también me lo empieza a parecer. Pero nunca he conocido otra forma de vivir.

—¿Cuál te gusta más?

Pienso en mis dos viviendas de lujo. Una es moderna, llena de ventanales y cristales, con vistas al Pacífico; la otra es una finca de campo. Ambas tienen tantos dormitorios y baños que prefiero mantenerlos cerrados.

Y de pronto pienso en la cabaña. En la casa blanca de West, con su tejado rojo y los juguetes de los niños desperdigados por el césped.

Esa es la casa que me acelera el pulso.

—No me siento especialmente apegada a ninguna. Me paso mucho tiempo de gira.

—¿Te gusta vivir en la carretera?

Vuelvo la cabeza para mirar a nuestro alrededor. Las luces de las casas junto al lago brillan a lo lejos. No estamos a mucha distancia de la orilla y, aun así, aquí todo es tranquilo. Silencioso.

—No. Lo odio.

West deja de remar y me observa mientras flotamos sobre el agua oscura. Me está mirando con tal intensidad que echo la cabeza hacia atrás y finjo estar fascinada por el manto de estrellas sobre nosotros.

Respiro hondo e intento apartar esa sensación de angustia que me invade cada vez que pienso en volver a mi rutina de giras, actuaciones y entrevistas. Creo que antes me gustaba. Sé que me encantaba cantar cuando no se trataba solo de dinero, fama y el siguiente álbum. Pero se volvió agotador muy rápido y ahora estoy quemada.

—¿Qué es lo que más miedo te da? —pregunto.

—¿A mí?

Bajo la barbilla y le lanzo una mirada irónica.

—No, al pez que deberíamos estar pescando.

Pone los ojos en blanco, pero sé que se lo está pensando.

—Que mis hijos se mueran.

—Ese lo teme cualquier padre. Incluso los míos, que son unos padres de mierda.

Gruñe al oír eso y me devuelve la pregunta.

—¿Y a ti? ¿Qué es lo que más miedo te da?

Supongo que, si él va a eludir la pregunta, yo también puedo.

—Que la gente descubra que tengo las tetas operadas.

Tose y se da un par de golpes en el pecho con el puño para recuperar el aliento. No tengo muy claro con qué se ha atragantado. Aunque me gustaría pensar que es con la pregunta: «¿Puedo verlas?».

—¿Entre todas las cosas posibles, eso es lo que te da más miedo?

Sonríó y junto los omóplatos para sacar pecho. La luz de la luna resalta la curva redondeada de mis senos bajo la camiseta de cuello barco que llevo.

Siento su mirada sobre mí. Sobre ellos. Se me eriza la piel y me digo que es porque aquí, en medio del lago, hace más frío.

—Estas maravillas me costaron un dineral. Lo suficiente para que nadie lo note jamás. Es difícil ser una estrella explosiva del *country* cuando eres más plana que una tabla. ¿A que he quedado fatal diciendo esto?

—¿A ti te gustan?

Lo miro.

—¿Qué?

—Tus tetas. —Traga saliva de forma sonora—. Olvídate de los demás. ¿A ti te gustan? ¿Te hacen feliz?

Bajo la mirada hacia mi pecho, pensando un momento en su pregunta. Después, esbozo una sonrisa poco a poco.

—Me encantan, joder.

West suelta una carcajada desde su asiento, a poca distancia de mí. Estamos sentados uno frente al otro, pero adelanta su pie descalzo hasta prácticamente rozar la punta del mío. Lleva los vaqueros remangados y no he podido evitar fijarme en que tiene unos pies enormes.

—Entonces, ¿qué más da lo que opine la gente, Skylar? ¿Qué importa si alguien lo descubre? A ti te encantan. Te hacen feliz. No hay nada de lo que avergonzarse.

—¿Y a ti?

—A ver, voy a ser sincero. A mí también me hacen bastante feliz.

Se me encienden las mejillas y sonríó tanto que hasta me duelen. Me llevo las manos a ambos lados de la cara como si así pudiera enfriarlas y bajar el rubor.

Me siento como una colegiala embobada porque este chico rudo de campo..., no, este hombre, me acaba de decir que mis tetas lo hacen feliz.

Pero a los pocos segundos me doy cuenta de que ha esquivado la pregunta con humor. Parpadeo un par de veces, mirándolo, y no encuentro ninguna razón para no abrirme con este hombre que ha demostrado ser totalmente digno de confianza.

—¿Sabes? Creo que lo que de verdad me da miedo es volverme irrelevante.

La expresión divertida de su cara cambia y se transforma en algo más serio mientras continúo.

—Que todo el mundo descubra que la imagen pública que les han estado vendiendo de mí no es real. Que miren con desprecio lo que quede después. Una chica con una ansiedad brutal que la paraliza y unas tetas falsas que intenta acariciar osos *grizzly* y que no escribe sus canciones ni toca ningún instrumento. Empecé participando de pequeña en concursos de belleza, y ahora no soy más que una versión adulta de aquello. Sin amigos, sin ningún talento especial, solo... plástico.

Me falta el aire cuando termino de decirlo todo. Pero también me siento más ligera. Más libre.

Hasta que miro a West. La oscuridad me impide ver bien su expresión, aunque percibo un matiz de tristeza en ella.

Cuando habla, su voz suena áspera.

—Bueno, yo te he visto intentar acariciar a un oso. Te he visto con la cara llena de moratones. Te he visto cuando te puede la ansiedad. Y ¿sabes qué, Skylar? Que me gustan todas esas versiones de ti. Me tienes a mí. Para mí siempre vas a ser importante.

Me escuecen los ojos mientras asiento y suelto un suspiro tembloroso.

—A mí me da miedo quedarme solo —añade.

Sus palabras me dejan helada.

—No solo que mis hijos puedan morir. Es lo efímero de todo, que nada es permanente. —Chasquea la lengua y aparta la mirada, como si no pudiera sostener la mía mientras me confiesa sus secretos—. Me siento solo. Sobre todo cuando Emmy y Ollie están

con Mia. Esas semanas me cuesta encontrar... un propósito. Trabajo, duermo y vivo metido en mi cabeza. Y en mi cabeza soy un tío que ya fracasó una vez en una relación seria, y eso seguramente perjudicó a mis hijos. Eso me pesa mucho. No quiero volver a fallarles.

—¿Y la gente que trabaja en tu finca? Sé que tú entrenas a los caballos, pero he visto a más personas por allí.

Se le escapa una risa seca y por fin vuelve a mirarme a los ojos.

—Son empleados. No amigos. Y los que podrían serlo tienen su propia vida fuera del rancho. Todo el mundo a mi alrededor avanza con sus vidas y yo sigo aquí atascado. Solo. Cuando los niños están en casa de su madre, queda bastante claro que, si no soy yo quien va hacia la gente, nadie viene hacia mí.

Dejo escapar un leve murmullo mientras pienso en lo que acaba de decir. Recuerdo la noche en la que lo mandé de vuelta a su casa con la lasaña y se me forma un nudo en el estómago.

Vino a mí. Estaba solo.

Y yo lo rechacé.

El momento está cargado de intimidad y de una cierta tristeza. West es un tío alegre e impulsivo, y acaba de compartir conmigo sus miedos más profundos con una honestidad que me encoge el corazón.

Nunca me he sentido tan cerca de otro ser humano como me siento de él ahora mismo.

—Tú y yo no somos tan distintos.

Lo único que recibo a cambio es un gruñido áspero y que aparte la mirada. Apoya los codos en las rodillas y entrelaza los dedos, con los hombros hundidos. Luego agacha la cabeza. Me resulta tremendamente injusto que un hombre tan hermoso y bueno parezca tan derrotado.

Quiero que vuelva a alzarse con la cabeza bien alta. Levantarle el ánimo. Hacer que se sienta mejor.

Me muevo hacia él por instinto, con cuidado de no volcar la canoa. Caigo de rodillas sobre el fondo y avanzo lentamente por el

poco espacio que nos separa.

Al principio no reacciona, pero, cuando apoyo las manos en sus rodillas, noto cómo se le tensan los músculos de los muslos bajo mis dedos.

Su aliento cálido me roza la parte superior del pecho y se me eriza la piel aún más.

—¿Qué estás haciendo, Skylar?

Me acerco más, ignorando la advertencia en su voz. Le toco los pies con las rodillas mientras me coloco entre sus piernas y deslizo despacio las palmas por sus muslos. La canoa se balancea con el movimiento y los dos nos movemos con ella.

Luego inclino levemente la cabeza y acerco los labios a los suyos.

—Ir hacia ti.

No responde, pero eso no me detiene. Le clavo los dedos en los vaqueros y le aprieto las piernas tal y como llevo soñando hacer desde que lo vi por primera vez.

Le rozo con los labios los nudillos, aún entrelazados delante de mí. Beso uno por uno los cuatro tatuajes que hay en ellos. Cuando vuelvo a mirarlo, descubro que sigue cada uno de mis movimientos con una atención absoluta. Entonces separa las manos, me sujeta la cabeza y me mira fijamente a los ojos.

Su contacto hace que suelte el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—¿Y cuando te vayas? —pregunta con la mirada clavada en la mía como si así pudiera arrancarme la respuesta que quiere oír.

Pero ambos sabemos la verdad. Que me iré, que este lugar solo es una parada en el camino. Mi vida real está en otro sitio. Haciendo otra cosa. No puedo tirar por la borda el trabajo de toda una vida para hacer promesas a un hombre al que apenas conozco.

Aun así, me duele el pecho y el corazón me late con una presión incómoda. Conozco a West desde lo que parece un suspiro... y, al mismo tiempo, toda una vida.

La gente escribe canciones sobre este tipo de sentimiento.

West me atrae igual que yo a él. Con desesperación. Por completo. Sin siquiera quererlo.

Por eso le sostengo la mirada y le susurro la dolorosa verdad.

—Te echaré muchísimo de menos.

El destello de dolor que le atraviesa los ojos azules es más de lo que puedo soportar. Así que lo beso para ocultarlo. Lo beso como una disculpa porque será maravilloso... hasta que deje de serlo.

Sí, justo una semana después, beso a Weston Belmont por segunda vez con toda mi alma, aunque sé que luego va a doler.

Y esta vez me devuelve el beso.

Unimos nuestros labios con ansia, con las manos apoyadas en sus muslos y sus pulgares en mis pómulos.

Nos besamos.

Y nos besamos.

Y seguimos besándonos.

Apenas consigo respirar mientras él toma el control. Me recorre el labio inferior con los dientes y enreda la lengua con la mía.

Y, mientras el agua se mueve suavemente bajo la canoa y la oscuridad nos envuelve por completo, lo único que quiero es acercarme más.

Lo atraigo hacia mí y deslizo las manos bajo su camiseta. Siento su piel cálida, sus músculos firmes y una ligera capa de vello bajo mis dedos.

—Eres tan guapo —murmuro entre besos apasionados.

Él se ríe contra mis labios y un escalofrío me recorre entera. Es un sonido que va directo a mi vientre y se retuerce dentro de mí hasta volverse insoportable.

Otro escalofrío.

—Sube aquí —gruñe contra mi boca, y me trago sus palabras porque no quiero que pare.

Me aferro a él con todas mis fuerzas.

Pero en esta ocasión no se aparta como la última vez. Baja las manos, me levanta y me acerca más hasta colocarme sobre su regazo. Apoyo las rodillas a ambos lados de su cuerpo, con mi sexo

alineado con el bulto enorme en sus vaqueros. Me recorre las costillas con las manos y las cuela por debajo de mi camiseta. Luego desliza los dedos justo por debajo del tirante del sujetador.

Se separa unos centímetros y levanta la mano para pasar los dedos por el contorno de mis labios.

—Esta boca me vuelve loco, Skylar.

—¿Te gusta? —Saco un poco la lengua, provocándolo.

—Si te contara todas las cosas que he soñado hacerle a esa boca, te sonrojarías como nunca.

Le doy un pequeño mordisco en la mandíbula y me froto contra su erección.

—Entonces será mejor que me las digas a plena luz del día para comprobar si es verdad que me sonrojo.

Me desabrocha el sujetador con un gesto rápido de los dedos y la prenda se abre entre mis omóplatos. Giro las caderas. Sentirlo debajo de mí me abruma; frotarme contra él a través de la ropa despierta cada una de mis terminaciones nerviosas. Noto cómo su erección crece bajo mi cuerpo, cada vez más dura y grande, y se me escapa un jadeo.

—Supongo que esta noche tendré que conformarme con recorrerte con las manos..., y esperar a mañana para follarme esa boca —murmura. Su voz áspera me recorre la piel mientras sube las manos y me agarra los pechos. Encajan a la perfección en sus manos grandes. Puede que me los operara por mí, pero ahora mismo parece que los hubieran hecho para él.

—Joder... —susurro cuando baja la cabeza y me roza las clavículas con la barba, besándome, lamiéndome, arrastrando los dientes. Saborea mi piel como si fuera su postre favorito y lo único que quiero es que no se detenga nunca.

Pasa los pulgares por mis pezones ya endurecidos antes de pellizcarlos con suavidad. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y me abandono a sus caricias.

—También voy a follarme estas, cara bonita.

—Ah, ¿sí? —Me vuelvo a frotar contra él con ansia y oigo cómo su respiración se vuelve cada vez más entrecortada.

El balanceo de la canoa aumenta la fricción y deseo aún más su contacto. Arqueo la espalda, ofreciéndome a él. Tiene las manos grandes, ásperas y cálidas. Me encantaría verlas sobre mí ahora mismo. Ver cómo me acaricia. Nunca me había excitado tanto un gesto tan sencillo.

—Joder, sí. Pero primero... —Se recoloca, girándonos—. Voy a...

Pero, al girarnos, la canoa también lo hace.

Todo ocurre como a cámara lenta. Él se inclina hacia un lado para compensar el movimiento y yo pierdo el equilibrio.

Y en lugar de soltarme para evitar caer al agua helada...

Se viene conmigo.

VEINTIUNO

West

No suelto a Skylar. La cabeza me va a mil por hora. Durante un instante, me agobio. Si esta chica no sabe ni hacer una cama, ¿sabrá nadar?

En cuestión de segundos salimos juntos a la superficie, refugiados bajo la canoa. Mueve las piernas con la misma firmeza que yo y está igual de empapada.

—¿Estás...? —Justo cuando voy a preguntarle si está bien, se ríe.

Es una risa profunda, de esas que salen del estómago, amplificada por la cúpula de madera que tenemos encima. Está demasiado oscuro para verla bien, pero noto cómo mueve los brazos.

Me quedo sorprendido un momento. No recuerdo haberla oído reír nunca así. Libre, sin el menor reparo. Es como si aquí, dentro de esta burbuja oscura y privada, se permitiera ser más ella misma de lo que es fuera.

Tengo la sensación de que esta noche la he conocido mejor de lo que debería. Y no tiene nada que ver con haber tenido las manos sobre su cuerpo o sus piernas rodeándome la cintura.

No tiene sentido negarlo: me encanta estar con Skylar.

—Esto solo podría pasarnos a nosotros —jadea mientras sigue flotando.

—Si no hubieras estado restregándote contra mi polla como una pequeña... —empiezo.

—Oye, que has sido tú quien me ha levantado y me ha cortado el rollo del restregón.

Ahora soy yo el que se echa a reír.

—Pero, mientras ha durado, ha estado genial, ¿no crees?

Asiente sin dudarlo.

—Ha sido de lo más excitante.

—Menos mal que sabes nadar.

Suelta un bufido.

—Menos mal que sabes nadar tú. ¿Te imaginas si hubiera tenido que arrastrar ese culo gordo hasta la orilla? Venga, salgamos de aquí. —Coge aire y se sumerge para salir de debajo de la canoa.

La sigo y, cuando volvemos a la superficie, la noche a nuestro alrededor casi parece brillante después de la negrura total de la que venimos.

—Yo me encargo de la canoa. Tú ve nadando hasta la orilla.

Suelta otro bufido y nada hacia el otro lado de la embarcación.

—Será más fácil si lo hacemos entre los dos.

Trago saliva e intento no darle demasiadas vueltas a esa frase. Estoy acostumbrado a hacer muchas cosas solo, y procuro no pensar demasiado en lo agradable que sería tener a alguien cerca. Así que prefiero pensar en todas las complicaciones que eso traería.

Aunque con Skylar nada parece complicado.

No decimos nada mientras damos la vuelta a la canoa; lo hacemos en perfecta sincronía, sin proponérselo. Luego la llevamos nadando hasta la orilla, con la ropa mojada pegada a la piel y cada vez más pesada.

Hace un momento tenía las manos por todo el cuerpo de Skylar Stone, pero, a juzgar por el silencio que se ha instalado entre nosotros, puede que haya sido la primera y la última vez con ella. Ahora mismo está peleándose con el cierre del sujetador.

—Déjame —le digo. Rodeo la canoa y le hago un gesto para que se gire.

Me mira con los ojos muy abiertos antes de darse la vuelta despacio, apartándose el pelo hacia un lado. Subo la mano por su espalda, empezando por la cintura de sus pantalones cortos vaqueros y metiendo los dedos bajo el algodón de su camiseta empapada.

Cuando deslizo los dedos por su columna, noto cómo se le eriza la piel. Y ambos sabemos que no es por frío.

—No tienes que hacerlo. —Intenta apartarse, pero me adelanto con la mano libre y la sujeto del costado para mantenerla cerca.

—Te lo he desabrochado yo. Lo justo es dejarlo como estaba.

Lo único que recibo como respuesta es un leve asentimiento. Meto también la otra mano bajo su camiseta y se lo abrocho en un abrir y cerrar de ojos. Aun así, cuando termino, estoy casi sin aliento, como si me hubiera costado más de la cuenta.

—Gracias —susurra, mirándome por encima del hombro con un millón de preguntas brillando en sus ojos.

—No hay de qué. Por aquí. —Señalo con la barbilla hacia la izquierda mientras levantamos la canoa entre los dos y avanzamos descalzos por la orilla pedregosa. Menos mal que hemos pasado más tiempo flotando que remando y no nos hemos alejado mucho de mi propiedad.

Avanzamos despacio, sorteando rocas grandes y troncos, cada uno sumido en sus pensamientos. De vez en cuando la oigo soltar algún siseo al pisar alguna piedra, pero enseguida añade: «¡Estoy bien!» o «¡Sigue! No ha sido nada».

Así que sigo. Cuando llegamos al árbol donde a Ollie le gusta sentarse, me detengo un instante y me quedo mirándolo, para recuperar el aliento. Aun así, noto una punzada en el pecho.

Y, tal y como lleva haciendo toda la noche, Skylar entiende al momento el motivo de mi pausa.

—Va a estar bien tenerlo de vuelta mañana.

Inspiro con fuerza, sorprendido por lo fácil que le resulta leerme el pensamiento. La miro de reojo por encima del hombro y me la encuentro sonriendo, con la luz plateada de la luna perfilándole el arco del labio superior.

La mención que ha hecho a mañana me hace darme cuenta de que tenemos que hablar. Sobre todo después de lo que acaba de pasar en la canoa. Lo que hemos hecho. Las cosas que he dicho.

Así que le hago un gesto con la cabeza para que dejemos aquí la barca. Quedará bien apoyada contra el terraplén esta noche y me servirá de excusa para sacar a los niños a pescar mañana por la tarde y pasar un buen rato con ellos en el agua.

Después de este golpe inesperado de nostalgia por echarlos de menos, seguro que haré todo lo que me pidan.

En cuanto aseguramos la canoa, nos calzamos en el mismo sitio donde hemos dejado las zapatillas y chancas antes y guío a Skylar por el pequeño sendero que sube hasta el césped en pendiente.

Y entonces cuento hasta diez antes de decidirme a hablar. No suelo tener problemas para expresarme (más bien me cuesta callarme), pero esta mujer me tiene completamente descolocado.

De pronto, los dos hablamos a la vez.

—Sobre maña...

—Creo que deberíamos...

Ambos nos mordemos el labio inferior antes de mirarnos. Ella sonríe con diversión y yo aparto la mirada, fijándome en mis incómodos vaqueros mojados y en sus piernas tonificadas mientras seguimos subiendo la colina.

—Empieza tú —dice.

Niego con la cabeza.

—Las damas primero.

Que me haya dejado hablar a mí antes es muy propio de ella; una prueba más de cómo la han enseñado a comportarse. Como si su opinión no fuera tan importante. Como si tuviera que guardarse lo que piensa y siente hasta que todos los demás se hayan pronunciado.

Y quién sabe, a lo mejor los dos queremos decir lo mismo.

—Vale. Lo primero de todo: no pienso borrar lo que ha pasado de mi memoria.

Me río, viendo cómo la hierba bajo mis pies da paso a tierra seca y agujas de pino mientras nos acercamos a la casa.

—Menos mal, joder, porque a mí se me ha quedado grabado a fuego para siempre.

De su garganta escapa un murmullo suave que me recuerda a los gemidos que antes ha soltado en mi boca mientras la acariciaba. Cambio el peso de un pie a otro, incómodo, notando cómo me palpita la polla contra los vaqueros mojados.

—Y, segundo, tenemos que bajar un poco el ritmo. La semana que viene empiezo a trabajar con Ford. Estoy muy motivada por la idea de crear algo mío, en vez de estar asustada, y quiero seguir sintiéndome así. Y también sé que tus hijos vuelven. Dejaste muy claro que quieres proteger su espacio —suelta un suspiro— y, de verdad, te respeto muchísimo por eso.

La casa está cada vez más cerca y, al llegar al pie de las escaleras, se gira hacia mí.

—Eres un padre increíble, West. Puede que aún no te conozca del todo, pero sé que quieres a tus hijos de una forma que ojalá todos los niños pudieran experimentar. Así que... —se ríe con un deje irónico— vamos a frenar un poco. A partir de mañana volveré a dormir en la cabaña. Podemos tomarnos esta semana como una pausa. Soy complicada y no quiero que eso acabe afectando a tu tiempo con tu familia. Además, se nos da bien ser amigos, ¿verdad?

Me lanza una mirada llena de esperanza, de honestidad. Está siendo de lo más madura y responsable.

Dos cualidades que adoro.

Pero que ahora mismo odio con toda mi alma.

Porque lo único que quiero es mandar a tomar por culo la parte madura y responsable de mi cerebro y decirle que no estoy de acuerdo. Pero, como llevo años controlando ese tipo de impulsos, asiento y fuerzo una sonrisa.

—Sí —respondo.

Es cierto que se nos da bien ser amigos, pero hay algo en mi interior que me dice que también se nos daría fenomenal ser algo más.

Aun así, voy a dejarle esa victoria.

Intento ignorar el cosquilleo que me recorre la espalda cuando entra detrás de mí. Intento ignorar las ganas de rozarla con los

dedos cuando nos separamos en el pasillo silencioso.

Pensaba que esta noche ambos íbamos a decir lo mismo, pero me he equivocado.

Ella ha elegido ser sensata. Yo he estado a punto de soltar: «Olvida lo que te dije. Quiero estar contigo».

Pero, mientras me ducho y me meto en la cama, tengo más claro que, si se lo hubiera dicho, solo la habría asustado.

Así que decido demostrárselo. Tengo por delante una semana entera con los mayores cortarrollos del mundo en casa para enseñarle a Skylar que entre nosotros... hay algo especial.

VEINTIDÓS

West

—¿Por qué hay ropa de chica en la secadora? —grita Ollie desde el cuarto de la colada.

Me quedo paralizado justo cuando voy a darle la vuelta al sándwich de queso a la plancha en la sartén. Soy un hombre hecho y derecho... y, aun así, tengo la sensación de que un crío de nueve años me ha pillado haciendo algo que no debía.

Durante un instante, me planteo inventarme una excusa, pero ¿para qué?

—Es de Skylar, campeón —le respondo.

Entra en el salón con una cesta llena de la ropa ya seca de Skylar y la deja caer sobre la mesa. Es el niño más servicial del mundo, lo juro. Seguro que su hermana está arriba, destrozando algo después de haber perdido el partido de fútbol esta mañana. Él, sin embargo, está aquí, poniendo a lavar su ropa favorita después de pasar una semana en casa de su madre.

—Vale —dice sin más.

Lo miro de reojo, pero él se dirige tranquilamente a la mesa para sentarse a comer. No pregunta por qué la ropa de Skylar está en la colada, y ni siquiera sé por qué esperaba que empezara a hacerme preguntas o a mirarme como si me estuviera acusando de algo.

—He pensado que podríamos ir a pescar después de comer.

—Guay —dice Ollie mientras se acerca una silla—. ¿Podemos invitar a Skylar?

Casi se me cae el sándwich al suelo al pasarlo al plato.

—¿A pescar?

Se encoge de hombros con una media sonrisa.

—Sí. Seguro que se siente sola en la cabaña.

—No creo que tenga licencia —digo. El corazón me late como cuando era un adolescente y estaba a punto de que me pillaran participando en carreras ilegales.

—Puedo rellenar la solicitud por ella y sacársela por internet. Es fácil.

Emmy baja las escaleras y entra en la cocina, todavía de mal humor, aunque algo más calmada.

—Quiero ser yo la que remate al pez cuando lo pesquemos. Necesito golpear algo —gruñe mientras se acerca a la mesa, como un monstruo que sale de su guarida atraído por el olor de la comida.

—A veces me das miedo —murmuro mientras termino de servir los platos y se los pongo delante.

Durante la comida, intento reunir el valor necesario para ir a llamar a la puerta de Skylar y preguntarle si quiere venir con nosotros a pescar.



Una hora después, mis pequeños desastres y yo llegamos a la cabaña y encontramos a Skylar sentada en el porche. Parece que ha estado limpiando; todo se ve más ordenado. Tiene un aspecto radiante y descansado, con el pelo cayéndole en ondas sueltas alrededor del rostro.

—¡Entrenador Muslazos! —chilla el puñetero loro desde su hombro, haciendo que a Skylar se le enciendan las mejillas. Desvía la mirada, como si temiera que el ave hubiera notado el gesto de reproche que acaba de dedicarle.

—¿Qué signifi...?

—¿Quieres venir a pescar con nosotros? —interrumpo a Emmy mientras levanto la caja de aparejos.

Skylar me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿En qué?

—En nuestra canoa —aclara Emmy, con los ojos brillándole de emoción.

El rubor de Skylar se intensifica y le baja por el cuello y el pecho.

—Por favor —insiste Ollie en voz baja. Tengo que contenerme para no mostrar mi sorpresa. El niño que nunca habla con desconocidos ahora está aquí, luciéndose con frases de más de una palabra.

Noto enseguida cómo ella se relaja al mirarlo.

Ollie mantiene la vista fija en el suelo y da una patada a una piedra antes de añadir en un murmullo:

—Te he sacado una licencia y todo.

Cherry se balancea con entusiasmo sobre el hombro de Skylar, como si ese movimiento pudiera animar a su dueña a levantarse.

—No sabía que hiciera falta licencia para pescar —dice con cautela.

Emmy suelta un pequeño bufido y se vuelve hacia mí con toda la exageración del mundo.

—Menuda novata.

Ignoro a mi hija.

—Sí, para pescar, cazar..., acariciar osos. Todo con licencia.

—¿Acariciar osos? —preguntan los niños al unísono.

Skylar me mira con ojos entrecerrados.

—Vuestro padre está de broma. Y sí, claro. Voy con vosotros.

Veó cómo cambia el lenguaje corporal de mis hijos. Oliver curva los labios en una sonrisa tímida. Emmy es mucho menos contenida: suelta un grito de triunfo y levanta el puño en el aire, como si esta victoria compensara la derrota de esta mañana.

Los dos ya están bajando hacia el agua cuando Skylar pregunta:

—¿Cabemos todos en la canoa?

—Seguro que podemos apañarn...

—Si no cabemos, te puedes sentar encima de mi padre —me interrumpe Emmy, gritando.

El rubor de la piel de Skylar se transforma en un rojo intenso. No creo que yo esté mucho mejor. Me siento como un puto crío

sonrojándose delante de la chica que le gusta.

Aun así, contengo la risa y me cruzo con la mirada atónita de Skylar.

—Los niños son así —digo, encogiéndome de hombros mientras me doy la vuelta y le hago un gesto con la mano por encima del hombro para que nos siga.

Avanzo un poco y me aseguro de que Emmy y Ollie están lo bastante lejos como para no escucharnos.

—Sé que es uno de tus pasatiempos favoritos, pero deja de mirarme el culo, cara bonita. Guarda a la borde de tu loro y venga, vamos.

—¿Estás coqueteando conmigo? —pregunta divertida.

Sonríó hacia el agua sin girarme.

—Por supuesto.



—Has gritado —dice Emmy, apuntando a Skylar con el tenedor. Hago una mueca. A veces el entusiasmo de mi hija roza lo agresivo.

Skylar pone los ojos en blanco desde el otro lado de la mesa. Los dos niños han querido sentarse a su lado para cenar y los tres han acabado apretujados allí, dejándome completamente solo, enfrente.

Me siento como si estuviera en el interrogatorio más absurdo del mundo.

—No he gritado.

—Tiene razón —añade Ollie, apresurándose a defender a Skylar. Ella le lanza una sonrisa cómplice, aunque un poco precipitada—. Ha sido más un chillido que otra cosa.

Abre la boca, indignada, y veo cómo mi hijo, tan tímido como es, le sonríe.

—No he chillado. Los que chillan son los cerdos. Solo me he sorprendido al ver al pez dando botes por todas partes.

La verdad es que se ha asustado tanto que, por un momento, he creído que se iba a tirar de la canoa para huir del pez.

Emmy se ríe.

—Casi vuelcas la canoa. Y esa cosa no vuelca nunca.

Toso contra el puño, fingiendo que la comida se me ha ido por el otro lado para disimular que me estoy riendo. Si Emmy supiera...

Skylar aprieta los labios y me lanza una mirada de reproche, como si los niños fueran a adivinar por arte de magia que, efectivamente, la volcamos mientras nos estábamos dando el lote.

—Bueno, gracias por complacerme y devolver el pez al agua —comenta Skylar, llevándose a la boca un trozo de pollo a la barbacoa.

Ahora es Emmy quien pone los ojos en blanco. Skylar no quería matar al pez; de hecho, parecía casi desolada ante la idea.

No sé muy bien de dónde cree que viene la comida. Aunque, pensándolo bien, es la misma mujer que se ha llevado el bolso a pescar, como si pudiera usar su American Express negra en mitad del lago.

Emmy le da unas palmaditas en el brazo y le sonríe con ternura, como si ella fuera la adulta consolando a una niña.

—No pasa nada. Te perdono. Ya te acostumbrarás. Antes de que te des cuenta, estarás cogiendo el palo y rematando tú misma a esos pobres desgraciados.

Mi hija vuelve a comer como si no acabara de hablar como un viejo lobo de mar, dando por hecho que Skylar va a seguir viniendo a pescar con nosotros.

Me froto la barba y niego con la cabeza.

Emmy tiene ese punto salvaje, pero Skylar, en vez de horrorizarse ante su franqueza, la contempla con una expresión llena de cariño.

—No cambies nunca, Emmy —dice, mirándola a los ojos—. Nunca. Por nadie.

Mi hija ladea la cabeza mientras la observa y luego asiente. Algo pasa entre ellas. Una especie de entendimiento. Una especie de promesa.

Verlas así hace que el corazón me lata más deprisa y que el pecho se me hinche de orgullo.

Y de un anhelo que no esperaba.

—Tu ropa está aquí, Skylar —suelta Ollie, dejándonos a los dos inmóviles.

—Oh..., gracias —responde ella, al cabo de un instante, esforzándose por sonar lo más natural posible mientras pincha una bolita de sandía y se la lleva a la boca.

Emmy la imita: pincha otra bolita con delicadeza y luego se pone a hablar con la boca llena mientras mastica.

—¿Por qué está aquí tu ropa?

—Porque quería hacer la colada y tu padre dijo que no hacía falta que fuera a la lavandería...

—Porque Skylar se quedó en la casa mientras vosotros estabais fuera —suelto de golpe. Nunca he sido de endulzarles la realidad a mis hijos y no voy a empezar ahora. No he cometido ningún delito por dejarla dormir en la habitación de invitados.

Dos pares de ojos azules, iguales que los míos, me observan desde el otro lado de la mesa. No sé por qué, pero tengo la sensación de haber hecho algo malo.

El silencio dura unos segundos. Luego Emmy se encoge de hombros y sigue comiendo.

—Normal. Yo tampoco querría dormir en la cabaña. Allí vive el ratón de la tía Rosie.

Skylar y yo nos miramos.

—¿Sabías lo del ratón de la tía Rosie?

Emmy se queda congelada y me mira con esos ojos azules enormes.

—Ay, no. No tenía que haberte contado eso.

Skylar intenta contener la risa, pero no lo consigue.

Estoy a punto de explicar todo lo que pienso hacerle a mi hermana por acoger a ese condenado ratón en mi propiedad cuando Skylar me interrumpe.

—No pasa nada. Seguro que Scotty y yo nos hacemos amigos esta semana.

Ollie frunce el ceño.

—Espera. ¿Vas a volver allí?

—Sí —se limita a decir ella con aire despreocupado.

—¿Por qué?

Esboza esa sonrisa impostada que le he visto mil veces en las revistas del supermercado. No la que me dedica cuando estamos solos.

—Porque aquí ya tenéis mucho lío. No quiero estorbar.

Mi hijo se vuelve hacia ella.

—No estorbas. Nos gusta que estés aquí.

Ella parpadea mirándolo, con un brillo húmedo en los ojos.

—Deberías quedarte. Si hasta hay una habitación para ti sola.

—Se vuelve hacia mí—. ¿Verdad, papá?

Los observo desde el otro lado de la mesa, los dos pegados a ella como si quisieran estar cerca. Como si ya estuvieran tan unidos a ella como lo estoy yo.

Es algo nuevo y extraño..., pero me siento bien.

Por eso la miro directamente a los ojos color ámbar y le digo:

—Quédate.

VEINTITRÉS

Skylar

Me he despertado nerviosa por la reunión de hoy. Pero el titular que me he encontrado en la bandeja de entrada me ha alegrado el día de inmediato. Decía:

¡ÚLTIMAS NOTICIAS! Según fuentes cercanas, Skylar Stone vive aterrorizada ante la posibilidad de sufrir un ataque de truchas del lago.

Es cierto que me puse un poco histérica. Y los niños se rieron tanto que al final mereció la pena quedar como la típica chica de ciudad. Es uno de esos recuerdos que atesoraré en mi corazón y que me hará sonreír siempre.

Ahora mismo estoy sentada frente a Ford y su hija, Cora, en la acogedora zona de salón que tienen al fondo de la oficina, sintiéndome más segura que nunca. Es un espacio encantador, con una estufa de leña en un rincón y una pared llena de estanterías y discos a su espalda.

Sobre la mesa baja entre nosotros hay un montón de hojas desperdigadas.

—No. —Cora niega con la cabeza mientras va soltando un folio tras otro sobre la mesa—. No. No. Ni de coña.

Sigue revisando las hojas, y yo no puedo ocultar mi diversión mientras veo cómo Ford la mira con el ceño fruncido. Llevo una hora viéndolos interactuar y son fascinantes.

Se parecen muchísimo. Los dos son igual de mordaces. Podría pasarme el día observándolos.

—¿De dónde has sacado estas canciones, Ford? ¿De un catálogo para quinceañeras? —pregunta sin siquiera mirarlo. Resopla con

fastidio mientras tira otra hoja sobre la mesa con tal ímpetu que se me escapa una sonrisa.

—Son de compositores muy respetados.

Cora pone los ojos en blanco bajo su espeso flequillo negro.

—Pues mi respeto no lo tienen.

Cuando Ford me dijo que su hija era quien había insistido en trabajar conmigo y que quería implicarse en la producción del álbum, me sorprendió. Pero, de algún modo, y con solo trece años, tiene una visión. Una idea muy clara.

Como a alguien que le han dicho mil veces que no necesita tener ideas propias, respeto muchísimo la decisión de Ford de incluirla. Ya me caía bien, pero ahora lo entiendo mejor. Este álbum es un proyecto especial para mí. Y también para el padre y la hija que tengo frente a mí.

Cora señala las hojas.

—Son todo canciones de amor cursis y aburridas.

Ford se encoge de hombros.

—A la gente le gustan las canciones de amor.

Ella se gira hacia mí.

—¿Esto es lo que quieres cantar?

Parpadeo un par de veces, escrutando su cara.

—No... No lo sé. Supongo que estoy en una etapa de descubrimiento.

Cora mira las páginas descartadas y suelta un suspiro.

—Lo que necesitas son canciones de rabia, de «a la mierda todo». Canciones que duelan. Nada de autotune. Con lo dulce que es tu voz, podrías decirle a alguien que estás deseando que se muera y te daría las gracias.

—Cora... —se queja Ford, antes de taparse la cara con las manos. Me río.

—No, tranquilo, no pasa nada. Entiendo a qué se refiere. Ojalá pudiera escribir mis propias canciones.

Cora levanta la vista hacia mí.

—¿Y quién ha dicho que no puedes?

Abro la boca para responder: «Todo el mundo», pero sonaría a victimismo barato. Al fin y al cabo, soy la única responsable de mi vida y de mis decisiones.

—La verdad es que nunca lo he intentado. Igual que con los instrumentos. Lo mío es solo cantar.

Cora deja caer la última hoja sobre la mesa y se echa hacia atrás, comportándose exactamente como la adolescente que es.

—Tu voz ya es un instrumento. No tienes que ser buena en todo, pero seguro que tienes algo que decir. Y deberías decirlo.

Curvo los labios en una sonrisa. Es tan directa y clara. Está emocionada y con ganas, pero no de forma exagerada. Cora es una chica genial y, a juzgar por la sonrisa de medio lado que le dedica Ford, él también piensa lo mismo.

—Sí, tal vez debería hacerlo.

Los dos alzan la vista hacia mí al mismo tiempo.

—¿Sí? —pregunta él—. Este es tu álbum. Tú decides. Cuando hablamos la semana pasada no parecías muy convencida. No voy a obligarte a hacer nada que no quieras.

Sus palabras me impactan de lleno. Ningún productor me ha dicho algo así en la vida.

Los observo mientras me enderezo, moviendo un poco los hombros. Cada día que pasa me siento más dueña de mi destino.

Mi álbum.

Mi carrera.

Mi decisión.

Asiento una vez y entrelazo los dedos, bajando la vista a las canciones tiradas en la mesa. Canciones que no me dicen nada, escritas únicamente para encabezar las listas de éxitos.

En realidad, no tienen nada malo. Representan a mi antigua yo: mona, impecable y diseñada para el consumo de masas.

Pero la mujer en la que me estoy convirtiendo ya no es así.

—Sí —confirmo—. Voy a intentarlo.

Y, al decirlo en voz alta, me siento más segura de mí misma que nunca.



Estoy sentada en el tronco, entre las raíces del árbol, con un cuaderno de espiral sobre las piernas y un bolígrafo en la mano. Llevo tres días intentando escribir algo. Lo que sea. Y, en tres días, no he conseguido escribir nada.

Ni una sola palabra.

No sé cuánto tiempo llevo aquí, solo que parece una eternidad y la página sigue en blanco. Y me siento idiota por haber creído que podría escribir una canción así, sin más.

Suelto un suspiro profundo, dejo el bolígrafo sobre la hoja y cierro los ojos. Escucho el trino de los pájaros, el rumor del agua, el leve susurro de las hojas. Hoy el cielo está más nublado que despejado. Más sombrío que esos cielos azules y el sol radiante que han iluminado el valle durante los últimos diez días.

Respiro hondo y suelto el aire.

Me doy cuenta de que ya ha pasado la semana sin teléfono. He ganado la apuesta. Pero sonrío porque no tengo ninguna prisa por volver a tener uno.

Me siento mejor de lo que me he sentido en toda mi vida adulta.

Mientras repaso mentalmente la situación en la que me encuentro, oigo unos pasos suaves. Estoy segura de que hace una semana ni me habría dado cuenta. Pero últimamente todo a mi alrededor parece un poco más brillante. Un poco más nítido.

Sin abrir los ojos, siento cómo un cuerpo menudo se deja caer a mi lado en el tronco.

—Te he traído esto —dice Oliver con timidez.

Noto cómo deja algo en mi regazo. Abro los ojos de golpe y bajo la mirada. Es un libro. Parece una enciclopedia sobre aves.

Paso los dedos por la tapa reluciente.

—¿Lo has cogido de la casa?

Me he pasado una cantidad absurda de horas curioseando entre las estanterías de la casa de West, como si eso pudiera ofrecerme

una ventana a su alma, una forma de entender mejor a un hombre que parece tan despreocupado y relajado, pero que en realidad se siente solo.

He encontrado de todo: novelas románticas históricas, biografías, *thrillers* escandinavos... Pero ningún libro de aves.

—No. Lo he comprado con mi paga. Acabamos de volver de la librería. Es un regalo.

Miro a este niño de ojos azules, parpadeando, y luego vuelvo a bajar la vista al libro que tengo en el regazo. Llevo toda la vida recibiendo regalos. Regalos caros. Desmesurados. Pero esto...

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca —le digo, emocionada.

Baja la barbilla y sonríe con timidez. Tiene un cómic nuevo en la mano y las mejillas ligeramente sonrojadas.

Le doy un pequeño empujón con el hombro; no me fío de mi voz.

Él me responde con otro empujón.

Luego nos sumimos en un silencio cómodo. Hojeo mi libro de aves y descubro que lo que vi la semana pasada era un águila pescadora. Él pasa las páginas del cómic, completamente absorto, con los dientes superiores rozando el labio inferior, como si quisiera devorar la historia.

Al final, saco de nuevo mi cuaderno y contemplo el agua agitada. Golpeteo el bolígrafo contra la página abierta mientras decido qué quiero decir.

Quién quiero ser.

—¿Qué haces? —pregunta Ollie.

Suspiro y me recuesto contra las raíces detrás de nosotros.

—Estoy intentando escribir una canción. Pero nunca he escrito una y no sé por dónde empezar.

—A mí me encanta leer y escribir. Es un poco como hablar con alguien.

Parpadeo un par de veces, reflexionando sobre lo que acaba de decir este niño de pocas palabras que, sin embargo, me entrega las suyas con tanta facilidad.

—¿Sabes? —continúa—. A veces, hablar con la gente es difícil. Da miedo.

Murmuro un asentimiento y bajo la barbilla.

—Lo sé.

—Me preocupa qué decir. Y cómo van a reaccionar los demás.

—Es totalmente comprensible.

Esboza una sonrisa leve.

—Pero, cuando escribo, puedo decir lo que quiera. Y me da igual lo que piense la gente.

Vuelvo a sentir un nudo en la garganta, pero consigo responder:

—Eso es muy sabio, Ollie.

—A veces siento que tengo muchísimas cosas que decir. Pero no logro sacarlas. O no sé por dónde empezar.

Suelto el aire por la nariz y me inclino hacia él con cariño. Me está desarmando por completo hablando con tanta honestidad y valentía con esa vocecita tan dulce.

—Me encanta hablar contigo. Digas lo que digas, siempre voy a escucharte.

—A mí también me encanta hablar contigo, Skylar.

Se apoya en mí y nos quedamos así un rato, el uno junto al otro. Cuando lo miro de reajo, veo cómo contempla mi página en blanco. Luego coge el cuaderno y el bolígrafo y empieza a mover su mano pequeña sobre el papel.

Unos instantes después me lo devuelve. Ha escrito la primera línea de una canción.

«Todo empezó en una carretera secundaria».

Vuelvo a mirarlo y está esbozando una sonrisa con los labios apretados para no reírse, aunque se nota que se muere de las ganas.

—Tu padre te ha contado lo del oso, ¿verdad?

Se le escapa una risita mientras asiente.

—Emmy está yendo esta semana a un campamento de supervivencia. Seguro que tiene algún consejo para ti.

—Muy gracioso, Ollie. —Le doy otro empujoncito con el hombro y esta vez sí se echa a reír. Una risa ligera, infantil.
Una risa que es música para mis oídos.
Miro la primera línea que ha escrito...
Y me parece tan buen comienzo como cualquier otro.



Dejo el libro de aves al oír que llaman suavemente a la puerta de la habitación de invitados. Llevo un rato hojeándolo, disfrutando de cada página. Las ilustraciones son preciosas.

Cuando le he enseñado a Cherry un arrendajo azul, ha dicho: «Pájaro feo», pero estoy segura de que solo es envidia, porque ella es casi toda gris.

—Necesito hablar contigo —susurra una voz con urgencia.

Durante unos segundos, se me acelera el corazón pensando que podría ser West. Pero no es él.

Es Emmy. Y entra antes de que me dé tiempo a responder. Echo un vistazo al reloj de la mesilla: las once de la noche.

Hace mucho que debería estar en la cama.

Y es justo la hora en que West hace su ronda nocturna.

Una ronda nocturna a la que no lo he acompañado porque sería jugar con fuego. Ahora mismo, si nos metes a los dos en un establo tranquilo, solo pueden pasar tres cosas:

Le cuento mis secretos más profundos y oscuros.

Lo beso.

O nos quedamos en silencio, comiéndonos con los ojos como si no hubiera un mañana.

El único lugar todavía más peligroso para nosotros es una canoa.

Emmy cierra la puerta con sumo cuidado y cruza la habitación de puntillas. Luego, sin pedir permiso, se sube a mi cama y se arrodilla a mi lado con los ojos abiertos de par en par.

—Skylar, tenemos que hablar de cómo protegerte de los osos
—dice con solemnidad.

Aprieto los labios en un intento desesperado de no reírme y asiento muy seria.

—Papá nos ha contado hoy cómo os conocisteis.

Voy a matar a West con mis propias manos.

—Aburriido —se burla Cherry.

La fulmino con la mirada, pero, a juzgar por la risa de Emmy, le hace gracia el sarcasmo de mi loro.

—Ah, ¿sí?

Asiente y vuelve a ponerse toda formal.

—Tienes suerte de seguir con vida. Los osos son depredadores impredecibles.

Después de estar todo el día aprendiendo cosas sobre supervivencia en la naturaleza, se ha pasado toda la cena hablando de las diferentes formas de encender un fuego y de cómo usar una brújula, pero ni una palabra sobre osos.

—¿Y tenías que decirme esto justo ahora?

—No he querido avergonzarte delante de todos en la cena.

Sonríó. Puede ser un torbellino, pero también es considerada. Igual que su padre.

Su padre, que me ha abierto las puertas de su casa, me ha incluido en sus cenas y ha mantenido conmigo conversaciones profundas, como si de verdad le importara lo que pienso.

Y en los últimos días ni siquiera se ha burlado de mí cuando me he quedado mirándolo embobada mientras entrena a sus caballos en la pista detrás del establo. Yo me he sentado en las gradas, intentando encontrar las palabras para decir lo que quiero. Resulta que escribir canciones es casi tan complicado como no mirar a West con esos vaqueros ajustados, hablando con dulzura al caballo que monta. Tiene una mano increíble con ellos y una paciencia infinita.

Hago todo lo posible para no mirarlo demasiado, pero casi siempre me pilla y me guiña un ojo, seguido de una sonrisa de medio lado que lo dice todo.

West y sus hijos han conseguido que me sienta más en casa con ellos que en ningún otro lugar del mundo.

—Qué detalle por tu parte, Emmy. Gracias —le digo, frotándole la rodilla cubierta por el pantalón del pijama.

Se lleva la mano detrás de la espalda, saca una bolsa de plástico y me la tiende.

—Te he comprado esto.

—¿Os habéis puesto de acuerdo Ollie y tú para traerme regalos? ¿Qué he hecho yo para merecerlo?

Mira alrededor de la habitación y suelta, con total naturalidad:

—Nos caes bien. Y haces feliz a nuestro padre.

Durante un instante, me quedo sin palabras. La bolsa cruje entre mis dedos y, de pronto, me cuesta un poco respirar.

—Yo creo que tu padre es una persona feliz de por sí.

Se encoge de hombros.

—Sí. Pero está más feliz cuando estás aquí. Como cuando volvimos esta semana. Se nota. A veces creo que se siente solo cuando no estamos. Mamá tiene a Brandon, así que me da mucha pena dejar a papá.

Los niños siempre dicen la verdad.

La observo en silencio. Ella cree que está teniendo una conversación normal, pero ese nivel de empatía me ha dejado completamente descolocada.

Señala con la barbilla la bolsa que tengo en la mano.

—Venga, ábrela.

Hago lo que me pide. Y en el interior me encuentro...

—¿Me has comprado un cuchillo?

—Es una navaja. Por si te encuentras con otro oso. No tenía suficiente dinero para comprarla. Mi padre dice que tengo que ser más responsable con mi paga y no ha querido darme más, así que Ollie me ha prestado un poco. Dice que ahora estoy en deuda con él, lo que sea que signifique eso.

—¿En serio crees que podría clavarle esto a un oso?

Pone los ojos en blanco, como si yo fuera una blanda por mi aversión a la violencia.

—Yo te enseñaré cómo hacerlo. Tienes que ir a por los ojos o a la boca.

—No creo que esté preparada para enfrentarme a un oso. Dejaría que me comiera y ya está.

—Skylar, eso es de cobardes. Además, mi padre se pondría muy triste si se muriera su cantante favorita.

Me echo a reír, notando el tacto frío del mango de madera contra la palma.

—No soy su cantante favorita.

Emmy me mira como si acabara de decir una locura.

—Pues claro que lo eres.

—Lo dudo mucho...

—Te lo voy a demostrar ahora mismo. Vuelvo enseguida.

Se baja de un salto de la cama y sale disparada de la habitación, olvidándose por completo de que se suponía que debía ir con sigilo.

Cuando vuelve, viene con una sonrisa de oreja a oreja y levanta una camiseta.

Mi camiseta.

Bueno..., la camiseta de West.

Pero lleva una foto mía en blanco y negro, algo desgastada, bajo un foco, con el micro en la mano y mi bandana de siempre atada a él, y unos vaqueros tan cortos que se ven los forros de los bolsillos.

—Suele ponérsela, pero estos días no.

«Seguro que para evitar que se me salgan los ojos de las órbitas, como me está sucediendo en este momento».

—Aaah... Ah —balbuceo porque no sé qué más decir. West siempre me ha tratado como si fuera alguien normal y corriente.

Nadie me trata así.

Y mucho menos los fans.

—¿Ves como era verdad? Bueno...

Lanza la camiseta, que acaba hecha un ovillo en el suelo, al otro lado de la cama. Me entran ganas de recogerla, aunque no sé si

quiero tocarla.

No me molesta que West no me lo haya contado. Al contrario, se lo agradezco. Y, aun así..., siento como si me hubiera ocultado algo importante. Algo que influye en cómo me ve y en cómo se relaciona conmigo. Aquella primera noche le oí cantar mi canción, pero creí que simplemente se le había quedado rondando en la cabeza.

Aparto esa sensación incómoda y vuelvo a centrarme en su hija, que ahora se ha metido bajo las sábanas y está apoyada en el cabecero, a mi lado.

—Vale, Skylar. Te voy a contar lo que debes saber de los osos...

Y empieza a hablar.

Y habla y habla y habla. Y luego se lanza a explicarme cosas sobre la naturaleza. Me detalla cómo funciona la fotosíntesis, cómo las plantas convierten la luz, el agua y todo lo que tienen alrededor en energía, en vida. Y mientras estoy allí tumbada, con los ojos cerrados, me impresiona lo extraordinariamente sencillo y a la vez especial que es ese proceso.

No sé cuándo se detiene; lo único que sé es que ya no estoy despierta para notarlo.

VEINTICUATRO

West

Me despierto con olor a beicon y el suave retumbar del bajo de una canción que reconocería en cualquier parte... porque es una de Skylar.

Skylar, que anoche durmió en la habitación al final del pasillo, con mi hija despatarrada a su lado, o más bien medio encima de ella.

Cuando eché un vistazo después de hacer la ronda nocturna, la puerta estaba abierta y la luz bañaba el pasillo. Entonces se me ocurrió la loca idea de asomarme para asegurarme de que estaba bien, y me la encontré dormida con mi hija. La escena hizo que me diera un vuelco el corazón. En vez de despertarlas, apagué la lámpara de la mesilla de noche y me marché, un poco decepcionado de que no estuviera sola.

Ahora mismo busco cualquier excusa para estar cerca de ella. Cenamos juntos todos los días. Hacemos la compra a la misma hora porque ¿para qué vamos a ir en dos coches al mismo sitio? Además, cargar un Tesla aquí es un auténtico suplicio. Coincidimos en la cafetera a media mañana, cuando paro para hacer un descanso, y luego me acompaña al establo, charlando conmigo por el camino. Se sienta en las gradas junto a la pista y escribe mientras entreno a los caballos.

A veces la pillo mirándome. Se sonroja al instante, pero enseguida baja la vista a su cuaderno y me deja vía libre para observarla a gusto.

Ya no tiene ojeras. En la piel se le nota un bronceado sutil de pasar tanto tiempo al aire libre. Y su boca carnosa está relajada.

Siempre me ha parecido preciosa.

Pero, tras varias semanas en Rose Hill, está aún más espectacular.

Me froto la cara y me estiro. Entonces oigo voces que llegan desde abajo. Pero no están hablando.

Están cantando.

Sonríó y niego con la cabeza, maravillado de lo rápido que mis hijos le han cogido cariño.

Cuando hice el cambio con Mia en el partido de fútbol el fin de semana pasado, me dio un codazo y me dijo:

—Siempre tienes que quedar por encima. Esta semana de lo único que han hablado ha sido de Skylar Stone. A este paso nunca voy a ser la madre guay.

—Superar a Brandon el Aburrido tampoco es muy difícil —le respondí. Y ahí sí me soltó un puñetazo.

—Eres incorregible. No vas a cambiar nunca —dijo, yéndose entre risas.

Pero lo cierto es que he cambiado..., o estoy cambiando. No sabría decir exactamente en qué, solo que ya no soy el mismo.

Con eso en mente, y sabiendo que tengo que llevar a los niños al campamento antes de ponerme con los caballos, salgo de la cama y me visto con unos pantalones de chándal y una camiseta.

Menos mal que tengo personal por las mañanas.

Bajo trotando las viejas escaleras, que crujen, pero me detengo en seco al llegar a la cocina.

Emmy está de pie sobre la encimera, cantando con una espátula como si fuera un micrófono, mientras que Ollie está subido a un taburete, dándole la vuelta al beicon. Lleva puesto mi delantal de «ESTE TÍO SABE CÓMO ENCARGARSE DE SU SALCHICHA», lo que me da una vergüenza tremenda.

Skylar, por su parte, está removiendo algo en un bol, todavía con los pantalones cortos de Calvin Klein con los que duerme. Esos con la goma ancha y lo bastante cortos como para dejarme embobado... y hacerme pegar un salto cuando Emmy grita: «¡Papi!» por encima de la música.

Pero la verdadera sorpresa llega cuando Skylar se da la vuelta y la veo por partida doble.

Porque lleva mi camiseta metida entre esa goma ancha.

Mi camiseta de Skylar Stone.

Y justo encima de su foto... está ella, en carne y hueso.

Sonriéndome de medio lado.

Siento mariposas en el estómago. Después de varios días haciendo que se sonroje, han cambiado las tornas, porque estoy seguro de que me he puesto rojo como un tomate.

—Buenos días, Weston —me saluda ella con toda la calma del mundo, enarcando una ceja—. ¿Te gusta mi camiseta?

Trago saliva, con la mente a mil por hora. Me siento como un crío al que acaban de pillar con las manos en la masa.

—Te queda mejor a ti que a mí.

Ahora ya no soy el único que está rojo.

Entro en la cocina y cojo un taburete.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto, intentando cambiar de tema.

—Estoy dando un concierto para Skylar mientras ella y Ollie hacen beicon y tortitas —explica mi hija, con el pelo revuelto de recién levantada y las mejillas sonrosadas. Todavía lleva su pijama de unicornios—. Hemos hecho una fiesta de pijamas —dice orgullosa, con los ojos brillando por la emoción—. ¿Cuánta gente puede decir que ha estado en una fiesta de pijamas con Skylar Stone?

Skylar suelta un gemido y yo hago todo lo posible por no reírme.

—No mucha, cariño.

Emmy salta al taburete de al lado y me planta un beso rápido en la mejilla.

—Buenos días, papá.

Luego se pasa un buen rato hablándome sin parar sobre cómo sobrevivir si te topas con un oso mientras observo a Skylar y a Ollie preparar el desayuno. Se comunican en frases cortas y en voz baja, y hay una especie de armonía en el ambiente. Una armonía que sería total si no siguiera encogiéndome por dentro por culpa de la camiseta.

Al rato, Ollie coloca los cubiertos en la mesa y Emmy y yo vamos a sentarnos.

Mi hija sigue parlotando, ahora de los pumas, cuando Skylar deja un plato delante de mí.

—Esto es para ti, entrenador —me susurra al oído, dándome una palmada en el hombro.

Bajo la vista y veo una tortita enorme que ocupa todo el plato.

Una tortita enorme con las palabras «FAN NÚMERO 1» hechas con pepitas de chocolate.

Suelto una carcajada y Skylar sonrío de oreja a oreja, con la cadera echada a un lado y la diversión brillando en sus ojos ámbar.

—Que aproveche —murmura antes de darme un pequeño tirón en el lóbulo de la oreja.

Cuando se gira para marcharse, tengo que hacer un esfuerzo titánico para no alargar la mano hacia ella y tocarla. La cadera. La cintura. El culo.

Todavía puedo sentirla encima de mí. Olerla. Saborearla.

Vuelvo a mirar la tortita y empiezo a comer mientras escucho a mis hijos hablarme de cómo les ha ido la semana. El campamento de programación de Ollie parece mucho más tranquilo que el campamento de naturaleza de Emmy, pero los dos hablan con el mismo entusiasmo de lo que están aprendiendo.

Es imposible meter baza. Cuando por fin terminamos de desayunar, los mando arriba a vestirse.

Y entonces Skylar y yo nos quedamos solos, mirándonos desde lados opuestos de la mesa.

—Yo recojo —se ofrece, levantándose y llevándose su plato a la encimera.

Y, en cuanto veo cómo balancea su culo redondo a cada paso, pierdo el control. Me levanto y, en cuestión de segundos, atravieso la cocina, apoyo el pecho contra su espalda y la encierro entre mis brazos.

—Skylar, ¿a qué estás jugando?

Le rozo la oreja con los labios y noto cómo se estremece antes de dejar el plato en la encimera y girarse hacia mí.

Entonces apoya las palmas en mi pecho y me da un empujón poco convincente.

—Podría preguntarte lo mismo.

Le brillan los ojos y veo en ellos una chispa de reproche. Sí, me ha estado provocando toda la mañana, pero esa mirada color avellana no miente. Es una ventana directa a su alma, a su mente, y sé perfectamente lo que está pensando.

Cree que no he sido sincero con ella.

Puede que no lo haya sido, pero, joder, la conozco desde hace nada. Y, aun así, le he contado más cosas que a nadie.

La agarro por la cintura, la subo sin esfuerzo a la encimera y me coloco entre sus piernas abiertas.

Nos miramos fijamente. La tensión entre nosotros es brutal. Y no es precisamente de amigos.

—¿Eres fan mío, West? —pregunta con tono provocador.

Me río por lo bajo y dejo las manos sobre sus muslos desnudos. Luego las subo poco a poco, jugueteando con el borde de sus pantalones cortos, lo que hace que se le escape un pequeño jadeo. Gimo al oírla, al ver mis manos sobre su piel y, durante un instante, estoy de nuevo en la canoa, con ella encima de mí.

—¿Pensabas contármelo en algún momento?

Lo pregunta como si creyera que ser su fan es algo que debería ocultar. Como si me diera vergüenza admitir que me gusta.

Pero no es cierto.

—No tengo ningún problema en reconocer que soy tu fan número uno, Skylar. Y que te quede claro: lo soy. Soy lo bastante fan para darte lo que realmente necesitas: espacio y amistad..., por mucho que esto me esté matando.

Ella inspira bruscamente.

—Y soy aún más fan de ti cuando llevas mi camiseta —susurro contra sus labios húmedos. Pierdo la batalla contra la contención y le doy un mordisco en la mandíbula—. Soy fan de ti en mi casa.

Le recorro el cuello con los labios.

Ella ladea la cabeza y abre aún más las piernas, dándome mejor acceso.

—Soy fan de ti en mi regazo. —Meto las manos por debajo de la tela y le aprieto las nalgas desnudas mientras le muerdo la curva del cuello—. Y, cuando tengamos la casa para nosotros solos —murmuro contra su piel—, voy a ser muy fan de ti en mi cama.

—Joder... —Se le escapa en un suspiro y yo le acaricio la clavícula con la boca.

—Y luego voy a ser muy fan de ti aquí. —La acerco más y le masajeo el culo. Ella me rodea la cintura con las piernas—. En la encimera de la cocina.

Sube los dedos por mi nuca, los enreda en mi pelo corto y me levanta la cabeza mientras busca mi boca con la suya.

—Voy a dejarte tan hecha un desastre que también tendré que ser fan de ti en la ducha.

—West..., creía que estábamos dándonos un respiro.

—Sí, pero la semana casi ha terminado. —Acerco los labios a los suyos, viendo cómo se le oscurece la mirada—. Y cuando se acabe este puto respiro, más vale que respires por la nariz, porque esta boca va a estar muy ocupada.

Se sonroja y se muerde el labio.

—No era exactamente eso lo que quería decir con «respiro».

—Respirar está sobrevalorado. Prefiero ahogarme en ti.

Me atrae hacia ella y nos fundimos en un beso. Profundo. Rápido. Desesperado. Pero no dura mucho. No puede durar con los niños correteando arriba. Y, aun así, Skylar se entrega por completo y nos besamos hasta quedarnos sin aliento.

Cuando se separa, nos rozamos con la nariz y susurra:

—Sí, muy sobrevalorado.

Vuelvo a besarla, tomándome libertades que no debería, pero ahora mismo todo en ella es un semáforo en verde. Así que ¿por qué no? Sabe a tortitas. A sirope y a pepitas de chocolate. Y a mí.

Me cuesta horrores separarme, pero no puedo seguir. No aquí ni ahora. Así que me conformo con memorizar su imagen recién besada.

Despeinada. Con los pantalones cortos subidos hasta arriba. Los pezones marcándose bajo el algodón fino de mi camiseta y esos ojos salvajes clavados en mí.

Me muerdo el labio y señalo su cuerpo con un dedo.

—Y también soy muy fan de ti con esta pinta.

Si no estuviera ya roja, seguro que se ruborizaría.

Me mira fijamente. Sé que su cabeza va a mil porque solo aparta la vista cuando oye unos pasos bajando las escaleras. Vuelvo a la mesa, donde finjo que estoy recogiendo el desayuno.

—Papá, necesito que me prestes dinero.

—¿Para qué? —pregunto a Emmy sin levantar la vista.

Por el rabillo del ojo veo a Skylar bajar de la encimera y ponerse a fregar.

—He apostado con Ollie que vas a ser el que más dinero saque en la feria del sábado. Y él dice que es imposible que ganes tres años seguidos.

Hago una mueca al ver cómo Skylar mira a Emmy con ojos entrecerrados.

—¿La feria? —pregunta.

—¡Sí! —chilla mi hija emocionada—. Tienes que venir. Hay un señor que hipnotiza, atracciones y subastan a los hombres para salir con ellos.

—Haces que parezca tráfico ilegal, Emmy —digo, intentando que baje un poco las revoluciones. No se me pasa por alto la tensión en los hombros de Skylar—. Es una subasta de solteros para el banco de alimentos. Para recaudar fondos.

—Ah... —murmura Skylar, antes de apretar los labios y seguir fregando. Sin mirarme.

—¿Seguro que es mañana?

«Joder. Mierda».

Me acerco al calendario, en el que intento organizar mi vida (sin mucho éxito), y veo que, efectivamente, escribí «Feria del pueblo» en el sábado. Es algo para pasarlo bien, pero dejar que me subasten delante de todas las mujeres del pueblo justo después de haberle dicho todo eso a Skylar me hace sentir culpable.

—Le dije a Doris que podía apuntarme para echar una mano con la recaudación —explico.

—Me encanta lo solidario que eres —dice con una sonrisa tensa mientras llena el fregadero de agua y jabón.

Se nota que está evitando mirarme, pero, cuando me lanza una mirada fugaz, el sentimiento de culpa no hace más que aumentar.

Puede que no sea un experto en relaciones, pero sé perfectamente lo que es que alguien me mire decepcionado.

Y ver esa decepción en la cara de Skylar, cuando todavía puedo sentirla en mis manos y su sabor sigue en mis labios, me remueve por dentro más que nunca.

VEINTICINCO

Skylar

¡ÚLTIMAS NOTICIAS! El fan número uno de Skylar Stone desenmascarado por dos pequeños traidores.



No puedo estar enfadada con West cuando sigue enviándome correos tan adorables. Y molestarme con él por ofrecerse voluntario para recaudar fondos para el banco de alimentos sería bastante miserable por mi parte.

Pero aquí estoy, rebajándome al nivel más bajo posible.

«Prefiero ahogarme en ti».

Esa frase me resuena en la cabeza una y otra vez mientras camino hacia la orilla. Después del desayuno he ayudado a recoger y he esbozado mi mejor sonrisa. Se me da bien poner buena cara, incluso aunque por dentro sienta justo lo contrario. Luego West se ha llevado a los niños al fútbol y, aquí estoy yo, yendo a sentarme junto al agua para ver qué hago con todo esto que siento.

Estoy bastante segura de que lo que siento son celos. Unos celos ardientes, asquerosos, de esos que te revuelven el estómago.

Y sí, sé que es irracional, pero da igual. Ahí siguen.

No es una emoción con la que esté familiarizada. En mis relaciones anteriores nunca me inquietó la idea de otras mujeres. Y no era porque confiara ciegamente en mi pareja; simplemente no pensaba en ello. Quizá porque no me importaba lo suficiente como para que me afectara.

Tampoco he sentido celos de mis compañeras de profesión. Me encanta ver a otras mujeres encabezar las listas de éxitos o recibir galardones.

Por eso me resulta tan surrealista que West no sea mi novio y, aun así, me ponga enferma al pensar que otra mujer pueda pujar por él y «ganarlo».

Siento una opresión en el pecho y me invade una rabia profunda que me hace apretar los dientes. Está claro que mis emociones están fuera de control. Si mis padres me vieran ahora mismo, me dirían que recobrara la compostura y que siguiera interpretando el papel que se espera de mí.

Siempre han querido que mantuviera la fachada perfecta. Que fingiera todo lo que hiciera falta hasta conseguirlo.

Pero, por primera vez en mi vida, me da igual cómo me vean los demás si dejo salir lo que siento. Por primera vez me siento inmadura, irracional y... como si tuviera algo que decir.

Así que me apoyo contra un tronco y escribo.



Mientras bajo las escaleras de la casa de West, oigo un silbido de admiración y levanto la cabeza.

—¡Joder, tía, sí! —exclama Rosie desde la entrada, recorriéndome de arriba abajo con la mirada y una sonrisa de oreja a oreja—. Ese vestido está hecho para ti.

Parpadeo.

—Pues lo cierto es que sí. Me lo hicieron a medida —confieso con total sinceridad.

Rosie se echa a reír mientras observa el vestido. Es uno de mis favoritos. Blanco, con un estampado tupido de naranjas diminutas, cada una con su tallo y una hoja verde. Los tirantes se atan en los hombros y lo he combinado con unas zapatillas blancas sencillas y

mi nuevo pintalabios rojo preferido. Porque esta temporada es tendencia y todo ese rollo.

—Faltaría más. ¿Dónde está West? —Coge un plátano del frutero y lo pela mientras apoya la cadera en la encimera. Se ha puesto un mono corto rosa, suelto, con unas sandalias de cuña *nude* con tiras para nuestra temida excursión a la feria.

—Ha llevado a los niños al fútbol.

—Ah, claro, esta semana les toca estar con Mia. ¿Sabes si después va a ir directo al evento benéfico?

Trago saliva y aparto la mirada. Llevo un día entero evitando a West por miedo a decir alguna tontería. Como exigirle que no participe en esa estúpida y arcaica subasta de hombres. Podría donar yo misma el dinero y ahorrarle la humillación.

Pero no se lo he dicho. Es un hombre adulto. Y, además, no tengo ningún derecho sobre él. Lo conozco desde hace poco y no quiero parecer la típica pesada que se pega como una lapa.

Y, siendo sincera, eso de subastar y pujar por una persona, por muy noble que sea el fin, me toca un poco la fibra. En un mundo en el que constantemente reducen mi valor a mi aspecto y a cómo me comporto, todo el concepto me chirría.

Así que he decidido guardar las distancias. Lo que no ha resultado muy difícil, ya que West ha estado ocupado con los caballos nuevos que han entrado y con los que se han ido. La oficina de Ford ha resultado ser un sitio estupendo para pasar el rato, aunque estoy segura de que Rosie y yo charlando sin parar no ayuda mucho a la productividad.

—Pues la verdad, no lo sé.

Me mira con suspicacia.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Nada, solo somos amigos —respondo, cogiendo una naranja del mismo frutero.

—Ya, pero West no suele traer mujeres a su casa cuando están sus hijos. Es una norma que lleva a rajatabla. Y tú te has quedado aquí. Y Ollie y Emmy han estado toda la semana.

Me encojo de hombros y voy hacia la puerta, como si así pudiera esquivar la conversación.

—Sí, me habló de esa norma, pero, como solo somos amigos, no es lo mismo. Además, me gusta estar con los niños. La semana que viene va a ser raro no tenerlos por aquí.

—Me han dicho que Ollie habla contigo.

Sonrío y le hago un gesto a Rosie para que salgamos. Mientras cierro la puerta con llave, pienso en nuestros encuentros diarios junto al lago después de su campamento. Él lee y yo escribo. Y, cuando me bloqueo, le paso mi cuaderno y él añade una frase sin decir una sola palabra.

—Sí. Un poco.

Cuando me vuelvo hacia Rosie, me está mirando con mucha seriedad.

—Espero que seas consciente de lo especial que es.

Asiento, igual de seria. Se ha puesto en modo tía protectora, y eso es algo que admiro de ella. Es feroz. Ojalá yo hubiera tenido familiares así, dispuestos a dar la cara por mí cuando me obligaban a subir al escenario enferma o a soportar manos que se pasaban de la raya para cerrar un trato.

Le sostengo la mirada.

—Lo soy, te lo aseguro.

—Y West también.

Alzo las cejas, sorprendida.

—¿Cómo?

—Puede parecer un tío grandullón despreocupado, pero es pura fachada. Es cauteloso, le cuesta confiar y es muchísimo más sensible de lo que aparenta. Por favor, no le hagas daño si puedes evitarlo.

Suelto el aire despacio, como si sintiera físicamente el peso de lo que acaba de decirme. Me he quedado sin palabras, así que solo asiento. Ella hace lo mismo antes de darse la vuelta y alejarse con paso firme.

—Pero si en realidad solo somos...

Con las llaves en la mano, me hace un gesto por encima del hombro.

—No te molestes en negarlo. Lleva años colado por ti. Dejó a la chica con la que se estaba liando en cuanto llegaste al pueblo y ahora te tiene viviendo bajo su techo. Conozco a mi hermano.

Dicho así, no sé qué pensar.

Y también me siento un poco mal por haberlo estado evitando.

Pero me siento todavía peor al saber que tengo que ir a una subasta en la que voy a ver cómo otras mujeres lo devoran con la mirada cuando yo no he hecho más que alejarlo.



—¿Dónde está Ford?

Rosie sonríe con sorna.

—Estas cosas no van con él, y sé que es mejor no arrastrarlo hasta aquí. El pobre lo pasaría fatal, aunque lo haría por mí. —Sonríe con nostalgia, mirando el agua brillante del lago—. Seguro que está leyendo junto al lago o haciendo largos como un poseso. Le enviará a Doris un cheque anónimo o alguna otra cosa típica de multimillonario ermitaño.

Siento un pinchazo en el pecho al oír el cariño que desprende su voz, así que cambio de tercio y le pregunto a alguien un poco menos enamorada dónde puede estar su compañero de piso.

—¿Rhys va a participar en la subasta? —le digo a Tabitha, que está a mi lado, con un vaso de plástico de cerveza en la mano.

Suelta un resoplido.

—Qué va. Está fuera por trabajo. Otra vez. Además, yo no quiero subastarlo por un día. Quiero subastarlo para siempre. A una asesina en serie, a poder ser.

—Qué cruel —repite Rosie con una risita nasal.

—¿A qué se dedica?

—No lo sé. Intento no hablar con él. Trabaja en algo relacionado con la industria del entretenimiento.

Vaya. Es la vez que más información nos ha dado sobre él, así que insisto un poco más.

—¿Y vosotros qué sois exactamen...?

Noto al instante cómo levanta un muro.

—Oh, mirad —dice, señalando con el vaso de cerveza—, ya empieza.

Rosie y yo intercambiamos una mirada de preocupación, pero no pregunto nada más. Aunque me muero de curiosidad, sé lo que se siente cuando alguien se mete donde no le llaman. Puede que conozca a Tabby desde hace poco, pero ahora mismo la veo demasiado frágil para algo así.

Volvemos a fijarnos en el escenario y me concentro en dar sorbos a mi sidra para disimular los nervios. Me han asegurado que es artesana, hecha con manzanas de la zona, pero no me sabe a nada. Ya hemos dado una vuelta por todo el recinto: hay un concurso de chili, varios puestos de comida y bebida y unas cuantas atracciones. No es una feria grande, pero hay mucho ambiente. Huele a palomitas y a algodón de azúcar, y los gritos de alegría de los niños me sacan una sonrisa.

Todo el mundo está tan ocupado divirtiéndose que no se molestan en mirarme y, durante un rato, casi me siento una persona normal, paseando por una feria con un par de amigas. Si no estuviera tan estresada por lo de West y por lo que somos (o no somos), me lo estaría pasando en grande.

En lugar de eso, no dejo de pensar en todos los sitios donde dijo que iba a follarme y me pregunto quién ganará una cita con él y cuándo querrá cobrarla. En mi esfuerzo por pasar desapercibida, he decidido ser una simple espectadora. Lo último que quiero es que West acabe en algún titular porque me dé un ataque de celos.

Doris sube al escenario, montado en una explanada de hierba junto a su bar, y se me encoge el estómago. Lo atraviesa con paso firme, como si le molestara que hubiera gente. Tira del micrófono

hacia abajo, provocando un fuerte chirrido en los altavoces. Aprieto los labios para disimular una sonrisa.

—Bueno, pues nada. Gracias por venir. Otra vez. Cada año venís todos para ayudarme a recaudar fondos para el banco de alimentos y, por muy irritada que parezca por vuestra presencia, os lo agradezco de corazón. Como muchos sabéis, yo crecí dependiendo del banco de alimentos. Y, en los pueblos pequeños, a veces se quedan sin recursos. Tengo la suerte de haber acabado donde estoy, pero lo que saquemos hoy, gracias a vuestro apoyo, servirá para llenar las estanterías de comida del almacén y proporcionará bolsas de desayuno y almuerzo para las escuelas de la zona. Seguro que todos estamos de acuerdo en que ningún niño debería pasar hambre en el colegio.

Traga saliva mientras recorre a la multitud con la mirada. Le brillan los ojos con más emoción de la que esperaba encontrar en una mujer tan dura como ella. Y, de pronto, yo también la siento: un escozor en el puente de la nariz. Parpadeo rápido para contener las lágrimas. Es cierto que la vida me ha puesto a prueba en más de una ocasión, pero nunca he pasado hambre. Al menos no por necesidad.

Doris se aclara la garganta y se pasa la mano por debajo de la nariz.

—Y ahora, después de tantos años viviendo en un mundo gobernado por el patriarcado, creo que a los hombres no les vendrá mal que los cosifiquemos un rato.

Sus palabras provocan un coro de quejidos y carcajadas.

—Así que pujad sin miedo y disfrutad del espectáculo.

Suelta el micrófono (literalmente) y el golpe retumba por toda la explanada mientras se marcha por donde ha venido con el mismo paso decidido. Me río por lo bajo tapándome la boca con la mano.

Más allá del escenario, el bullicio de la feria contrasta con la tranquilidad del bar. Al fondo hay un aparcamiento y luego... un bosque. Un bosque al que ahora mismo me iría corriendo para esconderme.

Pero, cuando un hombre mayor sube al escenario y todo el mundo se acerca un poco más, me quedo atrapada entre la multitud, preguntándome qué narices hago aquí.

«Demostrar que me da igual. No dar la nota».

El hombre coge el micrófono y explica las reglas, en qué consiste el premio si tu puja es la más alta y dónde hacer la donación. Y entonces empieza el espectáculo.

Verlo en directo no resulta tan degradante como imaginaba. Los hombres parecen encantados de la vida y sueltan bromas que hacen reír a todo el mundo. Hay de todas las edades y complexiones. Cada uno recauda un par de cientos de dólares y me siento fatal por haberme montado una película morbosa digna de Hollywood con algo que no es más que una colecta encantadora para una buena causa.

Cuando sale West, los gritos y silbidos se intensifican. Cada decibelio me encoge un poco más el estómago, dejando un hueco justo bajo las costillas.

Me llevo las dos manos a la zona y a Rosie no le pasa desapercibido el gesto.

—Sabes que puedes pujar, ¿no? —susurra.

Hago una mueca y niego con la cabeza. Soy una intrusa aquí, y no tengo por qué ponerme posesiva con un hombre al que apenas conozco. Puede tener una cita con quien quiera.

No me va a pasar nada.

—Y aquí tenemos al soltero de oro del pueblo —anuncia el presentador—. Weston Belmont. Señoras, ha venido a pasarlo bien, pero no a sentar cabeza.

West pone los brazos en jarras y baja la cabeza, partiéndose de risa. Joder, está para comérselo. Botas de cuero marrón con cordones, atadas flojas de forma que la lengüeta queda un poco caída hacia delante. Vaqueros claros. Muslos potentes. Y una camiseta blanca de lo más sencilla, pero que hace que resalte su piel bronceada. Está radiante.

El hombre mayor le da un codazo.

—Le encanta meterse en líos. Lo encontraréis a menudo a lomos de un caballo. Por mucho que botéis, os aseguro que él aguantará el tipo.

—Madre mía, tío —se ríe West mientras se pasa una mano por la barba de tres días, con las mejillas sonrojadas.

Elevo los hombros con un suspiro doloroso. Nuestras miradas se encuentran entre toda esa marea de gente y, durante un instante, el mundo se detiene a nuestro alrededor. West se pone rígido y casi puedo distinguir todos sus músculos bajo la camiseta.

Me arden los dedos al recordar cuando lo toqué sin restricciones. Me muero de ganas de hacerlo ahora mismo. Subir ahí y enseñarles a todas la química tan bestial que tenemos. Puede que ganen una cita con él, pero nunca tendrán eso. Lo sé porque una conexión así no aparece todos los días. Ni siquiera en toda una vida.

—Empezamos la puja en cien dólares porque sé que a todas os encanta rascaros el bolsillo cuando se trata de este chico.

Se alzan manos por todas partes.

Se me cae el alma a los pies. Miro hacia el lago, intentando aparentar aburrimiento, aunque por dentro estoy atacada de los nervios.

Doscientos.

Trescientos.

Cuatrocientos.

Entonces, una voz que reconozco me hace girar la cabeza a la derecha.

—Quinientos —grita Bree con una sonrisa de suficiencia.

Las mujeres a su alrededor le dan palmaditas en el hombro como si hubiera hecho algo increíble, y no intentar obligar a un tío que la dejó a pasar tiempo con ella. Algo que West hará porque es un hombre de palabra.

Siento vergüenza ajena.

Seiscientos.

Setecientos.

—Ochocientos —grita ella, levantando la mano con una manicura roja impecable, que brilla con el sol.

Me hierve la sangre.

Novecientos.

—¡Mil! —chilla ella. Hace una floritura con la mano y la multitud estalla en un «oooh» colectivo, como si fueran una pareja adorable.

Por la forma en que él aprieta la mandíbula, no hay nada adorable en esto. Me busca con esos ojos azules tan impresionantes, pero yo bajo la vista enseguida para que no vea la inseguridad que siento.

—Parece que tenemos un nuevo récord, amigos. ¿Alguien da mil cien?

El hombre escudriña al público y yo lo miro fijamente. Me niego a mirar a West, aunque noto que me está observando.

—Mil a la una...

Miro de reojo a Bree. La tía está ahí pavoneándose, con los brazos cruzados, tan segura de sí misma. Y no la culpo, porque West es especial.

Pero también es mío.

En un mundo lleno de cosas que nunca me han pertenecido, siento que él sí. Y estoy harta de compartir. Con mis padres. Con mis discográficas. Con Bree.

—Mil a las dos...

—¡Diez mil dólares! —grito, levantando la mano antes de poder arrepentirme.

Se oye un murmullo generalizado de asombro. Por el rabillo del ojo veo cómo Bree me lanza una mirada asesina y que Rosie y Tabby se han quedado a cuadros.

—Joder —murmura Rosie justo cuando el hombre del escenario se recupera de su propia impresión.

—Bueno, esto sí que es un nuevo récord, y me temo que uno que no se va a superar jamás —bromea el presentador. El público se ríe con él.

Cuando por fin me atrevo a alzar la vista hacia West, está mirándome fijamente. No consigo descifrar su expresión. ¿Rabia? ¿Deseo? Algo intenso. Algo que me impide sostenerle la mirada.

Al final me quedo mirando mis impolutas zapatillas blancas, preguntándome por qué coño he hecho eso.

«Porque necesitabas hacerlo», me dice mi voz interior, que no se siente mal en absoluto. Es mi cerebro, agotado por la ansiedad, el que no deja de castigarme.

El presentador vuelve a hacer la cuenta atrás, aunque sé que nadie va a superar mi puja.

Cuando miro a Rosie, arquea las cejas de forma insinuante y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? Es por una buena causa —digo mientras me doy la vuelta y me alejo, directa al bar, donde estoy a punto de fundir la tarjeta.

«Por una buena causa».

VEINTISÉIS

West

Bajo corriendo los escalones del escenario improvisado. Cuando Skylar se ha marchado, me he quedado clavado en el sitio, esperando a que pasaran las siguientes subastas, y maldiciendo por lo bajo a Doris. Estaba deseando salir tras ella, pero no quería montar una escena y reventar el evento.

Ahora, sin embargo, voy a por ella.

Cruzo la hierba directo al bar, pero Bree se interpone en mi camino. Me pone una mano en el pecho y yo me quedo rígido.

—West, yo... —empieza a decir.

No la escucho. No me puedo creer que haya tenido la cara de pujar por mí e intentar conseguir una cita conmigo después de haberle dejado claros mis sentimientos. Y encima ahora me está tocando como si tuviera algún derecho sobre mí. En este momento, las únicas manos que quiero encima son las de Skylar.

—Mira, Bree. Ya hemos hablado de esto —le digo con tono cortante, tratando de ser cordial, pero dejando claro mi cabreo—. Te lo voy a pedir con todo el respeto del mundo: apártate.

Da un paso atrás como si la hubiera abofeteado, y veo perfectamente cómo sus amigas se miran entre ellas.

Me da igual. Soy educado y un buen tío, y con ella no he sido otra cosa que sincero y directo.

Ahora mismo solo quiero encontrar a Skylar, así que continúo mi camino sin añadir nada más. Me abro paso entre la gente a zancadas y noto que todo el mundo me mira mientras la voz del presentador sigue retumbando en los altavoces.

Cuando por fin dejo atrás la multitud, voy hacia el bar, sabiendo que Skylar tiene que pagar dentro sí o sí. Entro a toda prisa, con el

corazón latiéndome con fuerza al no verla por ninguna parte. Clavo la vista en Doris en la caja, contando billetes con una sonrisa de «misión cumplida».

—¿Dónde está?

—Oye, cuida tus modales, cavernícola.

—Doris, sabes que me encanta tu sarcasmo, pero hoy no estoy para bromas.

Entorna los ojos.

—Lo mismo digo. —Me mira de arriba abajo, como si en este momento no le pareciera gran cosa—. Me gusta esa chica. Veo mucho de mí en ella; siempre lista para salir corriendo en cualquier momento.

Me muerdo la lengua para no soltarle que espero que no haya demasiada Doris en Skylar.

—Necesita un hogar, no más gilipolleces —continúa—. No seas tú quien la haga huir.

En cuanto oigo la palabra «huir», se me hace un nudo en la garganta. Siempre he sabido que no se quedaría aquí, pero la idea me sigue golpeando como una bola de demolición.

—Doris, por favor, dime dónde está.

—Sabía que terminarías encontrando tus modales —murmura, volviendo a contar el fajo de billetes—. Ha salido por la puerta lateral, hacia el bosque. Anda, ve a rescatarla.

Aprieto los dientes, asiento y salgo disparado tras Skylar. Miro a la derecha, hacia el aparcamiento, aunque dudo que haya ido allí. Luego miro a la izquierda, más allá del lilo y hacia el lago. Le encanta estar junto al lago, pero veo algunas cabezas por allí y sospecho que ahora mismo querrá estar sola. Sea lo que sea lo que está sintiendo, no querrá público. Y sé que, cuando está agobiada, le gusta la soledad.

Así que miro hacia delante, hacia los árboles, y tiro recto. El olor a tierra y pino me envuelve mientras mis botas crujen sobre las agujas secas y las ramitas. No sé cuánto tiempo me paso buscándola. Entre los árboles, recorriendo la orilla... La busco lo suficiente como para

que a mi cabeza le dé por imaginar todas las cosas horribles que podrían haberle pasado.

Un oso.

Un puma.

Un acosador.

Un asesino en serie.

El corazón me late con tanta fuerza que lo escucho en mis propios oídos, como si estuviera golpeándome contra la camiseta. Saco el móvil para llamarla, pero me doy cuenta al instante de que soy el gilipollas que tiró el suyo al lago. En su momento, me pareció una buena idea para su salud mental. Sin embargo, no tuve en cuenta la mía.

Vuelvo al aparcamiento, giro en círculo y me paso los dedos por el pelo, tirándome de las puntas.

—Joder —murmuro entre dientes.

Esto me recuerda a aquella vez en que Emmy se perdió en el supermercado y no parábamos de cruzarnos en los pasillos sin vernos. Solo que esta zona es enorme y hay gente por todas partes. El ruido de las atracciones y los gritos de alegría de los niños flotan en el aire. La llamo varias veces por su nombre, pero con cuidado de no montar ningún número.

Le dije que no se preocupara por la prensa, pero, como vea un solo titular más tratándola de tonta, me cojo un vuelo a Los Ángeles y me lío a hostias con quien sea.

No sería la primera vez.

—Joder —repito. Escaneo el lugar una y otra vez, intentando pensar a dónde coño ha podido ir.

«A casa».

Al principio casi descarto la idea porque no creo que le tenga tanto cariño a mi hogar, pero es el único sitio que se me ocurre. Así que decido ir allí.

La inquietud no desaparece cuando me subo a la camioneta; al contrario, empeora mientras conduzco por la carretera secundaria

hacia mi casa. Es un trayecto corto, pero se me hace eterno. Si no está allí, no sé qué voy a hacer.

Probablemente poner todo el pueblo patas arriba.

Paso junto al cartel con el unicornio de Emmy pegado debajo y entro en la propiedad a toda velocidad. Si pillara a alguien conduciendo así por mis tierras, me pondría hecho una furia.

Me siento cada vez más inquieto mientras tomo la última curva por el lateral de la casa.

Y entonces la veo.

Sentada en el viejo columpio del árbol. Balanceándose.

Ahora mismo hay algo infantil en su aspecto; aferrada a las cuerdas gastadas, con el vestido de verano cayéndole sobre las piernas estiradas, la cara alzada hacia el sol y mechones de pelo ondeando tras ella.

Me ignora. Aunque tendría que estar sorda para no haberme oído llegar con el estruendo que he armado.

Abro la puerta de golpe y me bajo de la camioneta; las botas crujen sobre la grava.

Sigue sin prestarme atención.

Mantengo la calma, pero me tiembla la voz cuando le grito desde donde estoy:

—Llevas veinticuatro horas ignorándome. Luego te gastas diez mil pavos en mí, ¿y vas a seguir haciendo como si no existiera?

—No quiero mi cita ahora mismo. —Vuelve a balancearse.

—Skylar, me he pasado la última media hora buscándote como un loco por todas partes. Te juro que como no te gires y me mires...

Salta del columpio y se vuelve hacia mí, echando chispas por los ojos.

—¿Qué? —Su voz resuena entre los pinos altos que nos rodean—. ¿Qué vas a hacer si no te hago caso?

Trago saliva; prefiero su enfado a su indiferencia.

—¡Estoy hasta aquí —grita, cortando el aire con la mano sobre su cabeza— de que la gente me exija atención! Y no te estoy ignorando. Me he ido a dar un puto paseo.

«¡Dios bendito! ¿Ha vuelto andando hasta aquí?».

—Estoy intentando mantener la calma para no hacer el ridículo. Otra vez —añade en voz más baja.

Noto el calor del motor de la camioneta en la espalda y me entran unas ganas enormes de acercarme a ella, pero me quedo quieto. Me preocupa demasiado espantarla. Asustarla. Me acuerdo de lo que me ha dicho Doris sobre que siempre parece estar a punto de salir corriendo.

—Nunca has hecho el ridículo. Ni una sola vez.

Suelta un bufido que atraviesa el aire cálido del verano que hay entre nosotros.

—Ah, ¿sí? Veamos... Me quedo bloqueada delante de las cámaras. Intento acariciar osos salvajes...

—Estás exagerando, y lo sabes.

Avanza hacia mí con paso decidido, mirándome fijamente mientras sigue enumerando todas las ocasiones en las que, según ella, ha hecho el ridículo.

—Me llevo un balonazo en la cara. Beso a un tío que me dice que solo quiere ser mi amigo. Me vuelvo a besar con ese tío y soy yo la que le dice que es mejor que seamos amigos. Y luego... tengo un ataque de celos y lo compro en una subasta de hombres de un pueblo pequeño. Y ahora estoy aquí sentada, intentando convencerme de que lo he hecho por una buena causa.

Apenas nos separan treinta centímetros de hierba. Está lo bastante cerca como para olerla. Su piel. Su crema: coco y piña. El maquillaje impecable y esos putos labios rojos.

Me muerdo la lengua y ladeo la cabeza para observarla mientras se pasa las manos por el pelo y aparta la mirada, como si le repateara lo que acaba de decir.

Ni siquiera se da cuenta de todo lo que ha cambiado desde aquella primera noche.

—En primer lugar —suelto entre dientes, apretando los puños para no abalanzarme sobre ella—, deberías estar tremendamente orgullosa de ti misma. Eres fuerte y capaz, y durante estas últimas

semanas no has hecho otra cosa que demostrártelo a ti misma y a todos los que te rodean.

Se queda inmóvil; abre los ojos y deja caer los brazos a los costados.

—Segundo, te voy a comprar un móvil porque casi me da algo al no saber dónde estabas.

Se sonroja y me mira con un brillo de arrepentimiento en los ojos.

—Y tercero, el único ridículo que has hecho es seguir llamándonos «amigos». —Escupo la palabra—. Cada vez que oigo ese término, me entran ganas de romper algo.

—Ah, genial. Muchas gracias.

Pone los ojos en blanco y estallo.

Doy un paso hacia ella y la agarro de la barbilla. Me mira con un par de narices, desafiándome, pero yo no me quedo atrás.

—¿Es que no lo entiendes, Skylar? ¿Qué más tengo que hacer? Te he metido en mi casa, con mi familia. Me he quitado de encima cualquier otra historia sin pensármelo dos veces. Paso cada minuto que estoy despierto contigo. Me masturbo todas las noches pensando en ti. ¿Ves a alguna otra «amiga» por aquí? —Me giro, mirando alrededor de forma exagerada—. Porque yo no.

—No tiene gracia.

Noto cómo traga saliva contra mi palma y, cuando intenta apartarse, deslizo la mano hasta su nuca, obligándola a quedarse. A mirarme. A escucharme.

—Perfecto, porque no estoy intentando ser gracioso.

La rodeo con el brazo derecho, la levanto y me giro para sentarla sobre el capó de la camioneta. Luego me coloco entre sus rodillas, con el vestido arrugado entre ellas, y meto las manos por debajo de la tela.

—Paso de seguir fingiendo que me basta con ser tu amigo.

Le agarro los muslos.

—Ahora abre las piernas.

—West...

Termina mi nombre con un jadeo cuando subo las palmas, pero obedece. Y yo sigo explorando hasta llegar a la ropa interior de encaje ceñida a sus caderas.

—Las quiero fuera. —Le engancho las bragas con los dedos y tiro de ellas con fuerza, arrastrando la delicada tela por sus muslos temblorosos. Cuando veo cómo el encaje color carne se tensa entre sus rodillas abiertas, se me pone dura como una roca—. Me estorban. —Tiro de nuevo y la tela se rasga.

—¡Oye, que me costaron un riñón! —sisea. Me clava las uñas en el hombro, mirándome con rabia, mientras tiro los trozos de tela al suelo, a mis pies.

La acerco hasta el borde del capó y apoyo la palma en su esternón para empujarla hacia atrás, hasta que queda apoyada sobre los codos.

Por muy enfadada que esté, su cuerpo no ha mostrado ni una sola señal de resistencia.

—Pues deja de gastarte dinero en ellas, cara bonita. Solo sirven para interponerse en mi camino.

Suelta un gruñido bajo, frustrado, pero se queda ahí, abierta ante mí. Me inclino y le desato los tirantes del vestido, que le caen por los brazos. Doy otro tirón en el escote y le dejo las tetas al aire, bajo el sol.

«Joder, son perfectas».

Entreabre los labios y se le eriza la piel mientras recorro con la mirada su pecho agitado.

—Esa boca, Skylar... No te imaginas la de cosas que quiero hacerle.

—Pues hazlas. —Se pasa la punta de la lengua por el labio inferior y suelto un gruñido. Como siga así voy a reventar los pantalones—. Eres el único que nunca me ha tratado como si fuera de porcelana. No empieces ahora. Hazlo. Hazlo.

Le cubro las tetas con las manos, observando embelesado cómo cierra los ojos y arquea la espalda buscando mi contacto. Bajo las manos poco a poco, explorando cada curva.

Caderas.

Muslos.

Llego hasta las rodillas, donde trazo un círculo lento con la punta del índice. Ella se estremece, buscándome con la pelvis. Y eso me pone a mil.

—¿Qué me estás pidiendo, Skylar?

Alzo la vista hacia ella: labios húmedos, ojos vidriosos, unas tetas que son una puta maravilla. Aprieta la mandíbula y me doy cuenta de que sigue enfadada.

Enfadada y muy cachonda.

—Quiero...

Vuelvo a subir las manos, despacio.

—Venga, preciosa, ¿qué quieres? Dímelo.

—Quiero que me folles —responde en voz baja y suave.

Sonrío de medio lado.

—Ya lo sé. Se nota. Casi me lo estás suplicando.

Recupera la voz y me corrige de inmediato.

—No. Te estoy exigiendo que me folles.

Ladeo la cabeza sin dejar de mirarla a los ojos y le abro más los muslos. Tiene el vestido hecho un revoltijo en la cintura. Con un simple vistazo descubro todo lo que la oscuridad me ocultó la otra noche.

—Estás empapada, Sky. ¿Todo esto es por mí?

Suelta un suspiro y aparta la mirada.

Le doy un suave pellizco en el clítoris, que le arranca un jadeo y una mirada furiosa.

—Mírame cuando te toque.

—Entonces empieza a tocarme, West. Estás mirando demasiado...

Me muerdo el labio inferior mientras le rozo el clítoris con el pulgar. Una vez. Dos. Tres. Ese movimiento la hace callar. Se retuerce y se arquea hacia mí.

—No me metas prisa —murmuro, viendo cómo mi dedo índice desaparece en su interior. Noto cómo se aprieta en torno a mí—. Estoy disfrutando de las vistas.

—Joder, West.

Añado un segundo dedo en el siguiente movimiento y giro la mano, entrando en ella con facilidad. Gime cuando la lleno, despacio, sin prisa.

—Buena chica. Empápame la mano. Me encanta —digo entre dientes. Le alzo una pierna y me coloco la rodilla sobre el hombro mientras sigo disfrutando de su coño—. ¿Cuántos orgasmos quieres hoy? Venga, dímelos.

Clava los ojos en los míos, meciéndose suavemente contra el capó de la camioneta.

—A veces tardo. O sea, que me puede costar un poco. Así que no te preocupes si no...

—Oh, sí, joder. —Sonrío y le froto el clítoris con el pulgar—. Me encantan los retos.

Luego bajo la cabeza entre sus piernas y me pongo manos a la obra para regalarle el orgasmo número uno.

VEINTISIETE

Skylar

West hunde la cara entre mis muslos y me deshago por completo. Le agarro del pelo y le rodeo los hombros con las piernas.

Me quedo en blanco y siento como si se me derritieran los huesos.

De repente, él lo es todo y está en todas partes, y yo no soy más que gemidos ansiosos y jadeos desesperados, perdida por completo bajo su tacto.

—Dios mío... —Me pego más a él y lo atraigo hacia mí con fuerza, intentando atraparlo entre mis piernas sin el menor remordimiento.

Me folla el coño con dos dedos. Con fuerza, sin piedad.

Y esa lengua. Esa puta boca es firme y tierna a la vez. Ávida pero constante.

—West... West —pronuncio su nombre entre jadeos.

Lo repito una y otra vez como una plegaria, como si estuviera adorándolo en un altar.

Es alucinante, abrumador.

Lo ha sido desde el primer día. Pero esto...

—Esto no se parece a nada de lo que haya...

—Porque solo has follado con niñatos guaperas que no tenían ni puta idea de lo que hacían, cara bonita —murmura, dándome un mordisco en la cara interna del muslo.

Intento no morirme de la vergüenza al darme cuenta de que he soltado en voz alta lo que estaba pensando. Lo disimulo obligándolo a volver entre mis piernas; me abro más y separo las rodillas todo lo que puedo sobre el capó caliente de la camioneta.

—Mírate. —Se lame los labios y me recorre el cuerpo con una mirada tan lánguida que casi siento que la piel me arde a su paso—.

Joder..., estás deliciosa.

Estoy a punto de sufrir una combustión espontánea.

Es salvaje, público y tremendamente excitante. Aquí estamos, a la vista de cualquiera. A la parte más vengativa de mí le encantaría que Bree apareciera ahora mismo y viera con sus propios ojos lo mucho que West me desea. Tanto que ni siquiera ha podido esperar a entrar en casa antes de empezar a devorarme.

Ese ramalazo de celos hace que me frote contra su mano. Él responde al instante y me pasa el pulgar por el clítoris.

—Más —le pido.

Enarca una ceja antes de bajar la vista entre mis piernas. La forma en que me mira, como si estuviera memorizando cada detalle, hace que quiera esconderme y, al mismo tiempo, suplicarle que no pare.

—¿Más del mejor coño que he probado en mi vida? —Vuelve a rozarme el clítoris—. Qué delicia, Skylar. Creo que voy a tenerte así toda la semana.

—¿Sobre tu camioneta? —bromeo.

—No, bocarriba y con las piernas bien abiertas para mí.

—Dios —siseo.

Baja la cabeza y siento su risa ronca contra mi sexo.

—Y gritando mi nombre mientras te corres.

Acto seguido, me succiona el clítoris y curva los dedos en mi interior. Lo que normalmente tardaba en llegar me golpea de pronto en un ardiente fogonazo que me recorre entera. Siento el inconfundible calor subiéndome por todo el cuerpo, el hormigueo de la presión acumulándose tras los huesos de la cadera. Y, después..., el estallido. Me rompo por dentro, reventando en mil pedazos mientras grito su nombre.

Cada músculo. Cada terminación nerviosa. Cada muro frágil que protegía mi corazón.

Weston lo arrasa todo con un orgasmo brutal.

Después, sus caricias se vuelven más suaves. Me besa el interior de los muslos y esparce mi humedad con los dedos por todo el coño,

como un artista dando las últimas pinceladas a su obra maestra.

Con la mente a mil por hora y todavía recuperándome del clímax, me baja de la camioneta y me besa. Noto mi sabor en sus labios y en su lengua cuando me la mete en la boca. Me sostiene la nuca con una mano mientras me besa.

Con ternura, aunque no demasiada.

Pero ahora mismo no quiero ternura.

Y él debe de saberlo también, porque cierra el puño, me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás.

—¿Cuántos llevamos? Quiero oírtelo decir.

Sonrío con suficiencia.

—Solo uno.

—¿Solo? ¿Crees que he acabado contigo? —Esboza una sonrisa depredadora llena de promesas—. Date la vuelta y pon las manos sobre el capó.

—Pensaba que querías hacerle muchas cosas a mi boca, fantasma. —Obedezco y apoyo las manos sobre la pintura plateada del capó mientras me desabrocha el vestido y me lo sube hasta dejarme el culo al aire. Miro el rastro que ha dejado mi propia humedad. Mete una de sus botas entre mis zapatillas y me abre las piernas de un empujón, soltando una carcajada ronca.

Mi cuerpo responde al instante y yo me dejo llevar con una desesperación casi palpable.

—Si tanto te urge usar la boca, puedes limpiar el desastre que has dejado en mi camioneta mientras te follo.

Me ruborizo y me muerdo el labio para reprimir el gemido que me nace en la garganta.

La brisa suave me eriza la piel desnuda y la anticipación me sacude por dentro. Nadie me ha hecho sentir así nunca: tan sucia y poderosa a la vez. Es un subidón de la hostia.

No creo que llegue a superarlo nunca.

A mi espalda, oigo cómo rasga el envoltorio de un preservativo y siento un escalofrío bajándome por la columna. Es como si empezara una cuenta atrás; sé que, en cuestión de segundos, va a...

Apoyo la frente en el capó cuando desliza el glande grueso por mi sexo empapado. Miro hacia abajo y hacia atrás y lo único que veo es la mano grande y áspera de West (tatuajes incluidos) apretándome la cadera, y sus botas con los vaqueros bajados entre mis pies.

Estoy completamente a su merced... Y eso me pone muchísimo.

—¿Duro o suave?

Jadeo y me humedezco los labios. Nerviosa. Hambrienta. Expectante. Me cuesta decidir. Con él lo quiero todo.

—Duro... —Apenas termino de decirlo antes de que se hunda en mí con un gemido grave.

—Joooder —jadea con voz ronca mientras intento adaptarme a su tamaño. Su grosor me llena por completo.

Nos quedamos quietos un instante, los dos sin aliento, sintiéndonos. Me dibuja círculos con el pulgar en la parte baja de la espalda. Es un gesto duro y reconfortante al mismo tiempo.

Siempre atento, anticipándose a mis necesidades y cuidando de mí. Y sin agobiarme.

En el pecho me bullen sentimientos desconocidos que me calientan por dentro y me revuelven el estómago a la vez.

Entonces se retira. Curvo los dedos en el capó de la camioneta y él me agarra una nalga con la mano. Sé que me está mirando. Que nos está mirando. Siempre noto sus ojos clavados en mí, y ahora no es diferente.

Suelto un gemido y vuelvo a apoyar la frente en el metal caliente. Tengo el cuerpo en llamas. Quiero decirle lo bien que me siento, pero lo único que escapa de mis labios es otro gemido desesperado cuando vuelve a hundirse en mi coño sensible.

—Lo sé, cariño, lo sé —murmura, acariciándose el pelo mientras entra y sale despacio. Al principio es suave, pero enseguida me da un tirón firme del pelo y me obliga a girar la cabeza para que nuestras miradas se encuentren—. ¿Quién va a jugar con tu clítoris? ¿Tú o yo?

Dios. Ya solo con la pregunta me ruborizo de la cabeza a los pies. No soy ninguna mojigata, pero las cosas que suelta este hombre por

la boca son...

—Has tardado demasiado, Skylar. —Baja la mano por detrás de mi rodilla y me levanta la pierna, colocándose el pie sobre el parachoques delantero. Luego desliza el brazo por la parte interna de mi muslo hasta encontrar mi clítoris mientras me embiste.

Ve la duda en sus ojos. Me está preguntando sin decir nada si esto está bien, si me está gustando. Desde el primer día hemos conectado en un plano que va más allá de las palabras. Siempre me lo ha dicho todo con la mirada.

—West..., sí.

Tensa la mandíbula. Tiene la frente perlada de sudor, pero no deja de mirarme ni un segundo.

Me folla como si fuera suya. Su sueño. Su obsesión.

Me folla como si fuera mi mayor fan, y por fin entiendo a qué se refería.

Y no tiene nada que ver con la fama ni con la música.

Los envites se vuelven más fuertes y se me resbalan las manos sobre la pintura plateada mientras intento mantener el equilibrio.

—Lo estás haciendo muy bien, Sky. —Mueve el dedo en círculos constantes y firmes, sin dejar de penetrarme hasta el fondo. Sé que lo voy a notar durante días—. Mírame. Fíjate cómo gotea ese coño tan dulce. Te encanta lo que te estoy haciendo, ¿verdad?

«Joder». Me muerdo el labio inferior y asiento con entusiasmo.

—Sí. Sí. —Las palabras me salen entre jadeos porque empieza a empujar más fuerte y el cuerpo me tiembla con cada embestida—. Me vuelve loca, joder.

Sonríe de medio lado.

Sí, me sonrío mientras me folla. Con confianza, seguro de sí mismo y satisfecho. Y eso es lo que acaba conmigo. La fricción de su polla contra mis paredes se convierte en una tortura sensual. Siento el peso de su cuerpo a mi espalda, como un muro protector, y el movimiento de sus dedos sobre mi clítoris..., mi perdición.

—West, voy a... Joder, West...

Un espasmo me sacude cuando el orgasmo me arrolla como un tren. Me dejo caer sobre la camioneta para no desplomarme en el suelo. Apoyo el pecho contra el capó y hasta esa presión tibia me parece deliciosa. Arqueo la espalda y echo las caderas hacia atrás, ansiosa por sentirlo aún más profundo. Me aferro a la carrocería con tanta fuerza que estoy segura de que dejo marcas en la pintura. Antes de que cierre los ojos, todo se vuelve blanco y borroso.

West vuelve a acariciarme el clítoris, ya hipersensible, y me tiembla todo el cuerpo.

Le oigo murmurar: «Estás preciosa, joder» mientras retira la mano y me levanta la pierna aún más, abriéndome para buscar un mejor ángulo.

No me resisto. Me empapo de la sensación de su cuerpo dentro del mío. De la cercanía. Del cariño que hay en cada caricia, en cada embestida, por muy dura que sea.

Noto sus muslos chocando con mi culo desnudo mientras me toma, rápido, frenético, implacable. Y todo me sabe a gloria: sus manos, los sonidos que hace...

Puede que sea yo la que está inclinada y doblada, pero sé que es él quien está de rodillas ante mí. Haberlo llevado hasta este punto, hacer que sienta este placer, me produce una satisfacción que nunca había experimentado.

—Madre mía, Sky. Ni te imaginas lo bien que se nos ve juntos.

Me tenso y vuelvo a gemir cuando sus embestidas se vuelven lentas pero exigentes. Primarias. Se pone rígido en mi interior y me agarra de las caderas con tanta fuerza que sé que me dejará marca. Entonces llega al límite y se corre.

Siento el palpar de su polla al mismo ritmo que sus dedos apretándome la piel. Me gustaría no tener ninguna barrera entre nosotros. Poder sentirlo de verdad. Notar su semen resbalándose por el muslo, mezclado con mi propio fluido. Nunca lo he probado, pero lo quiero con él.

De repente, me doy cuenta de que quiero mucho más con él.

Siento otro escalofrío por la espalda al notar su cuerpo duro y caliente derrumbándose sobre mí bajo el cielo azul. Es como un escudo, un refugio, igual que el primer día que nos conocimos.

Ambos respiramos con dificultad y no decimos nada mientras recuperamos el aliento. Me masajea el muslo de la pierna que tenía levantada y que ahora ha vuelto a colocar en vertical, como si supiera que esa postura me ha dejado dolorida.

Luego frota la nariz contra mi cuello sudoroso y me deja un sendero de besos suaves por la espalda. El roce de su barba me pone la piel de gallina, incluso después de haber tenido el sexo más increíble de mi vida.

—¿Cuántos van, Skylar?

—Dos —susurro, con un deje divertido en la voz—. Nunca había tenido dos seguidos.

—Eres perfecta, joder, ¿lo sabes? —Sus palabras se deslizan sobre la piel húmeda y me arrancan una sonrisa—. El mejor sexo de mi vida.

—Bueno, yo solo he estado aquí tumbada. Tú has hecho todo el trabajo.

Su risa grave y cálida vibra contra mi espalda.

—No pasa nada. Para el tercero te tocará ponerte encima. Quiero chuparte esas tetas perfectas mientras me cabalgas.

Para mi sorpresa, mi cuerpo reacciona con entusiasmo ante la idea.

—¡Vale! —exclamo con una alegría que me delata.

—Y, ahora, ¿quién es el mayor fan de quién? —Me da un mordisquito en el lóbulo de la oreja y suelto una risita nerviosa antes de ponerme roja. Aunque por dentro me echo la bronca por haberme pillado por él tan pronto.

El aire se cuela entre nosotros cuando se aparta y, en cuanto sale de mí, me invade una sensación de vacío. Como si lo necesitara de nuevo en mi interior.

Me giro para ver cómo se quita el preservativo. Me pilla mirándolo y, con una sonrisa de suficiencia, lo coge y lo tira sobre mis bragas

rotas.

El semen se derrama sobre la tela y yo me quedo boquiabierta.

—Qué grosero.

West se ríe mientras se abrocha los vaqueros.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿por qué miras tu ropa interior como si le tuvieras envidia?

Me encojo de hombros e intento contener la sonrisa, pero fracaso.

—Quizá la tenga.

—Joder, Sky. —Se le van los ojos a mis pechos, aún desnudos—. No deberías darme ideas.

Trato de atarme los tirantes del vestido, pero no hay manera con lo que me tiemblan las manos después del orgasmo.

—Ni te molestes —gruñe, apartándome la mano con suavidad—. La próxima vez voy a correrme sobre esas tetas.

Entonces me coge en brazos, levantándome con una facilidad pasmosa, y suelto un chillido cuando dejo de tocar el suelo. Luego avanza a grandes zancadas hasta la puerta de entrada como un cavernícola ansioso. Se lo digo y me río mientras cruza el umbral de su casa.

Se detiene solo para besarme. A conciencia. Con la boca firme contra la mía. Como si estuviéramos sellando lo que sea que tengamos con una promesa.

Y me doy cuenta de que jamás me he sentido tan querida.

VEINTIOCHO

West

—¿Cuántos van, Skylar? —le pregunto al oído mientras recupero el aliento. Nunca me había sentido tan satisfecho y agotado a la vez.

Murmura algo ininteligible, cubriéndose la cara con el brazo, pero da igual; los dos sabemos que ya van cinco.

Está desnuda, abierta de piernas sobre la encimera de mi cocina como si fuera un puto bufé. Y no me he dejado ni un centímetro sin explorar.

—Por favor, dame algo de comer. Como me hagas correrme otra vez, me muero —jadea, con el pecho subiendo y bajando a toda prisa. Tiene las tetas llenas de chupetones, el coño empapado e hinchado y le tiemblan las piernas contra la encimera. Si ahora mismo no la viera tan condenadamente bien, me sentiría hasta mal.

Nos hemos llevado al límite el uno al otro y ninguno de los dos lo lamenta.

—¿Quieres que te dé de comer esto? —Me cojo la polla, que se me ha puesto dura otra vez de ver lo bien follada que está, y la deslizo despacio por su sensible hendidura.

Al principio se ríe, pero se estremece en cuanto nota mi piel desnuda contra la suya.

—Dios..., lo que daría por follarte sin condón. Correrme dentro de ese coño tan apretado y ver cómo gotea mi semen.

Tiembla con otra risa mientras vuelvo a frotarme contra ella, gimiendo y torturándome al mismo tiempo.

—Hablas demasiado, Weston Belmont.

—Claro, doña «me cuesta un poco», que lleva dos horas corriéndose en mi polla.

—Deberías hacerlo.

Me quedo inmóvil.

—¿Perdona?

Me mira a través de los dedos.

—Creo que me gustaría. Nunca lo he hecho sin condón. Tendría que volver a tomar la píldora.

—Joder, Sky... —Bajo la vista. Sería tan sencillo entrar—. No me tientes.

Abre más las piernas y me rodea la cintura con ellas, con una sonrisa que lo dice todo.

—Tranquila, fan exaltada. —Le meto dos dedos y la hago estremecerse—. Quiero hacer las cosas bien contigo. Siempre tengo cuidado, pero déjame ir al médico esta semana. Tú vuelve a tomar la píldora y luego lo hablamos.

Afloja las piernas y suelta un suspiro. Sabe que tengo razón, aunque masculla:

—Aguafiestas.

Saco los dedos y le doy un beso rápido en el clítoris; me atrapa la cabeza con las rodillas de inmediato.

—Venga, uno más —suplica, reteniéndome.

—Ni de coña. —Le sujeto las rodillas y me zafo de su agarre antes de ir por mis bóxers—. Acabas de decirme que si te corrías otra vez, te morías. —Rodeo la isla ya medio vestido y voy hacia la nevera—. Y no quiero que te mueras con el estómago vacío.

Oigo cómo se ríe.

—Morir por culpa de una polla. Menuda forma de palmarla.

Sonrío mientras saco mantequilla y un bloque de *cheddar*.

—¿Te apetece un sándwich de queso a la plancha?

—Joder, sí.

Se baja de la encimera y se marcha un momento de la cocina mientras me pongo a cortar queso y a montar los sándwiches. Cuando vuelve, lleva puesta mi camiseta.

Mi camiseta con su cara.

Se acerca con una sonrisa burlona, el pelo revuelto, y me mira con suavidad. Se desliza por el suelo con esa forma de moverse tan

elegante que casi parece que flota y, no sé por qué, pero hay algo en ese gesto, en cómo se mueve, que me resulta íntimamente familiar.

Descalza, con mi camiseta enorme, la luz del sol entrando por las ventanas en plena tarde. Solo nosotros dos.

Me abraza por detrás y apoya la cabeza en mi espalda.

Estamos metidos en una burbuja de felicidad de la que no quiero salir nunca.

No me suelta hasta que pongo los sándwiches en la sartén. Mentiría como un bellaco si dijera que no me apetece que vuelva a pegarse a mí.

En lugar de eso, apoya un hombro en la nevera y mira cómo preparo el plato más sencillo del mundo como si fuera un chef con estrella Michelin.

—No pongas esa cara de alucinada, Sky. Esto no es *foie gras*.

Sonríe.

—Es incluso mejor. Creo que nadie me ha preparado nunca un sándwich de queso a la plancha.

La miro de reojo. Tiene la vista fija en la sartén. Es mi plato de emergencia; el que les hago a los niños cuando voy con prisas: le añado unas rodajas de pepino y ya tenemos una comida equilibrada.

—¿Ni cuando eras pequeña?

Se encoge de hombros.

—Teníamos chef. Mi madre siempre estaba intentando hacer alguna dieta, y ninguna incluía mantequilla ni queso fundido. Yo comía lo mismo que ellos.

—Eso debería estar penado. Hay mil formas de hacer un sándwich de queso a la plancha: con distintos quesos, pepinillos, cebolla, carne... Las opciones son infinitas.

—Genial. Entonces puedes pasarte todo el fin de semana follándome y haciéndome sándwiches de queso.

Esta vez soy yo el que sonríe.

—Pues qué quieres que te diga, cara bonita, me parece un plan cojonudo.

Acabamos cenando sentados en el suelo de la cocina, uno frente al otro, porque estamos tan agotados que no tenemos fuerzas ni para llegar a la mesa: yo apoyado en el horno y ella en la isla, con los pies entrelazados mientras nos comemos los sándwiches de queso con rodajas de pepino.

No sé por qué, pero así me parece mejor. Más íntimo. Las encimeras nos rodean como unas murallas y es como si estuviéramos escondidos en nuestro refugio particular.

—Háblame de los tatuajes —me pide, señalándome la mano—. No tienes más, ahora puedo confirmarlo —añade con un guiño travieso.

Niego con la cabeza, divertido, y giro la mano para observar los símbolos que tengo en los nudillos.

—Una calavera de vaca en el pulgar porque el tiempo que pasé trabajando en un rancho después del instituto me devolvió al buen camino. Es difícil meterse en líos cuando estás tan cansado que apenas puedes arrastrar el culo hasta la cama por la noche. Aprendí mucho, pero era como estar en un campamento militar. —Sonríó al recordarlo—. Un pino en el dedo índice porque el segundo nombre de Ollie es Forest, como 'bosque'. Una flor de lis en el dedo corazón porque el segundo nombre de Emmy es Lily, que significa 'lirio'... y porque a ese dedo le pega.

Nos reímos, aunque siento esa punzada habitual en el pecho al recordar que no voy a ver a los niños hasta la semana que viene. Bajo la vista y me acaricio el anular, el único en el que no llevo ningún tatuaje.

—Este lo dejé en blanco, por razones obvias. —La miro. Está asintiendo mientras mastica, pensativa—. Y un sol en el meñique porque, bueno..., supongo que soy optimista por naturaleza. Siempre intento ver el lado bueno de las cosas.

—Eso es algo que me encanta de ti —me dice, mirándome directamente a los ojos.

Trago saliva.

—Debe de ser contagioso —continúa—. Haces que crea que todo va a salir bien.

—Y saldrá. Ya lo verás.

Se pone seria de repente.

—¿También lo nuestro?

«Lo nuestro». Ninguno de los dos sabe qué es esto, pero sí tenemos claro que no es algo de lo que puedas alejarte sin más. Es... Con ella es diferente.

—Sobre todo lo nuestro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Me encojo de hombros.

—No lo estoy, es una corazonada. Pero con eso me basta.

Sonríe, aunque le tiembla un poco el gesto. Nos quedamos un instante en silencio, aunque ella no aparta la mirada.

—Oye, Sky...

—¿Sí?

—¿Me dejas que te trate como si fueras de porcelana? Solo un rato.

Parpadea y mira el plato que tiene apoyado sobre las piernas y luego nuestros pies entrelazados.

—Sí, me encantaría.

Dejo los platos en la encimera y le tiendo la mano. Me deja guiarla por la casa mientras la luz se vuelve más tenue al caer la tarde. Cuando llegamos a la ducha acristalada del baño de mi dormitorio, me vuelvo hacia ella y le aparto un mechón de pelo, uno de esos que tiran a rubio que le caen por la cara.

Piel dorada, cabello color bronce; todo en ella parece resplandecer. Quiero recordar esto. Este día. Este instante. Este rayo de luz que lo ilumina todo.

La atraigo hacia mí y le doy un beso en la frente. Luego entro en la ducha y ajusto la temperatura antes de volver con ella. Tiene la mirada baja y parece nerviosa.

Le apoyo la mano en la nuca.

—¿Estás bien?

Se ríe.

—¿Te parece raro que esto me resulte mucho más íntimo que el sexo?

—No —respondo sin más. Le saco mi camiseta por la cabeza y la tiro al suelo. Mientras me quito los bóxers, me mira con una mezcla de vulnerabilidad y curiosidad—. Vamos. A la ducha.

Se le iluminan los ojos.

—¿Más sexo?

Abro la boca, sorprendido.

—Menuda viciosilla estás hecha. Veo que tienes un *miembro* de tu club de fans favorito. —Le guiño un ojo y ella estalla en carcajadas.

—Es el peor chiste que he oído en mi vida.

Me inclino y le doy una palmada juguetona en el culo.

—Mete ese pedazo de culo en la ducha, cara bonita.

En cuanto el agua caliente nos cae encima, por supuesto que pienso en volver a follarla, pero me contengo. Porque tengo la sensación de que lo que necesita ahora mismo es otra cosa.

Cierro la mampara y el vapor lo inunda todo. La abrazo y dejamos que el agua nos empape mientras disfrutamos de la cercanía del otro durante unos instantes.

Luego cojo el jabón y empiezo a lavarla. Los brazos. Los pechos («Joder... Qué tetas»). El vientre...

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con el ceño fruncido.

—Enjabonarte.

Ladea la cabeza.

—¿Nunca te has duchado con alguien?

—Sí, pero no así, para lavarnos el uno al otro. —De pronto, me la imagino haciendo esto con otro tío, y no me gusta nada—. Normalmente, vamos directos al sex...

—¿Sabes qué? —la interrumpo—. Olvida que he preguntado. Prefiero no saberlo.

Le enjabono la espalda. El culo.

—¿Estás celoso, Weston? —Tiene un brillo travieso en la mirada.

Me río.

—Si tuviera diez mil pavos para gastármelos en joder a tus ex, lo haría encantado.

—Pero ellos no pujarían.

Lo dice con tanta naturalidad que me revienta. Me revienta por ella.

—Yo pujaría por ti siempre. —Me agacho para besarle el vientre antes de seguir lavándole las piernas y los tobillos. Cuando le rozo el coño con la mano, da un respingo—. ¿Te duele? —pregunto, incorporándome.

—Pues claro. Llevas un par de horas dándome caña con esa pedazo de verga que tienes entre las piernas.

—«Pedazo de verga» —reflexiono mientras me enjabono—. Qué lírico. Deberías componer alguna canción con eso.

—Sí, sí. Ya puedes dar tu vuelta de la victoria.

—Lo siento. ¿Prefieres que saque una guitarra acústica y te cante una serenata? ¿O que me ponga a llorar por lo bonito que ha sido lo que hemos compartido en el capó de la camioneta?

Ahora se parte de risa.

—Pues no te lo pierdas, que he salido con tíos que me han hecho las dos cosas.

Cojo el champú, negando con la cabeza con una sonrisa, y me lo echo en la mano. El olor a menta y romero inunda la ducha.

—Esos capullos deberían haberte lavado el pelo y tratado como a una reina en vez de ponerse a llorar con el instrumento de turno.

—Muevo el dedo en círculos—. Ahora, date la vuelta.

Parpadea un par de veces, como si no pudiera procesar que la cuiden así.

—¿Sabes que el primer día que te vi lavando a la yegua sentí celos de ella?

Suelto una carcajada. «Esta mujer es única».

—Pues hoy es tu día de suerte. Te ha tocado el tratamiento completo.

Veo cómo le asoma una sonrisa mientras se da la vuelta. Me deja que le lave el pelo y que le ponga acondicionador. Luego nos

quedamos en la ducha, en un silencio cómodo hasta que el agua sale fría. Cuando salimos, la embadurno de crema, la llevo a mi cama de matrimonio gigante y veo cómo se queda frita en cuestión de minutos.

La observo dormir durante no sé cuánto tiempo. Pienso, y pienso, rayándome más de la cuenta. Me escabullo solo para hacer la ronda nocturna y luego vuelvo con ella. Ahí sigue. Desnuda. En mi cama. Me parece increíble. Demasiado bueno para ser verdad. Por eso decido que voy a disfrutarlo al máximo mientras pueda.

Meto las manos bajo las sábanas y la busco. Y ella me encuentra. Pasamos la noche desnudos, enredados el uno con el otro.

Abrazados.

No sé cómo ha podido pasar tan rápido, tan de golpe, pero Skylar se ha convertido en alguien imprescindible en mi vida. Es algo inexplicable, algo que siento a nivel celular.

Lo único que tengo claro es que ella y yo estábamos destinados a encontrarnos en aquella carretera.

VEINTINUEVE

Skylar

¡ÚLTIMAS NOTICIAS! Skylar Stone declara que Weston Belmont tiene una «pedazo de verga».



—¿Puedes abrir tú? —me grita West desde la cocina mientras bajo las escaleras, intentando hacerme una coleta medio decente por enésima vez. Entre las duchas, la cama y tanto sexo, tengo el pelo que da pena verlo.

—Voy —respondo con una sonrisa al llegar a la planta principal y quedarme mirándolo. Está en la cocina, sin camiseta, preparando lo que él llama un «sándwich de queso matutino». Me ha llevado el café a la cama, aunque ya no está caliente porque eso «llevarme el café» ha acabado convirtiéndose en «darme otro orgasmo».

Voy hacia la puerta de entrada con la taza de café templado en la mano, la camiseta de West puesta y unos pantalones cortos de pijama. La abro y me encuentro cara a cara con una mujer mayor que no conozco, pero que me mira como si supiera perfectamente quién soy.

—Ay, pero si estás aquí —dice, juntando las manos con una sonrisa—. Y hasta llevas la misma camiseta que West. Qué mona.

Apoyado en el coche detrás de ella, un hombre delgado, con el pelo ralo en la coronilla, niega con la cabeza y pone los ojos en blanco. Tiene pinta de ser alguien serio, de los que no se andan con tonterías y demuestran su cariño a su manera.

—No llevan la misma camiseta, Greta. Es la misma camiseta.

—No seas así, Andy. Es una camiseta muy bonita. Seguro que la tiene mucha gente.

—Pregúntame cómo sé que es la misma —refunfuña él mientras Greta me mira con una sonrisa de disculpa.

Y yo... quiero que me trague la tierra ahora mismo porque estoy convencida de que son los padres de West.

Abro la boca y la cierro. No sé cuántas veces intento decir algo, sin éxito.

Andy tiene razón: la situación es bastante evidente.

Al final, solo me sale un:

—Hola, soy Skylar. —Le tiendo la mano a la mujer y ella me la estrecha.

—Yo soy la madre de West, Greta —dice con una calidez genuina—. Encantada de conocerte. —Luego baja la voz hasta convertirla en un susurro teatral—. Y ese de ahí es su padre, Andy. Perdónalo por lo que ha dicho. Ladra mucho, pero no muerde. Está de mal humor porque vamos a perder el turno que teníamos reservado para jugar al *pickleball*. —Se asoma un poco para mirar por encima de mi hombro, al interior de la vivienda—. ¿Está West en casa?

—Ah, sí, claro —asiento deprisa, deseando que venga cuanto antes a sacarme del apuro—. ¡West! —lo llamo.

Él solo tarda unos segundos en aparecer y me pasa el brazo por los hombros con una confianza total, como si fuera algo que hiciéramos a diario.

—Hola, mamá. —Se inclina hacia ella y le da un beso en la mejilla—. ¿Qué tal? Veo que ya conocéis a Skylar.

—Todo bien y, sí, ya nos hemos presentado —responde ella con una sonrisa, acariciándole el brazo—. Solo queríamos pasar a verte.

—Ha venido a cotillear —interviene Andy desde detrás, mirando a su mujer con el ceño fruncido.

—Eso no es verdad. —Se gira hacia él—. Ayer, después de la feria, la gente no dejaba de hablar y solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Mujer, nos hemos encontrado unas bragas y un preservativo en el camino. Los dos sabíamos que estaba perfectamente. Vámonos ya, que no te he conseguido ese carné falso para nada.

Me quedo paralizada y me pregunto si la tierra puede tragarme dos veces.

West, por su parte...

Se echa a reír.

—Los dos habéis venido a cotillear. La próxima vez, llamad primero. Tengo móvil. ¿Y qué es eso de un carné falso? Creía que yo era el único de la familia que hacía esas cosas.

—Todavía tengo tres guardados en una caja en casa, de cuando la liabas. Menudo elemento estabas hecho —se queja Andy.

—Tu padre me ha conseguido un carné falso.

West parpadea, sorprendido. Menos mal que hemos cambiado de tema y nos hemos olvidado de lo que hay tirado en el suelo.

—¿Para qué?

—Porque los mejores horarios para jugar al *pickleball* en el centro recreativo son para mayores de cincuenta y cinco años. Como yo solo tengo cincuenta y tres no podíamos jugar juntos. Así que tu padre le pagó a una turista que se parecía a mí para quedarse con el suyo.

—No me gusta pasar tiempo con otras personas, y tú no paras de decirme que tengo que hacer ejercicio —refunfuña Andy.

Aunque parezca un cascarrabias, es un detalle de lo más tierno.

Me llevo la mano a la boca para que no se note que me hace gracia. Al fin y al cabo, mis bragas rotas están a pocos metros; mejor no ir de chula.

West los mira a ambos, estupefacto.

—Pero si todo el mundo sabe quiénes sois.

—Con eso bastó para que no dieran más la lata. —Andy le tiende la mano a su mujer desde el camino de grava—. ¿Nos marchamos ya? Vamos a llegar tarde.

Ella le sonríe antes de girarse hacia nosotros y guiñarnos un ojo.

—Encantada de conocerte, Skylar. Venid a cenar un día a casa. Nos gustaría mucho.

—A mí también —respondo en voz baja, notando cómo West me acaricia el hombro con suavidad con la yema de los dedos.

Greta se da la vuelta para irse y baja trotando los escalones de la entrada. Entonces West se yergue a mi lado.

—Un momento, ¿a qué has venido en realidad?

Su madre ya se está metiendo en el coche mientras Andy le sujeta la puerta, pero levanta la vista y dice:

—Ah, sí, he venido a cotillear. Y, Weston, limpia la entrada. —Y se deja caer en el asiento.

Su marido vuelve a negar con la cabeza y cierra la puerta. Cuando arranca el coche, la madre de West se despide con un gesto entusiasta de la mano mientras que su padre sigue sacudiendo la cabeza.

West y yo los vemos alejarse por el camino, de pie, el uno junto al otro, sumidos en un silencio atónito.

—Vaya tela —suelta West, al cabo de unos segundos—. Algún día nos reiremos cuando recordemos cómo conociste a mis padres.

Se me escapa una risa nerviosa. En parte porque ha sido uno de los momentos más vergonzosos de mi vida. Y en parte porque, cuando West habla de nosotros, del futuro, con tanta seguridad, me entran unas ganas locas de saltar de alegría.

—¿Por qué tenías tres carnés falsos? —pregunto de sopetón, todavía dándole vueltas a ese detalle.

West me da un beso sonoro en la sien y sonrío de oreja a oreja.

—Me hacía uno nuevo cada vez que mi padre me los quitaba. Solo me pilló tres, pero tenía más.

—Vamos, que no exagerabas cuando me dijiste que hiciste pasar lo suyo a tus padres.

Se ríe, con esa risa cálida y profunda. Siento la vibración por todo el cuerpo y me pego más a él solo para estar más cerca. Quiero absorber cada segundo a su lado. Disfrutar al máximo de esta burbuja de felicidad en la que estamos.

—Mi madre siempre decía que tenía que darme un abrazo más por si acaso aquel era el último. Antes me lo tomaba a risa, como si fuera una tontería suya. Pero ahora que soy padre... —Se frota la barba y niega con la cabeza, sin terminar la frase. Sé perfectamente lo que está pensando.

«Por si acaso era el último».

Las palabras de su madre me llegan al alma, y lo abrazo con más fuerza, hundiendo la cara en su costado.

Él me besa el pelo y murmura:

—¿Qué tal si comemos algo y luego vamos a comprarte un móvil? Así no tendré que poner el pueblo patas arriba la próxima vez que no sepa dónde estás.

Me limito a asentir porque la sola idea de separarme de él me encoge el corazón de tal forma que no soy capaz de decir nada.



Para el miércoles, ya ni me molesto en fingir que no puedo dejar de mirar embobada a West cuando monta a caballo. Sí, tengo el cuaderno en el regazo, pero disfruto de la calma, de la sencillez de estar aquí sentada observándolo, con el sol calentándome y los pájaros sobrevolando el lugar.

Joder, si hasta me gusta cómo huelen las cuadras.

La mayoría de los días pierdo la cuenta de cuántos caballos monta. Tengo la sensación de que cambia cada vez que levanto la vista. Pero él no se mueve del picadero. Un mozo o un peón le van trayendo los animales y hasta yo me doy cuenta de que salen de la pista mucho mejor de lo que entraron.

Más tranquilos.

Más dóciles.

Más seguros de sí mismos.

Y me siento identificada con ellos. He pasado las últimas cuatro noches en la cama de West, envuelta en sus brazos, bajo sus besos,

y yo también me siento así de bien conmigo misma.

—Esta tiene carácter —grita Conor, uno de los trabajadores de West, mientras saca a una potra que nunca he visto. Avanza de lado, al acecho, con los ojos desorbitados—. Lleva de mala leche desde que ha llegado esta mañana.

West asiente y lleva al castrado castaño del que se acaba de bajar hasta la cerca para pasar las riendas por el poste. Le acaricia el hocico con su mano enorme y el animal entorna los ojos cuando le susurra:

—Buen chico.

Luego me mira y me guiña un ojo mientras me recuesto en las gradas. A esta hora, el sol da de lleno y me encanta ponerme morena de forma natural sin que luego el color se quede en las sábanas. Puede que, algún día, esto me pase factura en forma de arrugas, pero amaré cada una de ellas porque me recordarán este pequeño paréntesis de felicidad en mi vida.

West se acerca a Conor y toma las riendas de la potra. Es de un gris oscuro moteado, con un pelaje increíble que parece salpicado de plata. Él le murmura algo, ignorando cada giro y brinco, y se pone a trabajar con ella con una paciencia infinita mientras Conor se lleva al caballo que acaba de dejar en el poste.

—Skylar —me saluda con un breve asentimiento de cabeza.

—Conor. —Le devuelvo el saludo con la mano.

Es un tío serio, de los que van al grano. Trabaja duro y se va a casa con su familia. Una vez, intenté entablar una conversación con él, pero la cosa no fluyó, así que ahora me limito a saludarlo con educación.

Conor se aleja enseguida y nos quedamos solos West y yo con esa potra espectacular. No sé cuánto tiempo los observo, pero él no deja de hablarle mientras la sigue por la pista. Tensa los músculos de los brazos al sujetar las riendas y, aunque ella gira y se encabrita, él no se altera. Poco a poco, el animal empieza a mirarlo y a mover hacia él la oreja más cercana, como si lo estuviera evaluando, decidiendo si es de fiar.

Al cabo de un rato, gira la cabeza por completo hacia él y lo olfatea; parece que por fin se siente a salvo.

—Eso es, bonita —le dice con ternura, y yo me muerdo el labio inferior.

Verlo trabajar con los caballos se ha convertido en uno de mis momentos favoritos del día. Primero, porque está cañón en vaqueros y camiseta. Segundo, porque dice cosas así. Tercero, porque es increíblemente bueno en lo que hace. No sé mucho de caballos, pero no hace falta ser una experta para darse cuenta. La forma en que les habla, cómo los toca, el respeto que les tiene...

Tiene una seguridad asombrosa. Y, joder, eso es de lo más sexy.

Cruzo las piernas y lo veo guiar a la potra por la pista, describiéndole la propiedad con voz tranquila, como si fuera una persona.

—Esa de ahí es mi casa.

Señala la vivienda mientras la lleva a un rincón y deja que lo olfatee todo: el taburete, los obstáculos apilados al fondo...

Noto cómo la yegua se va relajando. Todavía está un poco alerta, pero ya confía más en West. Cuando le huele la punta desgastada de la bota, roza el cuero con los labios. Él le acaricia el cuello y el hombro en varias pasadas.

—Ya está, ¿verdad? Muy bien, pequeña. Hoy lo has hecho genial.

Se gira para sacarla del picadero y, cuando pasa a mi lado, no puedo evitar preguntarle:

—¿Ya está? ¿No la vas a montar?

West me mira un segundo y luego vuelve a mirar a la potra.

—No, aún no está lista. No confía en mí —dice con una sonrisa—. Pero lo hará. Y no tengo ninguna prisa.

Me deja allí sentada, boquiabierta. Aunque sé que se refería a la potra, no puedo evitar sentirme identificada con ella. Yo también llegué hecha un manojo de nervios. Y West me calmó. Nunca me presionó demasiado, respetó mis tiempos y siempre consiguió que me sintiera mejor conmigo misma, nunca peor.

Dios, me ha tratado con tanto cariño.

Y eso hace que me duela el pecho.
Que se me acelere el corazón.
Que con cada latido sea un poco más suyo de lo que ya era.

TREINTA

West

Estos últimos días, hacer la ronda nocturna juntos se ha convertido en parte de nuestra rutina. Nos movemos al unísono: ella tararea bajito una melodía que no conozco mientras se pone de puntillas para asomarse a cada box, y yo hago lo imposible por no seguir cada uno de sus movimientos como un hombre completamente obsesionado.

Porque lo estoy.

Aunque no tengo claro si quiero estarlo. Enamorarse de alguien que solo va a estar aquí lo que dura un suspiro es una temeridad.

Los dos lo sabemos, pero preferimos ignorarlo. Joder, si hasta le dije que todo iba a salir bien. Sin embargo, estos últimos días siento una inquietud de la que no consigo librarme. Puedo decirle lo que quiera, pero eso no cambia la realidad de nuestra situación. No puedo hacer que las cosas pasen con solo desearlas.

Estamos jugando a las casitas, sin querer ver más allá. No sé si lo que estoy haciendo es un acto de fe o si simplemente me estoy preparando para que me rompan el corazón más adelante.

Skylar grabará su álbum aquí y luego se marchará. Se irá de gira, la llevarán de un lado a otro, saldrá en la tele por las mañanas y por la noche asistirá a eventos promocionales de alto nivel.

Y yo seguiré aquí. Domando caballos y cuidando de mis hijos. Mia y yo acordamos que no nos iríamos de Rose Hill mientras los niños fueran pequeños. Queríamos que se criaran aquí, que tuvieran una vida sencilla.

Y sigo creyendo que es lo mejor. Pero saber que lo mío con Skylar no tiene futuro pesa como una losa porque al final seré yo el que vuelva a quedarse solo.

Me desespera haber encontrado a alguien que encaja conmigo a la perfección y saber que no puedo tenerla de verdad. No como me gustaría.

Sigo dándole vueltas al asunto mientras terminamos las tareas. En cuanto apago las luces y cierro las puertas correderas del establo, me coge de la mano.

Al pasar junto al picadero, me suelta y va hacia la pista de arena. En vez de quedarse junto a la valla, se cuela entre las tablas y pasa al otro lado. Los focos de arriba proyectan una luz suave y veo cómo balancea el cuerpo mientras camina hacia el centro.

—¿Adónde vas, cara bonita? —le pregunto, siguiéndola. Estoy tenso y solo quiero volver a casa, meterme en la cama con ella y perderme en su cuerpo.

—A comprobar cómo se ve todo desde aquí dentro —dice pensativa, girando despacio sobre sí misma—. Me gusta verte montar.

Apoyo los codos en el listón superior de la valla y la observo: pantalones cortos deshilachados, piernas tonificadas y una camiseta amplia que deja un hombro al descubierto.

Trago saliva al darme cuenta de que no lleva sujetador y aprieto los dientes porque no quiero hablar de trabajo. Quiero estar en casa. En la cama. Desnudo con ella.

—Pensaba que cuando estabas aquí te dedicabas a escribir canciones. —Tendría que estar ciego para no darme cuenta de cómo me come con los ojos. A veces incluso siento su mirada recorriéndome entero sin tener que darme la vuelta.

—Lo intento.

Me paso la mano por el pelo y suelto un suspiro frustrado mientras me giro hacia la casa principal.

—Venga, Sky, vámonos a...

—Pero siempre acabo devorándote con la mirada. Si supieras cómo se te marcan los brazos cuando montas...

—¿No decías que lo que más te gustaba de mí eran mis muslos? —mascullo, volviéndome hacia ella.

—Y tu polla también —murmura mientras saca un pintalabios del bolsillo. El rojo. El que se pone cuando sale. Lo mira como si no recordara qué hace ahí, se encoge de hombros y se lo aplica. La miro hipnotizado, viendo cómo sus labios ceden a la presión de cada pasada, sin apartar la vista de mí.

Verla así me está haciendo pensar en cosas que no debería.

—Vaya boquita que tienes, nena.

Lo que dice. Cómo sonrío. Esos putos labios.

—¿Qué le pasa a mi boca?

Saltan chispas entre los dos y ya se me han quitado las prisas por volver a casa.

De repente, este sitio me parece perfecto.

Me cuelo entre las tablas y me acerco a ella. Se guarda el pintalabios en el bolsillo y veo cómo se le eleva el pecho al inhalar. Skylar no es baja, pero soy lo bastante alto como para plantarme frente a ella y obligarla a echar la cabeza atrás si quiere sostenerme la mirada.

—¿Tu boca? —Inclino la cabeza y le susurro al oído con voz ronca—: Es obscena.

Se le acelera la respiración y le brillan los ojos de deseo. No se siente intimidada por mi tamaño en absoluto. La mujer vulnerable que apareció aquí hace unas semanas ha desaparecido. Se me hincha el pecho de orgullo.

Pero también me doy cuenta de que me han gustado todas sus versiones: la aterrorizada en la carretera, la que gritaba como una loca en la cabaña, la introspectiva en el lago, la celosa en la feria...

Y la que me mira ahora como si quisiera devorarme.

Alzo la mano y le paso el pulgar por los labios, estirándolos hacia un lado lo justo para correrle el pintalabios. Me pone muchísimo ver cómo se le acelera la respiración y se le oscurece la mirada.

Retiro el pulgar manchado de rojo.

—Este puto pintalabios... —murmuro—. Desde el primer día que te lo pusiste, he querido quitártelo a base de follarme esa boca.

Se le escapa un leve gemido y, cuando alzo la vista, veo cómo se humedece los labios con la lengua con una sonrisa provocadora. Todavía le queda bastante rojo.

—West, eres de los de mucho ruido y pocas nueces. Qué aburrid...

La interrumpo rodeándole el delicado cuello con la mano.

—Skylar, ponte de rodillas.

Presiono un poco con los dedos y ella se agacha con la mirada encendida y se deja caer en la arena a mis pies. Paso la mano de su cuello a su pelo.

—¿Y ahora qué? —Apoya las manos en mis muslos y me mira desde abajo, esperando órdenes—. No puedes ir de tío duro y luego quedarte callado...

—Veo que hoy tienes respuesta para todo, ¿no? —Le enredo los dedos en el pelo y tiro de él—. Déjate de juegos. Quítame los pantalones, Sky. Sácame la polla. Y usa esa boquita.

Sonríe, pero me hace caso. Me desabrocha el cinturón, el botón y la cremallera con destreza y me baja los vaqueros y los bóxers en un visto y no visto. Noto el aire frío en el pene cuando queda libre entre nosotros.

Me mira con intensidad cuando trato de agarrarme la base, pero me da un manotazo para ser ella quien lo haga. Luego me sostiene la mirada y se relame como si estuviera hambrienta.

—¿Quieres mi polla, cariño?

Suelta un jadeo entrecortado y asiente, con los ojos brillando bajo el cielo oscuro. Me agarra el pene con la otra mano y me lo acaricia con un par de movimientos impacientes.

Decido echarme un poco hacia atrás y dejarla hacer, sin soltarle el pelo.

—Escupe, Sky.

—Joder —dice en voz baja, sin despegar los ojos de mi pene. Hunde las mejillas y se humedece la boca unos segundos antes de mirarme—. Con tanta charla sobre usar la boca, se me ha quedado seca.

Aflojo el agarre en su pelo y le alzo la cara con delicadeza.

—De eso me encargo yo.

Me inclino hacia ella y empiezo con un beso suave antes de meterle la lengua para explorarla a conciencia. Noto cómo se relaja y me devuelve el beso gimiendo contra mis labios. Tras unos segundos, me aparto despacio y le sujeto la mandíbula.

Con el pulgar en la barbilla, le obligo a abrir la boca, me quedo suspendido sobre sus labios y escupo.

—De nada —digo con voz ronca. Me yergo y pongo mis dedos sobre los suyos, alrededor de mi polla—. Inténtalo de nuevo. —Veo cómo se le nubla la mirada y arquea la espalda al ver cómo me sujeto el miembro—. Escupe.

Y esta vez lo hace.

Nos quedamos un segundo quietos, mirando mi polla, nuestra saliva, nuestras manos. Es de lo más excitante.

Pero nada comparado con ver cómo se echa hacia delante y se la mete en la boca. Le agarro el pelo mientras la traga hasta la garganta, con un hambre insaciable.

No tengo que hacer nada, solo limitarme a disfrutar mientras ella lleva las riendas.

Se le hunden las mejillas al succionar. Mueve la lengua, aprieta los labios y vuelve a gemir, más fuerte. La vibración de ese sonido me recorre por completo.

Sube una mano y me sujeta los testículos con firmeza. Y yo empujo contra su cara.

—Joder, Sky. Joder.

Sigue haciendo su magia. Echo la cabeza hacia atrás. Las estrellas se desdibujan sobre mí mientras oigo cómo me la chupa en lo que sin duda es la mejor mamada de mi vida.

Cuando vuelvo a mirarla, tiene los ojos fijos en mí. Parpadea despacio y sonrío alrededor de mi polla, como la provocadora que es.

—Te encanta esto, ¿verdad? De rodillas en la tierra. Con mi polla en la boca.

Asiente, aunque la tiene tan dentro que se le humedecen los ojos.
—Métete los dedos en el coño. Enséñame cómo lo haces.

No duda ni un segundo. Aparta la mano de mi muslo y se la mete por delante de los pantalones. Entorna los ojos cuando empieza a tocarse. Lo sé porque es la misma expresión que pone cuando me hundo en su interior.

—Estás mojada, ¿no?

Aparta la mano que tenía en mi polla hacia la parte trasera de mi muslo y se separa de mí para murmurar:

—Empapada.

Le golpeo los labios con la polla.

—Bien. Córrrete con los dedos mientras te follo la boca.

—Sí. —Me sonrío, con el antebrazo en tensión mientras se toca—. Y no te cortes. No voy a romperme.

—Dios... —es lo último que consigo decir antes de agarrarla de la cabeza y volver a meterme entre sus labios—. Tienes una boca de escándalo, Sky. —Embisto con fuerza y se le ensanchan las fosas nasales mientras intenta respirar conmigo dentro. La camiseta se le desliza un poco más sobre el hombro, dejando al descubierto el pecho derecho, que rebota con cada envite—. Y ese coño tan apretado. Ahora mismo tiene que ser la hostia estar ahí dentro.

No deja de mirarme mientras los dos buscamos nuestro propio clímax. Poco a poco, voy reduciendo el ritmo, más lento, más suave, hasta que empieza a lamerme como si fuera un polo. Podría correrme con solo mirarla.

Sé que está a punto. Lo noto por su parpadeo lento y el rubor en sus mejillas, que parece más intenso bajo la oscuridad.

—Siempre he pensado que estabas preciosa sobre el escenario, pero eso es porque no te había tenido nunca así de rodillas.

—West... —jadea contra el glande mientras abre más las piernas en la arena—. Voy a...

No termina. Vuelve a tragarme mientras se retuerce a mis pies. Mueve las caderas, el brazo se le queda rígido y siento su lengua suave contra mí mientras llega al orgasmo.

Pero no es su boca lo que me hace correrme. Es verla perder el control. Ver el placer en su cara. Oír cómo se le corta la respiración cuando estalla.

Ver a Skylar Stone alcanzar el clímax es mi perdición.

Aprieto el puño en su pelo y me salgo.

—Abre la boca —le ordeno mientras me sujeto la polla con la mano libre.

Me la sacudo una vez y me corro sobre su cara. Un chorro tras otro. En su lengua esperando por mí, en sus labios rojos y brillantes, en sus mejillas.

La marco.

Y no siento el más mínimo remordimiento; mucho menos al ver cómo se relame para saborear lo que he dejado sobre su lengua.

—Qué puta barbaridad, Sky —murmuro, acariciándole el pelo. No puedo apartar la vista de esta mujer fascinante, que sigue de rodillas, de su sonrisa de medio lado y de ese ruidito que hace al probar mi semen.

Asiente y se muerde el labio inferior.

—Sí, ha sido brutal. Voy a tener que venir más al picadero.

—¿Para que te deje esa cara bonita hecha un desastre?

Se limpia la mejilla con el dedo y se lo lleva a la boca.

—Por supuesto.

Niego con la cabeza.

—Tienes una mente tan obscena como la boca —mascullo mientras me quito la camiseta de un tirón.

—Y te encanta —replica.

No me río. En lugar de eso, me arrodillo hasta quedar cara a cara con ella.

—Sí.

Nos miramos. Hay verdades que los dos sabemos, pero que ninguno dice en voz alta. Y así seguimos, en silencio, mientras la limpio con cuidado con la camiseta antes de echármela al hombro y llevármela a casa para repetir la jugada.

Puede que no vaya a ser mía para siempre, pero mientras la tenga, voy a disfrutar cada segundo con ella.

TREINTA Y UNO

West

Los cambios en Skylar empiezan a percibirse poco a poco.

Tararea mientras lanza un puñado de heno a un box. Ya ni siquiera parece molestarle el polvo que se le pega a la camiseta.

—¿Qué estás tarareando? —pregunto.

Se detiene y me mira, confundida.

—¿Lo estaba haciendo?

—Sí. No me sonaba la melodía. —Solo el ritmo ya me ha parecido distinto a cualquier cosa que le haya oído cantar antes.

Ladea la cabeza.

—Vaya..., pues no estoy segura.

Nos sonreímos y continuamos con la ronda nocturna en un silencio agradable. Al cabo de un rato, vuelve a tararear la misma melodía. Esta vez no le pregunto nada, pero, tras un par de minutos, se gira hacia mí.

—¿Me dejas tu móvil?

Frunzo el ceño, saco el teléfono del bolsillo trasero y se lo doy sin preguntar.

—¿Cuál es la contraseña?

—1-2-3-4 —confieso, con una sonrisa avergonzada—. Debería cambiarla, porque Emmy ya la ha descubierto, pero... no he tenido tiempo.

Me lanza una sonrisa enorme y me dice en voz baja:

—Gracias.

Veo cómo se lleva el móvil a la boca y camina por el pasillo de un lado a otro, tarareando la misma melodía, pero añadiéndole algunos matices. Cuando termina, me mira y me pregunta:

—¿Te importa si se lo envío a Ford?

Me quedo sin palabras durante unos segundos. Tengo la sensación de estar siendo testigo directo de cómo vuelve a la vida.

—No, claro que no.



—No me puedo creer que te gusten más las uvas tintas que las verdes.

Nos subimos a la camioneta después de salir del supermercado y Skylar niega con la cabeza, burlándose de mis gustos.

—Al final hemos comprado las verdes, ¿no? No hagas leña del árbol caído.

Se vuelve hacia mí con una sonrisa radiante.

—Podríamos haber cogido de los dos tipos.

Hago un gesto con la mano para restarle importancia.

—No, ya aprenderé a que me gusten las verdes.

Oigo cómo se abrocha el cinturón y luego la veo inclinarse hacia delante para abrir la guantera y empezar a rebuscar.

—¿Qué haces? —pregunto, desconcertado.

—Necesito un papel y un boli.

—¿Para qué?

—Se me acaba de ocurrir una letra para una canción. Si no la escribo, se me va a olvidar.

Parece casi frenética, y sé que no va a encontrar lo que busca ahí dentro. Así que abro la consola central y saco un tique que no necesito y un bolígrafo al que apenas le queda tinta.

—Eres mi héroe —suspira sin levantar la vista.

Me recuesto en el asiento y observo cómo la tinta va llenando el papel arrugado mientras escribe.

*He encontrado mi hogar en un cristal roto,
en las palabras que él me dio, poco a poco.*

Levanta la vista y me pilla mirándola. Pero no tapa lo que ha escrito. Solo sonrío.

—Ten cuidado, Weston. Se te está notando demasiado que eres mi fan número uno.

Me río y arranco el motor. Luego salgo del aparcamiento mientras oigo el rasgar del bolígrafo. Estar sentado a su lado en este momento tiene algo especial.

La chica que decía que no podía escribir canciones.
Componiendo una.



Tengo la sensación de que hace días que no veo a Skylar. Se marcha de casa al amanecer y se mete en la cama tardísimo, aunque nunca se duerme sin despertarme para que le haga un poco de caso. Un caso que le hago encantado.

Aparte de eso, prácticamente vive en el estudio de grabación con Ford. Trabajando. Ha vuelto a conectar con lo que le apasiona y da gusto verla así. Una parte de mí quiere presenciar este momento en directo. Verla en su elemento y simplemente... admirarla.

Y ese es el motivo de que me haya colado en el estudio y esté aquí ahora.

Ford está a un lado del cristal, con Cora y otro tío, todos con los auriculares puestos y observando con total atención. En la sala de grabación están Skylar, un tío al teclado y... el padre de Ford con su guitarra. Los tres hablan animadamente. A Skylar le brillan los ojos y tiene las mejillas sonrosadas.

Me quedo boquiabierto. Ford Grant senior. Mi mejor amigo ha sacado la artillería pesada.

—Es una pasada, ¿verdad?

Estaba tan absorto, mirando embobado, que no he oído a Rosie acercarse por detrás.

—Sí, una puta pasada. ¿Le habrá costado mucho a Ford pedirselo a su padre?

Rosie reprime una sonrisa.

—Valdrá la pena, y él lo sabe. Ha traído a un amigo para el teclado. Lo están manteniendo muy sencillo, pero suena brutal.

Estoy tan feliz por mi chica que podría estallar.

—¿Vas a entrar? ¿A saludar?

Miro a mi hermana con una sonrisa.

—Qué va. Solo quiero verla un rato.

Me devuelve una mirada entre divertida y cómplice. Pero no me suelta ninguna pulla. Se limita a alejarse, negando con la cabeza, y me deja contemplar la escena en paz.

Y eso hago.

Y es una auténtica maravilla.

TREINTA Y DOS

Skylar

¡ÚLTIMAS NOTICIAS! Skylar Stone es la puta ama. Ha terminado su propio álbum y ha sacado un temazo que tiene loco a todo el mundo. Aunque no tanto como a Weston Belmont, su fan número uno.



Me despierto de golpe en una habitación completamente a oscuras, salvo por el hilo de luz que se cuela por la puerta que da al pasillo.

—¿Papá? ¿Skylar? —pregunta la voz dulce de Emmy desde la puerta.

Me quedo paralizada.

West y yo llevamos semanas durmiendo juntos, pero todavía no se lo hemos contado a los niños. Debí de quedarme dormida después de entrar en su habitación a hurtadillas.

Hemos estado recuperando el tiempo perdido desde que me he convertido en una mujer obsesionada con verlo desnudo. Lo nuestro es puro fuego, sin límites, y nunca me había sentido tan libre ni tan segura para explorar el sexo como ahora.

Se ha convertido en mi nueva adicción.

Los niños han vuelto al colegio. El álbum está terminado. Sacamos el primer *single* casi de inmediato y se convirtió en un éxito entre los fans.

Bastó con pronunciar las primeras palabras para que las letras brotaran de mí como un torrente. En cuanto el estudio estuvo listo, Ford y yo nos pusimos manos a la obra. Él trajo a los músicos y yo puse la letra, y trabajamos sin descanso. Fue como si nos

hubiéramos encerrado a crear, a ver qué salía, y el proceso nos absorbió de tal forma que, para cuando quisimos darnos cuenta, teníamos un álbum completo.

La inspiración nunca había sido tan absorbente.

—¿Emmy? —susurro, al oír sus pasos acercarse a la cama.

West no me lo ha dicho directamente, pero sé por qué no se lo ha contado a sus hijos. En una ocasión me confesó que no iba a meter a nadie en sus vidas que no fuera a quedarse de verdad.

Sé que está convencido de que acabaré marchándome. Que los dejaré atrás por las luces de la ciudad. Y, ahora que el álbum está grabado, parece que nos dirigimos de cabeza a ese momento. Pero cuanto más tiempo paso aquí, más imposible se me hace la idea de irme.

Emmy me envuelve la mano con su manita y se le quiebra la voz cuando me dice:

—He tenido una pesadilla.

—Eh, tranquila. No pasa nada. —Me incorporo sobre un codo y estiro el brazo para acariciarle el pelo—. Todos tenemos pesadillas de vez en cuando.

Lo que no le digo es que mi pesadilla recurrente es tener que irme de Rose Hill y volver a mi antigua vida. Esa que tanto temo. Esa que cada vez me alegra más haber dejado atrás.

—¿Puedo quedarme aquí?

Dudo un instante, y no es por falta de cariño entre nosotras. Ha dormido conmigo más de una vez. Pero con West y conmigo en la misma cama, lo siento mucho más... ¿como una familia? Y no sé si yo encajo ahí.

Aun así, a ella no parece extrañarle encontrarme aquí.

—Claro. Me vuelvo a mi cuarto y así tenéis más sitio.

West se remueve y me pasa un brazo por encima justo cuando levanto las sábanas.

—No, no. —Emmy me posa su manita en el antebrazo—. Seguro que tú también has tenido una pesadilla, así que quédate. —Trepas a la cama, pasa por encima de mí y se hace un hueco entre West y yo.

—¿He tenido una pesadilla? —le susurro mientras se acomoda.

—Claro. Has tenido miedo y has venido con papá. Él es el mejor para hacerte sentir calentita y feliz por dentro.

La risa grave de West retumba entre las sábanas y, aunque no puedo verlo, sé que está sonriendo.

Emmy tiene razón. Me siento calentita y feliz por dentro.

—A dormir, chicas. Aquí no se permiten pesadillas —dice West, con voz ronca y adormilada, mientras se mueve para hacernos sitio.

Me siento como una intrusa. Completamente fuera de lugar. De pequeña, cada vez que tenía una pesadilla, mis padres me mandaban de vuelta a la cama y al día siguiente tenía que escucharlos quejarse de lo mucho que les fastidiaba que los hubiera despertado. En casa de los Stone no había mimos a las tres de la mañana.

—Será mejor que me vaya.

West estira el brazo por encima de Emmy y me acaricia el hombro con su mano callosa.

—Quédate.

Es la segunda vez que me lo pide.

Y eso es lo que hago.

Me quedo en la cama con los ojos húmedos y una calidez que me llena el pecho, escuchándolos respirar al unísono. Porque sé perfectamente lo que significa que me haya pedido que me quede.



No puedo dejar de mirar la pantalla y siento cómo se me va toda la sangre de la cara. No me sorprendería que se derramara en un charco a mis pies. Me tiemblan las manos y me olvido por completo del café.

Me han nominado a los Billboard Music Awards por el nuevo *single*.

Una nominación por algo que es completamente mío. Algo hecho con ilusión. Y ni siquiera hemos sacado el álbum completo, solo la primera de muchas canciones. La más especial.

No es un Grammy, pero nunca he esperado uno. De hecho, no sé muy bien qué esperaba antes ni cuáles eran mis objetivos.

Mientras miro el correo, me doy cuenta de que hasta ahora solo me he limitado a cumplir y a hacer lo necesario para cobrar un dinero que he entregado casi por completo a mis padres.

Hasta hoy. Hasta esta canción.

Ford y yo lanzamos el primer *single* el mes pasado, y fue un éxito rotundo. Tiene un sonido crudo, muy minimalista. Cora no deja de decir que tiene un rollo muy a lo Dolly Parton.

No es una canción para bailar. Soy solo yo. Sentada en un taburete, micrófono en mano, compartiendo mis verdades. Y es la primera canción que he sacado que me encanta, de principio a fin. Ford se dejó la piel para que fuera así.

Y yo también.

Una lágrima me resbala por la mejilla, pero no es de tristeza, sino de orgullo.

Estoy tan orgullosa de mí misma que no me cabe el corazón en el pecho. Es la primera vez que siento algo así.

El chirrido de la puerta trasera no consigue sacarme de mi ensimismamiento. Sigo leyendo el correo una y otra vez.

«Nos complace anunciar...».

—¿Qué pasa? —La voz de West suena completamente gélida al otro lado de la cocina. Alzo la vista y recorre mis lágrimas con la mirada como si le ofendieran—. ¿Quién coño te ha hecho llorar? Como lo pille...

Levanto una mano y le dedico una sonrisa temblorosa.

—Son lágrimas de felicidad —consigo decir con voz entrecortada antes de hacerle un gesto para que se acerque.

Cruza la estancia con el ceño fruncido. La forma en la que se lanza a protegerme me hace sentir inmensamente querida.

Es algo que nunca me cansa. Él. Su forma de ser. Todo lo que ha hecho para ayudarme a sanar.

Rodea el taburete, apoya una mano en la encimera, se inclina sobre mi hombro y empieza a leer. Cuando se da cuenta de lo que realmente pone, suelta todo el aire de golpe.

—Joder... —Niega con la cabeza mientras vuelve a leerlo—. ¡Toma ya, Sky! ¡Así se hace!

Lo dice con una ternura que me encoge el corazón. Con una admiración absoluta.

Me giro hacia él con una sonrisa entre lágrimas. Me mira con devoción, me rodea con los brazos y me levanta. Antes de darme cuenta, estoy dando vueltas mientras me abraza y me cubre la cara de besos.

Suelto un chillido de alegría y le devuelvo todo ese afecto con la misma intensidad, dejándome envolver por su orgullo.

—¡Esa es mi chica! —grita, eufórico.

Lo abrazo con más fuerza.

Mi fan número uno.

Cuando por fin me deja en el suelo, me sujeta por los hombros y me pregunta:

—¿Cómo te sientes?

—De maravilla —respondo sin aliento.

Me acaricia el pómulos y me aparta el pelo de la cara con delicadeza.

—Así es como tendrías que sentirte siempre. Dios, estoy tan orgulloso de ti, Sky.

Me besa y me derribo. Por él. En él. Me derribo de tal forma que me encantaría quedarme unida a él para siempre.

En realidad, nunca hemos hablado del futuro a largo plazo. A mí me da pánico ocupar un lugar en su vida que quizá no me corresponde. Y a él le aterra pedirme que me quede. Ambos tenemos un miedo atroz a estropear algo que sentimos tan vital.

Me estrecha contra su pecho y puedo oír el latido de su corazón contra mi oído. Firme, constante. Me envuelve con sus brazos como

la manta más cálida y el escudo más resistente del mundo.

—He estado posponiendo una reunión con mi agente, y debería..., no sé, hacer algo por mover lo de la nominación. El resto de los correos son peticiones de entrevistas. Y por fin me siento con fuerzas para hablar de mi música. Así que voy a tener que volver a Los Ángeles pronto para organizarlo todo. La gala es dentro de unas semanas.

—Lo sé. —Apoya la barbilla en mi cabeza y noto cómo asiente.

—Pero volveré, ¿vale?

Me abraza con más fuerza.

—Más te vale, joder.

—Te lo prometo.

Vuelve a asentir, pero ahora con la voz más insegura.

—No puedo irme, Skylar. Al menos no durante mucho tiempo. Mis hijos...

—Lo sé —lo interrumpo. No hace falta que lo diga, ya lo sé.

—Pero tampoco quiero que te quedes aquí atrapada. Es alucinante lo que te está pasando. Has trabajado muchísimo y te mereces disfrutar cada segundo. Perseguir todos tus sueños. Te quiero conmigo, pero, por encima de todo, quiero esto para ti.

Ahora mis lágrimas ya no son de alegría. «Perseguir todos tus sueños». Las palabras se me atascan en la garganta y, como no quiero acabar hecha un mar de lágrimas, evito decirle la verdad: que mis sueños han cambiado y ya no son los mismos de antes.

—Te he prometido que voy a volver y lo he dicho completamente en serio.

Esta vez, cuando asiente, no dice nada. Simplemente me abraza. Durante mucho mucho tiempo.



«Fotosíntesis» de Skylar Stone

Una chica como yo no pisa estas carreteras.

*No sé pasar desapercibida.
Aquí no hay nada que brille.
Y, aun así, todo lo que dejé atrás sigue ahí, frente a mí.
No soy más que fachada,
confianza ciega que al final se quedó en nada.
Aquí mi mundo ya no pesa,
ya no soy de porcelana.
He encontrado la paz entre sillas desparejadas,
nunca pensé que una vida tan sencilla me liberara.
Entre los pinos, junto al lago,
a mi amor abrazo.
Manitas de enormes corazones.
Ahí descanso.
Mi vida estaba hecha para encajar,
sin haberla elegido jamás.
Y entonces llegaste tú,
prendiste fuego a las mentiras que conté
y ahora vuelvo a creer.
El futuro puede ser perfecto,
desnúdame hasta hacerme humana.
Aquí mi mundo ya no pesa,
ya no soy de porcelana.
He encontrado la paz en un aire más sereno,
en la sencillez de empezar de nuevo.
Entre los pinos, junto al lago,
a mi amor abrazo.
Manitas de enormes corazones.
Ahí descanso.
Respiro hondo hasta que me arde el pecho,
como si viviera atrapada entre dos vidas,
esta paz que he encontrado
o aquella casa de muñecas donde nunca fui querida.
Dejo salir el amor que me has dado
y por fin veo desde arriba cómo sano.*

*Todo nace en la inocencia,
en la fotosíntesis de lo humano.
Porque aquí mi mundo ya no pesa,
dejé en la ciudad la que antes era.
He encontrado mi hogar en un cristal roto,
en las palabras que él me dio, poco a poco.
Entre los pinos, junto al lago,
a mi amor abrazo.
Manitas de enormes corazones.
Ahí descanso.*

TREINTA Y TRES

West

—Entonces, ¿cuándo vuelve Skylar? —pregunta Ford mientras termina de atarse los zapatos de bolos. El muy friki por fin se cansó de usar los de alquiler, llenos de gérmenes, y se ha comprado su propio par. No recuerdo haberme sentido tan satisfecho en la vida.

—Mañana. —Abro una bolsa de Skittles y me meto uno verde en la boca mientras esperamos a que Rhys y Bash lleguen a la pista.

—Ah, bueno, no está tan mal.

Me encojo de hombros. En realidad, es una puta mierda. Se fue hace una semana y he estado de bajón desde entonces. Sé que va a cumplir su palabra y va a volver, pero la echo tanto de menos que me duele.

Soy consciente lo mucho que ha trabajado para llegar hasta donde está. Y sí, puede que ahora Rose Hill sea su base de operaciones, pero ¿hasta cuándo? ¿O cuántos días al año? ¿Podría conformarme con tenerla solo a ratos?

«Sí».

La palabra me asalta de golpe, y sé que aceptaría encantado cualquier migaja de tiempo juntos. Estoy enamorado de ella. Y vivo con el miedo constante de no ser suficiente. En cierto modo, es una responsabilidad enorme pensar que yo podría ser la razón por la que ella decidiera cambiar el rumbo de su carrera.

En el fondo, no estoy seguro de merecer que alguien cambie toda su vida por mí. La presión de pensar que podría fallarle, que podría acabar siendo la causa de que se arrepienta en el futuro, es lo que no me deja dormir por las noches.

—¿Te has vuelto adicto a los Skittles? —Ford me saca de mi bucle mental, observándome con reproche mientras me meto unas

cuantas bombas de azúcar en la boca.

Lo ignoro y le tiendo la bolsa.

—¿Quieres?

Su mirada de superioridad desaparece en cuanto alarga la mano.

—Los naranjas no.

—¿Qué? ¿Por qué? —Frunce el ceño al coger uno.

—Sé que estás acostumbrado a conseguir todo lo que quieres, pero los naranjas no.

Le pillo poniéndome los ojos en blanco justo cuando llega Bash con cara de pocos amigos, seguido por Clyde el Loco.

—¡Clyde! —exclamo, acercándome para darle una palmada en el hombro. Era un miembro veterano del equipo, pero últimamente apenas ha salido del hospital—. Me alegro de verte, tío. Te hemos echado de menos.

Suelta un bufido y me rodea con cuidado para sentarse. La verdad es que tiene un aspecto horrible. Está hinchado y pálido, nada que ver con el hombre fibroso y curtido que solía ser de tanto pescar, cazar y deambular por el bosque. Bash es el único que lo conoce de verdad y, como tampoco es de hablar mucho, el resto no sabemos gran cosa de Clyde. Solo que es un ermitaño que vive al otro lado de la montaña y cree en un montón de teorías conspiranoicas descabelladas.

—No me habéis echado de menos. Eso es solo la radiación del 5G, que os está achicharrando el cerebro.

—¿Programada por el gobierno? —aventura Ford.

Ladeo la cabeza.

—¿No se suponía que lo que daba era cáncer?

Clyde gruñe antes de chasquearle los dedos a Bash.

—Ya que estás de pie, tráeme una cerveza, ¿vale?

Bash lo fulmina con la mirada, apretando la mandíbula.

—¿Estás de coña? ¿Te vas a tomar una cerveza ahora?

Clyde resopla.

—No se me ocurre mejor momento, ¿no crees?

Entrecierro los ojos mientras los observo, intentando entender a qué viene tanta tensión.

—¿Qué está pasando entre vos...?

—Siento llegar tarde. —Rhys aparece junto a la mesa, imponente como siempre, con el gesto serio, aunque con la cara roja y los ojos brillantes—. Estaba liado con algo.

Lo miro con curiosidad.

—¿Con algo? ¿Eso significa que por fin vas a contarnos algo sobre ti? Porque ahora mismo estoy bastante seguro de que eres una estrella del porno encubierta.

A Rhys le tiembla la mejilla y suelta una risa seca.

—No soy ninguna estrella del porno. Aunque me halaga que lo pienses.

—Yo también apostaba por lo del porno —interviene Bash mientras se ata los zapatos.

—Que no soy... —Rhys se calla y se pasa una mano por el pelo, visiblemente tenso—. Mirad, estoy organizando una boda y quería saber si os apetece ir.

—¿Quién se casa? —pregunto, confundido—. Espera, ¿te dedicas a organizar bodas?

—No. Me caso yo.

Nos quedamos mirándolo atónitos. Bueno, hablo por mí, pero seguro que los demás están flipando tanto como yo. Rhys es un misterio. Aparece y desaparece del pueblo sin dar explicaciones, y nunca nos cuenta nada de su vida. Joder, si ni siquiera sabía que vivía con Tabby hasta que me lo dijo Skylar. Supongo que por eso me cuesta imaginármelo saliendo con alguien.

Es un tío de lo más reservado.

—¿Con quién? —pregunto.

Mueve la cabeza a ambos lados, crujiendo el cuello, y luego mira por encima de mi cabeza, como si hubiera visto algo interesantísimo en la pared del fondo. Caigo como un tonto y me doy la vuelta, pero no hay nada, solo una pared de paneles de madera con marcas de chinchetas de carteles antiguos ya retirados.

Lo observamos en silencio, conteniendo el aliento, mientras se lleva una mano a la nuca. Y por fin, al cabo de unos segundos, suelta:

—Con Tabitha.

Si antes estaba atónito, ahora me he quedado en *shock*.

—¿Tabby? ¿La chef Tabby? ¿La dueña del Bighorn Bistro? ¿La que siempre te mira como si quisiera matarte?

—Sí. —Rhys asiente con firmeza y empieza a ponerse sus zapatos de bolos enormes, con todos mirándolo alucinados.

—¿Pero no os odiabais? —pregunta Ford con suspicacia.

—Los sentimientos cambian —murmura, atándose los cordones.

—Pues qué quieres que te diga, me alegro por ti. Considero que el sexo entre dos personas que se odian es la hostia —dice Clyde, haciendo que Ford y yo soltemos un quejido de disgusto y que Bash lo fulmine con la mirada.

Rhys, sin embargo, ignora el comentario. Se pone de pie y nos mira por encima del hombro.

—Bueno, parece que me voy a quedar por aquí una buena temporada. Así que más nos vale espabilar un poco y dejar de ser tan patéticos. Odio perder.

Y, con eso, se marcha hacia la pantalla para introducir nuestros nombres en la partida.

Al final perdemos, pero no de una forma tan estrepitosa como de costumbre.



Después de los bolos, Ford me deja en mi casa, vacía, e intento que no se me meta dentro esa punzada molesta de soledad tras lo que ha sido una noche divertida. Al cruzar la puerta de entrada, la luz de la cocina está encendida, pero no se oye nada. Ni una risa.

—¡Que te den!

Solo está Cherry.

A Skylar le daba pánico dejarla sola, pero le prometí que, si puedo encargarme de un establo lleno de caballos ajenos, también puedo con un loro bocazas.

—Qué maleducada eres, Cherry —le digo mientras me quito los zapatos con la punta del pie.

—Maleducada. Maleducada.

Me río y voy hacia la jaula para abrirle la puerta.

—Esa palabra te ha gustado, ¿eh?

—Me gusta. Me gusta —repite mientras se sube con cuidado a mi mano. La saco y sonrío de medio lado al ver cómo trepa hasta mi hombro—. ¡Dar de comer a los caballos!

Sí. Mi rutina nocturna con Skylar ahora es mi rutina nocturna con Cherry.

—Sí, vamos a dar de comer a los caballos.

Salgo por la puerta trasera, rumbo al establo. Cherry va cabeceando todo el camino y grazna encantada mientras lanzo heno en cada box. Cuando regreso a casa, le susurro:

—Oye, Cherry, pues no eres tan mala. Para ser un pájaro, claro está.

—Que te den.

La miro de reojo, satisfecho de que no me lo haya gritado como de costumbre. Hasta juraría que me lo ha dicho con ternura.

Después de llenarle el comedero y ponerle agua, por fin me ducho y me siento frente al ordenador, vestido solo con los bóxers con los que pienso dormir. Skylar ha salido hoy en un programa matinal que no he podido ver porque estaba trabajando. Espero que ya hayan subido el vídeo.

No tardo en encontrarlo. Está en un plató, con un vestido verde precioso, charlando en una mesa con varias mujeres. Radiante. Llena de vida. Triunfante. Está en su mejor momento.

Dios, cuánto la quiero.

El sentimiento me golpea en el pecho, haciendo que su ausencia me deje un vacío por dentro. Me llevo la mano al esternón, intentando aliviar el dolor. Y entonces, como si la hubiera invocado

con el pensamiento, la pantalla de mi móvil se ilumina con su nombre. Menos mal que le compramos un teléfono antes de que se fuera, a pesar de que ella insistió en llevarse el modelo más básico que pudo encontrar. Aunque los mensajes y la conexión de ese trasto con tapa dejan mucho que desear, hablamos todos los días. Respondo antes de que llegue a sonar el segundo tono.

—Sky. —Pronuncio su nombre como si lo necesitara para seguir vivo.

—Hola. —Su saludo, sencillo y entrecortado, suena igual de emocionado que el mío.

—Hola.

—Te echo de menos.

—Joder, cielo. Yo también. ¿Qué haces?

—Acabo de volver a mi antigua casa después de cenar con mi agente.

«Mi antigua casa». Me gusta cómo suena eso, porque significa que ahora considera mi casa como su nuevo hogar.

—¿Y tú? —añade.

Me paso la mano por la barba y pienso en inventarme algo para no parecer un enamorado desesperado, pero al final decido decirle la verdad.

—Estaba viendo el vídeo del programa en el que has salido esta mañana.

—Ah.

Se nota que está sonriendo.

—Si necesitabas una prueba de lo mucho que te echo de menos, ahí la tienes. Ya sabes, soy tu fan número uno y todo eso.

La oigo suspirar al otro lado.

—Solo queda una noche. He reservado un coche para que me recoja en el aeropuerto. Nada de Teslas. En cuanto aterrice, corro directa a verte.

—Y, en cuanto llegues, voy a hacer que te corras directamente.

Se ríe.

—Ya que sacas el tema, te he llamado para decirte que mires el correo.

Alzo las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Por si querías saber qué llevaba debajo del vestido esta mañana.

Siento cómo se me pone dura mientras abro una nueva ventana. Y, efectivamente, tengo un correo de Skylar.

Me paso la lengua por los labios.

—¿Lo abro ya?

Su risa es suave y profunda.

—Sí, esa es la idea.

Hago clic y noto un cosquilleo en la piel por la anticipación.

Un cosquilleo que se transforma al instante en una oleada de calor.

—Joder...

Muevo la rueda del ratón para ir pasando las fotos.

Fotos de Skylar.

Desnuda frente a un espejo, con esas tetas perfectas a la vista y cubriéndose el sexo con pudor. Luego otra sin la mano. Otra en lencería negra de encaje, con una cascada de rizos cayéndole sobre los pechos desnudos. Otra en sujetador. Otra con medias y ligas. Otra en tacones.

Gruño y me acomodo el paquete mientras llego a las últimas fotos. Una con el vestido puesto. Otra con un abrigo. Y una última adorable, en la que está echando la pierna un poco hacia atrás y lanzando un beso al espejo.

Es como un álbum erótico de mi chica vistiéndose.

—¿Te gustan? La cámara de mi portátil no es tan mala.

—¿Que si me gustan? Skylar, en cuanto cuelgue me voy a hacer una paja mirándolas. Y seguramente las enmarque cuando termine. Tu portátil está haciendo una labor divina.

—¿Por qué esperar a colgar? —Su voz destila sensualidad.

—Ah, ¿eso es lo que buscas? —Me bajo los bóxers.

—Echo de menos cómo dices mi nombre cuando te corres. Quiero oírlo. Me ayudará a aguantar hasta mañana.

No hace falta que lo repita. Pongo el móvil en manos libres y lo dejo junto al ordenador.

—Tengo la mano cerrada en torno a mi polla. Tan apretada como tu coño. ¿Me acompañas?

Oigo cómo se mueve y cómo se le acelera la respiración.

—Sí..., sí. Vale, ya estoy en la cama.

—¿Qué llevas puesto?

—El mismo conjunto de las fotos.

—Joder, sí. —Muevo la mano desde la base hasta el glande y veo asomar una gota de líquido preseminal.

—¿Dónde estás?

—En el escritorio. El que nunca uso. Mañana te voy a follar encima.

—Puedes follarme donde quieras.

Suelto una risa ronca, jadeante, mientras me masturbo fingiendo que es ella.

—Es peligroso que me ofrezcas eso, Sky.

—Lo digo en serio.

Paso el pulgar por la punta, extendiendo la gota mientras mi respiración se vuelve errática.

—¿Tienes las piernas abiertas? ¿Los dedos dentro de ese coño tan bonito?

—Sí... —jadea ella, alargando la palabra.

—¿Cuántos? ¿Cuántos dedos estás empapando ahí dentro, nena?

—Tres.

—Estás desesperada por mi polla, ¿eh?

—Ni te lo imaginas —gime—. Necesito tu polla ya.

—Estás espectacular, Sky. Dios, te echo mucho de menos.

Aumento el ritmo, sin apartar la vista de sus fotos y con su voz en mis oídos, jadeando, pronunciando mi nombre, respirando de forma entrecortada, maldiciendo...

Es tremendamente excitante. Con ella, todo lo es.

—West, me voy a correr.

—Yo también, cariño. Yo también.

Tengo la polla a punto de reventar. No paro. La giro. Aprieto. Me imagino que estoy en su boca, o dentro de su coño estrecho. Ella grita mi nombre y yo el suyo mientras me echo hacia atrás y me corro sobre el abdomen. Cada chorro de semen sale al ritmo de sus gemidos.

—Joder, Skylar... Joooder...

Cuando recupero el aliento, cojo un pañuelo de papel de la caja que tengo en el escritorio y me limpio antes de volver a dejarme caer en la silla.

—Tendría que haberme comprado un móvil con cámara frontal para hacer videollamadas. Sabía que esto me iba a cabrear.

Me río y me paso la mano por el pelo, todavía recuperándome.

—No pasa nada. Mañana te la enseño en persona.

Terminamos la noche hablando en la cama hasta que ambos nos quedamos dormidos. A la mañana siguiente, cuando me despierto y estiro el brazo para buscarla, no está. Pero por la pantalla del móvil veo que la llamada aún está activa..., cuatro horas después.

TREINTA Y CUATRO

Skylar

¡NO TAN ÚLTIMAS NOTICIAS! Te echo de menos.



Apenas puedo mantenerme quieta durante el viaje de vuelta a Rose Hill. Esta mañana me he levantado antes de lo previsto, sobre todo teniendo en cuenta que anoche me quedé despierta hasta las tantas hablando por teléfono con West. Estoy casi segura de que me dormí así.

Despertarme con el móvil en la cama en vez de con él a mi lado me ha espabilado de golpe. Como ya tenía las maletas hechas, he intentado adelantar el vuelo. Y lo he conseguido.

Ahora solo tengo que aguantar tres horas de coche hasta Rose Hill. Tres horas que son una auténtica tortura. Ojalá pudiera chasquear los dedos y aparecer directamente en sus brazos.

El viaje de vuelta a Los Ángeles no fue tan horrible como esperaba. Logré mantener la calma durante las entrevistas. Hablar de una canción o de un álbum que me apasionan de verdad hizo que las palabras fluyeran solas.

No dije ninguna mentira ni hice nada de cara a la galería. Cuando adoras lo que haces, te sientes tan libre que te da igual lo que opinen los demás. Y eso es exactamente lo que siento con el álbum de «Fotosíntesis». En cuanto escuché la grabación, con solo mi voz y la guitarra acústica de Ford Grant senior, me gustó tanto que supe que nadie iba a poder pincharme la burbuja.

No lo iba a permitir. Incluso ver a mi padre rondando por ahí con pies de plomo me molestó menos de lo que pensaba. Me dio bastante tranquilidad saber que no podía meter las zarpas en este proyecto. No valía la pena discutir con él, así que decidí ignorarlo por completo.

Por primera vez, me sentí segura de mí misma. Porque, también por primera vez, sabía a dónde pertenecía... y a quién volvía.

Y West también supo respetar mi decisión de irme a hacer lo que necesitaba. No me agobió ni me hizo sentir culpable por tener que irme. No me manipuló ni hizo que todo este asunto girara en torno a él. Después de haberme pasado la vida rodeada de hombres egocéntricos que me han tratado como si fuera una inútil incapaz de hacer nada por mí misma, es un alivio saber que West confía tanto en mí que ni se le ocurre invadir mi espacio.

Hay hombres que lo hacen todo por ti.

Y luego está el hombre que no se siente amenazado porque vuelas sola, que sabe cuándo dar un paso atrás y se muere de orgullo al verte brillar.

Ese es el hombre que más cree en ti. Tu mayor fan.

Ese es West.

Siento un nudo en la garganta mientras tomamos la carretera secundaria que me lleva hasta él.

—Ese cartel de ahí. —Señalo el letrero de «RANCHO UNICORNIO TURQUESA CON PURPURINA», que sigue colgado junto al oficial, y sonrío con los ojos empañados. El sol ha hecho mella en él y está más desgastado que antes.

Pero a mí me parece más perfecto que nunca.

En cuanto las ruedas tocan el camino de grava de la entrada, suelto un suspiro y me dejo caer contra el asiento de cuero del coche.

«Hogar».

Sí, me he alojado en la casa que tengo en Los Ángeles, pero esto... Esto es hogar.

El sol está empezando a ponerse y se nota ese frescor en el aire que anuncia el otoño. Algunas hojas del valle ya se ven amarillentas. Cierro los ojos y me imagino este lugar en invierno. Cielos de un azul intenso. Montañas cubiertas de pinos convertidas en montes nevados. Patinar en el lago. Ir en trineo con Emmy y Ollie. Chocolate caliente. Abrazos al despertar.

Me invade la emoción y, al mismo tiempo, siento una paz inmensa con solo pensarlo.

Sí. Aquí es donde quiero estar.

Cuando el coche se detiene, salto del asiento trasero como una niña ilusionada. No me preocupo de coger mis cosas ni cierro la puerta. En lugar de eso, subo corriendo los escalones del porche con la cabeza llena de recuerdos de mi primer día aquí: las bicicletas, los juguetes de los niños, West con su delantal ridículo.

Abro la puerta de par en par.

—¿West?

—¿Sky? —pregunta, sorprendido.

Sonríó de oreja a oreja mientras me quito los zapatos de una patada y voy a buscarlo.

—¿Sky? —Los pasos resuenan al bajar a toda prisa las escaleras, que crujen bajo sus pies—. ¿Cómo has llegado tan pronto?

—¡Te echaba de menos! —chilla mi loro.

—Ay, Cherry, yo también a ti.

Cuando los veo aparecer en el rellano, me da un vuelco el corazón. Solo ha pasado una semana, pero me moría por verlo. Nunca había echado tanto de menos a alguien.

Es una puta agonía, como si me desgarraran las entrañas. Odio esa sensación.

—Hola —susurro sin aliento mientras los observo. Cherry está posada tranquilamente en el hombro de West. Los dos parecen encantados de verme.

De pronto, no sé muy bien qué debería hacer. Arrojar me a sus pies y empezar a chupársela me parece un poco excesivo, sobre todo porque el chófer está a punto de traerme las maletas. Y es

mejor que Cherry no escuche a West cuando se pone en plan guarro, que luego lo repite todo.

Al final opto por dedicarles una sonrisa enorme, llena de alivio y sin reservas.

—¡Te quiero! —dice Cherry, justo antes de... lanzarse a volar hacia mí.

Mi loro, que lleva años sin desplegar las alas, cruza el espacio que nos separa y se posa en mi hombro, dejándome muda de asombro.

Miro a West con los ojos como platos mientras ella frota la cabeza contra mi mejilla y repite:

—¡Te quiero! ¡Te quiero!

—¿Acaba de...? ¿Ahora también eres domador de loros?

Resopla, y me doy cuenta de que está tan sorprendido como yo.

—Hemos pasado mucho tiempo juntos esta semana, pero te juro que esto es nuevo.

Cherry tensa el cuerpo y vuelve a alzar el vuelo para regresar con West. Cuando aterriza, le da unos picotazos cariñosos en el pelo recién cortado y chilla:

—¡Me gustas! ¡Me gustas!

Ver que este animal, al que trataron tan mal, por fin se siente lo bastante seguro para volar me llena los ojos de lágrimas.

Cherry y yo llevamos mucho tiempo apoyándonos la una a la otra, y verla dar ese paso me emociona tanto que no puedo contener el llanto.

Nunca le ha caído bien nadie que no sea yo, pero le gusta West.

Vuelve a volar hacia mí, se me acurruca y repite que me quiere antes de preguntar:

—¿Dar de comer a los caballos?

—¿Dar de comer a los caballos? —Miro a West, que no me ha quitado los ojos de encima.

Se humedece los labios y me recorre con la mirada.

—Sí. Hacer la ronda nocturna yo solo era deprimente, así que nombré a Cherry mi ayudante.

Asiento, con los labios apretados, y alterno la mirada entre el pájaro que adoro y el hombre del que me he enamorado.

Porque estoy enamorada de él. ¿Cómo no iba a estarlo? ¿Acaso tuve alguna oportunidad de evitarlo? No fue una decisión..., es que no podía ser de otra forma.

—Señora, le dejo las maletas aquí, en la puerta. ¿Le parece bien?

Me giro hacia el hombre corpulento que me ha traído hasta Rose Hill.

—Sí, claro. Muchísimas gracias.

Y entonces se marcha, y West me mira con intensidad.

—Ven aquí, cara bonita.

Extiende un brazo y, en un abrir y cerrar de ojos, recorro la distancia que nos separa. Apoyo la cabeza en su pecho y le rodeo el torso con los brazos. Él me estrecha contra su cuerpo firme y esa sensación regresa.

«Hogar».

—No quiero volver a irme nunca más.

Me acaricia la nuca y se ríe por lo bajo.

—Eso me parece un poco exagerado. ¿Cómo vamos a irnos de vacaciones?

Se me escapa una risa entrecortada mientras me acurruco contra su esternón y dejo que el latido de su corazón me calme.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Entonces no tienes por qué irte. En serio, lo que quieras. Es todo tuyo. Yo. Este lugar. El futuro. Solo dime qué quieres y yo haré todo lo que esté en mi mano para dártelo.

Suelto un suspiro mientras asimilo sus palabras. «El futuro». Es lo que más deseo en este mundo: un futuro con él.

—Quiero meterme en la cama contigo, pasar toda la noche desnudos, y que solo paremos para que me prepares alguna de tus variedades rarísimas de sándwiches de queso a la plancha.

—¡Pasar la noche desnudos! —suelta Cherry.

West se parte de risa.

—Me encanta este loro, te lo juro.

—Pero ahora tiene que irse a dormir, o va a acabar hablando aún peor de lo que ya lo hace.

West me suelta y da un paso atrás.

—Vamos, Cherry, a dormir —ordena. Extiende la mano y ella salta a su brazo sin rechistar ni decir ninguna palabrota.

Observo cómo la devuelve a su jaula mientras le susurra que la sacará para la ronda nocturna.

Creo que nunca me ha puesto tan cachonda como ahora.

Por eso no espero. Lo cojo de la mano sin decir ni una sola palabra, por miedo a que nos haga perder el tiempo, y dejo que me lleve escaleras arriba, con la luz del atardecer inundando toda la casa.

Cuando llegamos al dormitorio principal, salta a la vista que ha estado preparándolo todo para mi regreso. Las ventanas están entreabiertas y las cortinas de lino ondean sobre el suelo de madera. La cama está impecable, como si hubiera alisado hasta la más ínfima arruga del edredón azul y blanco. Está todo tan limpio que hasta puedo oler el jabón de la ropa en la brisa suave.

Cierro los ojos un momento e inhalo su aroma característico: ese ligero toque a pino que siempre flota en el aire aquí, en Rose Hill.

«Hogar».

Se vuelve hacia mí y me pierdo en el azul de sus ojos, que brillan cargados de deseo. Y de amor.

—Desnúdate.

Me muerdo el labio y arqueo una ceja.

—¿No has tenido suficiente con las fotos?

—Contigo nunca es suficiente. En lo que a ti respecta, soy un codicioso; siempre quiero más y más. —Se acerca y recorre el dobladillo de mi camiseta con el pulgar, como si dudara entre quitármela con cuidado o arrancármela a lo bestia—. Desde que te has marchado, ha sido como si me faltara el aire. —Se fija en sus dedos, sin soltar la tela—. Nunca me he sentido así antes. A ver, a veces me pasa cuando los niños no están, pero que me ocurra contigo... ha sido...

—Como si fueras mi fan número uno. —Le acaricio el antebrazo para tranquilizarlo. West es más de hechos que de palabras, por eso sé que abrirse así le debe de estar costando lo suyo.

—No, Skylar. —Levanta la vista de golpe y me mira fijamente—. Es como si estuviera enamorado de ti.

Dejo escapar un jadeo entrecortado. West no podía respirar cuando yo no estaba, y ahora la que no puede hacerlo soy yo.

—¿Como si estuvieras enamorado? —Me tiembla la voz.

—No, no hay ningún «como». No hay dudas. Lo tengo clarísimo. Te quiero, Skylar Stone. Creo que me enamoré aquel día en la carretera secundaria. Desde el primer instante en que te vi.

Parpadeo. Pienso. E intento asimilar sus palabras. No creo que nadie me haya querido nunca así. Con esa seguridad. Sin condiciones.

Y yo tampoco sabía lo que era querer así a alguien.

Hasta que lo conocí a él.

Apoyo las manos en su pecho y las deslizo hacia arriba hasta entrelazarlas en su nuca.

—Pues menos mal. Porque no soportaría estar tan enamorada de ti como lo estoy y que tú no sintieras lo mismo por mí.

Entonces lo beso.

Me entrego por completo. A él. A nosotros.

De pronto, todo parece encajar en mi mundo. Soy consciente de que no es así, pero saber que West me quiere hace que mis problemas (mis padres, los derechos de autor, la ansiedad...) no parezcan tan insalvables.

En sus brazos, todo es mejor.

Nos desnudamos el uno al otro con una lentitud que roza la tortura. Cada contacto de su mano sobre mi piel me provoca un escalofrío que me recorre entera.

Cada caricia es una muestra de devoción. Cada palabra, tierna. Cada mirada, una promesa.

West y yo hemos follado muchas veces, pero esta vez no es lo mismo.

Y empiezo a sospechar, por muy cursi que parezca, que estoy a punto de hacer el amor por primera vez en mi vida.

Una vez desnudos, con la ropa esparcida por el suelo, nos tomamos un momento para mirarnos. A plena luz, sin el menor rastro de timidez entre nosotros.

Su cuerpo es pura fuerza, duro, masculino y grande. No hay nada refinado en West, y eso fue lo que primero me atrajo de él.

Hasta que descubrí al hombre que hay debajo y conocí su corazón. Su mente. Es mucho más de lo que parece a simple vista.

Me sujeta la cabeza con sus manos enormes y me besa mientras me hace retroceder hasta la cama. Caemos sobre las sábanas limpias y suaves, que todavía conservan el calor del sol. Son casi tan deliciosas como el peso de su cuerpo sobre el mío.

Baja una mano por mi cuerpo, explorando con calma, con destreza. Me arquea hacia él cuando llega a un pecho. Primero lo abarca, lo aprieta y luego tira suavemente del pezón. Sigue bajando mientras busca con la boca el otro.

Me lo chupa, lo lame, lo mordisquea. Me hace ver las estrellas, antes de moverse al otro y prestarle la misma atención.

—West, West... —Repito su nombre entre jadeos mientras se ocupa de mi cuerpo. Joder, ni siquiera me ha tocado el clítoris ni me ha penetrado y ya siento que podría correrme. Me tiene excitada como nunca.

—¿Sí, cara bonita? —Recorre con los labios el espacio entre mis pechos.

—Creo que... que...

Me roza el interior del muslo con un dedo, dibujando círculos, y se me olvida por completo lo que iba a decirle.

—¿Crees que te vas a correr? —pregunta mientras me mete dos dedos de golpe. Bajo la vista y veo mis pechos brillando por su saliva y los pezones completamente erguidos. Me mira con intensidad con esos ojos azules y mueve los dedos en mi interior—. Sí, ya lo creo que te vas a correr.

—¿Cómo lo sabes? —susurro, arqueando las caderas contra su mano.

—Mmm..., porque me pone muchísimo mirarte mientras te corres. Y porque te sube un rubor rosa a las mejillas que me encanta.

Se cierne sobre mí, desciende hacia mi cara y me besa las mejillas.

—Luego te baja por el cuello, por aquí.

Me roza con la boca el punto exacto. Su barba me hace estremecer.

—Te llega al pecho.

Ahora me recorre las clavículas con los labios sin dejar de penetrarme con los dedos con una lentitud desesperante.

—Y después alcanza esas tetas que adoro casi tanto como a ti. —Se ríe por lo bajo y se mete un pezón en la boca. Mi cuerpo responde al instante—. Estoy seguro de que, si lo intentara, podría hacer que te corrieras solo jugando con ellas.

Acelera el ritmo de sus dedos y presiona el pulgar sobre mi clítoris, atrapándome contra el colchón. Echo la cabeza hacia atrás con un jadeo.

—Pero sería una pena no aprovechar esto —me hunde los dedos con fuerza—, viendo lo mojada que estás.

—Sigue... Sigue...

—Lo que tú quieras, cariño. Como te he dicho antes, lo que quieras. —Baja la cabeza y hace eso. No sé exactamente qué es, pero entre la succión divina de su boca, sus dedos llenándome y la presión del pulgar... caigo.

Me enamoro más.

Me desmorono.

Sabe perfectamente qué teclas tocar, es como si estuviera hecha para él.

—¡West! —grito, clavándole las uñas en el pelo mientras tenso el cuerpo bajo el suyo. No se detiene. Sigue llevándome hasta el final, manteniendo el ritmo hasta dejarme completamente rendida en sus brazos.

Estoy al borde del delirio cuando lo veo ponerse de rodillas y abrirme las piernas con suavidad. Está impresionante. Piel bronceada. Una polla enorme. Las mejillas encendidas. El pecho amplio, cubierto de una fina capa de vello, subiendo y bajando mientras me devora con la mirada, como si llevara sin comer una eternidad.

Se agarra el miembro y se pasa la lengua por los labios.

—Espero que esa píldora que tomas funcione, Sky. —Frota el glande hinchado contra mi hendidura—. Porque hoy pienso inundar ese coño con mi semen.

—Joder —siseo—. Sí. Por favor.

Es todo lo que necesita para metérmela. Centímetro a centímetro, en una penetración deliciosa. Muevo la cabeza de un lado a otro. Tras una semana separados, noto que me llena más que nunca, ocupando cada milímetro, como si encajáramos a la perfección.

El contacto de nuestros sexos sin ningún tipo de barrera es... increíble. Adictivo.

Me agarra de los muslos, me levanta las piernas, se retira y vuelve a entrar.

—Joder, estamos hechos el uno para el otro. Me recibes de puta madre, Sky —gruñe, hundiéndose en mí con intensidad y cuidado. Y, cuando llega hasta el fondo, se deja caer sobre mí, apoyado en los codos a ambos lados de mi cara.

Mueve las caderas, y me busca con la mirada mientras me aferro a él, rodeándole la cintura con las piernas y los hombros con los brazos.

Nos besamos, rodamos, y la piel nos arde, sensible a cada caricia, a cada deslizamiento húmedo. Nunca me he sentido tan completa como en este momento.

—Es demasiado —susurro. Y no me refiero solo a lo físico. Me embiste con más fuerza.

—Puedes con ello, Sky.

—Dios... —Cierro los ojos—. Sí. Otra vez.

—¿Otra vez? Estoy intentando ser delicado.

Clavo los ojos en los suyos.

—Sí, lo has sido. Ahora fóllame.

Esboza una sonrisa lenta y cargada de intención antes de retirarse un poco.

—Te he dicho que lo que quisieras, ¿no?

Asiento, relamiéndome mientras decide. Y esta vez, cuando me sujeta los muslos, los empuja hacia arriba hasta casi doblarme por la mitad.

—Joder, mírate. Estás increíble, perfecta —gruñe antes de empujar con fuerza, entrando aún más profundo que antes. No sé si gimo o directamente grito.

Ahora me está follando de verdad. El sudor le perla la frente mientras clava los dedos en mis piernas. Está completamente hipnotizado por la visión de su polla entrando y saliendo de mi interior.

Grito con cada embestida. Ni siquiera soy consciente de lo que digo. La mayoría son sonidos sin sentido que acompañan a sus jadeos y al rítmico azote de sus testículos golpeando contra mi culo mientras me folla con ímpetu.

—Frótate el clítoris, cariño. Deja que vea cómo lo haces.

Obedezco con una mano temblorosa.

—Joder —gimo.

—Otra vez. Sigue hasta que te corras en mi polla.

Lo hago una y otra vez mientras me embiste, y antes de darme cuenta estoy gritando su nombre. No suelo hacer mucho ruido en la cama, pero con West me siento lo bastante segura como para soltarme. Y lo hago. Estallo. Tengo un orgasmo tan potente que hasta veo estrellas de verdad.

—Oh, sí, Dios, sí...

Sus envites pasan de cortos y rápidos a largos, profundos y demoledores. Me tiembla el cuerpo con cada embestida.

Y, tal como dijo, ver cómo me corro es su perdición.

Siento cada latido, cada contracción mientras se vacía dentro de mí. Se le tensa todo el cuerpo.

Es tan excitante.

Casi tanto como cuando se retira para ver cómo me ha dejado.

—Me encanta verte así —murmura, pasando los dedos por mi coño hinchado. El contacto me provoca un escalofrío, a pesar de que estoy ardiendo por dentro.

—¿Qué tal estoy? —bromeo, sin aliento, mirando al techo, con la cabeza todavía dándome vueltas después del mejor polvo de mi vida.

—Estás preciosa —dice. Noto cómo su semen empieza a deslizarse hacia fuera, aunque no por mucho tiempo porque lo recoge con un dedo y lo empuja de nuevo dentro—. Así pareces mía, completamente mía.

—Sí —gimo. Me tiemblan las piernas y me arqueo hacia él.

—¿Tienes ganas de más? Eres insaciable, ¿eh?

—Contigo sí. Nunca me canso de ti.

Añade un segundo dedo y empieza a moverlo entre nuestros fluidos.

—Por Dios... —Mis terminaciones nerviosas vuelven a la vida bajo su mirada.

—Creo que también voy a ver cómo te corres así.

Y lo hace. Durante toda la tarde y toda la noche. Y los únicos descansos que nos tomamos son para comer sándwiches de queso a la plancha con pepinillos.

TREINTA Y CINCO

West

Llevo a los niños detrás y a Skylar a mi lado mientras volvemos a casa del fútbol. Todos llevamos una gorra de los Unicornios Turquesa con Purpurina. Skylar se está partiendo con el resumen dramático que está haciendo Emmy del partido. Por el retrovisor, veo a Oliver absorto en su libro, con una ligera sonrisa.

Nunca me he sentido tan completo.

Va a ser increíble tenerlos a todos bajo el mismo techo. Estoy deseando llegar a casa y preparar un desayuno de fin de semana por todo lo alto: tortitas, patatas *hash browns*, beicon, salchichas, huevos. Debería añadir algo de fruta, teniendo en cuenta que Skylar y yo llevamos días alimentándonos a base de pan y queso.

—¿Sabes ya cuándo es la boda? —pregunta Skylar. Le he contado lo de Rhys y Tabby hace un rato y no para de sacar el tema, como si no terminara de creerse que sea verdad.

—No. Pero es posible que se maten el uno al otro antes de llegar al altar.

—Apuesto lo que quieras a que gana Tabby.

Suelto un bufido. No creo que vaya desencaminada.

—Sería una pena. Me hacía mucha ilusión llevarte conmigo.

Se le escapa una sonrisilla.

—No. Yo soy la que te va a llevar a ti. Mi cita de diez mil dólares.

Veo cómo aparece el nombre de Ford en la pantalla Bluetooth del coche y respondo sin pensarlo, activando el manos libres. ¿Mi mejor amigo llamándome en la mejor mañana de sábado del mundo? Quizá quiere que quedemos para cenar todos juntos con Cora, Rosie y él.

—Hola, tío. ¿Qué tal?

Espero una respuesta despreocupada al otro lado, pero, en cuanto percibo su tono de urgencia, el ambiente en el interior de la camioneta se vuelve glacial.

—West, ¿estás con Skylar? Estoy intentando localizarla, pero me salta el buzón de voz.

Ella gira la cabeza de golpe hacia mí y eso hace que me fije en ella. Ambos sabemos que apagó el móvil anoche y que no lo ha vuelto a encender. De hecho, ahora pasa tanto del teléfono que no me extrañaría que se lo hubiera dejado en casa.

—Estoy aquí, Ford —dice Skylar, con un tono de voz distante, casi ausente.

—Sí, estás en manos libres. Ella y los niños están aquí conmigo. Ford suelta un suspiro pesado.

—Hola, Skylar. ¿Vais de camino a casa? Os veo allí.

Se me encoge el estómago y, a juzgar por cómo se está mordiendo el labio, sé que a ella le pasa lo mismo.

—Ford, ¿pasa algo? ¿Cora y Rosie están bien?

Tarda un par de segundos en responder, como si estuviera midiendo sus palabras.

—Sí, Cora y Rosie están perfectamente. Todo el mundo está bien. Nos vemos dentro de un rato.

Cuelga sin decir nada más, y lo único que oigo es el latido atronador de mi propio corazón. Un silencio incómodo inunda el interior de la camioneta. Estiro el brazo a través de la consola central y le cojo la mano a Skylar; la tiene fría y algo húmeda por el sudor. Subo la música y me concentro en los cinco minutos de trayecto que nos quedan hasta casa.

Cuando llegamos, Ford está sentado en el porche delantero. No se me escapa la mirada nerviosa que me lanza Skylar. Nos bajamos del coche y los niños hacen lo mismo.

—¡Hola, tío Ford! —grita Emmy, corriendo hacia él para abrazarlo. Él se agacha un poco para devolverle el abrazo y luego choca el puño con Ollie. Emmy va a su bola, ajena a la tensión que hay en el

aire, pero mi hijo se ha dado cuenta de que pasa algo; tiene los hombros rígidos y la mandíbula apretada.

—West. Skylar. —Ford nos saluda con un gesto de cabeza—. Skylar, ¿puedo hablar contigo un momento?

Ella aprieta los labios y asiente.

—Ajá.

Miro a Ford, buscando una explicación, pero él niega con la cabeza. Me está diciendo que me mantenga al margen y, aunque tengo la ansiedad por las nubes, decido hacerle caso.

—Muy bien, fieras. Vamos a ir preparando el desayuno.

Le doy un beso a Skylar en la mejilla y le susurro al oído un «Te quiero» antes de meter a los niños en casa.

Los siento en la encimera, de espaldas a la ventana, para poder ver a Skylar y a Ford hablar fuera, como el puto cotilla que soy.

Él le hace un gesto para que se siente, pero ella le corta con la mano y niega con la cabeza. Mi mejor amigo hace una mueca mientras se pasa las manos por el pelo; siempre lo hace cuando está nervioso. Luego empieza a hablar y veo cómo Skylar se queda completamente pálida.

Me da un vuelco el corazón y se me revuelve el estómago. Me muero por saber qué está pasando, pero es evidente que Ford ha pensado que era mejor darle la noticia (sea cual sea) a solas.

Skylar me mira a través del cristal, pero su expresión no revela nada. Cuando vuelve a centrarse en Ford, se cruza de brazos y se yergue, como si quisiera parecer lo más alta posible.

Sigo observándolos mientras bato la masa de las tortitas más de la cuenta. Ollie sigue con su libro y Emmy no para de hablar, pero no escucho ni una palabra de lo que dice.

Mi corazón está ahí fuera, en el porche, con la mujer a la que amo. Veo cómo traga saliva y coge el móvil de Ford.

Luego desliza el dedo por la pantalla.

Parpadea.

Se pasa la lengua por el interior de la mejilla.

Y se lo devuelve.

Ford vuelve a hablar, pero Skylar se ha quedado petrificada. Parece que está en estado de *shock* y tengo que hacer un esfuerzo titánico para no salir corriendo. Lo único que me frena ahora mismo es que mis hijos están sentados justo delante de mí, y si ha pasado algo grave, quiero poder prepararlos antes.

Pero todo mi autocontrol se va a la mierda al ver cómo un sollozo sacude el cuerpo de Skylar y se lleva las manos a la cara. Suelto el batidor y salgo disparado al porche.

Ford se gira hacia mí con los labios apretados en una línea dura y los ojos, siempre tan agudos, ahora llenos de dolor.

—¿Qué cojones está pasando?

Mi amigo me mira con severidad y niega con la cabeza mientras le pasa la mano por la espalda a Skylar, intentando calmarla.

Me acerco a ellos a grandes zancadas, fulminando a Ford con la mirada.

—¿Qué coño le has hecho...?

—West, ahora no es el momento de perder los nervios. —Me conoce lo bastante bien como para saber cómo me pongo cuando alguien a quien quiero lo pasa mal—. Me voy. Si necesitáis algo, avisadme. Y, Skylar, no voy a escatimar en gastos para averiguar qué ha pasado.

Skylar asiente y se aprieta aún más los ojos con las palmas de las manos.

—Gracias, Ford.

Ford le lanza una mirada desolada antes de marcharse, y yo no tardo ni un segundo en estrecharla entre mis brazos. Le tiembla todo el cuerpo y, aunque intento tranquilizarla acariciándole la espalda y dándole ánimos, me doy cuenta de que está empezando a hiperventilar.

—No... no puedo respirar. No puedo... —Se mueve nerviosa, como si no encontrara el aire.

—Sky, claro que puedes. Sé que puedes. Sky, cariño, necesito que cojas aire despacio, hondo.

Hunde la cabeza contra mi pecho, todavía con la cara tapada, y su respiración se vuelve más agónica.

—Vale. Vale —murmuro. La cojo en brazos y la llevo hasta el columpio del porche. La estrecho contra mí como si fuera una niña y nos balanceo despacio, con un nudo en el estómago—. Inspira y cuenta hasta tres... —Yo también tomo aire—. Uno..., dos..., tres.

Da una bocanada de aire.

—Y suéltalo en tres. Uno..., dos..., tres.

No sé durante cuánto tiempo repito el proceso. Al final, su respiración se ralentiza y deja de temblar.

Nos quedamos así un buen rato. Yo sosteniéndola mientras ella se derrumba y haciendo todo lo posible por no preguntarle qué está pasando. Cuando echo un vistazo por encima del hombro hacia la casa, veo que mis hijos se han girado para mirarnos. Los dos parecen angustiados e intento esbozar una sonrisa tranquilizadora, pero lo único que me sale es una mueca desencajada por los nervios.

Al final, Skylar suelta un suspiro exhausto. Vuelvo a mirarla y le acaricio el pelo.

Y entonces habla.

—¿Te acuerdas de las fotos desnuda que te envié? Están por todo internet.

Se le quiebra la voz al decir «internet».

Y, en ese instante, se me rompe el corazón por ella.

TREINTA Y SEIS

Skylar

Por mucho que intente recomponerme y sentarme a desayunar con los niños, no puedo. Aunque estoy más tranquila, sigo sintiendo que me falta el aire. Cada exhalación me duele, y cada inspiración es demasiado débil para mantenerme en pie.

Me aparto de West y le apoyo una mano en el pecho, casi empujándolo.

—Solo quiero sentarme un rato en algún lado. No sé..., junto al lago. Tú ve con los niños.

West suelta un bufido, me aparta la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—No te voy a dejar sola —dice entre dientes antes de asomar la cabeza dentro de la casa—. ¿Os va bien desayunar cereales? Ollie, ¿puedes ayudar a tu hermana? Cambio de planes. Prepararé el desayuno especial para cenar.

Nos llegan sus «¡Sí!» y «¡Vale!» desde dentro. Y al oír sus voces siento cómo se abre otra grieta en mi armadura, que se resquebraja un poco más. Soy incapaz de mirarlos. West me lleva hacia el lago y es entonces cuando me golpea la realidad.

«Se van a enterar».

Se van a enterar sus hijos. Se van a enterar sus padres, tan normales y encantadores. Los amigos y toda la gente que he conocido aquí. Van a ver mi intimidad más absoluta y no puedo hacer una puta mierda para evitarlo.

La vergüenza me cae encima por todas partes. Me aplasta el pecho, los hombros, el estómago. No tengo ni idea de cómo han salido a la luz, pero ya da igual: todo el mundo las va a ver, las va a

compartir, y nunca van a desaparecer del todo de internet. Hice las fotos por diversión, desde el cariño, y ahora están mancilladas.

Y me siento sucia.

Es como si la burbuja de seguridad que había creado aquí hubiese desaparecido de golpe. En Rose Hill me sentía distinta, renacida. Como si pudiera ser una versión nueva de mí misma y el mundo siguiera girando.

Pero esto demuestra que, por mucho que pueda cambiar, nunca escaparé del todo de mi viejo yo. Esa Skylar, y todo lo que arrastra, acabará envenenándolo todo, por mucho que intente alejarme.

Antes de darme cuenta, llegamos al tronco donde a Ollie y a mí nos gusta sentarnos.

«Ollie».

—Joder —susurro, sintiendo cómo se me rompe el corazón en mil pedazos. Una lágrima me cae por la mejilla.

¿Cómo me verá ahora? ¿Cómo me verá dentro de cinco años? ¿Cómo voy a mirarlo a los ojos? ¿Y a Emmy? ¿Qué se supone que debo decirle sobre el mundo? ¿Sobre la fama? ¿Sobre lo que implica ser mujer en los tiempos que corren?

—Joder, joder, joder —exhalo, presa del pánico y de una angustia incontrolable.

He vuelto exactamente al mismo punto en el que estaba cuando llegué a este pueblo: paralizada por saber que mi vida no es mía. Nada es mío; todo lo que hago está destinado al consumo de las masas.

Incluso cuando no quiero que sea así.

West me pone las manos en los hombros y presiona con suavidad para que me siente en el tronco. Me siento rígida, como una de esas Barbies a las que les doblas las piernas a la fuerza.

Se queda cerca, pero sin invadir mi espacio.

Veo de reojo cómo apoya los codos en esos putos muslos de mármol, con los dedos tatuados entrelazados, lanzándome miradas nerviosas. Mantengo la vista fija en el agua. Ahora mismo soy incapaz de mirarlo a la cara.

—¿Qué puedo hacer?

—No hay nada que puedas hacer.

Oigo el gruñido grave que le sale de la garganta y veo cómo tensa y flexiona los dedos, como si se estuviera imaginando golpear a alguien. Pero ese es el problema: no puede sacarme de este lío a base de golpes. El hombre que siempre ha querido protegerme no puede hacer nada ahora.

Estoy segura de que eso lo está destrozando. Pero lo peor es que...

—Esto me lo he hecho yo sola.

Oigo cómo aprieta los dientes mientras niega con la cabeza. Luego me atrae hacia él, me sienta sobre su regazo y me abraza con fuerza.

—Skylar, no digas eso. Tú no las has subido a internet.

—Si hubiera pensado con la cabeza fría, habría visto venir algo así. Estas cosas le pasan a gente como yo.

—Pero eso no significa que sea culpa tuya.

Aprieto los labios. Yo sí me siento culpable. De hecho, la culpa es casi tan aplastante como la vergüenza.

—¿Qué te ha dicho Ford?

Suelto una risa llorosa. Pobre Ford, con lo bueno que es. No está hecho para dar noticias así. Al principio parecía que se le iba a quebrar la voz, pero luego... ha sonado letal.

—Que no iba a escatimar en gastos para borrar cualquier rastro de ellas en internet y averiguar de dónde habían salido.

West asiente.

—Y lo hará. Le sobra determinación para eso.

—No servirá de nada, West.

Suspira, pero en ese suspiro percibo un gemido de dolor. Un pequeño destello de lo mucho que le está afectando. Luego me estrecha con más fuerza.

—Joder, Skylar, no te imaginas lo mucho que siento que te hayan hecho esto.

Sonríó con tristeza, sin apartar la vista del agua. Siento demasiada vergüenza para mirar a la cara al hombre al que amo.
—Yo también.



En un intento de demostrarme a mí misma que todo va bien, decido salir de la finca el lunes por la mañana para comprarle alpiste a Cherry, que se le está acabando. West se ha ido a trabajar a regañadientes porque no quería dejarme sola y, después de todo lo que ha hecho por mí, me niego a encargarle también que se ocupe de mis recados.

No soy tan patética.

Es más, me convengo de que me he puesto la gorra de los Unicornios Turquesa con Purpurina porque soy fan del equipo, no porque quiera esconderme bajo la visera. ¿Y las gafas de aviador? Solo porque hace sol.

El centro de Rose Hill está tranquilo a estas horas, así que me digo que todo irá bien. No he mirado el móvil. Solo he echado un vistazo rápido al correo, pero lo único que había eran peticiones de entrevistas o de declaraciones y mensajes de mi padre y mi representante explicando cómo podríamos sacar rédito de toda esta publicidad. En cuanto los he leído, he cerrado el portátil al instante.

Abro la puerta de la tienda de animales y entro con paso decidido, bajando la cabeza cuando suena la campanilla de la puerta. Ahora mismo no necesito que ningún tintineo anuncie mi llegada. Mi valor no da para tanto.

Recorro los estantes con la mirada hasta dar con la marca que le gusta a Cherry. Con cualquier otra, tira todo el alpiste al fondo de la jaula y grita: «¡Lo odio!».

—Ahí está —murmuro para mí, aliviada, mientras cojo la bolsa del estante. Empiezo a relajarme; parece que esta pequeña incursión al mundo exterior no ha ido tan mal, y me encamino hacia la caja.

Pero todo se va a la mierda cuando me encuentro cara a cara con Bree en la sección de comida para gatos.

Le dedico una tenue sonrisa e intento pasar de largo, pero sus palabras me detienen en seco.

—Lo quiero, ¿sabes?

Me giro, con los hombros tensos, apretando la bolsa de alpiste contra el pecho.

—Va... le —respondo, pronunciando cada sílaba con cuidado.

Bree suelta un suspiro y, cuando me atrevo a mirarla a la cara, no veo rastro de malicia en ella, solo el ceño fruncido por la preocupación.

—Sé que debes de verme como la mala de tu historia, pero no pretendo serlo. Simplemente lo quiero. Siempre lo he querido. Y tenía la oportunidad de estar con él. Hasta que llegaste tú.

Me cuesta disimular la mueca de dolor. Sé lo que es querer a West, y una parte de mí siente pena por ella. Quererlo y tener que renunciar a él debe de ser un infierno.

—Lo siento.

—¿Tú lo quieres? —insiste, con esos bonitos ojos oscuros tan sinceros.

Es una pregunta muy personal, pero respondo de todos modos:

—Sí, lo quiero.

El dolor cruza sus facciones y baja la mirada un instante antes de volver a clavarla en la mía.

—Vas a hacerle sufrir, y seguro que ni siquiera será a propósito. ¿Sus hijos? ¿Su familia? Eso es sagrado para él. Protege a los suyos por encima de todo. Y, por mucho que lamente lo que te ha pasado esta semana, tienes que saber que esto no solo te va a salpicar a ti, sino también a él.

Se me corta la respiración cuando Bree mete el dedo en la llaga de una preocupación que yo misma aún no había sabido identificar. Llevo cuarenta y ocho horas en *shock*. Mi espiral de ansiedad no ha hecho más que empezar.

—Y va a salpicar a esos niños.

Bam. Un disparo directo al corazón. West y sus hijos.

Me humedezco los labios y aparto la vista. No sé qué decir.

Tengo un «Tienes razón» en la punta de la lengua, pero no quiero darle esa satisfacción.

—No pretendo ser... —Se pasa una mano por el pelo y cambia el peso de un pie a otro, como si por fin se diera cuenta de lo surrealista que es esta conversación—. En fin. Da igual. Yo tampoco me caería bien si fuera tú. Solo me preocupo por ellos. Y si lo quieres lo suficiente como para dejarlo ir, yo aún podría hacerlo feliz. West podría ser feliz.

La miro fijamente a los ojos. Sí, debería odiarla, pero sobre todo odio la razón que tiene y cómo ha puesto voz a uno de mis mayores miedos.

Y odio especialmente que se me haya cerrado tanto el pecho que no soy capaz de coger aire para soltarle algo mordaz o ingenioso.

Lo único que hago es asentir, pagar el alpiste y salir por la puerta.

Directamente hacia los objetivos de varios *paparazzi* que me estaban esperando.

TREINTA Y SIETE

Skylar

Después de mi encuentro con Bree y con los *paparazzi*, decido no volver a salir de la finca. En el pueblo donde por fin me sentía libre, donde podía moverme a mi aire y conectar de verdad con la gente, ahora me siento atrapada. Sé que en la finca de West estoy a salvo de las cámaras. Y también de las miradas indiscretas de la gente del pueblo.

Y, aun así, me siento más vulnerable que nunca.

Me encantaría borrar de mi mente la conversación en la que tuvimos que contarles a los niños que, cuando volvieran al colegio, quizá podrían circular fotos mías o escuchar historias sobre mí. Pero West y yo sabíamos que era mejor que se enteraran por nosotros antes que por algún comentario en clase.

Fue horrible. Tener que edulcorarlo todo y presentarlo de una forma que fuera más digerible para un niño. Fue una charla larga y desgarradora, llena de las preguntas curiosas de Emmy. Recuerdo perfectamente las caras que pusieron mientras asimilaban la noticia. La inocencia de sus ojos. El rubor de sus mejillas.

Sus abrazos.

Me derrumbé por completo cuando me abrazaron. De hecho, creo que estoy desafiando las leyes de la ciencia con todo lo que he llorado. Después de años sin derramar una lágrima, ahora parece que soy incapaz de cerrar el grifo.

Estoy destrozada, furiosa... y soy una compañía nefasta.

La idea de enfrentarme a alguien ahora mismo me da escalofríos. Y lo peor es saber que tendré que poner buena cara y pasearme por eventos y dar conciertos como si no hubiera pasado nada. Me tocará responder preguntas incómodas sobre el escándalo.

Así que aquí estoy, sentada junto al lago, dándole vueltas a todo.

Ni siquiera salgo para ver montar a West. No le he contado lo del encontronazo que tuve con Bree porque no quiero añadir otra muesca a la columna de «sentir lástima por Skylar». Además, sé que saldría corriendo a intentar arreglarlo, y ya tiene bastante encima. Pero eso ha tensado las cosas entre nosotros. Hay una distancia que no sé cómo salvar.

No es que quiera castigarlo. Es que sus abrazos, sus caricias y sus palabras de ánimo no encajan con lo que me digo a mí misma por dentro. Y he vuelto a sentir que hay una parte de mí que está convencida de que no merezco su ternura ni su amor incondicional.

Desde que estalló la bomba, he evitado cualquier tipo de intimidad, y él no me ha presionado. Es un caballero, así que pasa las noches abrazándome en vez de follándome.

West tiene una vida maravillosa aquí, y no dejo de preguntarme por qué quiere estar conmigo, cuando lo único que hago es traerle este tipo de mierda a la puerta de su casa. En el fondo, sé que estos pensamientos solo me asaltan por el estado mental en el que me encuentro, y puede que no sean del todo ciertos. Pero la ansiedad es así de caprichosa y no consigo quitármelos de encima.

No puedo librarme de ellos.

Tengo la sensación de que debería estar enfadado conmigo, o decepcionado..., pero no lo está. Se mantiene firme en su cariño y en su amor, y estoy empezando a convencerme de que es una fachada. Que solo es lástima.

«Vas a hacerle sufrir, y seguro que ni siquiera será a propósito».

Esa idea no me deja vivir. Porque me estoy dando cuenta de que soportaría cualquier tipo de dolor con tal de evitar que West y esos niños sufran. Es una carga abrumadora.

Ojalá pudiera irme a dormir y despertar para darme cuenta de que todo esto solo ha sido una pesadilla.

—Como sigas ahí sentada, vas a acabar echando raíces en ese tronco.

Giro la cabeza y veo a Rosie bajar por el sendero estrecho que lleva a la orilla del lago. Va vestida informal, con vaqueros, una sudadera de cuello redondo... y unas sandalias Birkenstock con calcetines; un detalle que intento pasar por alto.

Cuando llega a mi lado, se frota las manos y mira hacia el lago antes de dejarse caer en el tronco junto a mí.

—¿Cómo estás, Skylar?

—¡Ja! —Suelto una risa seca—. Pues ya ves, estoy de puta madre, Rosie.

—Sí, que vulneren tu intimidad es como dar un paseo por el parque, ¿verdad? —Por su tono mordaz, me da la sensación de que ella también tiene su propia historia. Bueno, supongo que todos tenemos una. Suelto un suspiro, sintiéndome un poco más tranquila a su lado.

—¿Tan mal está la cosa? —pregunto.

Ladea la cabeza despacio, como si estuviera sopesando sus próximas palabras.

—No te voy a mentir. Está bastante mal.

Siento un vuelco en el estómago, como cuando bajas a toda velocidad por una montaña rusa.

—Genial. Me encanta mi vida.

—Habría venido antes, pero West se está comportando como un puto lobo protegiendo su guarida. Me dijo que querías estar sola y no me ha dejado venir hasta ahora.

—Sí, es cierto que le dije que quería estar sola.

Resopla.

—Pues se lo ha tomado muy en serio. Está entrenando a los caballos mientras patrulla el perímetro de la finca.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Es un buen hombre. Joder, es el mejor. Me mata que tenga que andar vigilando su propia casa por mi culpa.

—Debería contratar seguridad.

—Ya lo ha hecho Ford.

Aprieto los labios para no echarme a llorar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Asiento rápido; no me fío de mi voz.

—¿Te gusta ser famosa?

—Ahora mismo, no.

—¿Alguna vez te ha gustado?

Suelto un bufido.

—Pues claro. Creo que... sí...

—¿Y qué es lo que te gusta exactamente?

Rosie me observa mientras me devano los sesos intentando recordar en qué momentos de mi vida he sido feliz.

—Me gusta cantar.

—También puedes cantar en una iglesia, Skylar. ¿Qué es lo que te empuja a subirte a un escenario? ¿Vender tu música? ¿Dar entrevistas? ¿Ver y que te vean?

—Yo... —Abro y cierro la boca, buscando una respuesta. No debería ser tan difícil. Estoy tan entrenada para tratar con los medios que podría recitar todas las respuestas que la gente quiere oír.

«Adoro a mis fans».

«Me emociono cada vez que subo al escenario».

«Tengo el mejor trabajo del mundo».

Pero no me lo creo ni yo.

—Supongo que... Supongo que porque es lo que llevo haciendo toda la vida. Y es lo que me dijeron que tenía que hacer. Empecé con concursos de belleza y modelaje, y la cosa fue creciendo.

Rosie asiente, se inclina sobre sus piernas y juega con los guijarros que tiene a sus pies.

—¿Y nunca te han dicho que no tienes por qué seguir haciéndolo? ¿Que eres libre para dejar este trabajo si no te hace feliz?

«Me amarga. Me consume por dentro».

—No —susurro—. Nadie me ha dicho eso nunca.

Rosie se endereza y me mira directamente a los ojos.

—Skylar, a tu edad ya has logrado más que el resto de los mortales en toda una vida. ¿Cuánto dinero necesitas para vivir bien?

¿Para ser feliz?

—No... —Niego con la cabeza—. No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

No le respondo porque no lo sé. Nadie me ha preguntado nunca qué es lo que yo quiero en lo que respecta a mi trabajo.

Me coge las manos entre las suyas y me las aprieta.

—Puedes dejarlo si quieres.

Contengo la respiración.

—Sé que no necesitas mi permiso —continúa—. Pero no hay nada malo en pasar página. Puedes cantar. Puedes grabar y sacar canciones solo para ti, si te da la gana. ¿Y qué si no encabezan las listas de éxitos? No tienes que alimentar esa maquinaria el resto de tu vida. Y menos cuando es evidente que te está destrozando. Podrías quedarte aquí y estar bien.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras le devuelvo el apretón de manos.

Ojalá fuera tan sencillo.

Puede que quedarme aquí fuera lo mejor para mí..., pero ¿y para los demás?

TREINTA Y OCHO

West

Cuando oigo abrirse y cerrarse la puerta de casa, hago una mueca. Luego vuelvo la vista hacia mi hijo, al que he recogido del colegio con el labio partido y un ojo morado.

Él también clava la mirada en la mía un instante antes de volver a bajarla. Emmy está sentada a su lado, en la encimera de la cocina, fulminándome con la mirada, apretándole la mano y dispuesta a defender a su hermano de cualquier bronca.

—Hola, chicos. ¿Ya estáis en casa? —La voz de Skylar llega desde la entrada, pero no desborda esa alegría de vivir a la que me tiene acostumbrado. Es plana, con un ligero temblor.

Suena como la primera vez que se presentó en mi puerta. Como si estuviera funcionando en piloto automático. Como la noche en que a Emmy se le cayó la copa y dejó todo el suelo lleno de cristales.

En cuanto entra en la cocina, se detiene en seco. Abre mucho los ojos y susurra un:

—Ollie...

Pasa por mi lado, donde estoy apoyado en los fogones, y rodea la isla para llegar hasta él. Alarga la mano y recorre con delicadeza el hematoma que tiene en la mejilla y el corte en el labio.

—¿Qué ha pasado?

Mi hijo me mira y luego vuelve a mirar a Skylar.

—Nada. Solo me he peleado un poco.

Se hace un silencio incómodo. Ni siquiera Emmy añade nada a su breve explicación. Los dos quieren protegerla, y mentiría si dijera que no me está destrozando.

—¿Por qué ha sido? Se van a enterar —dice. Le gira la cabeza con cuidado para examinarle mejor el pómulo.

No tiene nada roto, eso ya lo sé. Pero no se lo digo. Verla así, cuidándolo de esa manera, me llega muy hondo.

He visto cómo se ha ido creando un vínculo entre ella y mis hijos. Desde el principio. De forma natural. Como si se hubieran elegido mutuamente.

—Estoy bien, Skylar.

Deja caer las manos y su voz plana se tiñe de rabia.

—No, no estás bien. ¿Qué ha pasado, West? Tienes que ir a ese colegio ahora mismo. Esto no puede quedar así.

Asiento.

—Lo haré. Te lo prometo.

—Lo sé. Pero esto... ¿Por qué no quieres que...?

De pronto se queda callada. Es como si se le encendiera una bombilla sin que yo diga nada. Y me duele ver cómo encaja las piezas.

—¿Ha sido por mi culpa?

Ollie la mira fijamente, sin pestañear.

—No te preocupes, Skylar —interviene Emmy—. Ollie le ha dado su merecido. Tendrías que ver al otro chico. Está mucho peor. Papá nos enseñó a cerrar el puño con el pulgar por fuera.

Emmy le guiña un ojo, como si lo de los pulgares fuera un secreto superespecial.

Desde donde estoy, veo cómo a Skylar se le desencaja la cara.

—Ay, cariño... —Se le quiebra la voz mientras se inclina y lo abraza. Ollie le devuelve el abrazo con fuerza. Sin dudarlo—. Lo siento, cielo. Lo siento muchísimo.

Me escuecen los ojos y siento un nudo en la garganta. Aparto la vista, parpadeando rápido para no venirme abajo.

—Pues yo no. Se ha llevado lo que se merecía —dice Ollie. Suena mayor de lo que es, y también está furioso.

—¿Qué ha dicho? No deberías... No puedes librar mis batallas —responde ella. Se separa de él y lo agarra por los hombros, esperando una respuesta.

—Eso da igual.

Veó cómo Skylar aprieta la mandíbula mientras lo observa. Pensaba que se desmoronaría, pero lo que veo es cómo se blindó con una especie de armadura inquietante.

—Te quiero, Ollie. Espero que lo sepas. Y a ti también, Emmy. No cambiéis nunca. Ninguno de los dos. Habéis hecho que el tiempo que he pasado aquí sea mejor de lo que jamás hubiera imaginado. Soy la chica con más suerte del mundo por haberos conocido.

Luego los rodea a los dos con los brazos y los estrecha en un abrazo desesperado. Mantiene la cabeza baja y ambos se aferran a ella. Estoy casi seguro de oír cómo le susurran: «Yo también te quiero».

Eso es lo que termina de romperme.

Me voy al baño para poder respirar hondo y darles un poco de intimidad.

El momento es demasiado intenso incluso para mí.

Pero lo que de verdad me ha dejado con el corazón en un puño es que sus palabras han sonado demasiado a despedida.



—Voy a matar a ese niño —susurra Mia mientras los niños entran corriendo en su casa para quedarse con ella toda la semana.

—¿Y si lo matamos juntos?

—Y a la dirección del colegio. —A ella también la llamaron ayer, pero fui yo el que recogió a Ollie y luego la puse al tanto al llegar a casa. Conociendo a Mia, sé que esto no se va a quedar así. Si algo tengo claro es que se van a hartar de nosotros—. ¿Qué clase de payaso están criando los Matthew?

—Sigue sin querer decirme qué le soltó ese crío, pero me imagino que tuvo que ser algo bastante grave.

Mia asiente. Desde dentro se oye a Brandon hablando con los niños.

—¿Sabes? En realidad, me siento un poco orgullosa de él. Nuestro pequeño y callado Ollie, repartiendo puñetazos para defender el honor de una mujer. Puede que al final sí que haya heredado algo de ti. —Me da un golpe en el hombro y yo me río—. ¿Cómo está Skylar?

Arrugo la nariz y aparto la mirada.

—Tirando.

Es lo más parecido a la verdad que puedo decir sin contarle demasiado a mi ex. Nunca le he hablado directamente de lo nuestro, pero lo sabe. Mia siempre ha sido muy lista para estas cosas.

—Te hace feliz, ¿verdad? Se te nota. Y los niños la adoran.

Sonrío, intentando que no se note la angustia que se ha apoderado de mí desde que Skylar vio a Ollie ayer. Algo ha cambiado, y procuro no dar demasiadas vueltas a lo que podría significar. No quiero ni planteármelo. Duele demasiado. Así que me limito a responder con un simple:

—Sí.

—Me alegro. Te lo mereces. Dale un abrazo de mi parte, ¿vale? En cuanto acabe con los del colegio, estaré encantada de cargarme también a cualquiera que le haya hecho esto.

—Sí, Mía, pero vas a tener que ponerte a la cola para eso.

Se ríe mientras me doy la vuelta para irme.

—¡Intenta que no te arresten! —me grita con sorna.

Pero ambos sabemos que hay algo de verdad en esa broma.

Una parte de mí espera que Ford no descubra nunca quién le ha hecho esto porque no quiero ni pensar en lo que podría hacerle a quien haya sido.



Skylar y yo nos pasamos la noche haciendo el amor. Dormimos unas horas y luego uno de los dos despierta al otro. Ella se sube a horcajadas sobre mí. Yo desaparezco bajo las sábanas. Hay una

ternura especial entre nosotros. Apenas intercambiamos palabras; nos lo decimos todo con cada caricia.

Pero no es suficiente, porque, cuando me despierto por la mañana, ella está sentada en el borde de la cama, completamente vestida con unos vaqueros desgastados y un top negro palabra de honor. Va perfectamente maquillada y con el pelo alisado de forma impecable.

Se me disparan todas las alarmas internas.

—¿Qué pasa?

Me mira con los labios apretados en una fina línea y sus ojos han recuperado esa expresión vacía y distante que lucían cuando apareció por aquí.

—Me vuelvo a Los Ángeles.

La adrenalina me recorre las venas mientras intento asimilarlo y me incorporo en la cama.

—¿Por qué?

—La gala es dentro de una semana. Tengo que prepararme.

—Pero volverás después, ¿no? —Noto la desesperación en mi propia voz. Sabía que esto pasaría.

—Volveré de vez en cuando para grabar con Ford, pero tendré que irme de gira con este álbum.

Estoy seguro de que me he quedado con la boca abierta.

—¿Y te ha parecido bien decírmelo así? ¿Quién ha decidido que tienes que irte de gira?

Dios, me odio por haberle preguntado eso. Sabía que esto solo era un paréntesis en su vida, que al final se iría. Soy yo el que se puso a soñar con algo más. Le prometí que nunca me interpondría entre ella y su carrera, y lo decía en serio.

Pero, aun así, me jode.

—No creo que haya una buena forma de decir algo así —responde con una voz totalmente plana, como si ya estuviera en otra parte—. A veces las cosas no salen como queremos.

—Eh, eh, eh. De eso nada. —Le hago un gesto con la mano mientras saco las piernas de la cama y me pongo de pie—. Llevo

toda la semana a tu lado, dándote espacio, dejándote hacer esto a tu manera. No te he exigido nada. Pero tienes que explicarme esto de una forma que tenga sentido, porque no entiendo nada.

Me mira con ojos suplicantes.

—Somos una canción de amor, West. Trágica y real a la vez. Pensé que podía ser ambas versiones de mí misma: la Skylar estrella y la Skylar de Rose Hill. Pero si sigo aquí, acabaré arruinándote la vida. No lo haré a propósito, pero pasará. Es lo que implica ser yo. Por favor, no seas otra persona más diciéndome lo que tengo que hacer con mi vida.

La miro, parpadeando, sin palabras. Ella también se pone de pie y me planta cara con el rostro desencajado por la pena. Estoy atónito, aunque en el fondo me lo esperaba. Llevo toda la semana notando cómo se alejaba de mí.

—Te quiero, West. Te quiero lo suficiente como para no cargarme tu vida. Las miradas. Los cuchicheos. Los *paparazzi*. Que se metan con tus hijos. Que les hagan daño... —Se señala el pecho con fuerza—. ¿Todo por estar conmigo? ¿Por mi culpa? —Se le escapa una risa triste mientras niega con la cabeza—. No, no me lo perdonaría nunca, y tú te mereces algo mejor. Sé lo que es crecer bajo el foco mediático. Sé lo que escupe ese mundo cuando termina contigo. Y te aseguro que no quieres eso para tus hijos.

—Pero...

Levanta la mano para interrumpirme.

—Sé lo que vas a decir. Que merezco la pena. Que entre los dos haremos que funcione. Me encanta tu optimismo constante, y espero poder llevarme un poco conmigo cuando me vaya, pero no te confundas: me voy. Puede que ahora me odies; sin embargo, un día mirarás atrás y sabrás que fue la decisión correcta. Mi vida nunca ha sido realmente mía. La tuya sí.

Me limito a mirarla, paralizado en el sitio mientras ella continúa:

—Este lugar es sagrado. No permitas que alguien como yo lo mancille. He viajado por todo el mundo y no he visto un sitio más

bonito que este. Quiero que siga siendo así. Tú y Rose Hill, perfectos, tal y como os recordaré.

Las últimas palabras son apenas un susurro roto.

Odio lo que está diciendo. Lo odio con cada fibra de mi ser. Pero esa inseguridad tan arraigada en mí asoma su fea cabeza y me impide suplicarle que cambie de opinión.

Se ve que no soy motivo suficiente para que se quede, y necesito conservar algo de dignidad si pretendo sobrevivir a su partida. Así que lo único que digo es:

—Te quiero lo suficiente como para desear que hagas lo que sea mejor para ti, elijas lo que elijas.

Le tiembla la nariz y somos incapaces de sostenernos la mirada. Todo esto es un error. Lo sé.

—Mi coche llegará en cualquier momento.

Es como si me pegaran un tiro.

Saber que lo tenía todo planeado me mata, pero me niego a derrumbarme hasta que esté solo.

—Deja que me vista. Te ayudo con las maletas.

Siento cómo me observa mientras me pongo mis vaqueros más cómodos y una camiseta gris oscura. Luego cojo sus maletas y bajo las escaleras. Ella me sigue en silencio.

Nunca me ha dolido tanto comportarme como un caballero y alguien maduro. Mi yo más joven ruge en mi interior, pidiéndome que haga alguna locura, pero es un impulso que he aprendido a ignorar.

Ni me molesto en calzarme. Salgo con las maletas hasta el camino de entrada, donde ya está la jaula de Cherry, cubierta con una manta. Joder, hasta voy a echar de menos a ese dichoso pájaro.

Se me cierra la garganta mientras contemplo mis tierras, todo lo que he construido aquí. Ya no me parece tan especial sabiendo que ella no va a estar.

Para ser alguien que siempre ha sabido mantener sus emociones a raya, ahora me están desbordando por completo.

El sonido de la puerta mosquitera al cerrarse a mis espaldas me indica que Skylar viene hacia mí, pero estoy demasiado dolido para mirarla, demasiado enfadado con el mundo, y me aterra abrir la boca y decir algo que no debo.

Ella, en cambio, se planta delante de mí. Tiene los ojos empañados y juguetea con un sobre de manila.

—Toma esto. ¿Te acuerdas de los pendientes de diamantes? Los vendí cuando volví a Los Ángeles. He ingresado el dinero en dos cuentas de ahorro para los estudios de Ollie y Emmy. Ollie es tan inteligente... —Se le quiebra la voz—. Sé que va a hacer cosas increíbles con esa cabeza y el corazón tan grande que tiene. Y Emmy es pura energía; estoy segura de que se comerá el mundo. Siempre estaré animándolos.

Presiona el sobre contra mi pecho.

—He incluido a Ollie en los créditos de la canción que me ayudó a escribir. Solo fueron unas líneas, pero, de no ser por él, no habría escrito mi primera canción. Aún no ha salido; en cuanto se lance, recibirá derechos de autor durante toda su vida.

—Skylar, esto es... —Miro el sobre. Es demasiado.

—Por favor, quédatelo. Y, por favor, por muy enfadado que estés conmigo, prométeme que solo les dirás cosas buenas de mi tiempo aquí.

«Los niños». Joder, se van a quedar tan destrozados como yo. Aunque nunca les contamos lo de nuestra relación, se han acostumbrado a que ella esté aquí, con nosotros. Esto es justo lo que quería evitarles: gente que viene y va. Inestabilidad. Y aquí estoy yo, haciéndolos pasar por ello.

La culpa me golpea con fuerza y se mezcla con el desconcierto y la angustia que ya me tenían paralizado.

El sobre cae al suelo cuando Skylar se acerca más a mí y me pone una mano en el pecho y otra en las costillas.

—¿Podrías tú también intentar recordar solo lo bueno? No sé si puedo soportar la idea de que me odies.

—Sky... —Niego despacio, mirando sus ojos color avellana. Se me cierra la garganta por la emoción, así que me quedo callado un momento mientras le acaricio un mechón de pelo y veo cómo las hebras de color bronce se deslizan por las yemas de mis dedos. De pronto me asaltan los recuerdos de ese mismo pelo cayendo sobre nosotros como una cortina cuando se subía encima de mí. Ese mismo pelo en mi almohada. Ese mismo pelo asomando por una gorra turquesa—. ¿No te das cuenta? Nunca podría odiarte. Solo echarte de menos como un loco.

Entonces la beso. Y así, bajo la suave luz del amanecer, nos aferramos el uno al otro y compartimos el beso más agónico de nuestras vidas. Es tierno, desesperado y trágico. Ella suelta un pequeño sollozo y se aferra a mi cuerpo.

Se me cae el alma a los pies cuando oigo el crujido de unos neumáticos sobre la grava del camino de entrada. La estrecho contra mí como si besándola con todas mis fuerzas pudiera hacerla cambiar de opinión, o para borrar ese coche de la faz de la tierra.

Tal vez yo podría ser suficiente para que se quedara.

Pero no lo soy.

Skylar se va.

Y yo me meto en una cama que aún huele a ella... y me derrumbo.

TREINTA Y NUEVE

Skylar

Soy como un maniquí de un escaparate expuesto en medio de un plató. Estoy sentada con elegancia en un taburete, hablando con los dos presentadores del programa frente al público del estudio y una legión de cámaras que no dejan de recordarme que esta entrevista se está emitiendo en directo. Bajo el dobladillo de mi minifalda, las piernas me brillan de una forma antinatural por la cantidad de producto que me han embadurnado y, por mucho que me guste maquillarme, llevo tal capa en la cara que me pesa. Me anula cualquier capacidad de gesticular.

O quizá solo se deba a que me siento vacía por dentro. Llevo días sintiéndome así.

No he llorado desde que me fui de Rose Hill. Es como si me hubiera arrancado el alma del cuerpo y la hubiera sustituido por un robot solo para poder seguir adelante.

No siento nada.

—Estás estupenda —dice la presentadora. No puedo evitar preguntarme si está ciega o si simplemente ha decidido ignorar lo evidente.

Antes de entrar al plató me he mirado en el espejo y he sabido que a West le bastaría una sola mirada para saber que estoy completamente destrozada.

«¿Es que nadie más es capaz de verme de verdad?».

—Gracias —respondo con una sonrisa contenida, alisándome la falda mientras rezo para que no haya ningún ángulo de cámara indiscreto.

Recuerdo lo que me ha dicho mi agente.

«Toda publicidad es buena. Este tipo de exposición mediática solo sirve para hacerte más famosa».

El problema es que no creo que quiera ser más famosa.

—Sobre todo teniendo en cuenta los últimos... acontecimientos —añade.

Ladeo la cabeza y la miro fijamente. Les di a mi padre y a mi agente una lista de preguntas que no pensaba responder, pero presiento que me las van a hacer de todos modos.

—Bueno, estoy encantada con la nominación. No podría estar más orgullosa de este álbum y de esta canción.

—Pero también está lo del escándalo. Ha sido el tema de conversación de todo el mundo. ¿Quieres darnos alguna explicación?

—Usa ese tono tan impostado de presentadora de informativos, como si estuviera realizando algún tipo de periodismo de impacto.

La miro y me pregunto de qué va y por qué ha decidido que esta sea la primera pregunta de nuestra entrevista. Luego miro de reojo al lateral del plató. Ahí están mi padre y mi agente, observando. No quería que vinieran, pero a estas alturas son un pack indivisible, y fueron ellos los que programaron esta entrevista. Estoy demasiado anestesiada como para que me importe su presencia. Echarlos implicaría hablar con ellos, así que prefiero seguir ignorándolos.

Lo único que tengo que hacer es recordarme que Ford tiene esas grabaciones blindadas legalmente, así que sé que no pueden tocarlas. Y, sinceramente, ya me he acostumbrado a tenerlos rondando a mi alrededor como sanguijuelas.

Más vale malo conocido...

Además, mi padre nunca se ha comportado como un padre (lo sé ahora que he visto a uno de verdad en acción), así que mis expectativas con él son nulas. Aun así, me irrita verlo hacerme un gesto con la mano para que diga algo. Cuando estemos a solas, me echará la bronca por haberme quedado en blanco y me soltará el rollo de que mi imagen siempre debería estar intacta. Pero su reacción hace que me pregunte si llegó a pasar mi lista de preguntas prohibidas a la dirección del programa.

He sido demasiado ingenua al pensar que podría volver a ser la de antes sin más. Desde que aterricé, he tenido la sensación de que nada encaja. Es como intentar meterme en unos zapatos que me quedan pequeños.

De pronto, me golpea de lleno lo absurdo que es haber dejado que estén aquí. Haberles dado acceso a mí. Haberme rendido así, como una chica derrotada que vuelve arrastrándose porque su intento de independencia no le ha salido bien.

Puede que ya no tenga a West, pero todavía tengo un cerebro que funciona y lo que aprendí en Rose Hill. Y todo eso se activa de golpe.

—¿Skylar? —pregunta el otro presentador con suavidad—. ¿Estás...?

Sé que va a mencionar que me he quedado en blanco, así que lo corto sin miramientos.

—¿Que si estoy horrorizada porque me hayáis invitado a vuestro programa para que me justifique en una televisión de ámbito nacional como si hubiera hecho algo malo? No soy ningún escándalo. Soy la víctima de una vulneración despreciable de mi privacidad. ¿Y queréis que sea yo la que dé explicaciones?

Se me escapa una risa casi histérica mientras me enderezo y me giro para enfrentarme a los dos presentadores, que empiezan a ponerse rojos.

—Esto —continúo, señalando entre los dos— es lo que hacen los medios, sobre todo con las mujeres. Yo no tengo que hacerme responsable del comportamiento de mierda de otra persona. No le debo explicaciones a nadie. No tengo por qué dar detalles de mi vida privada ni de mis relaciones consensuadas, y mucho menos a carroñeros como vosotros. ¿Sacáis constantemente el tema en busca de morbo? ¿Hurgáis en ello? Entonces sois tan culpables como quien filtró esas fotos. Lo estáis perpetuando.

—Skylar... —El hombre intenta calmarme mientras la mujer va adquiriendo un tono rojo oscuro de lo más satisfactorio. Como el de

mi pintalabios favorito. El mismo que mi agente calificó como «demasiado de zorra» para esta entrevista.

Que les den a todos.

Veo la cara rubicunda de mi padre y a mi agente negando con la cabeza frenéticamente, pero me da igual. Me siento como Cherry el día que voló entre West y yo.

Es imposible olvidar lo que se siente al volar.

—No. —Echo la mano hacia atrás y me arranco el micrófono, que cae al suelo con un tirón seco—. Se acabó la entrevista. ¿Queréis subir la audiencia? —Veo a los cámaras y a los productores gesticular como locos. Esta última parte no saldrá con el mismo sonido, pero eso no impedirá que se propague como la pólvora por internet. Y esta vez no le pediré a Ford que mueva un solo dedo para detenerlo—. Podéis citar esto: iros a tomar por culo.

Dicho eso, giro sobre mis tacones de ocho centímetros y salgo del escenario con paso firme, directa hacia mi padre y mi agente. Uno está pálido como un muerto; el otro, rojo como un tomate, a punto de estallar. Alzo la mano para interrumpirlos antes de que me digan nada.

—No quiero oír ni una sola palabra. —Miro a mi agente—. Estás despedido. —Luego me vuelvo hacia mi donante de esperma—. Tú también estás despedido y fuera de mi vida. No quiero volver a verte nunca más.

Aprieta la mandíbula, intentando tragarse la rabia.

—Skylar, estás teniendo una crisis nerviosa.

Suelto un resoplido. Ahí está, una luz de gas de manual. Ahora lo veo claro.

Lo veo a él tal cual es.

Y me veo a mí misma por fin. La mujer en la que me he convertido.

Una mujer dueña de sí misma.

—No, papá. Estoy teniendo un despertar. La crisis ya la tuve y fue una puta mierda. Esto es mi renacer. Y tú ya no eres mi padre ni mi

representante. No eres nada sin mí, y eso es exactamente lo que te mereces. Ya te llamarán mis abogados.

Digo esto último con especial énfasis, aunque aún no tengo abogados. Pero en cuanto salga de aquí pienso contratar a los mejores.

Abandono el estudio con nada más que mi bolso y mi orgullo. Paso del coche con chófer y me meto en un taxi. Cuando arranca, suelto un suspiro y saco mi desfasado móvil con tapa. La primera persona a la que llamo es a Ford Grant.

Contesta al primer tono con un: «¡Joder, Skylar, así se hace!» y al instante sé que está viendo el programa. Ford nunca me ha dicho lo que tengo que hacer; solo me ha dado las herramientas para que lo haga yo. Siempre le estaré agradecida por haberme concedido una oportunidad.

—Necesito un favor.

—Lo que sea.

—El número de los abogados más despiadados que el dinero pueda pagar.

—Le diré a Belinda que te llame.

Sonrío. ¿Cómo no iba a tener Ford a una abogada de las que van a degüello? Él no se anda con tonterías.

Y yo tampoco. Ya no.

—Hay algo más que tengo que decirte —añade—. Y no te va a gustar.

—Ford, después de estas últimas dos semanas, dudo que nada pueda ser peor. Dispara.

—He hablado con la persona que contraté para que investigara lo de las fotos. Han descubierto que el hackeo y la filtración llevan directamente hasta tu agente.

Se me corta la respiración. No decimos nada, pero ambos sabemos que eso significa que mi padre también está implicado. Esos dos son uña y carne.

—Bueno, menos mal que acabo de despedirlos a los dos.

Lo oigo suspirar.

—¿Qué más puedo hacer por ti?

—Ya has hecho suficiente. Que Belinda me llame y pásame todas las pruebas. A ver de qué es capaz. He estado paralizada demasiado tiempo. Estoy lista para luchar.

—Ten en cuenta que con esto también podrían estar incumpliendo tus contratos anteriores.

Ahora sí que sonrío de verdad.

—Fotosíntesis, Ford. Voy a convertir toda esta mierda en una victoria.

—Bien... —Su voz se apaga y sé que tiene otra pregunta en la punta de la lengua—. ¿Puedo contárselo a West?

Se me encoge el corazón al instante. Solo con oír su nombre me quedo sin aliento.

—Sí, claro. ¿Cómo está?

—Hecho polvo, pero esto le ayudará.

Si no estuviera tan triste, me reiría. Ford no es de los que se andan con rodeos.

—Vale —digo antes de colgar, con una dolorosa opresión en el pecho.

Luego observo la ciudad pasar como un borrón mientras empiezo a hacer planes para arreglar mis errores, recuperar el control y preguntarme qué quiero de verdad en esta vida. Al poco, noto cómo me invade una chispa de optimismo; algo que me recuerda a West.

Y entonces se instala en mí algo más fuerte: una sensación de seguridad, de poder. Me pregunto si así es como se sintió Cherry el día en que desplegó las alas.

Porque es algo increíble.

Y esto no ha hecho más que empezar.

CUARENTA

West

—Buen caballo —suelta Ford mientras se deja caer en el mismo sitio donde se sentaba Skylar. Tengo que morderme la lengua para no gritarle que se quite de ahí.

Si lo hiciera, parecería un auténtico desquiciado.

No sé si es por la falta de sueño o por no estar comiendo apenas, pero esta semana, sin los niños aquí, no me he cuidado nada.

Echo tanto de menos a Skylar que es como si tuviera la gripe. Me duelen hasta los huesos. Todo ese optimismo que tanto le gusta de mí no aparece por ninguna parte.

Estoy perdido.

Los caballos son lo único que hacen que me sienta un poco mejor.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tiene este caballo para que sea tan bueno, Ford? —le pregunto desde el lomo de la yegua que Skylar me vio empezar a adiestrar hace apenas unas semanas. Ha ido mejorando cada día y estar pendiente de ella me ha ayudado a sentirme un poco menos hundido. No puedo decir que esté bien de verdad, pero ver sus avances y cómo se deja domar ha sido una pequeña victoria en estos días tan sombríos.

—Pues... —Ford titubea, ladeando la cabeza de un lado a otro. No tiene ni puta idea de caballos, y tampoco es de los que se sientan a hablar de sus sentimientos. Recuerdo cuando me contó que Rosie y él estaban juntos. Soltó la bomba sin tacto alguno y con un lenguaje corporal de lo más forzado.

Ahora está haciendo lo mismo.

—¿Tiene... un pelaje bonito?

—¿El pelaje? ¿Te gusta su pelaje? —pregunto con una risita, que me suena extraña hasta a mí.

—Sí, claro. Da igual. Solo estaba intentando ser amable, normal y todo eso.

Insto a la yegua a avanzar, deteniéndola frente a Ford, junto a la valla de la pista.

—No te está saliendo muy allá que digamos.

—Ya lo sé. Soy un capullo y un bicho raro, pero lo he intentado. Ahora sí me río de verdad.

—Ford, somos amigos desde hace más de veinte años. ¿Por qué intentas ser algo que no eres?

Traga saliva y me mira con esos ojos verdes suyos.

—Porque nunca te había visto así y no sé qué coño hacer.

Me humedezco los labios, aparto la mirada y me encojo de hombros con fingida indiferencia.

—Está bien, no pasa nada. Lo superaré. Siempre lo hago.

Se recuesta contra el respaldo de las gradas, con ese aire despreocupado y un poco desaliñado, y apoya los codos en la tabla que tiene detrás.

—No, no me refiero a eso. Ya te he visto triste otras veces. Lo que no había visto nunca es que tiraras la toalla tan fácilmente. Es patético.

Me quedo de piedra. Luego me enderezo y mi voz se vuelve gélida.

—¿Qué has dicho?

Sacude un pie con cara de asco, intentando quitarse restos de estiércol de la suela de su carísima bota.

—¿Lo superarás? No me jodas, West. Eso suena a rendición. ¿Dónde está tu espíritu de lucha? ¿Qué le ha pasado al tío que se liaba a hostias en cuanto alguien miraba mal a su hermana pequeña?

—Vamos, los dos sabemos que ya no soy así.

—¿Y por qué no? Hay un momento y un lugar para ese tipo de pasión. Y esto... esto, West —señala el suelo delante del caballo—, es ese momento. Siempre estás luchando por todo el mundo: por tus hijos, por tu hermana, joder, hasta por mí. ¿Y por ti qué?

Parpadeo.

—Te estás metiendo de lleno en tu papel de capullo, ¿no?

—Alguien tiene que hacerlo. Todo el mundo está tan ocupado sintiéndose mal por ti que les da miedo decirte la verdad.

Aprieto los dientes. Odio esto. Odio todo lo que Ford me está diciendo ahora mismo.

Lo odio porque tiene razón.

Lo odio porque consigue que me odie un poco más de lo que ya lo hago.

—Los mejores amigos no se quedan sentados viendo cómo el otro se jode la vida. Tómame esto como un toque de atención serio. Sabes que soy una persona reservada y que no suelo meterme en la vida de los demás. Por eso no te he dado la brasa con lo de Skylar. Pero créeme, sé lo que es estar colado por alguien durante años. Sé lo que duele ver cómo se marcha y empieza una vida nueva. Y es una auténtica mierda.

Pavor. Me invade el pavor más absoluto y lo único que pienso es...

«¿Qué cojones he hecho?».

—La he cagado. —Se me quiebra la voz y me paso una mano por la cara—. Estaba tan seguro de que se iría... Y al final se fue. Me pidió que la dejara marchar. Estaba tan convencida... Y es como si... como si me lo hubiera buscado yo solo. Debería haberlo visto venir y actuar de otro modo.

—Eres nuevo en esto de las relaciones a largo plazo en las que de verdad deseas estar. Pero deja que te diga algo que tengo clarísimo: no quieres a alguien solo cuando todo es cómodo o fácil. Lo quieres cuando todo es una puta mierda y el mundo se desmorona a tu alrededor.

—¿Has sacado esa frase de alguno de tus libros de poesía emo?

Me mira y pone los ojos en blanco mientras intento ocultar la avalancha de emociones que siento con una pulla sobre sus gustos literarios de adolescente.

—Skylar se ha pasado la vida esperando que la gente le falle. Está tan acostumbrada que ni siquiera se lo toma a mal. Pero yo sí. Ella

se merece algo mejor. Y ¿sabes qué, West? Tú también.

La idea de que Skylar dé por sentado que siempre la van a decepcionar me desgarró por completo. Lo que me ha dicho Ford me ha dado de lleno, es como si me hubiera leído el pensamiento. Como si supiera todas las cosas que me digo a mí mismo cuando estoy solo.

«No te la mereces. Siempre ha estado fuera de tu alcance. Ya se te pasará».

Pero esa última frase es mentira. Skylar es mi alma gemela. Mi vida nunca podría ser mejor sin ella. Me he condenado a una existencia de miseria por respetar sus deseos.

—Te conozco. Y eres el cabrón más duro y trabajador que he visto jamás. Así que deja de compadecerte y empieza a comportarte como el hombre que eres. Ve a luchar por ella. —Dicho esto, se pone en pie, se limpia las manos en los pantalones, como si el simple hecho de estar cerca del establo lo hubiera ensuciado, y se da la vuelta para marcharse.

Pero antes grita por encima del hombro:

—Ah, por cierto, su padre y su agente hackearon su correo y filtraron las fotos. Esta mañana ha reventado un programa matinal en directo. Ha despedido a todo el mundo. Es tendencia en todas las redes sociales y estoy seguro de que este fin de semana va a ganar el premio al que está nominada.

«¿Cómo?».

—¿Y por qué coño no has empezado por ahí?

—Porque primero quería ser un poco capullo.

La cabeza me da vueltas. Quiero matar a su padre. Quiero chocar los cinco con Skylar con todas mis fuerzas. Quiero verla ganar ese premio.

La quiero a ella.

No me lo pienso dos veces antes de gritarle a la figura de Ford que ya se aleja:

—¿Me prestas tu jet privado?

Casi puedo imaginarme la sonrisa de satisfacción en su cara de capullo cuando responde:

—Tiene el depósito lleno y está listo para despegar cuando tú quieras.

CUARENTA Y UNO

Skylar

¡ÚLTIMAS NOTICIAS! Skylar Stone va a ganar
esta noche. Lo sé.



Inspiro hondo por la nariz contando hasta tres y suelto el aire por la boca en otros tres. Pero las mariposas que se estrellan contra mi pecho parecen no enterarse y siguen a lo suyo.

No es la primera entrega de premios a la que asisto, pero sí la primera cuyo resultado me importa de verdad. Quiero ganar. Lo deseo tanto que duele.

No por la fama ni por lo que podría significar para mi carrera de ahora en adelante.

Solo quiero ganar para demostrármelo a mí misma. Para demostrar que soy capaz. Que puedo crear algo por mi cuenta que merezca un premio. Que, con mis propias letras, un estudio pequeño y mucha pasión, soy digna de lo que hago.

Que no todo en mi vida ha sido una farsa.

Es el punto final que necesito para cerrar mi historia. Para demostrar que, por mucho que lo hayan intentado, no han podido conmigo.

La limusina avanza por la fila de la alfombra roja. Saco el espejito del bolso de mano para retocarme el pintalabios rojo por última vez.

Hoy no estoy para tonterías. Estoy en modo «mujer fatal» absoluto, y me da igual lo que piensen de mí.

El coche de delante avanza hasta la zona de bajada y me digo en voz baja:

—Tú puedes, Skylar. Eres la puta ama.

Como no hay nadie más aquí para decírmelo, me toca ser mi propia animadora.

Ford me estará esperando en la entrada, ya que viene con su padre (su banda actúa esta noche), así que al menos no tendré que recorrer la alfombra roja sola.

Estoy segura de que también estarán mis expadres y mi exagente, fingiendo que todo va de maravilla en el mundo de Skylar Stone. Pero se van a llevar una sorpresa cuando Belinda les meta un buen puro por no haber actuado en interés de su representada.

En ese momento me sentaré en primera fila, con una copa de champán en la mano, y veré cómo se hunden.

El panel de separación baja.

—Somos los siguientes, señorita —anuncia el chófer—. Bajaré a abrirle la puerta. Los de seguridad ya están en su sitio.

Asiento al hombre a través del retrovisor.

—Gracias.

Me seco las palmas húmedas en mi vestido rojo de Oscar de la Renta. Es impecable, elegante y transmite poder. No me lo eligieron ni mis padres ni mi agente. Y tampoco buscaba proyectar ninguna «imagen»; simplemente me gustó.

—Muy bien —dice el chófer con una sonrisa amable mientras me abre la puerta—. ¿Lista?

Le devuelvo la sonrisa.

—Ya lo creo.

—Mucha suerte, señorita Stone. Estaré animándola.

Asiento en señal de agradecimiento, apreciando ese último voto de confianza, y salgo al caos. El sol brilla con fuerza, pero los *flashes* de las cámaras brillan más.

Se me tensan los hombros y me armo de valor para seguir adelante.

«Odio esto».

Y de pronto... me siento aliviada. Aliviada de poder admitir por fin que odio este circo. Esta farsa. Esta vida.

Parpadeo una vez y subo la rampa con una sonrisa natural; no me duelen las mejillas, no estoy fingiendo.

Pienso disfrutar al máximo este paseo por la alfombra roja.

Al fin y al cabo, pretendo que sea el último.

—¡Skylar!

—¡Señorita Stone!

—¡Skylar!

Me llaman por todas partes, pero los ignoro. En mi cabeza, lo único que oigo es el suave chapoteo del lago y el canto de un colimbo mientras flota en el agua. Eso me ayuda a centrarme..., hasta que noto una mano en la espalda.

Me giro, esperando ver a Ford.

—Ah, ya estás aq...

Me detengo en seco al encontrarme con unos ojos azules que reconocería en cualquier parte.

—West... —susurro, devorándolo con la mirada, como si fuera una especie de espejismo cruel.

«Está aquí».

Está espectacular con esmoquin. El pelo bien peinado. Y una barba de tres días con la longitud justa para no parecer demasiado arreglado.

«Está aquí».

Es justo lo que necesitaba ver. Y, aun así..., me quedo sin palabras.

«Está aquí de verdad».

Estoy alucinada.

Me agarra por la cintura con aire posesivo mientras inclina la cabeza hacia mi oído.

—¿Sorpresa?

Un escalofrío me recorre la espalda y no dudo ni un segundo en girarme hacia él. No quiero más que estar cerca de él. Tocarlo.

—Estás aquí... —es lo único que acierto a decir con lo confundida que estoy.

Me dedica una sonrisa cálida, que me hace sentir a salvo. Una sonrisa solo para mí.

—Sí, aquí me tienes.

—¿Cómo es que has venido?

Se le marca un hoyuelo en la mejilla.

—¿En serio creías que tu fan número uno no iba a estar aquí para ver cómo su chica se lleva el premio?

—Aún no he ganado.

Me recorre la cara sin prisa, absorbiéndome como si yo fuera agua y llevara días varado en el desierto.

—Lo harás.

La forma en que West cree en mí siempre consigue dejarme sin aire.

Me acerco un poco más hacia él, en busca de su calor a pesar de la temperatura.

—Yo... —Se me quiebra la voz y parpadeo deprisa para contener la emoción. Me niego a llorar en la alfombra roja a la vista de todos—. Te he echado de menos.

Niega despacio, con los ojos más brillantes de lo normal.

—Yo también, cara bonita. Yo también. —Me atrae hacia él, delante de las cámaras, de los fans y de gente gritando mi nombre, y me abraza como si fuera suya.

Porque lo soy.

Y a ninguno de los dos nos importa que nos estén mirando.

—Lo siento. Siento muchísimo haberte dejado cruzar esa puerta —murmura contra mi pelo—. Me quedé bloqueado. Debería haber insistido más, luchado por ti. Me centré en mi propio dolor, en lamerme las heridas en vez de decirte la verdad: que me da igual lo que venga, osos, *paparazzi*, momentos horribles... Tú y yo somos un equipo, Skylar. Eres mi persona, mi alma gemela y nada va a cambiar eso.

Trago saliva para contener las lágrimas.

—Tú también eres mi persona. Me siento fatal sin ti.

Aspira mi olor y yo me acurruco contra él, sabiendo que le estoy manchando la solapa del esmoquin de maquillaje, pero sin que me importe lo más mínimo.

—Pero ¿y los niños? Ellos...

Me aparta un poco, me sujeta por los hombros y se inclina para mirarme a los ojos.

—Estarán bien, nos encargaremos de que lo estén. Todo es mejor cuando lo hacemos juntos, ¿no crees?

Aprieto los dientes y asiento, mirando a este hombre enorme y maravilloso al que puedo llamar mío. Ahora mismo no puedo evitar odiarme por haberme alejado de él.

Se me ha adelantado.

Pero mi plan para esta noche siempre fue volver a él.

Y ahora va a estar aquí para verme hacerlo.

—Sí, siempre es mejor cuando estamos juntos —respondo, sonriendo al repetir sus palabras. Luego me acerco y lo beso directamente en la boca.

Los *flashes* estallan a nuestro alrededor, capturando el momento.

Y, por una vez, no me importa.



—Y las nominadas a canción del año son...

En la pantalla se suceden fragmentos de canciones y videoclips, pero, cuando llega el turno de la mía, la cámara me enfoca en directo. Estoy sentada junto a West, en el asiento que se suponía que era el de Ford.

Hace un rato, después de que Ford comprobara que West y yo nos habíamos encontrado, ha murmurado: «Genial. Ya puedo largarme. No soporto estas mierdas. Veré cómo ganas desde el hotel».

Resulta que no había venido a acompañar a su padre, sino a hacer de celestino.

West me aprieta la mano y me dedica una sonrisa radiante. Yo le sonrío también y agacho la cabeza, con un deje de timidez. Noto cómo se me encienden las mejillas mientras la voz desde el escenario continúa con las demás canciones nominadas.

—No te pongas nerviosa. Vas a ganar.

—¿Cómo lo sabes? —le susurro.

Se encoge de hombros.

—Simplemente lo sé.

No sé qué responder a eso, así que apoyo la cabeza en su hombro ancho y le aprieto la mano con todas mis fuerzas.

Y entonces llega el momento.

—Muy bien, allá vamos. —Se oye el rasgar de un sobre por los altavoces—. Y el premio es para... ¡Skylar Stone por «Fotosíntesis»!

Me quedo completamente paralizada. Solo reacciono cuando West se levanta de un salto, exultante, y me estrecha en el abrazo más fuerte y feliz del mundo.

—Lo has conseguido. Joder, lo has conseguido. Estoy tan orgulloso de ti —me grita al oído, por encima del estruendo de los aplausos que nos rodean.

Los dos nos giramos cuando alguien grita un entusiasta «¡Esa es mi chica!» desde varias filas más atrás.

Mi puto padre.

West se tensa al instante mientras le lanza una mirada asesina, pero yo le doy un toque suave con la mano.

—Ni se te ocurra darle esa satisfacción. Es patético, y todo el mundo está a punto de saberlo.

Dicho esto, beso a mi hombre, alzo la cabeza y camino hacia el escenario.

Intercambio abrazos y agradecimientos mientras recojo el premio y, cuando suelto un profundo suspiro frente al micrófono del atril, los aplausos se apagan.

—Guau, esto... —Recorro el auditorio con la mirada, saboreando el momento. Quiero grabarlo en mi memoria para poder contárselo algún día a nuestros hijos—. Es un honor increíble. Llevo soñando con esto desde que era una niña. Y no me refiero solo a ganar un premio, porque eso ya lo he hecho antes. Me refiero a ganar un premio por algo de lo que estoy tremendamente orgullosa, ya que eso sí que no me había pasado nunca.

El teatro se queda en silencio, salvo por algún murmullo aislado.

—Como muchos sabéis, llevo mucho tiempo en esto. Tanto que no recuerdo una época en la que no estuviera actuando. Incluso mi vida personal ha sido, en gran parte, una especie de interpretación. Hace poco me di cuenta de que estoy muy muy cansada de fingir. Este nuevo álbum... no es una actuación. Es algo hecho desde el amor. Es orgullo. Es alegría. Es dolor.

Busco a West con la mirada antes de seguir.

—Me crie en un hogar donde nada de lo que hacía era suficiente, donde cualquier mínimo error se convertía en motivo de reproche, desprecio o maltrato.

Oigo murmullos de asombro del público, pero no me detengo. Espero que la música empiece a sonar para cortarme, pero nunca llega.

—Hace poco encontré un refugio en el que mis inseguridades y mis errores no se juzgan, sino que se reciben con amor y apoyo incondicionales. Me ha costado mucho aceptar que merezco esa clase de felicidad. Que lo que dicen los medios sobre mí no define quién soy de verdad. Y ha sido todo esto lo que me ha dado la fuerza necesaria para escribir mis propias canciones y sacar adelante un álbum del que me siento orgullosa de principio a fin. Quiero hacer una mención especial a Ford Grant y a su hija, Cora, dos personas con una generosidad y un talento increíbles. Ese orgullo es lo que me ha permitido entender, por fin, qué estoy dispuesta a aceptar en mi vida y qué no. Ford, me has dado algo de un valor incalculable, algo que ha sido clave para la mujer que hoy está aquí arriba.

Alguien silba en señal de apoyo y sonrío en esa dirección.

—También he conocido a dos niños maravillosos cuya fortaleza y bondad hacen que quiera estar siempre a su lado, y a un hombre que me quiere incluso en mis peores momentos y que, además, es mi fan número uno. West, te quiero.

Alzo el premio hacia él. Tiene las mejillas rojas, pero, aun así, me lanza un beso. Se oyen vítores y gritos, y todas las palabras que había planeado decir fluyen de mis labios.

—Este álbum, y en especial esta canción, hablan de crecimiento, de cambio y de evolución, y del proceso que permite transformar la energía en vida. Este álbum es mi forma de darme permiso para hacer lo mismo. Después de años fingiendo, voy a ser yo de verdad. Voy a coger esta vida, que no me gusta en absoluto, y a convertirla en una que sí me haga feliz.

West vitorea desde su asiento y noto cómo se me llenan los ojos de lágrimas.

—Siempre estaré agradecida por todos los privilegios que me ha dado esta profesión. En cuanto a este premio... Este premio demuestra que soy capaz de hacer cosas difíciles. Que puedo sobreponerme incluso a los intentos más crueles de hundirme. Que sé convertir un montón enorme de mierda en una victoria. Y que no hay mejor momento que este para decir adiós. Gracias por el premio. Gracias por todos estos años en esta industria. Espero que os guste el resto del álbum, porque será el último. Puede que me volváis a ver... o puede que no.

Me encojo de hombros y recorro al público con la mirada, con los ojos empañados.

—Estaré ocupada viviendo la mejor vida posible en un pueblecito entre las montañas canadienses, que ha resultado ser el refugio con el que siempre soñé. Ollie, Emmy —levanto el premio hacia la cámara que tengo delante—, esto es para vosotros. Nos vemos en casa.

Los aplausos empiezan tímidos, pero van creciendo hasta volverse atronadores. Sonrío de verdad, de oreja a oreja, mientras me recojo

un poco el vestido con una mano y bajo las escaleras.

La gente me felicita al pasar. Me estrechan la mano. Me abrazan. Pero todo es borroso, no son más que distracciones. No me interesa quedar bien con nadie. Solo quiero llegar hasta West.

Lo veo. De pie. Aplaudiendo. Sonriendo.

Tan cerca y tan lejos.

Cuando por fin llego a nuestra fila, sale al pasillo para volver a abrazarme.

—¿Lo tenías todo planeado desde el principio?

Sonríó contra su cuello e inhalo su olor.

—Desde que entendí que no podía vivir sin ti y que, si lo intentaba, sería una desgraciada el resto de mi vida. Pero me alegro de que estuvieras aquí para oírlo en persona. Mi vuelo sale esta noche. Iba a volver directamente contigo.

—A casa.

Me aparto un poco y lo sujeto por las mejillas.

—A casa.

Luego vuelvo a besarlo. Con fuerza. Nunca tengo suficiente de él. Sonríe contra mis labios y eso hace que me derrita contra su cuerpo firme.

—¿Te acuerdas de mi nueva regla de no hacer nada que no quiera hacer?

Se ríe mientras un acomodador se apresura hacia nosotros, seguramente para decirnos que nos sentemos.

—Sí.

—No quiero quedarme a ver el resto de la gala. Sácame de aquí cagando leches, entrenador Muslazos.

Me sonrío.

—Con mucho gusto.

—Ya nos vamos, ya nos vamos —le digo al acomodador con una sonrisa educada mientras West me coge de la mano para guiarme hasta la salida.

—Sí, nos vamos. —West levanta el dedo índice hacia el chico flacucho—. Pero antes tengo que hacer una cosa.

Frunzo el ceño mientras me lleva varias filas más arriba.

Justo hacia donde están sentados mis padres y mi agente.

Mi padre tiene la cara roja. Otra vez. Está claro que no le ha gustado mi discurso. Aun así, tiene la desfachatez de alargar la mano por encima de West para estrechar la mía.

Y ahí es cuando West ataca.

Le lanza un derechazo seco y brutal, y lo siguiente que veo es la sangre saliendo de la boca de mi padre. Sigo su trayectoria fascinada, a cámara lenta.

Se oyen gritos y jadeos de asombro.

West agarra a mi padre por el cuello de la camisa y vuelve a sentarlo en su sitio como si fuera un muñeco de trapo.

—¿Quieres hablar con mi chica, gilipollas? Pues antes tendrás que pasar por mí. No voy a dejar que te acerques a ella nunca más. ¿Te ha quedado claro?

Parpadeo y me acerco a West, apoyándome en él, como he hecho desde el primer día. No porque lo necesite, sino porque sé que me protege.

Se yergue imponente sobre mi padre, que se tapa la cara con las manos y, a continuación, señala a mi agente.

—Y lo mismo va para ti. Si os cruzáis con ella, quiero que los dos miréis hacia otro lado.

Sé que no debería estar disfrutando de una escena así, pero mi padre está teniendo justo el día que se merece. Y me doy cuenta de que quiero aún más a West por esta vena protectora suya tan salvaje.

Cuando se endereza, se da un tirón de las solapas para alisarse la chaqueta y me coge de la mano.

—Venga, Skylar, vámonos de aquí.

Y eso es lo que hacemos.

Soy incapaz de dejar de mirarlo mientras me saca fuera del auditorio. Esa forma tan imponente de caminar me deja sin aliento. Y, cuando veo cómo le tiembla el labio en un amago de sonrisa, me acerco un poco más a él y le pregunto:

—¿Qué te está haciendo tanta gracia?

Me mira de reojo y me aprieta los dedos con los suyos.

—Tres.

—¿Tres qué?

Y entonces sonrío.

—Narices.

Suelto una carcajada mientras salimos a la calle.

—No pasa nada, he oído que conoce a un cirujano estupendo.

CUARENTA Y DOS

Skylar

Me quedo mirando fijamente al ganso canadiense. El animal clava sus ojitos negros y brillantes en los míos. Hace varias semanas que regresé a Rose Hill y me moría de ganas por ver a uno de cerca.

—Skylar.

Sonríó al reconocer el tono de advertencia en la voz de West.

—Ese ganso no es tu amigo.

—Entonces ¿por qué tiene esa cara de bueno?

West suelta un resoplido y los niños se ríen. Hemos bajado al lago a hacer un pícnic y, en cuanto he visto al ave, me he quedado fascinada. Las patas tan parecidas a las de un dinosaurio, el cuello largo y elegante... He cogido una galletita salada de la vieja cesta de mimbre y me he acercado a él sin dudarlo.

—Skylar, hablo en serio. Ese ganso me da más miedo que un *grizzly*.

Lo miro por encima del hombro con el ceño fruncido.

—No seas ridículo.

—Solo el sesenta por ciento de los norteamericanos cree que podría vencer a un ganso en una pelea cuerpo a cuerpo. Lo decía el artículo. Búscalo.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué tontería. ¿Para qué iba a pelearme con él? Solo quiero darle de comer. —Pongo voz melosa—. ¿Verdad, pequeñín? Solo quiero darte una galletita.

—Voy a decirle a Cherry que le has sido infiel.

Suelto un bufido, pero lo ignoro y doy otro paso hacia el ganso, despacio.

—Mañana te voy a enviar un titular que diga: «¡Últimas noticias! El animal más cabrón del planeta acaba con la vida de Skylar Stone».

Estoy a punto de soltar una carcajada, pero me contengo en el último segundo para no asustar al ganso. Sigo de espaldas a West. No sé por qué, pero estoy empeñada en hacer esto. Es inexplicable.

—Hola, amigo. ¿Tienes hambre?

—Sí, de sangre.

«Puto West».

Se me escapa una sonrisa mientras estiro el brazo. El ganso arquea el cuello y mueve la cabeza en mi dirección. Y luego, antes de que me dé tiempo a reaccionar, lanza un picotazo y me arranca la galleta de la mano de un tirón.

Chillo y doy un salto hacia atrás del susto, haciendo que todos se partan de risa. El ganso lo pone todo perdido de migas y yo me giro hacia West y los niños con una sonrisa de sabelotodo.

—¡Lo he conseguido! —Levanto los puños como si acabara de ganar una carrera.

Pero el gesto es tan brusco que el ganso se asusta y sale volando, planeando sobre el agua para alejarse de mí.

—¿Lo veis? Ya soy una chica de campo. Amiga de los gansos salvajes. Protectora de los ratones.

—Mientras no te dé por dar de comer a los osos... —bromea West, acercándose a mí y atrayéndome hacia él para darme un beso rápido en la sien.

Inclino la cabeza de un lado a otro.

—A mí me siguen pareciendo monísimos.

Me giro para darle un beso casto en la mejilla y, cuando apoyo la palma de la mano en su pecho, noto que el corazón le late con fuerza, como si de verdad le dieran miedo los gansos.

Luego me aparto y miro a Ollie, que está sentado en nuestro sitio: el lugar donde leemos y donde escribí las primeras líneas de mi primera canción.

Este sitio tiene algo especial, es pura magia.

Me acerco hasta allí y me acurruco a su lado bajo una de las mantas que ha traído de casa. Pasan los minutos mientras vemos a West y a Emmy organizar el pícnic que han preparado: una manta, un par de sillas bajas... Los dos discuten sobre cómo colocar la comida. Miro de reojo a Ollie y veo que pone los ojos en blanco.

No puedo evitar reírme.

—¿Te vas a quedar ahí sentada sin hacer nada? —me pincha West mientras saca un termo de sidra de manzana.

Me recuesto en las raíces del árbol que tengo detrás, le paso un brazo por los hombros a Ollie y suelto un profundo suspiro exagerado.

—Creo que sí. Esta cita me ha costado un dineral.

West entrecierra los ojos.

—No me puedo creer que hayas gastado esa cita conmigo y con los niños —dice, haciendo énfasis en el «y».

Hago todo lo posible por contener la sonrisa. Me lo va a estar recordando toda la vida. Pero lo cierto es que, desde que he vuelto, hemos tenido mucho tiempo a solas. Recibo tanta atención de su parte que ni siquiera me habría hecho falta canjear esa cita. Simplemente me ha parecido el plan perfecto: una tarde fresca de otoño junto al lago con los niños.

Y estoy cansada.

Tengo el cuerpo molido por la clase de equitación que me ha dado antes y la mente agotada por la sesión con mi terapeuta después de eso. Pero tengo el corazón lleno porque, desde que he empezado a escribir canciones, no puedo parar. No sé a dónde me llevará esta nueva aventura, pero me emociona muchísimo haber redescubierto mi pasión por la música.

Mi ansiedad ha mejorado desde que me aparté de la vida pública. Mis padres se han retirado, arrastrándose a sus respectivos nidos de víboras, al darse cuenta de que ya no soy su cajero automático. No sé si recuperaré todo lo que me quitaron, pero cuanto más tiempo paso lejos de ellos, menos me importa.

Incluso la prensa parece haber perdido interés en mí. Lo que hago ahora no vende revistas del corazón. Y, aunque lo hiciera, cada día llevo mejor esos momentos en los que empiezan a asaltarme las dudas. En cuanto aparece esa voccecita interior, he aprendido a decirme que es solo mi ansiedad y a no creérmela cuando intenta decirme cosas que me oprimen el pecho.

Ahora mismo, sin embargo, siento esa opresión por motivos completamente distintos.

Motivos como estar viendo un enorme tarro de cristal que West acaba de sacar de la cesta. El corazón me da un vuelco al fijarme bien. Y, cuando levanto la vista, él me está mirando, apoyado en sus rodillas, sonriéndome, con un aspecto de lo más orgulloso.

—¿Qué es eso?

—Pues un tarro de Skittles, cara bonita.

Vuelvo a mirar. En ese tarro no hay ningún arcoíris de colores.

—Son todos naranjas —digo, señalando lo evidente.

—Claro. Los naranjas son tus favoritos.

Se me escapa una risa temblorosa mientras niego con la cabeza, incrédula.

—¿Y qué has hecho con todos los demás?

Sonríe de lado mientras abre la tapa y me ofrece el tarro.

—Comérmelos. ¿No se nota? Han ido directos a mis muslos.

Nuestras miradas se encuentran, y en sus ojos azules veo ese brillo y esa devoción a los que me he vuelto adicta. El tipo de brillo que me hace reír cada puñetero día. Y el tipo de devoción que le ha llevado a comerse todos los sabores de Skittles, hasta los más asquerosos, durante quién sabe cuánto tiempo, solo para llenar un tarro entero con mis favoritos.

—Esto es... —Me quedo sin palabras mientras cojo unos cuantos caramelos. Luego sonrío al abrir la palma de la mano y verlos ahí. Es un regalo que parece una tontería, pero lo significa todo—. Es demasiado.

—El tío Ford opina lo mismo —interviene Emmy—. Dice que pagaste demasiado por esta cita con nuestro padre.

Ollie se ríe y West solo sonríe.

—Puedes decirle a tu tío Ford que no estoy nada de acuerdo —le respondo, guiñándole un ojo a West—. Además, el dinero fue por una buena causa.

EPÍLOGO

West

Un año después...

Estoy sentado en primera fila. Llevo aquí desde que Doris ha empezado a prepararlo todo en el gimnasio del colegio. Skylar y ella fundaron una organización benéfica para acercar la educación artística a los niños desfavorecidos, y hoy se celebra la gala de talentos para recaudar fondos.

La gente empieza a llegar poco a poco. Mis padres se sientan a mi lado; Ford y Rosie, al otro. Cora va y viene por el escenario y entre bastidores, vestida de negro de pies a cabeza (como siempre), supervisando que todo esté listo.

Hace poco le dijo a Ford que quiere trabajar de técnico de gira, viajando con bandas, y él puso cara de que le iba a dar algo.

Fue glorioso.

En poco tiempo, el gimnasio se llena hasta arriba con gente del pueblo. La misma gente que acogió a Skylar cuando se retiró y que la ha estado protegiendo desde entonces. Al principio, algún que otro *paparazzi* intentó husmear para conseguir una foto, pero enseguida descubrieron que no tenían nada que hacer: hoteles completos y restaurantes que se habían quedado «misteriosamente» sin comida ni bebida.

No duraron mucho. Y ahora vivimos tranquilos en la granja. O todo lo tranquilos que se puede vivir con Emmy empeñada en aprender a tocar la guitarra.

Ollie, aunque sigue siendo reservado, ha empezado a soltarse y a hablar con gente nueva. Poco a poco, sin prisa. Es una evolución

lenta pero constante. Una vez me confesó que quería ser tan valiente como Skylar.

Para mí, siempre lo ha sido, pero verlo florecer ha sido uno de los mayores regalos que he recibido.

Mientras hago un balance de lo increíble que ha sido este último año, de lo llena que está mi vida y de cómo, aun así, siento que todo acaba de empezar, las luces se atenúan y Doris sube al escenario.

—A ver, gracias a todos por venir y por traer las carteras. Os voy a ser sincera: algunas actuaciones valen lo que habéis pagado y otras, bueno, pues no. Pero tenéis que aplaudir igual, ¿vale?

Las risas resuenan en el gimnasio. La acústica es horrible, pero no importa. Todos estamos aquí por una buena causa. Una pequeña comunidad unida. Siempre me ha gustado vivir en Rose Hill, pero creo que no supe valorarlo del todo hasta que empecé a verlo a través de los ojos de Skylar.

—Pero —continúa Doris— este primer grupo es bastante bueno. Por lo visto, una de sus integrantes es muy conocida en ciertos círculos. En otros, siempre será la chica de la nariz rota que decidió quedarse.

Me río mientras me llevo las manos a la boca y grito:

—¡No estaba rota!

—Weston, siéntate de una vez y disfruta del espectáculo. Y los demás también.

Y, sin más, Doris se marcha del escenario.

Al poco, aparece Skylar, con ese vestido de verano tan bonito con naranjas estampadas. Emmy y Ollie la acompañan a ambos lados. Ella los ayuda a colocarse: Ollie al piano y Emmy en el espacio libre junto al micrófono.

—¿Listos? —les susurra.

Emmy sonríe con un entusiasmo casi exagerado y responde con un «¡Sí!» susurrado que se oye en todo el pabellón.

Ollie se sonroja y asiente, mirando las teclas del piano.

Se me hace un nudo en la garganta al verlos prepararse para tocar la canción que ella y Oliver escribieron. Y eso que aún no han

empezado.

Skylar me guiña un ojo y empiezan.

Ollie toca.

Emmy baila.

Skylar canta.

Y yo vuelvo a enamorarme de ella.



«Mirada salvaje» de Skylar Stone

*Todo empezó en una carretera secundaria,
cuando no necesitaba que nadie me salvara.*

*Solo un rumbo distinto que poder seguir,
un nuevo camino por el que huir.*

Era un alma sin sitio al que llamar hogar.

Hasta que espantaste mis nubes y todo empezó a encajar.

*Las luces de la ciudad no brillan igual,
que esa ventana desde la que contemplo tu vida en paz.*

*Cambiaría la fama por este lugar,
por la luna sobre el río,*

*por la forma en que dices mi nombre al hablar,
como un susurro que me invita a quedarme y amar.*

*Tus brazos me impiden caer,
tu corazón sostuvo el mío desde el primer amanecer.*

*Necesito que sepas, amor mío,
que todos mis sueños se han cumplido,
porque tú eres todo lo que he pedido.*

*Eres mis Skittles naranjas,
cada verso de una canción de amor,
el refugio donde descanso sin carga,
un amparo frente al dolor.*

*Nunca había tocado el cielo al volar,
y ahora mi sonrisa es de verdad.*

*Todo es más fácil cuando estás tú.
Ahora todo encaja, todo tiene luz.
Antes de conocerte todo estaba fuera de lugar,
toda mi vida vagando, sin saber a dónde ir a parar.
Mi amor se perdió en un cruce de caminos,
y estaba muy muy lejos de encontrar mi destino.
Ya no voy a rendirme ni a mirar atrás,
no quiero una noche más en soledad.
Se acabaron las promesas que no eran verdad,
y las mentiras que dolían sin piedad.
Adiós al miedo y a los disfraces,
solo importa la forma en que amas mi mirada salvaje.
Eres lo único que quiero conocer,
Sí, juntos somos más fuertes,
coge mi mano, míranos crecer.
Por fin estoy en casa, ya no hay más dolor,
tú eres mi hogar para siempre, mi amor.
Por fin estamos en casa los dos,
un hogar para siempre, tú y yo.*



—¿Adónde vamos? —Skylar no para quieta en el asiento, mirando por la ventanilla de mi camioneta.

Tamborileo con los dedos sobre el volante mientras avanzamos por la carretera secundaria que sale de Rose Hill.

—No puedo decírtelo.

—Sea lo que sea, es una pena que los niños no hayan podido venir. Hace un día estupendo.

Asiento. Hace un día fantástico. El sol brilla, no hay mucho tráfico y...

—¿Sabes qué día es hoy, Skylar? —le pregunto al tomar una curva.

—Sábado —responde, con una sonrisa de suficiencia.

Suelto un bufido.

—Sabes que no me refería a eso.

Paro la camioneta en el arcén, pongo el freno de mano y me giro en el asiento para mirarla.

—Ah, ¿esto va de hacerlo en la carretera? Puedo hacerte una mamada mientras conduces.

Gimo y me paso una mano por la cara.

—Mira, puede que te tome la palabra luego. Pero ahora...

Abro mi puerta y rodeo la camioneta para abrir la suya.

—¿Quieres que hagamos dedo o algo parecido?

Pongo los ojos en blanco y le tiendo la mano.

—No callas, Sky. Anda, baja.

Lo hace, con una carcajada que es música para mis oídos.

—¿Sabes dónde estábamos hace exactamente un año?

Se detiene y me suelta la mano mientras gira sobre sí misma lentamente para observar el entorno.

—Pues... ¿Es aquí donde nos conocimos?

Contengo una sonrisa, emocionado por volver a estar aquí, justo un año después.

—Sí.

Abre los ojos de par en par y se le suaviza la expresión. Recorre con la mirada el camino que seguimos. Donde aparcó ella. Donde aparqué yo. Donde me acerqué a ella.

—¿Cómo has podido acordarte? —murmura.

La llevo de la mano hacia el punto donde me lancé sobre ella.

—Lo apunté en mi calendario.

Se detiene en seco.

—¿Qué? ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—No sé muy bien por qué lo hice en aquel momento. Simplemente lo hice. Hubo algo en aquel instante que me pareció importante.

Avanzamos unos pasos más, hasta llegar al sitio exacto.

Entonces me giro, saco la cajita de terciopelo del bolsillo trasero e hincó la rodilla en el suelo.

—Ahora sé que lo hice porque fue el día en el que conocí a la mujer con la que me iba a casar.

Se lleva las manos a la boca y suelta un chillido de emoción.

—iWest!

—Skylar Stone, te conocí en este mismo lugar hace un año. Lo supe entonces y lo sé ahora: eres mi persona. Todo es mejor cuando estamos juntos. Eres mi hogar. ¿Me harías el increíble honor de ser mi esposa?

—¡Sí! —Casi me tira al suelo con su entusiasmo.

—Y, después de esto, te voy a llevar al zoo de Calgary, donde voy a grabarte todos esos vídeos con osos para tus redes sociales que te prometí hace un año y...

No me deja terminar. Se arrodilla junto a mí y me besa. Y allí mismo, sobre el asfalto caliente, nos hacemos la promesa de afrontarlo todo juntos. Siempre.

Y, al igual que aquel día...

Todo sale como tenía que salir.

AGRADECIMIENTOS

Wild Eyes: Mirada salvaje es una historia que se quedará conmigo (en mi cabeza y en mi corazón) durante mucho tiempo. No solo porque Skylar y West tienen ese tipo de conexión cósmica tan propia de las almas gemelas que tanto me gusta, sino también porque en este libro he puesto muchísimo de mí misma y de mis propias inseguridades. Escribir es una profesión en la que te expones mucho. Mostrar tus historias al público siempre genera nervios y ansiedad. Publicar un libro nunca es fácil, pero aprender a amar mis palabras y a mis personajes de forma incondicional hace que el proceso sea un poco más llevadero.

Se trata de poder decir: «Ojalá hayáis adorado este libro tanto como yo», aunque sé que eso es imposible, porque nadie lo va a querer nunca tanto como yo.

Aunque, por supuesto, mucha otra gente le ha ido dando cariño por el camino. Un libro, al igual que sucede con un hijo, necesita a toda una comunidad para crecer y llegar a manos de los lectores. Y yo tengo la suerte de contar con uno de los mejores equipos que una chica podría desear. Por eso quiero dar las gracias a todas las personas que me han ayudado a hacer de esta historia lo que es hoy.

En primer lugar, un agradecimiento enorme a Alyssa Brigiotta por escribir «Fotosíntesis», y a Alyssa y Leticia Teixeira por colaborar en la composición de «Mirada salvaje». Sois INCREÍBLES. Tenéis un talento descomunal y una generosidad enorme. No tengo palabras para agradecer vuestro apoyo ni para expresar el orgullo que siento al ver que vuestras canciones forman parte de mis libros. Gracias por compartir vuestras letras con el mundo.

A mi marido, mi fuente constante de inspiración para mis protagonistas masculinos y mi mayor apoyo. No me imagino la vida sin ti.

A mi hijo, mi rayo de luz. Mi niño feliz, capaz de levantarme el ánimo incluso en los días más difíciles. Te quiero de aquí a la luna.

A mi asistente, Krista. En el momento de escribir esto, llevamos ya dos años trabajando juntas, y sé que vendrán muchos más. Gracias por poner orden en mi caos y evitar que me vuelva loca.

A mi amiga Catherine Cowles. La persona con la que escribo prácticamente a diario. Nunca dejaré de agradecer al universo por haberte puesto en mi camino. Eres la hermana que nunca tuve.

A mis chicas, Lena Hendrix y Kandi Steiner. Mi escuadrón de animadoras y mi refugio; dos de las mujeres con más talento y mayor corazón que conozco. Este trabajo sería muchísimo más solitario sin vosotras. Os quiero un montón.

A mi editora, Paula Dawn. Esta es nuestra UNDÉCIMA novela juntas. No creo que fuera capaz de escribir una sin ti y sin tu brillante cerebro. Te jubilarás cuando yo lo diga. Gracias por todas tus notas en los márgenes.

A mi lectora de sensibilidad y terapeuta clínica, Jill, por aportar su experiencia para que estos personajes estuvieran representados de forma adecuada. Gracias, sobre todo, por ayudarme a comprender mejor el viaje de Skylar.

A mi lectora beta y correctora, Leticia, y a mi lectora beta Júlia. El tiempo que habéis dedicado a este libro conmigo ha sido clave para convertirlo en lo que es. Los audios, las sugerencias, el cariño constante... No os vais a librar de mí tan fácilmente.

Aimee Ashcraft, tus comentarios han sido fundamentales. Estoy convencida de que esta historia ha ganado muchísimo con tus aportaciones. Gracias.

A mi agente, Kimberly Brower. La mujer, el mito, la leyenda. Ja, ja, ja. Es broma... o no tanto. Ahora en serio, es un auténtico honor trabajar contigo. Tu dedicación no tiene parangón y me siento muy afortunada de tenerte de mi lado. Eso sí, por favor, no me invites nunca a tomar el té.

A mi editora, Christa Désir, y a todo el equipo de Bloom Books. Habéis trabajado muchísimo en este libro y os estaré eternamente

agradecida. Gracias de corazón por confiar en mí. De verdad que todavía me pellizco cada vez que veo mis novelas en las librerías.

A mi editora, Rebekah West, y a todo el equipo de Piatkus y Hachette. Gracias, gracias por creer en mí y por llevar mis libros a todo el mundo. Verlos en manos de lectores de tantos lugares distintos me provoca una emoción enorme.

Y, por último, a mis lectores. Me dejáis sin palabras cada día. Vuestro cariño, vuestro apoyo, vuestra ilusión... Me siento increíblemente afortunada de teneros a todos y cada uno de vosotros. Gracias por confiar en mí y por acompañarme hasta Rose Hill. Ojalá os enamoréis de este lugar tanto como yo.

Lo he dicho antes y lo repetiré siempre: los lectores de Elsie son los mejores del mundo.

Besos,
Elsie

ROSE HILL: LIBRO 3

WILD SIDE

LADO SALVAJE

ELSIE SILVER

UNO

Rhys

Oigo el timbre. Y lo ignoro. No me interesa lo que sea que estén vendiendo.

Así que sigo pasando canales, buscando algo que ver. No me atrae nada. Acabar *Ted Lasso* me ha dejado una sensación de vacío, y encima, como estoy lesionado y no puedo entrenar, me muero de aburrimiento.

Ahora llaman a la puerta con tres golpes fuertes. Sigo sin querer abrir. Si me he venido a vivir aquí ha sido precisamente para que me dejen en paz, así que me hago el sordo. Los comerciales siempre acaban largándose.

Pero esta persona no.

Ahora golpea cinco veces.

Me pongo de pie de mala leche y atravieso el salón ignorando el pinchazo en la rodilla.

—Sea lo que sea, no me interesa... —Abro la puerta de golpe y me encuentro cara a cara con... nadie. Solo tengo delante la calle vacía.

—Hola. Soy Tabitha. —La voz firme viene de debajo, así que bajo la barbilla para localizarla—. Tú eres Rhys, ¿no?

Hay una mujer en el umbral. Tiene el pelo oscuro, casi negro. Las cejas, oscuras como trazos de ónice, le enmarcan unos ojos color chocolate entrecerrados, realzados por unas pestañas tupidas que llaman la atención. Es bajita (aunque a mi lado, casi todo el mundo lo es), pero hay algo en su porte que hace que parezca más alta.

Tiene presencia.

Me quedo callado, pero ella me tiende la mano igualmente. Me quedo mirándola; no quiero ser maleducado, aunque tampoco

entiendo a qué narices ha venido. Este sitio es mi refugio. Nadie me conoce en Canadá.

Cuando estoy en Emerald Lake nadie me molesta.

Y así es como quiero que siga siendo.

—¿Eh? ¿Hola? —Vuelve a mover la mano, señalando el hecho de que sigo ahí plantado, mirándola, sin hacer nada—. Si no hablas inglés, sé algo de francés. Y si no, saco el móvil y tiramos de traductor.

Aprieto los labios y extendiendo la mano para envolver la suya, pequeña, con la mía.

—Hablo inglés —murmuro, mirándola de nuevo a los ojos—. Es que no esperaba a nadie.

Noto los callos en sus palmas cuando me devuelve el apretón. Con fuerza. Un apretón de manos real, firme y sincero.

—A todo el mundo le gustan las sorpresas, ¿verdad?

—A mí no.

No aparta ni un segundo la mirada. Tengo la sensación de que me está analizando. Como si quisiera saber de qué pasta estoy hecho. ¿Para qué? No tengo ni idea.

Seguimos mirándonos fijamente, sin soltarnos las manos, aunque el gesto ya se ha alargado más de lo que dicta la cortesía.

—Bueno, pues..., ¡sorpresa! —suelta de pronto—. Soy la hermana de tu nueva inquilina. Estoy ayudándola con la mudanza y, ahora que no está, necesito hablar contigo un momento.

Le suelto la mano y parpadeo. Por su tono parece que estoy metido en un buen lío. Lo único que quería era a alguien discreto que viviera al lado y se encargara de la casa cuando yo no estuviera. Y en lugar de eso, tengo a esta fierecilla en la puerta, con cara de estar a punto de someterme a un tercer grado.

—Venga, déjame entrar. Hablamos un segundo y te dejo en paz.

Entonces sonrío.

Joder, es una sonrisa deslumbrante. No es recatada ni tímida. Es un arma, y sabe perfectamente cómo usarla.

Si antes estaba callado porque desconfío de cualquiera que se presente en mi casa sin avisar, ahora me he quedado mudo porque mi cerebro ha sufrido un cortocircuito y no puedo dejar de mirarla. Me fijo en su melena oscura, en su piel bronceada y en la curva femenina de sus caderas.

Sí. Tabitha, la hermana de mi nueva inquilina, está muy buena, tiene pinta de creer que escondo cadáveres en el sótano y tiene un apretón de manos de los que imponen.

Y, por extraño que parezca, me gusta.

Así que me aparto y le hago un gesto para que pase.

Durante un segundo, su expresión se relaja; una sonrisa de alivio asoma a sus labios carnosos mientras se seca las palmas de las manos en los vaqueros desteñidos. Baja la barbilla al entrar y suelta un «gracias» apenas audible.

Asiento, cierro la puerta y le señalo la cocina. Las ventanas de este lado de la casa dan al lago. La vista es impresionante; no me extraña que se detenga a mirarla.

—Qué bonito.

La observo un instante, recorriendo su perfil con un interés que no me molesto en ocultar. Mantiene la espalda recta y los labios ligeramente entreabiertos.

—Lo es.

Me quedo mirando su boca; está esbozando una media sonrisa. Se vuelve hacia mí, enarcando una ceja, y me mira de arriba abajo con el mismo descaro.

—Eres un hombre de pocas palabras, ¿eh?

—Supongo —respondo, dándole la espalda para abrir la nevera—. ¿Te apetece beber algo?

—No. No voy a tardar mucho —dice mientras saca un taburete de la isla.

Noto la diversión en su voz.

Saco una lata de agua con gas, la abro y me apoyo en la encimera frente a ella. Ahora tiene las manos entrelazadas y los labios apretados.

—Bueno... —empieza, pero se detiene.

Espero.

Y espero.

Y sigo esperando.

Doy un sorbo al agua y dejo la lata a mi lado.

Sigue mirándome, y no se me escapa cómo se fija en mis brazos cuando los cruzo mientras la observo.

—Bueno... —repito, con un leve amago de sonrisa.

Resopla y se endereza. Aparta la vista un segundo, antes de volver a clavarla en mí.

—Voy a ir directa al grano. Erika no lo ha tenido nada fácil. No me corresponde a mí contarte su vida. Solo necesito tener la seguridad de que tanto ella como su hijo, Milo, van a estar a salvo aquí.

Cambio el peso de un pie a otro.

—Vale. Esta no es mi residencia habitual. Paso la mayor parte del tiempo fuera del país, y solo vengo aquí de vez en cuando. Pero la casa tiene alarma.

—No me refiero a ese tipo de seguridad. —Se muerde el labio inferior antes de soltar un suspiro—. Sé que me estoy metiendo donde no me llaman, pero mi hermana por fin está bien y no sé qué podría hacer o dejar de hacer si... Joder. —Se pasa una mano por el pelo, nerviosa—. Me odio por tener que pedirte esto, y seguro que me mata si se entera, pero... si tienes medicamentos más fuertes que un paracetamol en casa, ¿podrías guardarlos en algún sitio difícil de encontrar?

Frunzo el ceño y me inclino hacia delante.

—¿Perdona?

—Medicamentos con receta. Quiero estar segura de que no tendrá acceso a ellos.

—Va a vivir en la casa de al lado. No conmigo.

Se encoge de hombros y vuelve a apartar la mirada.

—Es encantadora y muy guapa, y por fin está saliendo adelante. Pero nunca se sabe.

Si cree que voy a intentar algo con su hermana, no tiene ni idea de hasta qué punto desconfío de la gente.

—No tengo intención de liarme con tu hermana.

Hace un pequeño gesto de incomodidad, pero no duda en mirarme directamente a los ojos cuando dice:

—Bueno, puede que eso no dependa solo de ti.

—Pero tú... —Me quedo a medias, sin saber cómo seguir. Nunca he tenido una conversación tan rara con una desconocida.

—Soy una hermana metomentodo y sobreprotectora que lleva dos días escuchándola hablar maravillas de ti. Solo asiente con la cabeza si me has entendido y luego hacemos como si esta conversación no hubiera existido.

Con Erika habré estado una media hora cuando vino a ver la casa. Y unos minutos más cuando le di las llaves y conocí a su hijo. Se mostró dispuesta a encargarse del correo y a cuidar del jardín y me pareció una tía maja. Vale, muy maja.

¿Demasiado quizá?

Y el crío era un encanto.

Pero no se me pasó nada de eso por la cabeza.

Aun así, asiento.

Tabitha da una palmada sobre la encimera de granito y esboza una sonrisa triunfal.

—Perfecto. Genial. Me alegro de haber hablado contigo. —Se baja del taburete y echa un último vistazo a la cocina como si le costara marcharse—. Tienes una cocina preciosa. Tiene que ser increíble cocinar con estas vistas.

—¿Te gusta cocinar?

Ahora sonrío con suavidad.

—Podría decirse que sí.

Rodeo la isla, caminando por el suelo de madera, atraído por su caos, por su naturaleza impredecible.

Pero ella ya se dirige hacia la puerta, dispuesta a marcharse como ha llegado: segura, directa, aunque también con un punto de... vacilación.

«Podría decirse que sí».

Me pregunto qué ha intentado ocultar tras esa respuesta y cuál es la historia de su hermana.

—¿Debería preocuparme por ella? Por tu hermana. Como inquilina.

Se pone las sandalias, se yergue y se vuelve a hacia mí. La luz del atardecer entra por las ventanas y baña sus rasgos con un resplandor cálido. Se ha ruborizado, como si le diera vergüenza haber irrumpido en mi casa de ese modo y haber contado más de la cuenta.

—Se lesionó jugando al voleibol en el instituto y le recetaron algo que no deberían haberle mandado. Tocó fondo. Fondo de verdad. Pero ahora está bien. Ha buscado ayuda. Te lo juro. Es una buena madre. Y será una buena inquilina. Te lo prometo.

Veo súplica en sus ojos, aunque también tiene la mandíbula apretada con determinación. Y soy demasiado blando como para llevarle la contraria.

—Vale. —Bajo la cabeza y meto las manos en los bolsillos de los pantalones de chándal grises. Todos hemos tenido una mala racha; no seré yo quien se lo reproche a una mujer a la que apenas conozco.

—Pero...

Levanto la vista despacio. No me gusta cómo ha sonado ese «pero».

—Si por algún casual, y recalco lo de «casual», se retrasa alguna vez con el alquiler, ¿podrías llamarme? A cualquier hora. Quiero que esté a salvo. Que tenga un techo. Que Milo esté bien. Si llega el caso, lo pagaré yo misma.

Saca una tarjeta del bolsillo trasero y me la tiende. Alargo la mano para cogerla, quizá con demasiadas ganas. Sujeto el trozo de cartulina y veo el nombre de Bighorn Bistro impreso en ella, pero cuando tiro para quedármela, no la suelta.

Alzo la vista hacia ella y veo la ferocidad que arde en sus ojos. Luego levanta la mano que tiene libre con el dedo meñique

extendido.

—Promesa de meñique.

—¿En serio?

Esto cada vez es más surrealista.

—Sí. Hazme una promesa de meñique de que me llamarás si hay algún problema.

Levanto el dedo, soltando una risa baja.

—Sabes que esto no tiene ninguna validez legal, ¿verdad?

Curva el dedo alrededor del mío sin dejar de mirarme a los ojos.

—Sí, lo sé, pero solo un auténtico imbécil rompería una promesa de meñique.

Lo dice totalmente en serio. Y me tiene tan descolocado que no soy capaz de negarme.

—Promesa de meñique —respondo con voz ronca.

Me observa un segundo, como si estuviera evaluando si tengo intención de cumplir mi palabra. Luego asiente y se aparta. Y sin decir nada más, abre la puerta y se marcha.

Yo me quedo ahí, apoyado en el marco, intentando entender lo que acaba de pasar.

A esa mujer.

La misma que, un poco más allá, en el camino de entrada, se gira para mirarme por encima del hombro.

Durante un instante, la pillo mirándome. O quizá me pilla ella a mí. Sinceramente, me da igual.

Lo único que sé es que, aunque normalmente hago todo lo posible por pasar desapercibido, no me molesta en absoluto cómo me mira.

Título original: *Wild Eyes*

Edición en formato digital: octubre de 2026

Mapa de Laura Boren/Sourcebooks
Ilustración de interiores: Graphicswizard/123RF

Copyright © 2024. WILD LOVE by Elsie Silver
© de la traducción: Eva Pérez Muñoz, 2026
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-87810-97-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.